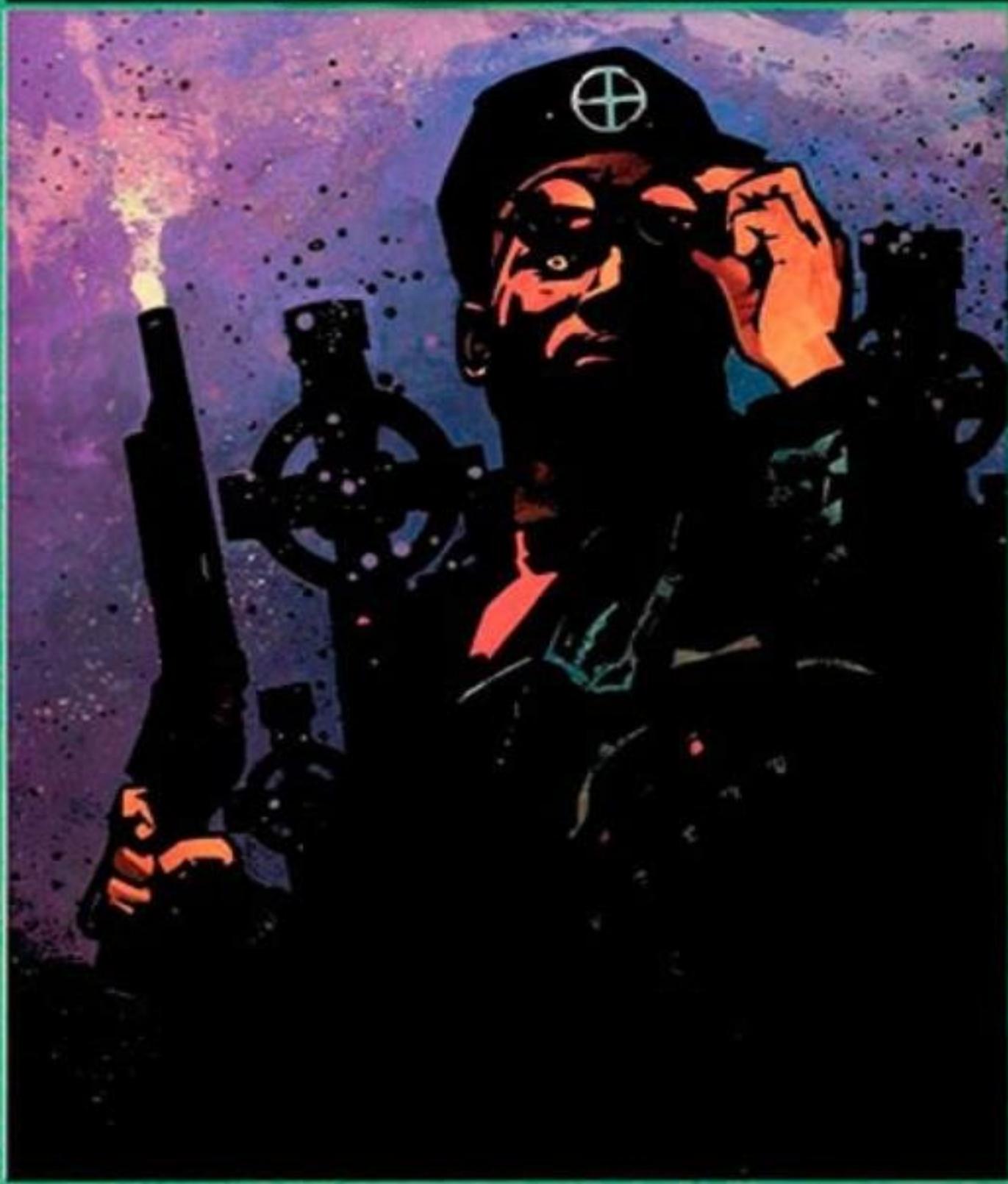


NOVELA DEL CLAN

BRUJAH

GHERBOD FLEMING



VAMPIRO
LA MASCARADA

Lectulandia

Los monstruosos vampiros del Sabbat pululan hacia el norte en cada vez mayor número y amenazan con doblegar Baltimore, el último bastión de poder de la Camarilla en la costa este de los Estados Unidos. Theo Bell, arconte del clan Brujah, es el Vástago que dirige la resistencia. Mientras los antiguos pontifican y compiten en busca de influencia, él mantiene unidas las defensas de la ciudad. Se halla falto de efectivos, superado en potencia de fuego, y, como si no bastara con eso, se ve obligado a esquivar las consecuencias derivadas de los asuntos e intrigas personales de sus aliados.

¿Está un espía, filtrando información vital al Sabbat?

¿Quién se halla detrás de la conspiración contra el Príncipe Garlotte de Baltimore?

¿Cuánto saben en realidad los reservados Nosferatu?

2000¿Es de fiar el socio Ventrue de Theo, Jan Pieterzoon?

Demasiadas injerencias, letales en potencia para Theo, y mientras tanto el Sabbat sigue llegando.

Lectulandia

Gherbod Fleming

Brujah

Mundo de tinieblas: Novelas de clan - 11

ePub r1.0

Titivillus 14.09.16

Título original: *Clan Novel: Brujah*
Gherbod Fleming, 2000
Traducción: Fermín Moreno González
Retoque de cubierta: TaliZorah

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para mis padres.
(Podéis leer éste; es una dulce, pacífica historia de amor. Lo prometo).

Primera parte: Ilusionismo



Jueves, 14 de octubre de 1999, 1:47 a.m.
Muelle, U.S.S. Apollo, Puerto Interior
Baltimore, Maryland

Nunca aceptará.

Mientras caminaba a lo largo de la dársena, Theo no se hacía ilusiones de que su actual tarea no estuviese sino condenada al fracaso. Había pocas probabilidades de obtener provecho, y presumiblemente mayor riesgo de salir perdiendo. La débil brisa que soplabla del brazo noroeste del río Patapsco compartía la falta de entusiasmo de Theo. La noche era inesperadamente cálida, pero el arconte Brujah seguía llevando su pesada chaqueta de cuero, así como la omnipresente gorra negra de béisbol.

El Sabbat está echándonos el aliento en el cuello, y yo estoy jugando a ser diplomático, pensó, moviendo la cabeza.

La zona del Puerto Interior estaba en calma. Los museos, tiendas, restaurantes, el acuario... todo ello se plegaba al dólar del turista, y los turistas por lo general se iban a la cama pronto. Este «revitalizado» sector de la ciudad era el orgullo del Príncipe Garlotte.

Theo no lo entendía. Podía soportar lo «pintoresco» sólo un cierto tiempo antes de sentir arcadas. Prefería otras partes de la ciudad, partes reales de la misma, donde la gente cien por cien real vivía y moría. La economía de goteo de los promotores de zonas residenciales no parecía gotear jamás tan lejos. Pero esos barrios reales no eran donde el príncipe y sus refinados amigos financieros pasaban su tiempo, así que, ¿qué les importaba? Ya eran los reyes de la montaña. Tenían todo lo que querían en la cumbre, y no quedaba mucho más para cualquier otro. No tenía por qué ser así. El dinero y la influencia eran como el agua: abandonados a sí mismos, corrían cuesta abajo. El problema era que nunca eran abandonados a sí mismos. Siempre había algún hijoputa codicioso de cuello de botones construyendo una presa, de forma que a los bastardos sedientos del pie de la montaña no les llegaba una mierda.

Lo que el mundo necesitaba era alguien que volase algunas malditas presas.

Pero Theo no podía decir honestamente que viviera con arreglo a esa filosofía. No todo el tiempo, en cualquier caso. Ni la mayoría del mismo. En ocasiones como la presente noche, se sentía más bien como un condenado criado. Sí, señor. No, señor. Lo que le reventaba era que podía avasallar a Garlotte. Theo podía hacer que el príncipe viera las cosas como él... o que al menos aceptara cooperar. Pero nada era nunca así de simple. Demasiada mano dura ahora ocasionaría problemas más tarde. El autocontrol constituía la diferencia entre un arconte y un gorila.

Tal vez un gorila salga ganando, pensó Theo. Rompe cabezas primero, haz preguntas después, si es que las haces. La frase no estaba del todo fuera de lugar a la hora de describir el trabajo de un arconte, pero no era la forma de proceder cuando había un príncipe de por medio. En especial un príncipe Ventrue. Los lazos de la sangre azul eran demasiado estrechos. Demasiados amigos, o si no amigos, lacayos,

en altos puestos. Amenaza a un Ventrue y puede que dé su brazo a torcer en lugar de encajar un golpe, pero lo siguiente que tendrás es a la Interpol sobre tu trasero, y tu refugio declarado en ruina por la autoridad de urbanismo local y arrasado con excavadoras, y todas tus tarjetas de crédito canceladas. Feo error. Así que había que ponerse los guantes de seda.

Como si tuviese tiempo para eso.

No importaría quién resultara herido en sus sentimientos cuando el Sabbat cayese sobre la ciudad. Pero Theo jugó el juego de todas formas.

Se detuvo a unos cien metros del barco de Garlotte... de su jodida goleta, más bien. Una decadente reproducción de una nave mercante del siglo XIX. A Theo le recordaba un barco negrero. Su tiempo había acabado hacía varias décadas como poco, pero ése era el primer pensamiento que le venía a la mente cada vez que lo veía. Dios sabía que a Garlotte le entusiasmaba jugar a ser amo y señor. Mas ¿a qué príncipe no?

Theo sabía de buena tinta que, antes del Abrazo del príncipe, Garlotte no había sido más que un insignificante noble sin fondos de Inglaterra, que la no vida lo había tratado muchísimo mejor que la verdadera vida. No obstante, Garlotte era príncipe de Baltimore, y lo había sido durante un par de siglos. Eso decía algo sobre él. Puede que fuese un impulsivo y arrogante hijo de puta, pero tenía algo a su favor. Aunque ese algo no fuese sino suerte.

—Preferiría tener suerte en lugar de cerebro —se dijo Theo a sí mismo.

Buscó en su chaqueta y sacó un paquete de cigarrillos sin filtro y una pequeña caja de cerillas. El cáncer no era una gran preocupación, considerándolo bien. Rascó una sobre la cremallera de su chaqueta, encendió un cigarrillo y tomó una gran y cancerígena calada. El humo se arrastró a lo largo de su garganta hasta que exhaló dos remolineantes columnas grises por la nariz. Algunos Vástagos (los que se dedicaban a sus asuntos de forma reservada) jugaban a fumar en invierno, de manera que los mortales no advirtiesen su ausencia de aliento con el aire frío. A Theo simplemente le gustaba el sabor. Le gustaba también el familiar sabor del café ardiendo, y de vez en cuando un sorbo de sangre de un cuerpo muerto hace una semana.

Dejando una nube gris tras él, siguió andando hacia el barco de recreo del príncipe.

Nunca aceptará, volvió a pensar Theo. Él lo sabía; Jan lo sabía. Pero al menos podía hacer un cortés intento para convencer al príncipe de que el plan de Jan funcionaría. Garlotte se negaría en redondo, y luego sacarían las uñas. A eso iba a reducirse todo. Sin ninguna duda. La chorrada de la cobertura política. Eso era todo lo que perseguía su visita. Cobertura de culo total. Theo odiaba aquello, y odiaba aún más el hecho de que seguía adelante con ello. Pero aquí estaba. Sin importar que el

Sabbat estuviese abriéndose camino hacia el norte serpenteando desde Washington. Sin importar que hubiese cien mil cosas más productivas que debería estar haciendo. Esta visita, todo el plan, se recordó Theo, tenían en realidad algo que ver con el Sabbat, pero ese pensamiento hizo poco para alegrar su humor.

Cuando se aproximaba al barco del príncipe, una oscura silueta apareció en la parte superior de la pasarela. La figura se detuvo sólo un segundo antes de salir de las más negras sombras. Katrina, chiquilla del príncipe Garlotte, se movió suave y confiadamente con predadora y felina gracia al desembarcar. Ella también llevaba una chaqueta de cuero negro y una gorra negra de béisbol, aunque con una corta cola de caballo que salía de la parte de atrás.

Theo casi sonrió cuando él y su más que bien torneada doble se encontraron junto a la orilla del embarcadero. Con sus atuendos similares, podría haber estado mirándose en un espejo... un espejo de la casa de la risa, en el que el reflejo tenía treinta centímetros y como poco cuarenta y cinco kilos menos, de un blanco pálido en lugar de marrón oscuro.

—¿Tu mamá siempre te viste así de graciosa? —preguntó con voz grave, cavernosa.

—¿Tienes una cita? —preguntó Katrina a su vez.

Entonces Theo sí esbozó una sonrisa. Se cruzó de brazos.

—Creo que me verá.

Katrina cruzó los brazos también.

—Yo no entraría aún.

—¿Y eso por qué?

La súbita explosión que respondió a la pregunta de Theo le hizo salir junto a Katrina por los aires. Por un interminable instante, mientras volaba alejándose del agua, Theo pudo ver la bola de fuego gigante que, segundos antes, había sido el barco del príncipe Garlotte. Luego el arconte Brujah aterrizó con toda la fuerza de la explosión que lo había lanzado. El impacto hizo que el mundo diera vueltas.

Cuando por fin se detuvo, Theo permaneció echado sobre su espalda durante unos segundos más. Una explosión más pequeña envió otra onda de fuego y madera a través del muelle y lo roció con una ducha de llameantes restos. Por instinto se cubrió el rostro, la única parte de su piel expuesta aparte de las manos.

Cuando la mayoría de los fragmentos del U.S.S. Apollo hubieron dejado de caer por todas partes alrededor de él, Theo se incorporó. Se hallaba a diez metros de donde había estado de pie. Una gran sección del casco de la embarcación se estaba hundiendo con un impresionante siseo de humo, y después el barco (salvo los ardientes pedazos que yacían dispersos sobre el muelle o flotando en el agua) desapareció.

—Mierda.

Se puso en pie, sin molestarse en limpiarse. Soltó un profundo suspiro. Garlotte tenía (o había tenido) bastante influencia entre los prohombres de la ciudad como

para que la policía lo dejara en paz. Pero esto... esto iba a llamar la atención.

Theo empleó unos segundos más en examinar los escombros... y vio a Katrina tendida no muy lejos sobre el muelle. Sacudió la cabeza.

—Mierda.

Mientras se acercaba sin prisa a Katrina, ésta gimió y se alzó sobre un codo. Su gorra había desaparecido, su cabello y sus ropas estaban desordenados. La pálida, antes perfecta piel de su cara estaba erosionada, aunque su sangre ya había empezado a reparar lo peor del daño. Miró a Theo, pero parecía demasiado aturdida para huir.

Él se irguió sobre ella y se puso en jarras.

—Levanta.

Katrina se limitó a asentir en un primer momento. Luego las palabras parecieron surtir efecto. Apoyándose sobre una pierna, se puso dolorosamente de pie. Theo seguía contemplándola ceñudo. Las sirenas sonaban, a lo lejos pero acercándose.

—Sabes —dijo—, si te hubiese visto aquí, habría tenido que partir tu jodida cabeza.

Katrina lo miró fijamente, pestañeó dos veces. Parte de la bruma de la conmoción comenzó a despejarse de sus ojos. Lo observó con cautela. No era lo bastante estúpida para intentar darse a la fuga, o tal vez simplemente se hallaba demasiado afectada por la explosión.

—¿Sí? —Era escéptica, no optimista.

—Sí. —No cabía duda de que podía hacerlo... podía alcanzarla y partirla en dos. No cabía duda de que debería hacerlo—. Esta ciudad no es donde te conviene estar —dijo en cambio.

Katrina volvió a asentir, empezando muy lentamente a captar el significado. Luego pareció darse cuenta también de las sirenas que se acercaban y empezó a alejarse poco a poco de Theo, cargando su peso con cuidado sobre su pierna herida al principio, y apresurándose claramente tras los primeros pasos.

—Eh —llamó Theo.

Ella se encogió ante el sonido de su voz, pero se detuvo dándose la vuelta para hacerle frente.

—Hay dos de los centinelas del príncipe sobre esos dos edificios de ahí —dijo Theo, señalando hacia atrás por encima del hombro como si estuviese haciendo dedo—. A no ser que quieras testigos.

—Sí. Lo sé —dijo Katrina—. Me ocuparé de eso.

Se alejó cojeando de aquella calcinada parte del muelle tan rápido como pudo.

Theo movió la cabeza.

—Mierda —se dijo de nuevo. Para cuando los camiones de bomberos y las ambulancias aparecieron, hacía tiempo que se había ido.

Jueves, 14 de octubre de 1999, 2:51 a.m.
Complejo industrial Babcox
Green Haven, Maryland

—¿Los ves?

—No, no los veo. Sólo cierra la boca —dijo Clyde con enojo.

—No sé cómo puedes perder un Chevette, por Dios —siguió hablando Maurice de todas formas.

—Sólo cállate —Clyde asió con fuerza el volante. Viró bruscamente entre dos viejos almacenes. Más allá del alcance de las luces delanteras, la noche parecía ominosamente tranquila y desierta.

Hubo un tenso silencio por un momento, y luego...

—Ni siquiera es un verdadero coche.

—Mira —Clyde se esforzó por no gritar—, cambiaron de sentido, venían justo hacia nosotros... ¿Qué querías que hiciera, lanzarme derecho contra ellos?

—A mí no me grites —dijo Maurice.

—¡No estoy gritando! —gritó Clyde.

—A mí me parece que eso es gritar —dijo Maurice, enfadándose él mismo.

—Tal vez Reggie y Eustace los han encontrado.

—Lo dudo —dijo Maurice—. ¿Y cómo es que cogieron ellos la camioneta? Apuesto a que nadie en un Chevette se nos habría escapado si hubiésemos ido en la camioneta.

—¿Vas a olvidar por favor la camioneta?

—Estás gritando otra vez.

—No estoy gri... Mira. ¿Viste cuántos eran?

—Era un Chevette, por Dios. No podían ir más de dos o tres.

—A lo mejor Reggie y Eustace los han encontrado —dijo Clyde de nuevo, sin mucha convicción.

—Lo dudo.

Los distintos almacenes, en especial en la oscuridad, eran indistinguibles uno de otro. Clyde aceleró su propio coche dejando atrás una larga hilera de puertas y paredes de aluminio. Giró a la derecha entre dos edificios.

—¿No hemos ido por aquí ya? —preguntó Maurice.

—No —dijo Clyde. No estaba seguro de si ya habían ido por allí o no, pero no iba a darle ese gusto a Maurice.

—¿Dónde están Reggie y Eustace cuando los necesitamos? Deberían estar aquí. No es que fuesen de mucha ayuda. Pero tienen el camión.

—¡Ajá!

Clyde detuvo el coche de repente y apagó las luces. Delante, parado junto a la puerta de un almacén, había un Chevette desocupado. Clyde y Maurice se quedaron sentados mirándolo fijamente por un momento. La boca de Clyde estaba de pronto

muy seca. Podía sentir sus colmillos asomándose como hacían cuando estaba excitado o nervioso. Echó un vistazo a Maurice, pero éste seguía contemplando el vacío Chevette.

—¿Tienes tu pistola? —preguntó Clyde.

—Sí. Por si sirviera para algo.

—Bien —Clyde buscó detrás de su asiento. Tenía un bate de béisbol. No era muy buen tirador, y además le gustaba el tacto y el peso del bate.

Las puertas del coche chirriaron cuando salieron. Los dos Vástagos se acercaron con cautela al Chevette, se agacharon, miraron debajo. Se asomaron a las ventanillas laterales, a la trasera. Había sangre en la parte de atrás. Clyde se relamió, sin saber si en respuesta a la sangre, o sólo para humedecer sus resecos labios.

Mientras avanzaban despacio hacia el almacén, a Clyde comenzaron a asaltarle las dudas, una tras otra. Tal vez no eran vampiros del Sabbat los que habían escapado por la carretera. Tal vez sólo creía haber visto a un maníaco de ojos encendidos en sangre y colmillos al descubierto al volante del Chevette. Tal vez la sangre de la trasera de aquel coche estaba ahí por alguna razón completamente normal, como... como...

Maurice le golpeó ligeramente sobre el hombro y susurró:

—Ve tú primero.

—Gracias.

Clyde tendió la mano izquierda hacia el pomo de la puerta, pasándose el bate a la derecha. La puerta estaba abierta. Dentro todo estaba negro. Negro Lasombra, pensó Clyde. Justo más allá de la puerta, olió la sangre... sólo algunas gotas, un rastro sobre el piso de cemento. Paulatinamente, sus ojos comenzaron a adaptarse y Clyde pudo distinguir altos estantes de metal llenos de grandes cajas sobre tarimas de madera llenando el oscuro espacio. Había un interruptor de luz junto a la puerta, pero quizá el Sabbat (o quienquiera que fuese) todavía no supiera que Maurice y él estaban allí. Clyde encontró una pieza de madera rota y, tan silenciosamente como pudo, empujó la puerta, abriéndola. Maurice lo siguió adentrándose en las tinieblas.

Se pegaron al pasillo a lo largo de la pared, bajando la vista en cada cruce entre los estantes que se extendían más allá de donde podían ver. La sangre también se pegaba a aquel pasillo. Cada pocos metros, la nariz de Clyde temblaba y olfateaba las gotitas sobre el suelo. Creía poder distinguirlas mientras trataba de pasar sobre ellas, pero no estaba seguro. Maurice y él habían ido más allá de la pobre luz de la puerta abierta, y la penumbra se intensificaba a cada paso. Todo estaba en silencio, salvo por el arrastrarse de sus pies por el cemento.

Una de las hileras siguientes (¿la central?) era más ancha, y Clyde pudo ver la pared del fondo del almacén, tal vez a cincuenta metros de distancia. Una puerta se abría en ella, y aunque estaba oscuro fuera, no estaba tan oscuro, y un largo, deformado rectángulo del almacén se hallaba débilmente iluminado. Cerca del centro de aquél se encontraba una mujer, una chica en realidad. Estaba atada de pies y

manos, y una tira de cinta adhesiva gris cubría su boca. Incluso desde esa distancia, Clyde creyó poder oler las sangrientas abrasiones de sus muñecas y tobillos, producidas al luchar contra la cuerda. O tal vez era la cuchillada del lateral de su rostro, o el charco de sangre sobre el que estaba, o el rastro intermitente que iba de ella a los pies de Clyde.

—Oh, Jesús... —musitó Maurice—. Es una trampa.

Clyde asintió. Probablemente lo era. Mas los ojos de la chica estaban abiertos. No veía a Clyde y Maurice, pero seguía viva, consciente, debatiéndose sin fuerzas.

En todos sus años alimentándose, Clyde nunca había tenido que golpear a alguien. Nunca había causado mucho más que una herida abierta... pero estos monstruos del Sabbat parecían deleitarse en el dolor y el tormento. Así que aún cuando se tratase de una trampa, se vio poseído por un sentimiento de determinación. Aferró el bate de béisbol con más fuerza.

—Vamos.

—Esto... ¿quieres decir por ahí? ¿Clyde? —Maurice vaciló, pero formó filas detrás antes de que Clyde se alejara demasiado a lo largo de la hilera central.

Clyde no podía apartar los ojos de la chica. Estaba viva. Sangraba, pero podía ver ahora que estaba consciente, que las heridas parecían en su mayor parte superficiales. Las laceraciones faciales solían sangrar profusamente. Maurice y él podían cogerla y tratar de evadirse por la puerta. Podían salvarla.

Pero entonces Clyde oyó los apagados sonidos de pelea detrás de él. Se volvió justo cuando una grande y musculada figura, forcejeando con Maurice a espaldas de éste, le rajaba la garganta. Eso no iba a acabar con Maurice, pero el instinto natural cuando a uno le cortan la garganta es enloquecer. Maurice lo hizo. Su atacante le arrebató la pistola de un tirón, la pegó en la sien a Maurice, apretó el gatillo.

Clyde dio un respingo. El disparo no parecía real, no podía ser real. El contenido del cráneo de Maurice, desparramado a la vista, no podía ser real. La sonrisa salpicada de sangre de su atacante no podía ser real.

El cuerpo flácido de Maurice se deslizó hasta el suelo. Su asesino estaba cubierto del cuello a los pies por ceñida goma negra, interrumpida aquí y allá por cremalleras y clavos de metal. Llevaba la cabeza afeitada y tatuada. En una mano sostenía la pistola de Maurice; en la otra, un cuchillo; en una tercera, un machete.

Clyde pestañeó, horrorizado. ¿Tres manos?

Él (eso) tenía una tercera mano que salía casi del centro de su pecho.

Clyde se volvió y corrió. Coge a la chica. Sal fuera. Eso era todo lo que podía pensar. No podía reconocer la locura de la que estaba huyendo, ni pensar en ello en aquel preciso momento. Coge a la chica. Sal fuera.

Pero la chica ya no estaba sola. Dos más con el atuendo de esclavo del Sabbat la custodiaban, ambos sonriendo como el otro. Pero había algo más fuera de lugar... antinatural. Clyde echó un vistazo detrás de él. La criatura tatuada de tres brazos que había matado a Maurice se estaba acercando. La tercera mano se agitaba

delicadamente. Clyde volvió a mirar a la chica, a los dos *body*s de goma. Los dos gorilas eran iguales al primero. No sólo parecían iguales (las mismas ropas, el mismo afeitado, los mismos tatuajes), tenían el mismo rostro, como si hubiesen salido del mismo molde. Clyde miró a uno y otro lado de nuevo. Trastabilló. La oscuridad pareció rodearlo. Se preguntó en qué clase de infernal pesadilla había caído.

Pero, no, había una diferencia entre los tres, advirtió. Brazos. Los dos miembros del Sabbat delante de él y junto a la chica no tenían tres... o más bien sí los tenían, pero entre los dos. Uno tenía dos brazos, el otro sólo uno. Clyde contempló sus propias manos, sus dos manos. Ése era el número correcto, ¿no? La imagen de la monstruosidad de tres brazos degollando a Maurice se hallaba grabada de forma tan indeleble en la mente de Clyde, que tres de alguna manera parecía lo correcto.

No importaba. Los demonios debían haber leído su mente, y estaban dispuestos a complacerle un tanto. Mientras Clyde seguía mirando incrédulo, el único brazo de uno empezó a desaparecer, y un tercer brazo brotó del pecho de su compañero, hinchando y luego reventando la tensa goma de su mono.

En aquel instante, Clyde se sintió invadido por una repulsión hacia aquellas criaturas que empequeñecía la aversión más intensa que había sentido nunca hacia sí mismo, hacia aquello en lo que se había convertido. Su propia y nimia angustia era un signo de conciencia, un mojón de humanidad que estos seres habían dejado muy atrás. Dio un paso adelante y levantó el bate...

... que le fue arrebatado desde atrás. Una ráfaga de golpes lo obligó a ponerse de rodillas cuando las bestias de tres brazos cayeron sobre él. A los pies del ser sin miembros del Sabbat, los ojos saltones y desesperados de la chica imploraban a Clyde, le rogaban lo imposible.

El sin brazos bailaba literalmente, saltando con júbilo.

—Aquí gatito, gatito —decía con una voz aguda y gorjeante, las palabras interrumpidas por chillonas risitas—. Un poco de leche para el gatito, gatito... —decía, y entonces comenzó a patear a la chica, pisándole la cabeza, estrellando su bota contra su rostro.

Clyde no podía ayudarla. Se encogió bajo los impactos de los demonios, su propio bate vuelto contra él, los puños, el machete. Sintió un leve alivio cuando una de las primeras patadas a la cabeza de la chica la dejó inconsciente. Era un pequeño favor. Clyde deseó evadirse de la locura también. Ansió un final rápido.

No iba a ser tan afortunado.

Jueves, 14 de octubre de 1999, 11:48 p.m.
Telegraph Road
Sur de Baltimore, Maryland

Algo en la camioneta de reparto atrajo la atención de Theo. No había ningún signo revelador, nada concreto que pudiese delatar algo. La camioneta no tenía marcas, pero no era inusualmente vieja, sucia o destartada. Había multitud de lugares a los que una furgoneta de reparto podía ir. El terreno entre Baltimore y D.C. era un ininterrumpido tramo de barrios exteriores, espacios comerciales y de oficinas, después de todo. Y un montón de esos tipos trabajaban de noche, para librarse del tráfico. La camioneta estaba yendo sólo unos kilómetros por hora por encima del límite de velocidad. Puede que fuera eso lo que llamó la atención de Theo.

Esos tipos suelen conducir como un piloto de la NASCAR colocado.

Fuera cual fuera la razón, la señora Policía Estatal de Maryland manifiestamente pensaba algo similar. Theo estaba quedándose bien atrás de la camioneta cuando reparó en el coche de policía reduciendo detrás de él. Al principio dio por sentado que el policía estaba interesado en él: perfil racial, tipo negro en una motocicleta. La policía, según el parecer de Theo, no era una firme amenaza, pero sí una complicación a evitar. Las cosas de por sí tendían a ponerse lo bastante feas, sin tener que añadir pistoleros paramilitares mortales a la mezcla. Por supuesto, el príncipe local tenía a algunos de los mandos intermedios y tal vez superiores bailando al son que les tocaba, pero con frecuencia eso no significaba una mierda para el agente que te paraba en la calle. Este policía en particular llegó a su altura y empezó a seguir a Theo.

Theo ya iba lo bastante lento para no adelantar a la camioneta de reparto. Soltó gas aún más... bajó hasta el límite de velocidad, cinco kilómetros por hora menos, diez menos. Llevaba al agente pegado al tubo de escape ya. Éste se echó a la izquierda, lo adelantó y llegó a la altura de la camioneta en sólo unos segundos. Theo mantuvo la distancia.

El policía siguió a la camioneta de reparto durante más o menos un kilómetro antes de que las luces del techo del coche patrulla se activaran y añadieran remolineantes patrones azules al amarillo monocromo de las farolas. Theo redujo velocidad quedándose aún más atrás.

El conductor de la camioneta aminoró también, luego giró metiéndose en el aparcamiento de oficinas de una calle lateral. El coche patrulla lo siguió. Theo dobló la esquina justo cuando el coche de policía desaparecía dando otro giro a la izquierda. Las luces azules todavía eran visibles, y se detuvieron en lo que Theo apenas podía distinguir como un aparcamiento al otro lado de una hilera de árboles y arbustos ajardinados.

El Brujah se detuvo ante el bordillo y apagó el motor. Mientras pasaba por encima de la franja de cuidado césped de treinta centímetros de ancho hacia la cobertura de

los árboles y arbustos, las sombras se alargaron para recibirlo. Ninguna ramita, hoja, ni aguja de pino se partió o produjo sonido alguno bajo sus botas de la talla cuarenta y ocho.

Theo observó desde las sombras mientras el agente, saliendo del coche, se aproximaba a la camioneta desde atrás. Los policías tenían que estar nerviosos. Había habido demasiada «violencia de bandas» en los últimos meses. La guerra de la droga, lo llamaban los periódicos y los informativos de televisión. Una violenta reorganización a medida que el Rey Crack perdía su novedad y nuevas y más mortales variedades de cocaína y heroína (y sus distribuidores) competían por el control. Todo chorradas, por supuesto. Pero ello no alteraba el hecho cierto de que estaba habiendo un montón de disparos (por parte de alguien, por alguna razón), y espectadores inocentes estaban pagando un alto precio. Los policías lo sabían demasiado bien. El agente se acercó a la camioneta con una mano en la pistola.

Theo esperó. Si resultaba ser una detención de tráfico rutinaria, volvería a su moto y nadie sabría nunca que había estado allí. Eso es lo que estaba pensando cuando la mano que tendía el carné al agente asió también la muñeca de éste y lo alzó de un tirón del suelo, haciéndolo pasar a través de la ventanilla abierta al interior de la camioneta.

—Mierda.

Theo salió de la maleza y avanzó despacio hacia ella, manteniéndose lejos de la línea de visión desde la ventana del conductor, el retrovisor lateral, y la cámara de vídeo del interior del parabrisas del coche del policía. El policía muerto, pensó Theo.

Mientras se ponía en posición, buscó bajo la chaqueta y liberó su bebé: una Franchi SPAS 12, una escopeta de combate del calibre doce. Con familiar desenvoltura, desplegó y aseguró la culata de metal, luego quitó el doble seguro. Estaba en modo de un solo disparo, tal y como quería.

El motor de la camioneta de reparto rugió poniéndose en marcha. Sin perder tiempo, Theo apuntó y disparó. Los casi simultáneos estallidos de la escopeta y el neumático delantero izquierdo sacudieron la noche.

El conductor, asomándose por la ventana para mirar la rueda, comprendió demasiado tarde la causa del reventón. Theo ya había cambiado a modo semiautomático. A menos de veinte metros, su primera ráfaga lo alcanzó de pleno en el rostro, cuello, y hombro. Cuatro proyectiles, cuarenta y ocho postas de metal, penetraron a través de la carne y el hueso. La cabeza del conductor desapareció. Su brazo izquierdo cayó a la calzada.

Antes de que la detonación de los disparos hubiese dejado paso al silencio, Theo había descrito un amplio círculo rodeando por detrás el coche patrulla y llegando hasta el lado del pasajero de la camioneta... justo cuando éste, salpicado de sangre, bajaba de un salto por la puerta. Vestía un uniforme de reparto corriente: marrón, con un remiendo guarnecido de verde que decía «Wallace». A los ojos de Theo, no obstante, nada ocultaba la carne sin vida, como la suya propia, funcionando sólo a

partir de sangre prestada.

Wallace miró con inquietud hacia atrás en la dirección de los dos primeros disparos de Theo y nunca supo, ni siquiera cuando el siguiente estallido le alcanzó abriéndole el pecho, qué pasaba.

Theo se acercó más al sangriento revoltijo que había sido Wallace y echó un rápido vistazo a la cabina de la camioneta. El policía estatal, cubierto con más sangre y materia orgánica que Wallace, estaba plegado en un amasijo. Su cuello estaba roto (por el ángulo de la cabeza con el cuerpo, tenía que estarlo), pero sus ojos estaban abiertos. Tal vez seguía aferrándose a la vida.

No había tiempo para la compasión. Theo no sabía si el agente había pedido refuerzos, y lo más importante, el Brujah oyó el movimiento procedente de la trasera de la camioneta. Había pasado menos de un minuto desde que había reventado el neumático. En el espacio de unos segundos más, buscó en su bolsillo, cogió otros siete cartuchos (balas de tungsteno macizo esta vez) y volvió a cargar. Sus largos y ágiles dedos, con la velocidad que les daba la sangre, eran un borrón incluso para él.

Theo se alejó unos pasos de la furgoneta. Disparó una ráfaga al costado de la sección de carga. Las balas, diseñadas para penetrar un blindaje ligero, destrozaron el delgado metal. Gritos de alarma brotaron del interior. Theo pudo oír los cuerpos buscando cobijo precipitadamente. Se deslizó rodeando la trasera de la camioneta y lanzó otra ráfaga a través de la puerta de carga. Más alaridos de dolor y pánico.

Eso debería mantenerlos en el suelo durante un segundo.

En el tiempo extra disponible, recargó de nuevo. Los cartuchos estaban dentro antes de que acabase de retirarse otros diez metros. Cuando un miembro del Sabbat del cargamento reunió el valor y abrió de golpe la puerta trasera, mientras Theo retrocedía con rapidez, éste disparó dos ráfagas al depósito de combustible.

El cacofónico rugido de llama y metal hizo vibrar las ventanas de los bloques de oficinas adyacentes. La explosión hizo retroceder girando al coche de policía unos metros. Theo siguió en pie y examinó su obra durante unos pocos segundos. El chasis de la camioneta estaba ennegrecido y en llamas. Penachos de humo negro y acre ondulaban en el cielo nocturno. No más Sabbat. No demasiado en cuanto a cuerpos de por medio para que alguien hiciera averiguaciones... algo de polvo entre las cenizas, y un desafortunado agente estatal.

Theo se preguntó por un momento si el oficial ya estaba muerto o si la explosión había terminado con él. No había gran diferencia en realidad, a ese respecto. Finalmente, fue hasta el coche patrulla y abrió la puerta. Destrozó la cámara de vídeo del parabrisas, abrió la caja rompiéndola con sus manos, y arrojó el aparato dentro del fuego.

Eso fue todo. Desapareció como la brisa a través de la oscuridad. El arma enfundada, volvió a su motocicleta. No se había alejado de ella más de diez minutos. Se había ido antes de que el personal de limpieza de una de las oficinas pudiera dar parte de la explosión.

Viernes, 15 de octubre, 3:01 a.m.
Carretera principal de Little Patuxent
Cerca de Columbia, Maryland

¡Mierda!

Octavia blandió el hacha (apenas había espacio suficiente; el volante parecía pegársele contra la misma cara) y la mano de alguien cayó sordamente en el asiento del pasajero a su lado. El resto del brazo salió sacudiéndose por la ventana condenadamente rápido. No tenía tiempo de recrearse.

Algo duro (un puño) hizo pedazos la ventanilla a sólo unos centímetros de su cara. Se tiró a la derecha, tocando con la mejilla la mano cercenada del asiento, para evitar los dedos que la buscaban desde la izquierda. Balanceó el hacha de lado a lado, chocó con el antebrazo contra el volante, pero la hoja consiguió no obstante deslizarse entre los dedos y cortar nudillos. Otra mano ensangrentada se retiró de un tirón.

Jenkins y ella habían parado para examinar un coche abandonado. Como se suponía debían hacer. Que la jodieran si estas cosas no se habían lanzado en tropel sobre su coche tan pronto como había apagado el motor. Y deprisa, además. Una de ellas había lanzado una barra de metal a través del maldito bloque del motor. Eso había sido antes de que las criaturas hubieran sacado a Jenkins, pateando y chillando, por la ventana.

En aquel momento todo eran manos y cristales volando y sangre. La luna trasera ya no estaba. Estaban retorciéndose entrando por el hueco. Otros golpeaban el parabrisas. Se habría roto en unos segundos, y entonces penetrarían por ahí también.

Octavia hizo oscilar el hacha de nuevo. La enterró en la frente de alguien, pero después se la arrebataron. Pudo oír los chillidos y la risa.

¡Crac!

Cayó el cristal delantero. Y el impacto accionó el maldito airbag, dejándola sin sentido, clavándola al asiento. Unas manos asieron el hacha de ella y luego...

Viernes, 15 de octubre de 1999, 3:27 a.m.
Pendulum Avenue
Baltimore, Maryland

—Por aquí, señor —dijo el mayordomo, cuando resultó evidente que el invitado no iba a quitarse la chaqueta.

Pese al abierto y espacioso recibidor, Theo se sintió encerrado. La impecable decoración, la meticulosa colocación de cada jarrón, cada adorno, contribuía de forma intachable a su propósito y transmitía una impresión de contenida elegancia. Nada llamativo ni ostentoso. Más bien de buen gusto, cultivado. Theo podía reconocer todo eso. Al fin y al cabo, Don Cerro había pasado una buena parte del pasado siglo XIX acompañándolo de una a otra de las más espléndidas cortes de Vástagos de Europa. Theo se hallaba bien familiarizado con el refinamiento de los gustos patricios. Simplemente no le gustaba.

Un Brujah más joven puede que no hubiera pasado por alto arrastrar barro sobre las brillantes baldosas y la alfombra oriental, o tirar algo, o palmear al mayordomo en la espalda y romperle las costillas. Theo todavía sentía el impulso destructivo... no esas intrascendentes minucias. ¿Por qué escupirle a la cara cuando podía partirle la nariz en lugar de eso? No, la ira nunca se hallaba lejos de la superficie. Venía con la sangre. Tal vez Theo simplemente había desencadenado lo bastante de su ira y visto lo suficiente con los años para saber que Robert Gainesmil no era el enemigo. Era sólo un síntoma.

Así que Theo siguió al mayordomo a través de los amplios corredores con sus altos techos. Normalmente, el arconte Brujah habría hecho caso omiso de la invitación de Gainesmil. Pero aquella noche no era normal... porque la pasada, Theo había visto al antiguo príncipe de Baltimore saltar en pedazos. Lo había visto, había visto quién lo había hecho y la había dejado ir. Valía la pena mantenerse al corriente cuando normalmente no se preocuparía de lo que pensarán los residentes locales. Así que cuando regresó de su barrida al sur de la ciudad (y exprimió a la patrulla de perímetro que había dejado pasar la camioneta de reparto, aun cuando en realidad no había manera de que pudieran haberlo descubierto) y recibió un mensaje de Gainesmil, Theo decidió responder.

Llegaron al estudio (o lo que infiernos fuera la habitación) tras unos minutos. Estaba lo bastante alejado de la puerta principal para suscitar una impresión del tamaño de la hacienda, pero no tan lejos como para remarcarlo en exceso. El mayordomo giró los tiradores y, con delicada presión, la doble puerta se abrió despacio y con facilidad.

—Señor Theo Bell.

—Gracias, Langford —dijo el anfitrión Toreador.

Gainesmil estaba sentado en una silla de respaldo recto, su postura completamente erguida, las rodillas juntas, los pies con pantuflas planos sobre la

alfombra marrón oscura. Vestía un medio batín rojo orlado de armiño, y debajo de él una camisa de seda con una chorrera de volantes con su nombre. Detrás de él ardía un pequeño fuego. Un radiador de gas imitando leña. Una instalación de gas dentro del refugio de un Vástago podía resultar una mala idea.

La tiene encendida con dos cojones, pensó Theo, después de la pasada noche.

—¿Un refresco? —preguntó Gainesmil, haciendo un gesto hacia una jarra sobre una mesa al lado.

—No, gracias —dijo Theo. Sangre embotellada. No, gracias.

—Eso será todo, Langford.

—Sí, señor. —El camarero salió de espaldas de la estancia, cerrando las puertas al irse.

—Por favor, siéntate —Gainesmil señaló la otra silla a juego al otro lado de la suya. Theo se sentó y se cruzó de brazos.

—Aprecio que hayas aceptado verme, Arconte Bell —comenzó Gainesmil—. Sé que tienes una agenda muy ocupada.

—No es problema... mientras el Sabbat no ataque.

Gainesmil rió cortésmente ante la supuesta broma, luego se dio cuenta de que la expresión de Theo era, como casi siempre, inmutable. El antiguo Toreador se aclaró la garganta.

—Bien, entonces permíteme ser breve.

Como si no se hubiese resignado del todo a su declarada brevedad, Gainesmil hizo una larga pausa. Obviamente estaba escogiendo sus palabras con cuidado, queriendo abordar, quizá, un tema sobre el cual no deseaba ser por completo franco.

—El aguacil Goldwin —dijo Gainesmil— ha sugerido que el ataque de la noche pasada sobre el príncipe... sobre el difunto príncipe, fue muy probablemente la primera fase de la ofensiva del Sabbat contra nuestra ciudad. —Hizo otra pausa, como si esperase algún comentario por parte de su invitado, pero Theo no dijo nada.

—El Príncipe Garlotte, por supuesto, ya no está entre nosotros... —dijo Gainesmil, pero después titubeó ligeramente, con un casi imperceptible temblor de emoción en su voz.

Theo reparó en ello pero no reaccionó. ¿Auténtica pena por la pérdida de un viejo amigo y aliado, o simplemente un despliegue para dar a entender tal sentimiento? ¿Acaso Gainesmil no había sido la mano ejecutora, pero había tomado parte en ello? Theo dio vueltas a esa posibilidad en su mente. ¿Había Gainesmil incitado a Katrina al equivalente entre los Vástagos del parricidio?

—Varios miembros del equipo de seguridad del príncipe desaparecieron en la explosión —continuó Gainesmil—. Y dos centinelas sobre edificios próximos al barco fueron hallados muertos. Más importante que los ghouls, no obstante —dio por terminado el tema de las muertes de éstos con un gesto de su mano—, se desconoce el paradero de Malachi y Katrina —Hizo un alto de nuevo, pero Theo se limitó a seguir mirándolo—. Se supone que han sido destruidos.

Theo aguardó. Cualquier cosa que tengas que decir, adelante, dila.

—Llegaste al lugar diez o quince minutos después de la explosión.

Theo asintió.

—Estabas patrullando por la zona.

—Volviendo de patrullar más allá —dijo Theo sin alterarse—. El Puerto Interior suele ser bastante seguro.

—«Bastante seguro», como dices —convino Gainesmil. Alzó un dedo y se golpeó los labios, despacio, tres veces—. Hubo, sin embargo, una ocasión... ah, hace tres meses, cuando el Puerto Interior no fue tan seguro.

De nuevo, Theo aguardó impasible. Podía ver a dónde llevaba aquello, pero no iba a ayudar a Gainesmil a seguir adelante. Desembucha.

—El ataque al señor Pieterzoon. Creo que estás enterado de qué ocurrió.

Theo asintió. Aquello podía ser delicado. Había seguido a Pieterzoon esa noche porque no confiaba en aquel bastardo y quería averiguar un poco acerca de cómo pasaba sus noches el Ventrue. Maldita suerte que aquel escuadrón de la muerte del Sabbat estuviese deambulando por allí esa noche... mala suerte para ellos, buena para Jan, y para la Camarilla, había llegado a pensar Theo.

Pero si Gainesmil sabía que Theo estaba cerca con ocasión del ataque sobre Pieterzoon y más próximo de lo que había pretendido cuando el U.S.S. Apollo voló por los aires... Aunque no existiese una verdadera conexión, no sería visto con buenos ojos. Podría ser suficiente para crear problemas, si eso es lo que perseguía el Toreador.

—¿Por qué no dijiste nada acerca del ataque al señor Pieterzoon? —preguntó Gainesmil.

—Por la misma razón por la que se callaron el Príncipe Garlotte y Pieterzoon —respondió Theo—. Por la misma razón por la que te callaste tú, sospecho. Algo embarazoso para el príncipe que un huésped sea atacado en el corazón de la ciudad. No tenía ningún motivo para avergonzar a Garlotte.

Gainesmil reflexionó sobre ello. Pareció aceptarlo. O tal vez no era sencillamente lo que más le interesaba.

—En el lugar del ataque... de la explosión —preguntó—, ¿advertiste algo... algo que pudiera llevarte a poner en duda la hipótesis del alguacil Goldwin de que el Sabbat se hallaba detrás de ello?

—¿En qué estás pensando?

—En nada en absoluto. En algo que pudiese señalar hacia... otra implicación.

Theo lo miró directamente a los ojos.

—No soy detective, ¿sabes? No acudí a la escena del crimen en busca de pistas.

—Claro que no. Claro que no. Pero podrías de todas formas haber reparado en algo... ¿algo fuera de lugar?

Theo lo pensó por un minuto. Se dio tres golpecitos en el labio por añadidura antes de hablar.

—No.

La expresión expectante de Gainesmil decayó de forma sensible.

—No pretendo apremiarte. Tómate tiempo para...

—No. No noté nada.

Transcurrieron varios segundos antes de que Gainesmill se diera cuenta de que su boca seguía abierta. La cerró.

—Compréndelo —continuó en un tono algo tenso mas todavía agradable—, ciertos socios del alguacil Goldwin sí que inspeccionaron la escena, y...

—Y no confías en ellos —dijo Theo.

Gainesmil cerró de nuevo la boca de forma consciente y habló con la sonrisa de una víbora.

—Siempre vale la pena, y estoy seguro de que estarás de acuerdo, Arconte Bell, solicitar tantas perspectivas como sea posible.

—Por lo general me atengo a mi propia perspectiva —dijo Theo—. Es decir, a no ser que Jaroslav me diga otra cosa. Entonces suelo adoptar la suya.

—Entiendo. —La mención del justicar Brujah pareció poner ligeramente nervioso a Gainesmil.

Recuerda con quién estás hablando, pequeño lameculos. A Theo no le importaba ser subestimado. Que creyesen que era grande y estúpido si querían. Pero apenas soportaba que lo trataran con condescendencia. Era asombroso lo que se podía conseguir dejando caer algunos nombres; apenas un poco sutil recordatorio de que Theo había sido seleccionado como arconte por uno de los más implacables, fanáticos, y sencillamente perversos hijos de puta que había sobresalido en la Camarilla en un jodido montón de tiempo.

—Entiendo.

—Así que crees que la gente de Goldwin es inútil, o que está ocultando lo que ha encontrado en realidad —dijo Theo.

—Resulta ciertamente razonable sospechar que el Sabbat es responsable —dijo Gainesmil, dando marcha atrás tan deprisa como sus pequeñas piernas semánticas lo llevaron lejos de su insinuación de hacía un momento—. Pero el alguacil encontró pocas o ninguna evidencia de peso, y existen... otras posibilidades.

—¿Qué evidencias quieres... aparte de un montón de malditos pedacitos de barco por todo el puerto?

—Bien... por supuesto puede que nunca encontremos pruebas concluyentes. Pero no deberían descartarse otras posibilidades, todavía no, aunque no puedan ser demostradas. A fin de cuentas, la implicación del Sabbat, si bien no improbable, es mera suposición asimismo.

—Otras posibilidades —dijo Theo—. ¿Como qué?

—Como he dicho, se supone que Malachi y Katrina han sido destruidos.

—También se supone que Garlotte ha sido destruido —observó Theo.

—Me reuní con el príncipe, en el barco, precisamente menos de una hora antes de

la explosión. No tenía planes para ir a otra parte.

—¿Te los habría contado?

—Había pocos secretos entre el Príncipe Garlotte y yo.

—Pocos que tú supieras.

Gainesmil le lanzó una feroz mirada, pero luego su expresión se suavizó.

—Muy cierto.

—Piensas que Malachi y Katrina estaban implicados —dijo Theo.

Gainesmil frunció el ceño. Se levantó de su silla y empezó a caminar despacio alrededor de la habitación.

Si esto es breve, pensó Theo, no me gustaría escuchar la versión larga.

—Sin duda fue el Sabbat... —dijo Gainesmil—, pero —levantó un dedo en señal de énfasis—, sin pruebas a tal efecto, especular acerca de facciones desconocidas que podrían haber estado implicadas, y con un vil propósito, no resulta en particular descabellado o extravagante.

—Descabellado o no —dijo Theo—, se trata de una especulación. No veo la diferencia.

—Es posible —insistió Gainesmil.

—Mira —dijo Theo—. ¿Quieres, sin prueba alguna, ir a contarle a Xaviar que el único Gangrel al servicio de Garlotte es quien crees que lo hizo volar en pedazos?

—¡Esto no tiene nada que ver con Xaviar!

—Tiene todo que ver con Xaviar, o alguien como él. Sigue lanzando calumnias como ésa, y algún Gangrel ofendido va a venir a buscarte. No va a querer hablar sobre lo que tú crees, ni se va a limitar a mear en tu buzón. No. Va a convertir tus entrañas en extrañas.

Gainesmil seguía paseando... hasta que oyó la poco sutil mención sobre reconfigurar su anatomía. La idea no pareció sentarle bien, por lo visto. Frunció los labios, volvió a sentarse.

—Además —añadió Theo—, ¿crees que usar explosivos es el estilo de Malachi? Quiero decir, que ese tipo era feliz si le lanzabas un hueso crudo.

Gainesmil soltó una risita irónica al oír aquello, pero no se vio alentado a seguir riendo.

—¿Katrina? —meditó Theo en voz alta—. Nunca creí que tuviera suficiente...

—¿Propensión? —sugirió Gainesmil.

—Sí —convino Theo—. Algo así. —Era cierto, dentro de lo que cabe.

—Pero era rencorosa. Cielos si lo era.

—Muéstrame una chavala que no lo sea.

Gainesmil rió en voz baja de nuevo, pero en su mayor parte se hallaba absorto en sus propios pensamientos.

—De todas formas —dijo Theo, levantándose—, quien diablos fuera, si se hicieron volar en pedazos a sí mismos, no importa demasiado en realidad. Si hallamos a alguien todavía vivo y coleando, entonces tendremos algo de lo que

hablar. Hasta entonces, tengo cosas que hacer.

—Por supuesto. Por supuesto —Gainesmil salió de su ensueño con una sacudida. Se levantó con Theo, luego tendió la mano hacia un llamador y tiró de él. No muy lejos, Theo oyó el tañido de una campana... una campana que oídos mortales no habrían percibido. Al cabo de unos segundos, el mayordomo abrió las puertas del estudio.

—Langford —dijo Gainesmil.

—¿Señor?

—El Arconte Bell ha sido más que cortés. Haz el favor de acompañarlo hasta la puerta.

—Sí, señor.

Theo saludó con la cabeza al dejar a Gainesmil y luego siguió al mayordomo de vuelta a través de los corredores del refugio del Toreador. De camino, Theo fumó medio cigarrillo y lanzó la colilla dentro de un florero cerca de la puerta principal. A veces, se dijo, las pequeñas cosas bastaban.

Viernes, 15 de octubre de 1999, 4:11 a.m.
Carretera principal de Little Patuxent
Cerca de Columbia, Maryland

La camioneta Dodge aminoró hacia el andén y se detuvo a veinte metros largos detrás del destrozado Crown Victoria. El motor de la misma continuó en marcha. Las luces delanteras iluminaban las abolladuras y las rotas ventanas de delante.

—¿Ése es el coche de Octavia? —preguntó Reggie.

Eustace estudió el otro vehículo durante un largo minuto. Bajó su ventanilla y escupió sobre la grava.

—Joder, sí.

—Eso pensaba.

Permanecieron sentados contemplando el coche. Eustace alargó la mano y cambió la emisora de la radio. Soplaban una agradable brisa a través de la ventanilla.

—¿Crees que hay alguien aún en él? —preguntó Reggie.

—No sé —dijo Eustace. Buscó detrás de su asiento, recogió su escopeta de dos cañones recortados del calibre doce y comprobó dos veces que estaba cargada—. Te lo haré saber —Escupió de nuevo antes de salir, limpiándose la boca con la manga.

Mientras Eustace se aproximaba al otro coche, Reggie observó detenidamente, apartando la vista sólo un segundo para volver a cambiar la emisora. Eustace se detuvo junto al Crown Victoria y lo examinó con cautela. Se rascó la cabeza y escupió. Poco después, regresaba a la camioneta.

—Alguien lo ha destrozado —dijo Eustace.

—No me digas.

—Mejor llama a Slick. No queremos que la policía tropiece con éste.

—Bien, de acuerdo.

Reggie cogió el móvil, mientras Eustace cambiaba la emisora de la radio.

Sábado, 16 de octubre de 1999, 11:20 p.m.
Auditorio McHenry, Parador Lord Baltimore
Baltimore, Maryland

—¡Theo! Gracias a Dios... —Lydia se unió a él en el vestíbulo que conducía al auditorio. Desde detrás de ella llegaban los sonidos de un acalorado griterío. El corredor, costosamente alfombrado, se hallaba flanqueado de impasibles ghouls: los del equipo de seguridad de Garlotte que al no haber estado en el barco hacía tres noches no habían volado derechos al Día del Juicio. Malachi, el azote Gangrel, guardián habitual de la sala de conferencias, se hallaba notoriamente ausente.

El clamor venido del auditorio continuó en el mismo tono. Theo reconoció al instante una de las voces (la más alta), que seguía imponiéndose sobre las que se alzaban en contra.

—Lladislas —dijo Theo.

—Sí —dijo Lydia. Se había apresurado para reunirse con Theo, pero él había seguido caminando, así que se vio forzada a cambiar de dirección y volver a encaminarse hacia la doble puerta para mantenerse a la altura de su antiguo—. Quiere ser el nuevo príncipe. Está pidiendo el voto a favor.

Theo se paró en seco. Lydia siguió avanzando, se dio cuenta de que se había detenido y volvió a cambiar de dirección.

—¿Voto? —gruñó Theo—. ¿Qué quiere ser... príncipe o una puta reina del baile? —El arconte siguió andando otra vez de repente, justo cuando Lydia llegaba a su lado, y la dejó detrás. Ella corrió tras él con dificultad.

No abrió la doble puerta de un portazo. No estaba enfadado ni contrariado, no más de lo que solía estar; no necesitaba hacer una entrada dramática. Dejaba las dotes teatrales para los otros. No obstante, en el instante en que entró al auditorio y comenzó a descender por el pasillo lateral, el debate se apagó gradualmente. Los Vástagos en la cabecera de la sala en declive no lo miraron con temor ni sobrecogimiento, al menos no todos; la discusión hizo un receso más que concluir. Theo no era su arbiter extraordinaire. Sin embargo su presencia arrojó una luz del todo nueva sobre la «discusión».

Pudo sentir el cambio en aquellos primeros segundos... no una reducción de la tensión, sino más bien esa tensión llegando a un punto crítico. Percibió algo más también, algo que sospechaba era resultado directo de la destrucción de Garlotte... una peligrosa falta de contención en el debate.

No obstante, pensó, puede que se trate sólo de Lladislas.

—Theo Bell. —La voz de Lladislas retumbó llenando el auditorio entero—. Justo el hombre que necesitábamos ver.

Nadie más habló. Los demás (Jan, Vitel, Gainesmil, Isaac entre ellos) observaron en silencio mientras Theo seguía bajando por el pasillo hacia la mesa de conferencias... una nueva mesa de conferencias, advirtió. Alguien había reemplazado

aquella en la que Xaviar había enterrado sus garras. Aquella había sido una noche difícil. Garlotte y el justicar Gangrel tenían egos lo bastante grandes como para que apenas cupiesen en esa sala. Cómo cambiaban las cosas. Garlotte era comida para los peces, y Xaviar, herido su orgullo, supuestamente estaba llevando a su clan fuera de la Camarilla. Theo movió la cabeza y frunció el entrecejo.

Lladislas pareció creer que el gesto iba dirigido a él. Su ceño se arrugó profundamente bajo sus leves entradas capilares.

—Esta ciudad está bajo asedio, por Dios —continuó el exilado príncipe de Buffalo—. Necesita un nuevo príncipe, y lo necesita ahora. Soy un hombre con experiencia. He gobernado una ciudad. La he gobernado de verdad... no he desempeñado un papel secundario. —Lanzó una afilada mirada a Isaac y a Robert Gainesmil. Ambos lo miraron helada y fijamente en respuesta—. He hecho el trabajo difícil, he tomado decisiones de vida o muerte —añadió.

—Y el último apunte en tu currículum —intervino Marcus Vitel, antiguamente de Washington, D.C.— dice que tu ciudad cayó ante el Sabbat.

Los ojos de Lladislas se abrieron poco a poco. Su rostro, siempre de mejillas coloradas (bastante anormal para un vampiro), se ensombreció de forma visible.

—Tu ciudad cayó ante el Sabbat —prosiguió Vitel, de pronto con aspecto muy fatigado—, como hizo la mía. —Tendió sus manos, presentando las palmas, llevándolas hacia sus costados, como para negar cualquier intención maliciosa en sus palabras.

Puede que el gesto conciliador hubiese concedido a Lladislas una breve pausa y sirviese para evitar que se lanzase en un violento ataque, pero se hallaba lejos de encontrarse apaciguado. El dardo de Vitel había penetrado profundamente, quedándose clavado.

—No contaba con que tú, de entre todos los Vástagos, un rival y un Ventrue, me apoyaras —dijo Lladislas con un gruñido.

Vitel mantuvo su calma e incluso permitió que una confundida sonrisa asomara levemente a su rostro.

—Ciertamente soy Ventrue... pero ¿rival? —Sus cejas se alzaron de forma inquisitiva—. No tienes nada que yo quiera, Lladislas, y sin mi ciudad, no poseo nada que codicies. —Luego la sonrisa de Vitel se desvaneció. Sus ademanes se tornaron bruscos, acaso afligidos—. En cuanto a esta ciudad, para mí no es nada más que un refugio. Considérate un pretendiente sin rival. Ocúpate de las baratijas, si quieres. Yo no me contentaré con menos que recuperar la perla pisoteada por las hendidas pezuñas de los puercos.

Lladislas, al igual que todos los sentados alrededor de la mesa, permaneció en silencio. Theo se dio cuenta de que se había detenido antes de llegar a la mesa para escuchar las palabras de Vitel, que resonaban con tan profundo sentimiento de pérdida. El arconte Brujah ocupó a continuación su lugar, y Lydia se sentó a su lado.

Esa breve oratoria era lo más largo que Vitel había dicho en público que Theo

podiera recordar desde que el depuesto príncipe hubiera huido de Washington. Vitel había asistido a la mayoría de las conferencias de mando y ofrecido su opinión, de forma ocasional. Incluso había usado sus contactos en la capital de la nación para ayudar a producir un temporal toque de queda en esa ciudad... ciertamente ninguna panacea, pero al menos un obstáculo para que el Sabbat obrara por allí en un momento crucial, mientras la riada de refugiados de la Camarilla que se dirigía hacia Baltimore estaba siendo convertida en una pasable fuerza defensiva. Vitel había contribuido a la causa, pero había pasado la mayor parte de los últimos meses en el retiro. Fuera cual fuera el juego al que estaba jugando (era un Ventrue, tenía que estar tramando algo), lo hacía entre bastidores. Pieterzoon había intentado varias veces abrirse paso a través del muro de soledad, y Victoria, antes de ser enviada por mar a Atlanta, sin duda había tratado de aliarse con Vitel. Jan incluso había mencionado a Theo que Vitel parecía un hombre roto, que la pérdida de su ciudad y de sus chiquillos era una losa que cargaba.

Como si me importara una mierda, pensó Theo. Los pequeños dramas personales de la sangre azul no iban a impedir que el Sabbat cayera sobre la ciudad. Y en aquel momento, Lladislas, aunque él mismo era un Brujah, no estaba arreglando las cosas alborotando para convertirse en príncipe.

—Si tienes que pedir permiso —dijo Theo, rompiendo el silencio—, no eres el príncipe. —Cruzó los brazos y clavó la mirada directamente en Lladislas, desafiando a su compañero de clan a oponérsele.

Dicho sea en su honor, Lladislas guardó silencio... a duras penas. Su rostro enrojeció de nuevo y sus manos se crisparon hasta formar puños de pálidos nudillos, pero mantuvo la boca cerrada. Theo lo interpretó como una señal esperanzadora para el futuro de Lladislas. A todas luces, éste reconoció también lo que era obvio para Theo y probablemente para varios de los otros, entre ellos Jan y Vitel sin duda: Lladislas se hallaba fuera de su circunscripción en Baltimore. Contaba con pocos seguidores leales, había demasiados Vástagos mayores presentes para que se abriera paso con intimidaciones hasta la cima, y, a diferencia de su propia ciudad, no había nadie allí que le debiera favores.

Aun así, no era un memo... directo, sí; estúpido, no. En circunstancias normales, nunca habría hecho su tentativa. Pero éstas no eran circunstancias normales, no con Garlotte destruido y el Sabbat avanzando poco a poco hacia el norte desde Washington cada noche. La política convencional se había vuelto cabeza abajo. Lladislas todavía podía haberse convertido en príncipe... si el presente consejo de antiguos le hubiese respaldado. Y eso probablemente habría sucedido si Theo hubiera ejercido presión a favor de su compañero de clan. Pero Theo sabía cosas que Lladislas no sabía.

Así que Lladislas echó humo, pero no dijo nada. Carecía de argumentos para presionar sin la aprobación de Theo.

—Es absolutamente cierto —dijo Jan Pieterzoon, llenando el embarazoso silencio

— que toda ciudad necesita un príncipe. Nuestro sentido del orden es lo que nos diferencia de esos monstruos del sur.

Pieterzoon, de complexión ligera, con gafas de montura metálica y cabello rubio corto y erizado, era modesto... de una manera peligrosa. Aportaba a la mesa una astucia nacida de siglos de práctica y un linaje que hacía que muchos Vástagos palidieran ante la mención de su nombre. Si después de la caída de Hartford ante el Sabbat había quienes lo tenían en menor consideración, ello se debía a que, igual que Lladislas, no estaban al tanto de los detalles que Theo sabía.

Una vez Theo hubo intimidado a Lladislas, el arconte pudo ver que éste era un giro de los acontecimientos para el cual Jan estaba bastante preparado.

—Considerando que el mismo Príncipe Garlotte instituyó este organismo como un consejo de primogenitura *ad hoc*, en cierto modo, además de su función de coordinación de los esfuerzos de defensa de la región contra el Sabbat —continuó Jan—, resulta del todo procedente que nosotros propongamos un candidato para asumir las responsabilidades del cargo de príncipe.

Theo no hizo signo alguno de aprobación o desaprobación, aunque sospechaba a dónde quería llegar Jan. Buena jugada, pensó Theo. Limitarse a sugerir a alguien. No alegar demasiada autoridad, aunque nadie en la ciudad va a oponerse a las personas de esta sala. Ahora va a elegir a un residente local...

—Estoy seguro de que todos coincidiremos —dijo Pieterzoon— en que, en tiempos tan peligrosos, la estabilidad en nuestra propia jefatura es conveniente, incluso crucial. Para que podamos asegurar la estabilidad y el liderazgo cualificado de los que Baltimore disfrutó bajo el gobierno del Príncipe Garlotte, hay que proponer a alguien que esté íntimamente familiarizado con la ciudad.

Theo no necesitaba recorrer la mesa con la mirada para saber quiénes eran los dos candidatos posibles, a uno de los cuales Jan tenía sin duda en mente. Por eliminación: Lydia, aunque una chica brillante, sólo estaba presente para guardar el sitio hasta que Theo hubo llegado. Lladislas había disparado su cartucho y se había quedado corto. Vitel había decidido no participar. Marston Colchester, el enlace Nosferatu, ni siquiera estaba allí... al menos no de forma oficial. Ninguno de los Malkavian, Matón y Tembloroso, estaban a la altura, por no hablar del temperamento, para comandar una ciudad.

Ello dejaba sólo a Robert Gainemil, confidente de Garlotte durante muchos años, e Isaac Goldwin, alguacil y chiquillo del antiguo príncipe.

Pero el Malkavian, Matón, pensaba de otra forma.

—Lo que dices está todo muy bien, Pieterzoon. No pretendo discutir, desde luego... —Su pelo y su larga barba estaban despeinados y sucios. Mientras hablaba, Matón se pasaba constantemente los dedos por las pobladas barbas. Sus ojos miraban fijamente a algún punto indeterminado sobre la mesa—. Pero Theo sería un príncipe bárbaro. Nadie lo molestaría en tiempo de problemas. Ni en ningún otro tiempo, a todo esto.

—Un príncipe bárbaro —repitió Tembloroso, que pasaba sus noches entre los vagabundos y parecía uno de ellos.

Theo sintió todos los ojos de la sala girándose hacia él. Cuando miró torvamente a los dos Malkavian, Matón pareció marchitarse bajo la mirada de Theo, aun cuando el Malkavian no había alzado la vista de la mesa. Mientras tanto, Tembloroso, fiel a su nombre, comenzó a temblaquear ligeramente y a lanzar furtivas miradas a todos los que estaban alrededor de la mesa... salvo a Theo.

—Ya tengo un trabajo —dijo Theo por fin.

—En efecto —intervino de pronto Jan, retomando el orden del día, ante el gran alivio de los Malkavian—. Aunque se admite la sugerencia —Theo se volvió sin rastro de humor hacia Jan, pero el Ventrue se limitó a sonreír cortésmente en respuesta, añadiendo—: El justicar Pascek nunca prescindiría de buen grado de los servicios de su arconte más apreciado —hizo una pausa—. Eso nos deja a Gainesmil y al alguacil Goldwin como los sucesores más plausibles del Príncipe Garlotte. ¿Querías hacer alguna observación, Arconte Bell?

Theo contuvo un suspiro. ¿Estaba Jan disfrutando de aquello por alguna razón? Sabía condenadamente bien que a Theo le importaban un rábano las charadas políticas. Se suponía que ese tipo de asunto no se trataba en comité. Elegir rey era un pasatiempo para la pandilla del cuarto secreto. Este asunto era todo espectáculo, de todas formas. Se giró para contemplarlos: Goldwin el Ventrue y Gainesmil el Toreador. Los miró fríamente por un largo instante, luego apartó la vista.

—Lanza una moneda o lo que sea.

Isaac se ofendió ligeramente ante el comentario. Gainesmil se lo tomó de forma más estoica. El Toreador, al hablar con Theo la noche después de la muerte de Garlotte, había estado tratando desde luego de sembrar la duda en la mente del Brujah sobre la credibilidad de Isaac... y su lealtad, a pesar de que no había intentado relacionar directamente al alguacil con la explosión. Theo no había dado a Gainesmil ninguna razón para que esperase su apoyo, así que su poco notable falta de respaldo, si bien una decepción, no había supuesto ninguna sorpresa. Un incómodo silencio cayó de nuevo sobre el auditorio.

—Como iba diciendo —dijo Jan, siguiendo donde lo había dejado antes de la interrupción del Malkavian, evitando que las cáusticas palabras de Theo ejercieran demasiado tiempo efecto—, para asegurar una transición de poder tranquila...

Theo desconectó durante gran parte de la perorata de Jan. Como muchos miembros de su clan, Pieterzoon tenía la costumbre de usar un centenar de palabras para decir lo que podía ser dicho con facilidad con una. Algunos Vástagos daban por supuesto que, hablando más, reivindicaban su importancia. Probablemente Jan no creía tal payasada, pero aunque el lenguaje florido no fuese sino una tapadera para lo que realmente seguía, en momentos como ése, Theo tenía que permanecer sentado pese a todo hasta el final.

—... el propio chiquillo del difunto príncipe, largo tiempo a su servicio como

alguacil, Isaac Goldwin, prestaría un hábil servicio como nuevo príncipe de Baltimore —concluyó Jan al fin.

Durante la verbosa divagación, Theo se había movido ligeramente en su asiento a fin de poder ver las reacciones de Isaac y Gainesmil. De aquella forma, una vez Jan fue por fin al grano, el arconte no tuvo que demostrar el menor interés, ni siquiera el necesario para girarse o alzar la cabeza. Isaac o Gainesmil, cualquiera que no fuese elegido, sería probablemente el que protestaría.

Isaac, halagado y más que algo aliviado, intentó arrojar una luz magnánima sobre su sonrisa y se sentó visiblemente más erguido en su asiento. Gainesmil, curiosamente, se limitó a asentir en señal de conformidad con la declaración de Jan.

Me pregunto qué le ha prometido Pieterzoon, meditó Theo. Era evidente que Jan, a diferencia de Lladislas, había organizado el apoyo a su caballo antes de la reunión que decidiría la cuestión. Por otra parte, Lladislas no se había visto obligado a tratar con demasiada disparidad de opiniones mientras gobernaba Buffalo: no es que la gente no hubiera estado en desacuerdo con él, y posiblemente a menudo, sino que nunca se lo habían dicho a la cara.

—Me siento honrado —comenzó Isaac— de ser respaldado por tan augusto grupo...

Los pensamientos de Theo de nuevo divagaron. Ahora era el turno de Isaac para soltar la lengua, para hacer morritos a los antiguos que, a efectos prácticos, acababan de hacerlo príncipe. Nadie iba a protestar demasiado acerca de lo que fuera decidido por el chiquillo de Hardestadt el Viejo, el último príncipe de la Camarilla de Washington y Buffalo, y un arconte Brujah. Gainesmil y los Malkavian, así como la elección de Goldwin, dieron a la decisión un barniz de legitimidad provincial. De todas formas, ¿quién otro iba a ser príncipe? Nadie más (si Gainesmil cedía, como parecía haber hecho) estaba disponible. Ninguno de los forasteros iba a respaldar a otro, y Garlotte se había tomado muchos esfuerzos para desalentar a la competencia a su mando, así que nadie entre los residentes locales disponía de los suficientes contactos políticos para resistir por sí solo. Theo estaba del todo seguro de que no quería el puesto. Había, desde luego, un montón de efectivos de los Vástagos en la ciudad y alrededores las últimas noches, pero la mayoría de ellos se había dedicado a prepararse para la al parecer inevitable arremetida que el Sabbat iba a lanzar tarde o temprano.

—... y pretendo continuar la tradición de gobierno duro pero justo practicado durante tanto tiempo por mi sire...

El Sabbat. Eso era algo de lo que valía la pena preocuparse en aquel momento. Eso era algo que merecía muchísima atención. Las incursiones hacia el norte estaban volviéndose más frecuentes y con mayor fuerza. Esos bastardos estaban probando las defensas, preparándose para la gran ofensiva. Durante las dos últimas noches, Theo casi había retirado la mayor parte de sus patrullas del perímetro exterior junto a Fort Mead para reforzar la segunda línea en el aeropuerto. Era una táctica que hacía

tiempo sabía que adoptaría. Jan y él lo habían hablado hacía meses, cuando Buffalo cayó en agosto, y habían hecho sus planes. Jan no tenía la cabeza tan pegada al propio culo como parecía a veces, pero el tiempo y la energía desperdiciados con estos consejos seguía siendo exasperante. Si no fuese por el hecho de que alguna vez cada cierto tiempo (cada mucho tiempo) ocurría algo importante en aquellas asambleas de estirados, Theo no se molestaría en absoluto.

—... porque Baltimore se ha convertido en una ciudad de esperanza para los Vástagos...

Pero por supuesto, dado que el propio Theo se había tomado un interés tan personal en la seguridad de la ciudad, ello dejaba a Jan y ahora a Isaac, y a Garlotte y Victoria antes que ellos, libres de jugar a sus juegos de salón. Límate a dejárselo al Brujah para que se encargue del trabajo pesado.

Ésa es la única manera de que el auténtico trabajo llegue a hacerse, pensó Theo. Hablando de lo cual...

Mientras Isaac parloteaba interminablemente acerca de las obligaciones de un príncipe a sus compañeros Vástagos, Theo hurgó en su bolsillo y sacó su busca. Le echó un prolongado vistazo, volvió a meterlo en el bolsillo y se levantó para irse.

—Tengo que irme —dijo sin más explicaciones cuando Isaac hizo una pausa en su sermón. Theo tocó a Lydia en el hombro. Ella lo siguió fuera del auditorio hasta dejar atrás a los ghouls de seguridad. Theo no se molestó en esperar al ascensor. Usó las escaleras. No iba con prisa, pero era mucho más alto que Lydia, por lo que ésta tuvo que apresurarse para seguir el paso mientras se abrían camino a través del vistoso vestíbulo.

—¿Una incursión del Sabbat? —preguntó Lydia, casi con expectación.

—Oh-oh.

—¿Problemas con una de las patrullas?

—No.

Ella siguió andando junto a él mientras dejaban el Parador Lord Baltimore.

—¿Entonces quién diablos te ha llamado?

—Nadie —dijo Theo—. Solamente tenía que salir de ahí.

—¿Así que no tienes prisa para ir a alguna parte? —preguntó Lydia.

—No en este mismo momento.

—¿Me llevas hasta el taller de Slick? No me apetece robar otro coche ahora mismo.

—Claro —dijo Theo—. ¿Dónde están tus muchachos?

—Probablemente allí ya.

Theo no había aparcado lejos del parador. Esperó hasta que Lydia subió a la moto detrás de él y entonces la hizo arrancar.

—Sujétate.

—Me estoy sujetando.

Theo bajó la vista, y vaya si no lo estaba haciendo. Los brazos de ella no llegaban

a abarcar por completo su torso, pero sus blancas manos se cerraban sobre los pliegues de su chaqueta. Cualquier chaqueta que Theo pudiese ponerse era voluminosa. La que llevaba era más recia que una hecha de cuero normal... reforzada para desviar al menos balas de pequeño calibre o la hoja de un cuchillo al sesgo. La pequeña cantidad de sangre requerida para curar una molesta herida podía constituir una gran diferencia en una lucha cuerpo a cuerpo. Theo lo sabía.

Después de ponerse en camino cruzando toda la ciudad, no habría sentido a Lydia sentada detrás de él si no hubiese sabido que estaba ahí. Era pequeña y ligera como una pluma, pero Theo había visto el efecto que sus palabras y acciones tenían sobre sus iguales: la turba anarquista. Muchos de ellos eran Brujah. La mayoría se contaban asimismo entre los más jóvenes de los Vástagos. La relativa juventud de un anarquista era a la vez causa y efecto de su condición de anarquista: causa porque ocupaba una posición baja en la jerarquía totémica, y no tenía paciencia con los poderes fácticos; efecto porque sólo muy raramente conseguía un anarquista, sin el auspicio de un príncipe u otro protector influyente, sobrevivir a su propia era. Había pocos anarquistas viejos.

El mismo Theo había sido lo bastante afortunado para ser Abrazado por un sire que deseaba pasar muchos años instruyendo y educando a su protegido. Por la razón que fuera, pocos sires eran tan pacientes en las noches actuales. O eso o el chiquillo, independiente en su vida mortal, exigía la misma independencia en la no vida. El anarquista quería libertad, y la quería ya, si no antes. Eso no encajaba bien con un sire que, de hecho, consideraba «la maldición de Caín» un don, y que igualmente esperaba servil devoción por parte de su nuevo pupilo. Muchos Vástagos no sobrevivían a la disciplina de un sire.

Theo echó un vistazo sobre su hombro a Lydia. El arconte no solía hacer de taxista con sus soldados de a pie, pero éste tenía potencial. Parecía de la clase más razonable, la pragmática. Tal vez pudiera evitar los peligros y tener éxito en alguna parte. O tal vez no. El tiempo lo diría con seguridad. Era mejor no apegarse demasiado.

Ella advirtió su mirada y se echó hacia delante, pegándose a su oreja para poder hacerse oír por encima del motor.

—Antes de que llegaras allí, a la asamblea —dijo contra el viento— estaban hablando de Garlotte, de la explosión.

—¿De verdad? —dijo Theo con voz calma.

—Decían que no podía haber sido un accidente. Demasiado gordo.

Theo asintió. Mantuvo la cara vuelta en parte hacia un lado y atendió a la carretera por el rabillo del ojo.

—Tiene que haber sido el Sabbat —continuó Lydia—. Los Assamitas no habrían sido tan chapuceros.

Theo volvió a asentir y se volvió hacia delante. Lydia no iba a decir nada que él no supiera, y con sus breves comentarios ya le había informado de lo que quería

averiguar. Era un buen indicador del estado de ánimo de los anarquistas, del sentir en las calles. Lydia creía lo que le estaba contando. Que el Sabbat se hubiera introducido de forma furtiva en la ciudad haciendo volar en pedazos al príncipe le parecía del todo lógico. ¿Y por qué no habría de ser así? Ésa era la explicación que Theo había ayudado a vender.

Tras la explosión en el muelle, había puesto tierra de por medio, dando la vuelta al oeste, y vuelto diez minutos más tarde para contemplar con preocupación cómo las autoridades mortales acordonaban la escena del «accidente». Eso es lo que refería la prensa mortal. Gainesmil, aunque no estuviese satisfecho con la forma de ocuparse del asunto de Isaac, tenía relación con los contactos de Garlotte en el gobierno de la ciudad y en los medios de comunicación. Se había encargado de que la investigación no fuese más lejos. Puede que Gainesmil no creyese que la destrucción de Garlotte era obra del Sabbat, pero el Toreador estaba siguiendo a conciencia la política de su facción.

Mejor para él, pensó Theo. Todo el asunto de Garlotte era sólo una distracción en cualquier caso. Theo prefirió no pensar que había tenido la oportunidad de poner fin a la cuestión, pero no lo había hecho.

Los dos Brujah rodaron hacia el norte, rasgando la motocicleta en su desigual avance la relativa quietud de la noche. No les llevó mucho dejar atrás el saneado Puerto Interior. Los bloques más allá de éste eran una mezcla de oficinas, tiendas de antigüedades, restaurantes, y aburguesadas casas adosadas. El aparcamiento de la calle era una línea ininterrumpida de coches de lujo: BMW, Mercedes, 4x4, 4x4, 4x4... Theo medio se preguntaba si esa gente se había convencido a sí misma de que necesitaba tracción a las cuatro ruedas para cruzar los baches de las calles de la ciudad.

Tales enclaves privilegiados pronto dieron paso a zonas de menos refinamiento. La pintura no era tan fresca. No se habían eliminado todos los restos de pintadas. Las tiendas y casas tenían barrotes en las ventanas. Había más coches con abolladuras, o trozos de chapa que no casaban, o con un tapacubos menos.

Mientras Theo conducía no pensaba en Lydia, sino en otro pálido Vástago femenino: Katrina. Una preocupante pregunta seguía bullendo en su mente, una pregunta sobre ella, y sobre lo que él había hecho... o dejado de hacer. Durante las pasadas noches, mientras había estado de patrulla, incluso cuando había intentado asegurarse de que Gainesmil no tenía idea cierta de lo que había ocurrido, Theo, como era su costumbre, había hecho caso omiso de dicha pregunta. Había en verdad demasiados detalles insignificantes que salían a colación en el curso de la eternidad. Theo había llegado a creerlo así después de apenas doscientos años. Demasiados detalles para prestar atención a todos. Le gustaba dejarlos posarse por un tiempo, filtrarlos. La mayoría de ellos se convertían en humo por sí solos hasta que no quedaba nada. El tiempo y la desatención obraban sobre ellos, los hacían deteriorarse y luego desaparecer por completo. Los detalles importantes, por otra parte, resistían

la prueba del tiempo. Seguían siendo sólidos. Ésas eran las preguntas que exigían una decisión, que requerían acción.

Tres noches no era demasiado tiempo para decidir nada. En realidad no. Pero los sucesos estaban produciéndose con rapidez esas noches. El mundo era un lugar del todo diferente ahora de lo que había sido cuando Theo se había unido a las filas de los no muertos. La tecnología informática y los avances en las comunicaciones estaban causando en todas partes, de forma exponencial, lo que la Revolución Industrial había provocado. La vida se volvía más y más rápida cada noche. Y otro tanto pasaba con la muerte.

Theo se había adaptado mejor que otros; mejor que muchos, de hecho. Nunca se había apartado del mundo como habían hecho tantos Vástagos. Tenía algún tipo de contacto con alguien, Vástago, Ganado o ambos, la mayoría de las noches. Un montón de los malhumorados veteranos con los que mantenía negocios podían pasar años sin hablar con otra alma. Theo agitó la cabeza. Demasiado tiempo para pensar de tal forma. Demasiada introspección.

—¿Algo va mal? —le gritó Lydia por encima del estruendo del motor.

—No.

Pienso demasiado, se dijo Theo. Tal vez eso es lo que me está pasando. Tal vez me estoy haciendo viejo.

Pero estuviese haciéndose viejo o no, y aunque tres noches fuesen un período de tiempo demasiado corto para no poder pasar por alto ese nimio pensamiento, la pregunta acerca de Katrina seguía rondándole lo bastante cerca como para distraerlo... y la distracción, en especial ante las incursiones del Sabbat prácticamente cada noche, podía hacer volar su trasero.

El sonido del motor rodeaba a Theo. No se hallaba peligrosamente aislado de la ciudad en torno a él (se detuvo en un semáforo rojo, zigzagueó entre baches), pero el ronroneo de la moto lo envolvía en su propio mundo de verdad interior y consecuencias. Era un mundo en el que todavía no se encontraba del todo cómodo, un mundo donde los puños y la sangre no siempre eran la respuesta adecuada. Había existido todos sus años como mortal y muchos como Vástago sin conocerlo. Don Cerro había necesitado muchos años para enseñárselo. La primera inclinación de Theo siempre había sido la ira, la violencia.

Pero no había reaccionado así con Katrina. Podía verla con la imaginación. Estaba en lo alto de la pasarela, primero en las sombras, luego saliendo de ellas. Iba vestida de forma muy similar a él. Curioso pero más bien irrelevante. En Baltimore, superpoblada de Vástagos como se hallaba en aquel momento, era difícil lanzar una piedra sin darle a un vampiro que vistiera cuero negro. ¿Qué más?

Ella lo había detenido en su camino al barco. Podía haberse escabullido con la misma facilidad, y él habría subido a bordo y... bum, arconte convertido en comida para peces. Pero le había advertido que se alejara y casi había saltado ella misma en pedazos al hacerlo. ¿Era por eso por lo que la había dejado ir? Porque era eso lo que

le molestaba... no lo que ella había hecho, sino lo que él había hecho. Dejarla largarse era estúpido. Era una complicación que no necesitaba, una que todavía podría volver para morderle en el trasero. ¿La había perdonado por eso, porque ella lo había perdonado?

Ni hablar, decidió de inmediato. La tea de su juventud podía haberse enfriado uno o dos grados, pero no era sentimental. No iba a sorberse los mocos si alguien liquidaba a la chica de Garlotte; sin embargo, algo lo había disuadido de romperle el cráneo, aun cuando era lo que la situación y su cargo exigían de él. ¿Qué, entonces?

¿Interés propio? En cierto sentido, Katrina había facilitado el trabajo de Theo. Teniendo en cuenta lo que Jan y él habían planeado, Garlotte habría sido un auténtico dolor de cabeza. Ahora Isaac era príncipe, y simplemente no parecía posible que pudiese armar tanto problema como su predecesor.

Theo descartó aquello, igualmente, casi sin pensarlo. Estaba muy acostumbrado a encargarse de los obstáculos. Ése era su trabajo. Además, no importaba lo irritante que Garlotte pudiese haber sido, la Camarilla, a largo plazo, estaba peor sin él. Era un símbolo de estabilidad, y eso por encima de cualquier otra cosa era lo que la Camarilla defendía.

¿Qué demonios?, se preguntó con fastidio. No había calculado algoritmos cuando había decidido dejar irse a Katrina. Ni siquiera había decidido en realidad hacerlo. Sencillamente lo había hecho. Se trataba de instinto. Como cuando supo que algo no iba del todo bien en aquella maldita furgoneta de reparto que servía también como transporte del Sabbat. Eso era lo que le decían sus tripas. Eso era lo que había hecho, e hizo un trabajo condenadamente bueno al respecto. Había tratado incontables veces de explicar a Don Cerro que confiar en su instinto era lo que mejor hacía.

Confiar en el instinto sin cuestionarlo, respondía siempre Don Cerro, es el primer paso hacia la conquista para la Bestia.

—Sí, lo que tú digas.

—¿Qué? —chilló Lydia por encima del ruido del motor.

—Nada.

Theo frunció el ceño y aceleró de pronto con el semáforo amarillo. Lydia tuvo que aferrarse con fuerza para seguir en su sitio. El arconte no quería pensar en Katrina. Sin la menor duda no quería hablar sobre ella. Unos bloques más y llegaron al taller de Slick, y Theo tuvo preocupaciones más inmediatas para ocupar su mente. Se detuvo junto al bordillo.

En esa parte de la ciudad las pintadas eran la norma, la regla, no la excepción. Algunas eran coloridas y artísticas, otras profanas y violentas, pero eran omnipresentes. Las hileras de casas, aquellas que no estaban abandonadas y tapiadas, tenían la pintura desconchada, en caso de tenerla. Las casas de empeños superaban a las tiendas de comestibles por dos a uno. Los escasos coches aparcados en la calle eran o bien tartanas o 4x4 nuevos; a los vendedores de drogas les gustaba disponer de mucho espacio para sus alijos y sus armas.

El edificio de Slick, desde el exterior, no era sino una destartalada casa adosada entre muchas. Un desaliñado muchacho blanco con chaqueta vaquera y un casquete negro estaba sentado en el pórtico. Contempló a Theo y Lydia mientras se acercaban.

—Vigila mi moto, Jeb —dijo Theo.

—Seguro —dijo Jeb—. Eh oye, cosa linda —continuó hablando a Lydia.

Ella le hizo un corte de mangas.

—Vigila la moto, fanfarrón.

Dentro había menos y más de lo que parecía desde la calle. El cuarto que daba a la calle era una escombrera de viejos muebles con la tapicería desgarrada en cuadros. Periódicos arrugados cubrían el suelo, al igual que sofás y sillas. Alrededor de la habitación había un puñado de provisionales ceniceros (vasos de plástico, tapas de botella, una lata de sardinas con algunas sardinas dentro), todo ello desbordado por las cenizas y las colillas. Más allá de dicho cuarto... la casa se acababa. Pasaba lo mismo con las dos casas a la derecha, y las tres a la izquierda. Las casas de los extremos del bloque estaban intactas, pero las seis interiores eran básicamente fachadas de una habitación.

La porción central del bloque, rodeada por las fachadas al frente, las dos casas completas a los lados, y un alto muro de ladrillo con dos grandes puertas en la parte de atrás, estaba abarrotada de coches en distintos estados de reparación y transformación. A la derecha, había sido construido un improvisado foso de reparación. En el centro del espacio de trabajo, había aparcados diez coches pegados unos a otros. La mayoría lucían abolladuras considerables. Algunos estaban acribillados a balazos. Los parabrisas estaban agrietados o del todo rotos. A la izquierda de la zona de trabajo, varios hombres se ocupaban de la carrocería y del pintado con pistola. Theo se detuvo por un momento y observó la variedad de Vástagos y ghouls en acción.

Con tantas patrullas en la calle cada noche, y con tantos enfrentamientos contra el Sabbat (todos violentos e implicando la mayoría un tiroteo), un rápido cambio de ruedas era más que simple conveniencia. En las primeras semanas, cuando el Sabbat acababa de presentarse en la costa este desde Atlanta hasta D.C., Theo y sus tropas habían estado yendo al sur noche tras noche, tanteando las desorganizadas fuerzas enemigas en la capital de la nación, golpeando a menudo más allá de la carretera de circunvalación. Conseguir introducirse tanto como fuese posible significaba no conducir el mismo coche cada vez. Un poco de pintura y una nueva matrícula permitían llegar lejos, pero en ocasiones el vehículo era tiroteado un tanto también. Los agujeros de bala eran del todo reveladores, así como una bandera roja tanto para los policías como para el enemigo. Siempre había más coches para robar, por supuesto, y la Camarilla aumentaba constantemente su «parque de combate» para reemplazar vehículos que sencillamente estaban demasiado dañados, pero el impresionante número de coches robados ya se había triplicado en los pasados meses. Algo tan mundano como el robo de automóviles, a tan gran escala, podía no obstante

constituir una amenaza para la Mascarada. Así que los chicos de Theo reciclaban, y Slick era el experto.

—¡Theo, amigo mío! —El viejo negro sonrió por debajo de su alzada máscara de soldadura. El siseante soplete que llevaba lanzaba reflejos azul naranja de su diente de oro—. ¿Estás aquí para decirme que no voy lo bastante rápido? —Su sonrisa se ensanchó aún más, revelando varios espacios vacíos alrededor de su brillante diente—. ¡Trata de no cargarte tantos coches!

—Sólo pasaba por el barrio —dijo Theo.

—Bobaaaadas.

Theo anduvo despacio hacia el mecánico. Slick era algo jorobado. Siempre lo había sido. Tenía un gran bulto en su espalda: columna torcida, lesión, algo así. Theo no lo sabía con seguridad, y nunca había tenido una razón para preguntar. Había, sin embargo, estado cerca una vez cuando un estúpido hijo de puta había llamado a Slick «Nosferatu». Se corrió la voz acerca de la reacción de Slick, y hasta donde sabía Theo aquella fue la única vez que alguien comentó algo sobre la joroba. Lo que le recordó...

—¿Te importa apagar esa cosa? —dijo Theo. No era una pregunta.

Slick sonrió aún más y cortó el gas del soldador.

—¿Qué clase de estúpido hijoputa de Vástago usa un soplete? —preguntó Theo moviendo la cabeza.

—Sabes que me amas por eso —dijo Slick. Se quitó de un tirón la máscara de soldadura y se peinó hacia atrás el grasiento y escaso cabello.

—Sí, lo que tú digas —Theo pasó su brazo alrededor del otro hombre, mucho más bajo y lo condujo lejos de oídos curiosos. Mientras caminaban, tomó nota de los distintos coches que estaban siendo reparados y los casó con incidentes que habían precipitado aquella necesidad: Reggie y Eustace habían empotrado la furgoneta Dodge contra una barrera de cemento, el Camaro había recibido algunos impactos en un tiroteo en Sandy Spring; el Pontiac de Lydia había sido acribillado; el Pinto (Dios, ¿por qué?) era el bebé de Matón. De los casi veinte coches en el taller, sólo había uno que Theo no conocía.

—Sois los dos idiotas —Theo oyó la voz de Lydia por encima de los motores en marcha y el ruido del martilleo. Algunos de su grupo estaban pasando el rato viendo terminar el Grand Am. La reunión no parecía bastante animada.

—Tú y tus chicos lo estáis haciendo bien —dijo Theo a Slick, y le apretó el hombro hasta que éste hizo una mueca—. ¿Cómo van las cosas?

Theo escuchó sin hacer ningún comentario mientras Slick le refería un informe detallado de qué coches estaban listos para rodar, cuáles todavía tenían que ser reparados, y cuáles no tenían remedio, inútiles salvo para repuestos. Cuando el mecánico hubo acabado, Theo hizo algunas preguntas (sobre potencia, sobre qué Vástagos traían los coches en peor estado), sólo para confirmar lo que ya sabía.

—A propósito —añadió Theo una vez hubieron abordado los detalles relevantes

—, ¿quién diablos conduce un Lexus?

Estaba mirando al único coche que no le cuadraba. Estaba tapado con una tela embreada, pero Theo podía identificar la forma. Quizá alguien lo había robado sólo para divertirse, o quizá...

Slick titubeó.

—Nadie. Uno de los peces gordos.

—¿Quién?

—Ya sabes... alto secreto. Uno de ellos.

Theo volvió a pasar su brazo alrededor de Slick sin apretar en absoluto.

—¿Quién?

Slick vaciló de nuevo, pero entonces decidió rápidamente que el alto secreto no se aplicaba a Theo Bell, no si él quería saberlo.

—Pieterzoon.

—¿Pieterzoon? Ya tiene coche. Un par de ellos importados.

Slick se encogió de hombros.

—No sabría decirte —sintió endurecerse la mirada de Theo—. Quiero decir... quiero decir que no lo sé —aclaró el mecánico—. Tal vez simplemente le gusta aprovecharse del rango. Ya sabes, porque puede. Le está poniendo de todo: llantas de cierre automático, blindaje, cristales a prueba de balas...

—¿Cuándo va a recogerlo?

—Todavía no está terminado. Dentro de unas noches —dijo Slick—. ¿Tú lo entiendes? No tengo que llamarlos. Su hombre va a ponerse en contacto conmigo. Quiere que se lo entreguemos a ellos.

—¿Con quién hablaste?

Slick se pasó los dedos por el pelo y consiguió poner más grasa sobre su cabellera.

—Uno de sus compinches gilipollas. No lo sé.

—¿Van Pel?

—Sí, supongo. Me parece que sí.

Theo no estaba seguro de qué pensar al respecto, ni de por qué le preocupaba. Después de ser atacado y casi apiolado, Jan había importado un par de coches modificados por propia iniciativa de Amsterdam. ¿Por qué hacer que Slick le proporcionase otro ahora, y por qué tratar de mantenerlo en secreto?

—Te diré qué vas a hacer —dijo Theo—. Cuando recibas esa llamada, házmelo saber... y quiero decir justo cuando la recibas. ¿Entendido?

—Claro.

—Bien —dio unas palmaditas a Slick en la espalda y se dispuso a marcharse; luego se detuvo y volvió—. Ah, una cosa más.

—¿Sí?

—Importante —señaló por encima de su hombro—. Los cigarrillos y la mierda por todo el taller. Si me entero por el noticiero local de que hubo un incendio, y los

policías y los coches de bomberos están pululando por aquí, voy a patear tu jodido trasero —Theo se volvió y se fue.

Lydia lo siguió al interior del taller de Slick. Jeb, en la entrada, era un gilipollas, como de costumbre. Lydia casi esperó que Theo abofetease a ese idiota, o que le hiciera temblar las rodillas con sólo su fría mirada. Pero Theo lo pasó por alto. No es que a ella le importara. Jeb no valía el tiempo de Theo. Era sólo que estaba cansada de no ser capaz de predecir lo que haría o no en muchas ocasiones. A veces se mostraba protector hacia ella. Otras, como la presente, la dejaba sola. Lo único que Lydia deseaba era poder adivinar su reacción un poco mejor.

Estar con el arconte casi siempre la hacía sentirse como si hablara demasiado. Como en el viaje en moto. Nunca se sentía así con nadie más. No era en absoluto del tipo locuaz, pero de algún modo Theo conseguía hacerla sentir como si su boca trabajara en exceso. Puede que fuera porque él rara vez se molestaba en decir con un gruñido una frase completa. Pero a veces lo hacía. Aquello también era difícil de predecir.

De camino, sólo había querido ser útil. Él le había ordenado que fuese a la maldita asamblea porque iba a llegar tarde. Ella había imaginado que estaría interesado en conocer lo que había pasado. Pero no lo estaba, o tal vez simplemente no la oía en absoluto con el ruido de la motocicleta.

Lo que tú digas.

Dentro del taller de Slick, Lydia vio a su grupo de inmediato. Eran los únicos que no trabajaban. Slick dirigía el barco con mano de hierro. Sus chicos eran buenos en lo que hacían, y lo hacían sin descanso. Los de Lydia eran imbéciles. Dos de cada tres, en todo caso. Mientras Theo se apartaba discretamente con Slick, Lydia se dirigió hacia el Grand Am, que parecía casi terminado. La pintura parecía buena. La chapa era lisa. Sólo necesitaba otro parabrisas y una matrícula nueva.

Frankie comenzó a cantar cuando la vio.

—Lydia, oh Lydia. Me pegó la clamidia...

Su compañero Baldur, igual de estúpido, soltó una risotada histérica.

—Sois idiotas los dos —dijo Lydia—. ¿Cuál de los dos gilipollas lleva hoy puesto el cerebro? Espera, déjame adivinar... tú te lo dejaste en casa.

Frankie se cogió el pecho y retrocedió haciendo eses.

—¡Oh! ¡Me has herido!

—Hiérete con esto —Lydia le presentó el dedo apropiado y pasó por delante de ellos hasta el cuarto miembro de su equipo, Christoph. Llevaba el enmarañado cabello rojo echado hacia atrás. Estaba sentado sobre una caja contra la pared, y su guerrera abierta lo envolvía casi como una tienda de campaña. Lydia pudo ver que estaba deprimido... como siempre. Clavaba los ojos con aire pensativo en uno de los tapacubos del Pontiac.

—¿Qué? —preguntó Lydia—. ¿Lo han pintado?

Christoph asintió en silencioso gesto de bienvenida, sin cambiar de expresión. Lydia esperó con las manos en las caderas, pero éste volvió a sumirse en sus pensamientos.

—Sí, como quieras —dijo ella—. ¿Por qué no afilas tu espada o algo así?

—Eh, Lydia —la llamó Baldur, recuperado de su ataque de risa—. ¿Por qué tenemos que seguir saliendo cuando nadie más lo hace?

—¿De qué diablos estás hablando? ¿Quién no está saliendo?

—Todo el mundo. Quiero decir nadie. Nadie está saliendo —Baldur hizo una pausa y se rascó la cabeza, confuso ante sus propias palabras.

Lydia suspiró y habló muy despacio.

—¿Quién... diablos... no está... saliendo... de patrulla?

—Bueno... Jasmine dice que deberíamos dejarlo.

—Jasmine dice muchas cosas.

—Sí, pero... quiero decir, ¿qué ha hecho la Camarilla por nosotros?

Frankie, que estaba de acuerdo con su compañero, lo expresó entre dientes.

Lydia los contempló incrédula.

—Muy bien. Theo está justo allí. ¿Queréis decírselo?

Baldur abrió la boca pero no se le ocurrió nada que decir.

Lydia le guiñó el ojo.

—Eso es lo que pensaba.

—Eh, no le debemos nada a la Camarilla —dijo Frankie con voz indignada.

—Frankie, ¿qué coño piensas que va a pasar si no patrullamos? ¿Vas a irte de fiesta? ¿Encontrar algunos niñitos a los que sorber? ¿Qué hay de después de que el Sabbat caiga sobre la ciudad... y te cuelgue de un gancho de carnicero como si fueras la bolsa intravenosa más fea del mundo?

—Yo no soy feo.

—Se parece más a un enema^[1] —dijo Baldur.

—Sin duda los dos dejasteis el cerebro en casa, ¿no? —Lydia suspiró y se volvió de nuevo hacia Christoph.

Frankie y Baldur rezongaban por lo bajo detrás de ella.

—Eh. Tenía sentido cuando Jasmine lo dijo.

—Es mejor que tengas cuidado, Christoph —dijo Lydia—. Estos dos piensan demasiado, van a hacerle daño a alguien.

Christoph hizo caso omiso de ella igual que lo había hecho de toda la conversación. Lydia cogió un trapo manchado de grasa y se lo arrojó a la cara.

—¡Eh, tú! —le gritó—. ¿Qué cuernos? Jesús. Qué maldito desperdicio de sangre.

—Eh, vosotros cuatro, gandules bastardos —se oyó la voz de Slick del otro lado del taller. Lydia se giró y vio a Theo saliendo por donde había entrado—. Levantad vuestros culos enseguida —dijo Slick— y limpiad toda esa mierda. Vacíad los ceniceros en la calle o donde sea.

—¿Te parezco tu criada? —preguntó Frankie.

—Oh, excúsame —dijo Slick—. Robbie, sigue y deja ese Grand Am para más tarde. Tenemos alrededor de otros cincuenta coches sobre los que trabajar primero. Mejor todavía, límitate a limpiar el maldito cenicero, porque ahí es donde este hijoputa va a acabar.

Lydia le dio una palmada a Frankie en la coronilla.

—Estamos en ello, Slick. —Entonces se volvió hacia Frankie y le golpeó de nuevo—. ¿Tienes ganas de caminar hasta Fort Meade y volver, o qué? Vamos. Nos cuesta dos minutos cogerte, perezoso bastardo. ¿Vale la pena enfadarle por eso?

Frankie y Baldur (e incluso Christoph) la siguieron con apenas unos gruñidos.

Domingo, 17 de octubre de 1999, 1:12 a.m.

Una gruta subterránea

Ciudad de Nueva York, Nueva York

Las piezas estaban comenzando a formar una sola, pero tal hecho proporcionaba a Calebros muy poco en cuanto a consuelo. Pese a los años de trabajo acercándose a la culminación, seguía intuyendo factores extraños avanzando hacia él, así como cuestiones que se complicaban de forma irremediable, sin motivo. Gracias a Dios, Emmet regresaría pronto. Su tarea con Benito estaba casi terminada. Tal vez la presencia del compañero de prole de Calebros aliviaría la presión que pesaba sobre él igual que las toneladas de tierra encima de su cabeza.

Mientras tanto, se mantenía ocupado relajando la tensión de la forma que mejor sabía: haciendo trizas revistas de moda. Unas tijeras despuntadas, una cuchilla de afeitar, sus propias garras, a veces incluso pegaba la cara a la página y dejaba la marca de un colmillo en la brillante cara o el perfecto y tenso vientre de una mujer. Pasó por alto, por el momento, la enorme cantidad de informes recientes procedentes de sus compañeros de clan.

Copia de archivo

17 de octubre de 1999

re: el Profeta de la Gehena

10/16 Jeremiah informa: tras semanas de guiar a Anatole, el profeta vio a Jeremiah (pues ¿quién era él?) y lo envió lejos; Jeremiah incapaz de resistir.

Anatole se marchó de la cueva.

Tono del informe bastante desesperado; ¿necesita J. unas vacaciones?

Seguimiento de cerca de Anatole necesario.

NO es sorprendente.

Ramona habla de volver a la cueva; ¿tal vez Hesha podría acompañarla?

¿No las necesitamos todos?

Domingo, 17 de octubre de 1999, 10:48 p.m.
Suite presidencial, Parador Lord Baltimore
Baltimore, Maryland

—Dilo otra vez.

—Monçada ha sido destruido.

Sí. Jan había dicho lo que Theo creía que había dicho, y las palabras no resultaron menos impactantes la segunda vez por ser menos inesperadas.

—¿Cómo?

—Assamitas. Fátima.

—Mierda —Theo se sentó en la silla del otro lado del escritorio de Jan.

La *suite* de habitaciones en el séptimo piso había, hasta hace poco, pertenecido al Príncipe Garlotte. Había hospedado a Jan allí, prefiriendo para sí mismo el barco restaurado... una decisión que no le había aprovechado. Jan se había instalado en las habitaciones bastante a gusto y, con el fallecimiento de Garlotte, probablemente podría quedarse todo lo que quisiera. Theo supuso que no sería por mucho más tiempo.

—¿La has visto alguna vez? —preguntó Theo.

Jan negó con la cabeza.

—Yo tampoco —dijo Theo—. ¿Y sabes qué? No sé si quiero.

—Estoy completamente de acuerdo.

—Mierda —dijo Theo de nuevo—. Ella se ocupó de Monçada. ¿Estás seguro?

—Todo lo seguro que puedo estarlo. —Jan se quitó las gafas y las puso sobre el escritorio ante él—. Los detalles no están claros. No estamos del todo seguros de cuándo sucedió, pero las fuentes son fiables. Los Assamitas no alardean de trabajos que no han hecho en realidad... es malo para el negocio a largo plazo.

—Mierda.

El nombre de Ambrosio Luis Monçada podía no significar nada para un Vástago de la calle, al menos no en Estados Unidos, pero el cardenal era conocido desde hacía mucho tiempo en círculos europeos. Anterior a la época de Theo. Una auténtica mala bestia. Puede que Monçada fuera uno de los más poderosos miembros del Sabbat en Europa occidental... o lo había sido, si lo que decía Jan era cierto.

Theo sacó un cigarrillo, rascó una cerilla y lo encendió.

—¿Sabes para quién estaba trabajando Fátima?

—No.

—¿No era para nosotros?

—Dudo que pudiéramos pagarle lo bastante.

—Puede que tengas razón —dijo Theo—. Los Assamitas actuaban para conseguir sangre, cuanto más vieja y potente mejor. Alquilar a alguien de primera fila como Fátima para ir tras una notoriedad como Monçada costaría el cojón izquierdo de Caín. Tal vez el derecho también. Imagino que lo hizo movida por la bondad de su corazón.

Theo no podía percibir observando a Jan si el Ventrue sabía más de lo que pretendía. Quizá, quizá no. Jan no se ponía nervioso con facilidad. Al enfrentarse a una turba hostil de refugiados Vástagos y lograr al final su consentimiento, si no su confianza, había mantenido la calma. Al manipular las circunstancias de forma que Victoria, una rival por el liderazgo y un grano en el trasero, fuera obligada a buscar pistas en una ciudad del Sabbat, se había mostrado tranquilo. Incluso había mantenido la compostura cuando el escuadrón de la muerte del Sabbat le había acribillado y estuvo a un latido de distancia (por así decirlo) de la Muerte Definitiva.

—Buena temporada para los asesinos —dijo Theo—. Fátima se carga a Monçada. Alguien del Sabbat envió a aquellos bastardos tras de ti. Y no hace siquiera un mes desde que Lucita le apretó las tuercas a Borges.

Las cejas de Jan se alzaron, luego restó importancia al comentario.

—La guerra es así.

—Sí. Supongo que sí —Theo se limitó a reírse para sus adentros. Jan no iba a contarle si había contratado o no a Lucita. Aquellos dos tenían un cierto historial, no del todo limpio. La mujer, una asesina cuyo nombre y reputación suscitaban tanto temor como los de Fátima, había sido vista según se decía docenas de veces en los últimos dos meses, de arriba abajo por la costa este, desde Miami hasta Boston. ¿Quién podía saber qué informes eran ciertos y cuáles eran el resultado de imaginaciones hiperactivas? Sin embargo, se había pulido a varios secuaces del Sabbat, incluyendo al antiguo arzobispo de Miami, Borges. Ello había metido el miedo en el cuerpo a gran parte del resto del Sabbat. Theo había podido percibir que aquellos del Sabbat con los que se topaba estaban nerviosos una vez los rumores de las actividades de Lucita empezaron a extenderse. Sonaba como la clase de información errónea (la «maximización de recursos», como decía a veces Jan) detrás de la cual podría haberse encontrado el Ventrue. Jan no iba a hablar, y Theo no iba a preguntar. Pero había algo más que Theo se preguntaba desde que Jan había sacado a relucir el tema.

—¿Tiene la caída de Monçada algún efecto sobre nosotros? —preguntó Theo.

—Podría tenerlo. Sólo puede ayudar.

Theo asintió. Así que Jan tenía alguna razón para creer que Monçada había puesto sus manos en asuntos de Norteamérica. ¿Por qué si no mencionaría el Ventrue algo como eso cuando Theo lo iba a averiguar por sí mismo, al fin y al cabo? Monçada interesándose en Norteamérica. No era típico de él.

Convertirse en cardenal debe de haberle producido a ese gordo bastardo toda una erección, pensó Theo.

Y la implicación de Monçada podría contribuir en gran medida a explicar por qué Vykos rondaba los barrios bajos de los Estados Unidos. Esa criatura Tzimisce, por sí sola, no tenía la autoridad política para acordar un alto el fuego, mucho menos una alianza, entre Polonia y Borges, pero si Monçada había respaldado con su influencia el trato entre bastidores...

—Bah —Theo se frotó la barba incipiente de su mentón—. Sí. Podría ayudarnos. No puede perjudicarnos.

—¿Siguen avanzando hacia el norte con tanta fuerza? —preguntó Jan.

—Con más aún.

—¿Cuánto tiempo pasará antes de que ejerzan la suficiente presión sobre el segundo perímetro como para hacer necesario que nos retiremos todavía más?

Theo se encogió de hombros.

—Una semana, quizá.

Jan reflexionó sobre aquello por un momento, comparándolo con sus propios cálculos, y por fin asintió.

—Después de eso —continuó Theo—, yo diría que... otra semana. Puede que dos. ¿Será bastante?

Jan se levantó del escritorio y se movió como ausente hacia una mesa cercana con una jarra de cristal. Extrañamente, la jarra no estaba llena de sangre. Jan quitó el tapón, y casi al instante Theo pudo oler el aroma del fuerte *whisky* escocés. Jan se sirvió un vaso, luego se lo llevó a la boca, sólo lo justo para humedecer sus labios. Manteniendo todavía el vaso ante su rostro y agitando con delicadeza el líquido, cerró los ojos e inspiró profundamente.

—Dos semanas —dijo, con los ojos aún cerrados—. Necesito dos semanas a partir de entonces. ¿Puedes garantizármelas?

Theo hizo una pausa antes de hablar. No era hombre de promesas ni garantías, pero el plan que Jan y él estaban tratando de llevar a cabo hasta su conclusión requería de hecho cierta seguridad. La coordinación era importante. Theo estaba caminando por una delgada línea entre contener al Sabbath y darle esperanzas. Jan tenía otras responsabilidades que eran igual de vitales, y sin duda era el más adecuado para juzgar cuánto tiempo necesitaba.

—Si necesitas dos semanas, las tienes —dijo Theo.

Al parecer tranquilizado, Jan volvió a su asiento. Tomó otro sorbo de *whisky* y luego puso el vaso sobre el escritorio.

—¿Qué hay de Isaac? ¿Está resultando fácil trabajar con él?

—Bastante fácil. Gainesmil y él no intentan interferir en la defensa, en realidad, puesto que los incluí en el plan original. Y sé tanto sobre la ciudad ahora como ellos. De vez en cuando hacen sugerencias. Escucho, asiento y después hago lo que diablos fuera que iba a hacer.

—¿Así que convertirse en príncipe no se le ha subido a Isaac a la cabeza? —preguntó Jan.

—Oh, claro que sí. Pero no me molesta. Le gusta darse una vuelta y hacer de príncipe. Ya sabes, mezclarse con los pobres refugiados de cuando en cuando, dar ánimo a las tropas. Esa clase de tonterías.

Theo se inclinó en su asiento.

—Dime entonces. Sólo por curiosidad, ¿qué migajas le arrojaste a Gainesmil para

hacerle renunciar? Porque sé que lo tenías de tu lado antes de que propusieras a Goldwin.

—Simplemente le subrayé la importancia de la unidad en el mando en estos tiempos difíciles —dijo Jan con cara seria.

—Y...

—Y le aseguré que tendría todo mi apoyo cuando llegara el tiempo de buscar un sucesor para el Príncipe Goldwin.

Theo asintió y se reclinó de nuevo en su asiento. Apostar en contra de la longevidad de Isaac parecía bastante razonable, y sería más sencillo seguir de cerca a un príncipe débil que a alguien como Garlotte. Parecía un buen trato, de acuerdo. En ello radicaba la belleza del mismo. Theo decidió que tendría que estar cerca cuando Gainesmil comprendiera cuán plenamente había sido manipulado por Pieterzoon.

—Sabes —dijo Jan, alzando su vaso y bajándolo un poco hacia Theo como en un brindis—, el título de príncipe era tuyo para que lo cogieras.

—Bah. Como si necesitara ese dolor de cabeza. Y si alguna vez quisiera ser príncipe (que no quiero), no tengo intención de ser designado por un Malkavian. Cristo bendito. —Los dos rieron quedamente ante sus palabras—. ¿Algo más? —preguntó Theo.

—Sólo una cosa. He oído algo sobre quejas entre los soldados rasos.

Theo se levantó. Se estiró, haciendo crujir los nudillos.

—Que se quejen.

—Muy bien.

—Muy bien —repitió Theo, y se dirigió a la puerta. Se detuvo justo antes de salir, volviéndose hacia Jan—. Ah, sí. Con nuestro perímetro encogiéndose, va a haber más de una oportunidad para que algún maldito gilipollas del Sabbat se adentre más en la ciudad y se ponga a disparar a alguien. Debería asignarte un equipo para más seguridad.

—No te molestes —dijo Jan—. Están mejor empleados de patrulla. Además, no pienso ir a ninguna parte, y los hombres de Anton e Isaac tienen el parador herméticamente cerrado.

Theo frunció el ceño.

—Lo que tú digas. —Cerró de un portazo.

Theo percibió apenas vagamente las campanadas mientras el ascensor iba piso a piso hasta abajo. Lo que seguía oyendo en cambio era una de las últimas cosas que había oído en el séptimo piso, una de las últimas cosas que Jan había dicho: No pienso ir a ninguna parte.

Aquella negación podía ser del todo cierta. Pero a pesar de todo, Theo había conocido a muchos Ventrue con el paso de los años. Asimismo, había trabajado estrechamente con Jan durante varias semanas para entonces, y había visto al chiquillo de Hardestadt en acción. Pieterzoon se había aprovechado, en su mayor parte, de un Garlotte envidioso y a la defensiva, y había hecho en esencia otro tanto

con Gainesmil, un Toreador de cierta categoría. Había manipulado a Victoria para sacarla del centro de atención y luego del estado. ¿Y qué había del propio Theo? No estaba dándole al Ventrue ningún problema. En vez de eso, se limitaba a seguirle el humor.

Sí, pero porque lo que está haciendo tiene sentido, pensó Theo. La forma de hacer su trabajo no se veía contradicha, aun cuando, al menos en esta ocasión, ello significara regalarle al Ventrue una vuelta gratis. Aquello se reducía a lo siguiente: Theo estaba allí para entorpecer los progresos del Sabbat como pudiera. Jan se hallaba en Baltimore básicamente por la misma razón, y los dos parecían encontrarse en la misma longitud de onda la mayoría del tiempo. Estar de acuerdo no significaba transigir.

No, pensó Theo. Si transigí, fue al seguir siendo arconte cuando Pascek se convirtió en justicar. Pero aquello era algo por completo distinto. Lo que más preocupaba a Theo por el momento era Jan.

No pienso ir a ninguna parte, había dicho.

¿Entonces por qué, se preguntó Theo, está Slick arreglándote un Lexus a hurtadillas?

Lo más probable es que hubiera una razón del todo normal y legítima. Por eso Theo lo había sacado a colación dando un rodeo... para dejar que Jan se lo contara en el curso de una conversación corriente. Theo no esperaba pillar a Jan en una mentira. Esperaba no pillarlo. Todavía era posible que Jan no estuviese mintiendo, que el coche fuese en realidad algo fortuito. Pero si Theo hubiese preguntado en el acto y hubiera algo turbio en marcha, entonces nunca lo habría averiguado... hasta que fuese demasiado tarde, tal vez. Jan habría corrido un velo sobre ello, cambiado sus planes, lo que fuera. De esta forma al menos Theo podía mantener los ojos abiertos. Porque una relación de trabajo, como la que mantenía con Jan, no era lo mismo que confiar. Había demasiado riesgo de resultar jodido como para hacer la vista gorda.

Somos Vástagos. Bebemos sangre. Jodemos a la gente.

Era así de simple. Y Theo estaba acostumbrado a asegurarse de que no era el que resultaba jodido.

El ascensor descendió, paró bruscamente y la B encima de la puerta se iluminó. Hizo caso omiso del personal de atuendo colonial mientras caminaba pesadamente a través del vestíbulo. Delante del parador, enrollándose con una bonita mujercita ayudante del encargado del aparcamiento, estaba Lladislas. El antiguo príncipe de Buffalo a todas luces no estaba usando nada de su encanto Vástago a tal efecto, porque era claro que la chica, todavía una adolescente, no sabía qué pensar de aquel tipo de mediana edad que podría o no estar insinuándosele. Se estaba mostrando cortés y evasiva. Lladislas estaba justo a la distancia suficiente para invadir su espacio personal y hacerla sentirse incómoda sin ser demasiado aparente al respecto.

—Ya lo creo —le decía Lladislas, con el mismo entusiasmo que siempre parecía segregarse, con independencia de con quién estuviese hablando—. El motor de

combustión interna ha cambiado el mundo. De muchas formas. De muchas formas.

—No me diga —dijo la chica. Su compañero ayudante estaba manteniendo la distancia. Estaba sola en lo que a él se refería. Los ojos de la chica, buscando cualquier excusa para escabullirse o atarearse, cayeron sobre Theo cuando éste salía del hotel, y en aquella fracción de segundo en la que él mismo estuvo a punto de largarse, Lladislas siguió su mirada y se giró.

—¡Theo Bell!

Theo suspiró pero no detuvo su marcha. Lladislas abandonó a la ayudante y se llegó al lado del arconte Brujah.

—Hola, Lladi. ¿Sabes que el personal del hotel está prohibido? Hemos perdido ya demasiados.

—Sólo estaba hablando con la chica. Parece bastante inteligente. —Casi al instante, el tono informal de Lladislas decayó. Agarró el brazo de Theo y los dos Brujah se detuvieron—. Podríamos haber gobernado esta ciudad juntos, Bell. Lo sabes, ¿no? Todo lo que necesitaba era tu apoyo. Pieterzoon no se te habría opuesto, y Vitel sólo quiere recuperar Washington.

Theo liberó su brazo de un tirón.

—Tú no quieres esta ciudad.

El rostro de Lladislas se arrugó, como si Theo acabara de decir algo incomprensible.

—Pareces tener extrañas ideas sobre lo que quiero y lo que no quiero. En primer lugar, ¿crees que quiero abandonar mi propia ciudad? Después, ¿crees que quiero seguir siendo un pordiosero errante por el resto de la eternidad? Bien, déjame que te diga —Lladislas aferró de nuevo el brazo de Theo—, me acostumbré bastante a tener una ciudad a la que llamar mía. Puede que Buffalo no fuera París o Roma, pero era mía... ¡hasta que te escuché!

Theo miró furioso al otro hombre y habló con un tono uniforme, obviamente contenido:

—Ambos sabemos por qué Buffalo tenía que caer. No voy a entrar en eso otra vez. Y sé a lo que estás acostumbrado. Pero déjame decirte a lo que yo no estoy acostumbrado. En primer lugar, no estoy acostumbrado a que un blanco me coja el brazo. En segundo, no estoy acostumbrado a que el mismo hombre blanco me agarre el brazo dos veces.

Mientras Theo continuaba mirándolo con furia, Lladislas aflojó despacio la presión de sus dedos y entonces retiró su mano con la misma lentitud.

—Disculpa. Pero nada de eso altera el hecho de que...

—Escucha —le interrumpió Theo—. No voy a decirlo de nuevo. No voy a discutir, ni voy a responder ninguna pregunta o a escuchar tus quejas. Tú no quieres esta ciudad. Créeme. Ponte de mi lado en esto. No lo olvidaré.

El escepticismo de Lladislas era visible, pero, por una vez, no discutió. Dio un paso atrás, sin apartar en ningún momento los ojos de Theo.

—No me traiciones en esto, Theo.

El arconte no dijo nada al oírle. Se volvió y siguió hasta su moto, que se hallaba aparcada a poco más de una calle del Parador Lord Baltimore.

—Mierda —musitó mientras daba gas y se alejaba del bordillo, preguntándose si le había dicho demasiado a Lladislas.

El antiguo príncipe de Buffalo era un conversador franco. Nunca había sido sino sincero con Theo. Theo no podía decir otro tanto. Desde luego, había tenido una buena razón para mentir a Lladislas en Buffalo. Era parte del plan. Llad nunca habría rendido su ciudad y traído bastante de su gente aquí a Baltimore, donde podían ser empleados de forma más eficaz, si no hubiese creído que un ataque irresistible estaba en camino. E, infiernos, había habido un ataque. Mucho antes de lo que Theo había esperado. Así que no era una mentira en absoluto si resultó ser cierto, ¿no?

Diablos, sí que lo era, pensó Theo. Eso es lo que consigo por pasar el rato con un Ventrue.

No obstante, habían tenido una razón para mentir, al igual que tenía ahora razones para advertir a Lladislas, aunque no debería tenerlas. Un engaño daba necesariamente lugar a otro, y ese otro a otro y a otro... Las mentiras sobre Buffalo habían dado paso a las mentiras sobre Hartford... y a más muertes. Pero eso no podía evitarse. Igual que en Buffalo. Parte del plan, un plan en tres partes.

Buffalo y Hartford habían sido la parte primera del plan.

La parte segunda dependía de Jan. Eso era lo que más fastidiaba a Theo. Dicha parte no dependía de él. Tenía que confiar en Jan. Y no podía convencerse a sí mismo lo suficiente para hacerlo.

Aquella noche de agosto, después de que Buffalo hubo caído, los dos habían hablado. Habían elaborado muchos de los detalles del plan. Primero, no obstante, habían llegado de forma independiente a la misma conclusión acerca de la debacle en la ciudad de Lladislas y de lo que el Sabbat tenía que haber sabido.

—No desviaron fuerzas desde Washington —había dicho Jan.

—No necesitaban hacerlo —había hecho ver Theo—. Se estaban enfrentando a bebés con colmillos.

—Pero no deberían haberlo sabido.

—Lo sé.

Ambos se habían mostrado poco dispuestos a sugerir lo que cada uno de los dos ya había decidido.

—¿Podría haber sido una incursión que resultó afortunada? —había preguntado Jan.

—Demasiado grande para ser una incursión. Demasiado pequeña para un ataque total... salvo que supieran lo que les esperaba. —Ése era el caso, se había dicho ya Theo, cuando supo del ataque durante su viaje de vuelta a Baltimore. Y Jan coincidió con él.

Un espía. El Sabbat tenía que haber sabido exactamente qué le aguardaba en

Buffalo. Por ello Hartford había sido sacrificada, por tres razones: para concentrar a más Vástagos en Baltimore, para confirmar la sospecha de Theo y Jan relativa a una filtración de información interna, y para convencer al espía de que él o ella seguía sin ser descubierto.

Aquello llevaba a la segunda parte del plan: mientras Theo se aseguraba de que Baltimore se mantuviera firme contra el Sabbat, Jan, sirviéndose de cualesquiera medios que pudiera emplear, tenía que averiguar quién era el espía. Si no lo hacía, entonces la tercera parte iba a ser la mayor carnicería en masa desde Bahía de Cochinos.

Aquella misma noche de agosto, Theo y Jan habían intercambiado opiniones sobre quién podía ser el espía. ¿Victoria? Había sido capturada por el Sabbat y luego había escapado oportunamente. Jan había dispuesto después que fuese enviada a otra parte: de vuelta a Atlanta, controlada por el Sabbat. ¿Garlotte? Si fuese el espía, la cuestión se había resuelto por sí misma con toda elegancia... a no ser que la explosión fuese un señuelo y hubiera fingido su propia destrucción, pero parecía improbable que Katrina le siguiera el juego, salvo que también ella hubiese sido engañada... ¿Malachi, el Gangrel? Lo mismo que en el caso de Garlotte. ¿Gainesmil? Theo creía que el Toreador se había mostrado demasiado trastornado por los primeros informes de las victorias iniciales del Sabbat para ser él. ¿Vitel? ¿Isaac? ¿Colchester? ¿Matón? Diablos, cualquiera con colmillos podría tener motivos, y demasiada gente tenía acceso a la información de lo que estaba sucediendo. Ése era el gran problema (uno de los grandes problemas) de gobernar mediante un consejo, y ésa era la razón de que Theo y Jan hubiesen emprendido el plan en secreto. Ello reducía el campo de acción de forma considerable, en lo que se refería a las posibilidades de que un espía pusiese sus manos sobre información perjudicial.

Mas no resolvía necesariamente el problema.

Theo llevó su motocicleta a un lado del camino y apagó el motor. Estaba todavía en el puerto. Sin pretenderlo en realidad, había conducido hasta unos pocos bloques de distancia (hasta estar a la vista) de la devastada parte del muelle donde el barco de Garlotte solía estar anclado. La explosión, hacía sólo cuatro noches, era una de las varias cosas (probablemente sin relación entre sí) que incomodaban a Theo.

Seguía contemplando el episodio en su mente: veía a Katrina saliendo del barco, hablaba con ella, volaba por los aires, la dejaba ir. Todavía no tenía una buena explicación de por qué la había perdonado. Sólo una reacción visceral. Pero lo que le molestaba más que eso era lo que había visto en sí: Katrina había hecho volar en pedazos al príncipe.

—Voló su trasero —se dijo Theo, intentando convencerse de lo que había visto... pero no pudo. No lo suficiente. Prácticamente se lo había dicho a Gainesmil la noche siguiente. Katrina no parecía del tipo experto en demoliciones. Theo había visto lo que había visto, pero eso no significaba que lo hubiera visto todo. Puede que Katrina hubiera hecho estallar a Garlotte, pero cuanto más pensaba Theo en ello, menos creía

que pudiera haberlo conseguido por sí sola.

Así que tal vez había algo bueno en no haberle arrancado la cabeza. Ella podía conducirlo a quienquiera otro que estuviese implicado... si había alguien más implicado en realidad; si Theo la volvía a encontrar alguna vez. A buen seguro había tomado en serio su advertencia y había abandonado la ciudad.

Durante unos cuantos minutos, Theo siguió sentado sobre su moto mirando fijamente la ennegrecida parte del muelle donde el barco solía estar atado. Todos los escombros habían sido retirados, pero casi podía sentir los humeantes restos aterrizando por todas partes alrededor de él... los pedazos caían a cámara lenta, delicadamente, de forma tan natural como la nieve o una suave lluvia. Veía a Katrina tendida sobre su espalda en la calle, y había una ligera lluvia cayendo alrededor de ella también, cambiando su piel de blanco pálido a rojo oscuro. La lluvia no era agua sino sangre...sangre de un Vástago de varios siglos, sangre vertida por el desagüe.

Theo cerró los ojos con fuerza, y al abrirlos sólo estaba la desierta calle y el muelle dañado. La imagen de una mujer joven manipulada, el panorama de asesinato e injusticia se habían ido.

—Así es la vida —se dijo. Arrancó la moto de nuevo. No tenía tiempo (ni estómago) para el sentimentalismo, para el idealismo. El suyo era el mundo de la calle y el gobierno de la fuerza. Se alejó de aquel lugar, pero los hilos de pensamiento que lo ataban a él estaban trenzándose en uno solo, dando lugar a una cuerda que ya no podía pasar por alto.

Miércoles, 20 de octubre de 1999, 3:12 a.m.
Hotel Presidencial
Washington, D.C.

Los aposentos de la Dama Sascha Vykos habían dejado de parecerse a la *suite* de lujo que había requisado a Marcus Vitel, el depuesto príncipe de Washington, hacía apenas cuatro cortos meses. O tal vez no tan cortos. Parménides no estaba seguro. En muchos aspectos, se sentía como si siempre hubiera vivido con su señora Tzimisce. El ser que era ahora, Parménides/Ravenna, había morado por supuesto siempre con Vykos. Ella lo había creado. Sus noches entre los hijos de Haqim parecían muy lejanas, aunque era la sangre de ese clan la que seguía reclamando su lealtad. Parménides se permitió ocultarse detrás de Ravenna, detrás de la cara y el cuerpo del ghoul al que había matado y luego sustituido. En ocasiones, como en aquel momento, Parménides se sentía muy próximo a la superficie. Las manos, la cara, si bien su apariencia era distinta, cumplían sus órdenes; respondían a su voluntad. En otras, no obstante, parecía estar sumergido bajo un océano de negrura. Los ojos eran los del difunto ghoul; las manos no eran sino torpes, inútiles objetos. No las magníficas herramientas de un artista. Parménides levantó las manos ante su rostro. Movié un dedo cada vez, tratando de seguir el impulso para cada movimiento a partir del cerebro, a lo largo del nervio, hasta el músculo, intentando ligar voluntad y acción, alma y cuerpo.

—¡Tráeme sangre! —llamó Vykos desde la otra habitación.

Lo gélido de su voz agitó las negras aguas; de pronto Parménides no estaba seguro de si se hallaba por encima o por debajo de la superficie. Pero se estaba moviendo para obedecer.

El cuarto más grande de la *suite*, que había sido la sala de estar, había sido más o menos convertido en almacén. La mayoría del mobiliario estaba echado a un lado, donde lo que no había sido reducido a astillas se hallaba apilado a fin de ocupar menos espacio. Habían dispuesto varias mesas, abarrotadas con cuadernos de Vykos, varios juegos de instrumentos quirúrgicos y alguna que otra parte sobrante de un cuerpo... las más frescas. Parménides zigzagueó entre las mesas y se abrió camino hasta la pequeña cocina. Abrió el refrigerador y sacó un cántaro lleno casi hasta el borde de sangre. En ocasiones, cuando adivinaba que Vykos deseaba sangre, sacaba el jarro con antelación y lo dejaba calentarse sobre la encimera, pero no siempre podía adelantársele, y por el momento ella no había expresado ninguna preferencia en cuanto a que le sirviera la sangre fría o a temperatura ambiente.

Parménides cogió el cántaro, con cuidado de no derramar nada sobre el suelo, y cruzó con rapidez la puerta hasta el dormitorio más pequeño de la *suite*, zona de almacenamiento para las partes no tan frescas. Vykos dispondría del revoltillo cuando le viniera en gana, pero durante varias semanas había estado del todo absorta en sus experimentos y reacia a dividir su atención.

Se introdujo en el dormitorio principal, advirtiendo al instante el increíblemente fuerte olor a vitae... no el agradable y penetrante perfume de sangre mortal, sino más bien el seductor aroma de la fragante vitae de Vástago. La propia sangre de Vykos.

La concentración de Parménides vaciló por un momento. Se detuvo donde estaba y juntó las rodillas, a fin de impedir que cedieran.

Destruyela. Ésa era su misión ahora. Fátima se lo había ordenado... ¿o había sido aquella criatura que se descolgaba del techo? Los pensamientos de Parménides se volvieron nebulosos; las distintas interacciones se hicieron de repente confusas. No, se dijo a sí mismo, la criatura del techo era Nosferatu. No le daría órdenes. No había vuelto a mostrar su repulsiva cara otra vez. Fátima había sido la única en decirle...

Destruyela.

Destruye a Vykos. Parménides tenía que concentrarse a fondo para que la idea tuviera sentido. Era Assamita, ocultándose tras Ravenna el ghoul. Vykos lo había hecho así. Ella sabía de su charada, pero se creía inmune a su ira. Pero él esperaría, aguardaría a la hora propicia, y atacaría.

Destruyela.

Parménides se sintió de nuevo hundirse bajo la oscuridad, pero la niebla estaba retirándose. Estaba apartado, sumergido, pero podía ver a través de los ojos del ghoul.

A su derecha había una pequeña camilla, y sobre la camilla yacía un cuerpo de mujer, ensangrentado, desnudo, rajado y abierto del esternón a la pelvis. Ésta, la más reciente de los de sangre diluida, la tercera hasta el momento, no era lo bastante fuerte para curarse a sí misma. Se hallaba tendida sin comprender, los ojos abiertos, la mandíbula colgando. En aquel momento no era consciente de lo que la rodeaba, aunque lo había sido lo bastante cuando Vykos la había abierto, vaciando el vientre que había estado tan lleno. La chica olía a su propia sangre; estaba cubierta de ella, como sus ropas cortadas, la camilla, la alfombra. Ése no era el olor que asaltó primero a Parménides, sin embargo.

La cama de gran tamaño, asimismo, era una sanguinolenta monstruosidad. Colcha, manta, y sábanas estaban retorcidas y empapadas. Pegajosos charcos de vitae llenaban cada depresión. Enredada entre la ropa de cama estaba Vykos, y hedía a la Maldición de Caín.

—¡Sangre! —llamó de nuevo.

Parménides se acercó más. Los pies que eran y no eran los suyos lo movieron hasta quedar de pie sobre ella. Como la mujer de sangre diluida, Vykos estaba desnuda. Su piel, donde no se hallaba veteada de sangre, era del más puro alabastro. Sus piernas estaban dobladas, separadas, sus pies asegurados en estribos de cuero. Parménides contempló su cuerpo lampiño y asexuado. Sus pequeños pechos eran un resto de feminidad que había adoptado... ellos y el feto que se retorcía en su propio vientre abierto.

—¡Dámela! —Se estiró hacia la jarra con ambas manos.

Parménides se la dio y ella bebió, ávidamente. Regueros de sangre bajaron por

sus mejillas hasta la almohada, donde trazaron nuevas formas encima de las capas ya secas.

Terminó toda la jarra y la arrojó a un lado. La sangre latía a través de expuestas arterias en el niño dentro de ella. Apretó los dientes contra el dolor, retorció las sábanas con sus puños, se lanzó contra los estribos. Parménides siguió junto a ella, entonces por completo vulnerable.

Destruyela, le ordenó una voz. Pero él estaba muy lejos; no podía abrirse camino hasta la superficie. Sólo podía observar a través de los ojos del ghoul que no era él.

Un gemido ahogado escapó de los labios de Vykos. No era un grito de dolor sino de cólera. Mientras la sangre bombeaba dentro del diminuto semblante de un niño, los miembros en parte formados de éste se sacudían de forma espasmódica, salpicando parte del líquido acumulado alrededor dentro del cuenco del abierto vientre de ésta. El niño nonato luchaba, como un pez fuera del agua, a pesar (o tal vez a causa) de la vida que Vykos trataba de introducir a la fuerza en el pequeño cuerpo.

Entonces, tan de repente como el debatirse había empezado, éste dio paso a la calma. Vykos siguió tendida, quieta, aunque cada uno de sus músculos estaba en tensión. El bebé, arrancado del útero de su madre no muerta y alimentado de vitae maldita más poderosa, yacía inmóvil.

El persistente gañido de Vykos cobró fuerza, creció hasta convertirse en un primitivo rugido de innegable rabia. Se agarró el vientre. Sus dedos, largos y afilados, se hundieron en el suave y carnoso cráneo, separando al niño culpable de su cuerpo, sin prestar atención a las arterias y ligaduras orgánicas que cortaba en dos. Con el *crescendo* de su alarido, lanzó el minúsculo cuerpo al suelo y rasgó con sus ensangrentadas zarpas su terso y blanco cuero cabelludo.

Fue en ese momento cuando Parménides oyó el distante sonido de una campana. El ascensor, comenzando a subir. Vykos también la oyó.

—¡No! —gritó ella, irguiéndose con una sacudida en su desnudo, ensangrentado esplendor.

Por un brevísimo instante, Parménides permaneció extasiado ante la visión de una única gota de sangre deslizándose despacio a través de la perfecta curva de una de las expuestas costillas de Vykos... pero entonces Ravenna entró rauda en acción.

Se apresuró a salir del dormitorio principal, cerrando la puerta de un tirón detrás de ella. La flecha encima de la puerta del ascensor marcó el progreso del mismo desde el segundo piso al tercero. La dirección del hotel, antaño leal a Vitel pero fácil de persuadir, había recibido hacía mucho tiempo órdenes de suspender todos los servicios a la azotea. Ningún empleado debía poner pie en el sexto piso salvo en respuesta a una petición específica por parte de Vykos o su criada, Ravenna.

Sin embargo el ascensor había llegado al quinto piso y seguía subiendo.

Parménides aguardó pacientemente en el vestíbulo. Comprobó con rapidez las varias hojas ocultas en su persona. Para cuando las puertas se abrieron, estaba apoyándose de forma despreocupada sobre el bastón que ya no requería para

desplazarse. Como criada de la Dama Sascha Vykos, arzobispo de Washington, estaba preparada para recriminar a quienquiera que fuese tan necio como para violar la intimidad de ella. Como asesino, entrenado y camuflado, estaba listo para la violencia en caso de un ataque en ciernes.

Aun así, se vio sorprendido cuando Francisco Domingo de Polonia, arzobispo de Nueva York, flanqueado a cada lado por lacayos Lasombra, salió del ascensor.

—Deseo hablar con Su Excelencia, el Arzobispo Vykos —dijo Polonia enérgicamente, sus palabras teñidas del acento español de sus días mortales. Era alto y se conducía con el gallardo porte de un luchador confiado en ganar. Desde debajo del negro océano, Parménides quería ponerlo a prueba, desafiarlo, pero aquél no era el momento. Polonia arrugó apenas la nariz ante la pestilencia de la carne podrida a la cual Parménides se había acostumbrado durante las pasadas semanas. Los compañeros de Polonia fueron menos discretos.

—¡Jesucristo! —dijo Costello, un lugarteniente de la facción de Polonia, un intermediario de Nueva York—. He estado en cloacas de Nosferatu que olían mejor que esto.

Al otro lado de Polonia se hallaba Joseph Hardin, asesino a sueldo que se había dado a conocer durante la primera guerra relámpago de Atlanta a Washington. Había llegado a ser célebre por su despreocupada brutalidad, tanto contra la Camarilla como entre sus propios subordinados.

—La doncella sin duda alguna va a molestarse —dijo.

—Su Excelencia —dijo Parménides con calma— está indispuesta.

El humor desapareció al instante de Hardin y Costello; se pusieron tensos, inquietos. Polonia, por otra parte, que había sido todo formalidad hasta el momento, sonrió. Fue una helada sonrisa, una sonrisa de cocodrilo.

—No estoy pidiendo tu permiso —dijo.

Polonia, advirtió Parménides, no llevaba espada, supuestamente su arma favorita. El falso ghoull reparó por instinto en tales detalles marciales puesto que había una tensión palpable en el cuarto, pese a que Polonia y Vykos formaban ambos parte del alto mando del Sabbat; los dos, en teoría, del mismo lado.

Costello avanzó tratando de rebasar a Parménides, que levantó su bastón, cerrando el paso. Los ojos de Costello se ensancharon; resopló de indignación.

—¿Qué cojones crees...?

—Ravenna —la fría voz de Vykos llegó desde atrás—. Trae por favor unas sillas para nuestros invitados. —La mirada de Costello pasó sobre el hombro de Parménides; la ira del Lasombra se evaporó—. Me temo que la decoración no se ha conservado en buen estado —añadió Vykos.

Estaba de pie ante la puerta cerrada del dormitorio principal. Un vestido de oscura seda ocultaba la mayor parte de su cuerpo y hacía que su rostro, manos y pies pareciesen de un blanco brillante en contraste. Ninguna sangre era visible. Su piel estaba recién lavada, y pequeñas crestas surcaban su cabeza de la frente a la nuca,

como si hubiese estado pasándose los dedos a través de un cabello que, aquella noche, no existía. Llevaba el vestido ceñido en el cuello. Parménides se preguntó si, debajo, su abdomen seguía revelando un expuesto y estéril útero. Sin decir nada, se dispuso a obedecerla.

—No necesitamos sillas —dijo Polonia, ya sin sonreír—. No tengo intención de quedarme mucho tiempo.

—Qué pena —dijo Vykos sin emoción.

Parménides la observaba con atención en busca de signos de debilidad. Conocía el estrés físico que había estado infligiéndose, la cantidad de sangre que había consumido y gastado. Pero como siempre parecía ser el caso, Vykos no mostraba ninguna debilidad, física o de otro tipo.

—Estoy seguro —dijo Polonia— de que está enterada de las últimas noticias de Madrid, Arzobispo.

Vykos contempló a su rival con impávidos y extraños ojos. En aquel instante no le pareció a Parménides una aristócrata del Sabbat, mujer, ni humana, sino más bien un dios, un ser por completo ajeno a la carnicería y las disputas internas que se arremolinaban alrededor de ella. Se sintió subir a la superficie de aquel negro océano. Impulsos de su sangre, de violencia, lo invadieron, pero su propio distanciamiento, fruto de su entrenamiento, se hallaba ausente. Un odio visceral (hacia su señor, hacia su señora) lo embargaba. Y un amor igual de poderoso.

—Siempre hay alguna noticia de Madrid —dijo Vykos, y la ilusión de su alteridad se desvaneció... o acaso la ilusión de su humanidad se reafirmó. Su mirada envolvió a Polonia y sus secuaces, los diseccionó donde estaban.

Parménides se hizo a un lado, permitiendo el acceso a la *suite*, pero ninguno de los Lasombra se movió. Costello y Hardin no pudieron evitar sino mirar una y otra vez de Polonia a Vykos.

—Los informes han sido confirmados —dijo Polonia—. El cardenal Monçada, vuestro benefactor, ha sido destruido. —Las palabras se cernieron en el aire, sobreponiéndose incluso al hedor de la carne en descomposición. Costello y Hardin, quienes era evidente ya habían oído la noticia, parecían intimidados por lo que decía Polonia, con todo. Observaban intensamente a Vykos en busca de cualquier reacción... sin conseguir nada en absoluto.

Vykos siguió por completo inmóvil y silenciosa, no helada sino concentrada, no sorprendida sino distante.

—¿Y...? —preguntó al fin.

—Y —respondió Polonia—, ahora soy cardenal. Reclamo el título, y el regente está de acuerdo.

Vykos, todavía inexpresiva, hizo una profunda reverencia doblando la cintura. Una mano se apoyaba con soltura contra la puerta detrás de ella (Parménides sospechaba que necesitaba el apoyo para mantenerse erguida, aunque no mostraba ningún asomo de flaqueza). La otra mano dibujó un elegante floreo en el aire. Se alzó

y contempló a su invitado de forma tan desapasionada como había hecho antes, sin prestar atención en absoluto a Costello y Hardin, que estaban tratando, con bastante éxito, de no moverse inquietos.

Polonia asintió, reconociendo el gesto de ella.

—Sin la ayuda de Monçada...

—Su interferencia, queréis decir —sugirió Vykos.

—Se necesita una mano firme —continuó Polonia, haciendo caso omiso de la interrupción—. Estoy seguro de que lo comprendéis. —De nuevo la sonrisa de cocodrilo, pero esta vez sólo en sus ojos—. Vallejo y sus legionarios han regresado a Madrid. El pobre soldado resultó muy afectado, aunque se las arregló bien para mostrar dureza. El Sastrecillo se ha ido también, pero el comandante Bolon y él han... reconstruido nuestro suministro de ghouls de guerra. El comandante, por supuesto, ha jurado lealtad a mi persona.

Despacio, Vykos se inclinó una segunda vez, en esta ocasión sin agarrarse a la puerta, y realizando pequeños floreos con ambas manos.

—Mis felicitaciones —añadió, alzándose— y, ciertamente, mi lealtad. Bebamos a la salud del cardenal de los Estados Unidos.

Polonia rió astutamente.

—Estados Unidos del Este. Me halagáis, Arzobispo.

—Nada de eso.

Continuaron allí por un largo, incómodo momento, los cuatro Cainitas y el Assamita en medio.

—¿Alguna nueva noticia de vuestro espía? —preguntó Polonia al fin—. ¿O habéis estado demasiado ocupada?

—Hay tan pocas noticias nuevas —dijo Vykos crípticamente. La respuesta era a todas luces inadecuada, y otro tenso silencio se hizo más profundo entre cardenal y arzobispo—. Nada de importancia por parte de mi contacto, Su Eminencia.

—Comunicaos conmigo de inmediato en cuanto sepáis algo —dijo Polonia—. El ataque tendrá lugar pronto. Muy pronto.

—Como deseéis, mi Cardenal.

Polonia, no del todo satisfecho, asintió y se volvió para irse. Costello, lo bastante aliviado para adoptar una expresión de burla, y Hardin lo siguieron, pero entonces su cardenal se detuvo girándose hacia Vykos.

—Os ruego visitéis vuestra ciudad de vez en cuando, Arzobispo —dijo—. Mi gente se ha visto molestada a la hora de planear el ataque sobre Baltimore por la necesidad de zanjar disputas, terrenos de caza y asuntos similares, que deberían haber sido de vuestra incumbencia.

—Como deseéis, mi Cardenal.

Entonces, algo más satisfecho, Polonia y sus subordinados se volvieron y se fueron, dejando a Parménides contemplando de nuevo aquellos helados, extraños ojos que los siguieron con la mirada fija.

Jueves, 21 de octubre de 1999, 12:10 a.m.

Norte del Estado de Nueva York

El zumbido electrónico de la pequeña impresora a pilas, lejos de parecer discordante en medio de la tallada roca de la caverna, resultaba un alivio para Ramona. Fuera cual fuese el motivo por el que Hessa estaba tomando y luego imprimiendo fotografías de... de todo lo que habían encontrado, Ramona daba gracias por ello. No parecía dispuesto a hablar, estaba muy atareado con sus fotografías, gracias a Dios. Había dicho algo acerca de copias impresas y tecnología. Ella no había estado escuchando en realidad. Su mente había estado demasiado ocupada por la grotesca estatua, la escultura de piedra, sangre y carne.

Estaba agradecida por el rítmico ronroneo de la impresora. De lo contrario, el silencio habría sido demasiado, la habría llevado sobre el borde del abismo. Hablar no habría resultado mucho mejor, no obstante. Aun cuando pudiera envolver su mente con pensamientos y palabras. El sonido de una conversación parecía una violación de ese lugar, una violación de... de la dignidad de su propia muerte. La sangre de ellos se secaba en sus manos, en sus propias y monstruosas garras.

Sólo se oía el zumbido electrónico. Gracias a Dios. De otro modo, ella habría oído a los fantasmas.

Verlos ya era bastante malo. Había visto al fantasma de aquel lugar, del prado del exterior. Desde el helicóptero. El prado era como ella había sabido que sería: quemado, sembrado de hoyos, surcado por el fluir de roca derretida ya seca. Era tan evidente, que ni siquiera había señalado en su dirección. Entonces se había dado cuenta de que Hessa no lo veía, el piloto no lo veía. Incluso después de indicarles la senda de destrucción en mitad del prístino bosque, no lo veían. No podían verlo.

—¡Aterrizas de una maldita vez! —había gritado ella por encima del estruendo del helicóptero.

Se habían posado al sur del prado... en dirección opuesta desde Table Rock, desde Zhavon. Pero desde el suelo, todo había sido incorrecto... o correcto. Normal. Ella veía lo que Hessa veía. Un bosque invernal, montañas, nada más, nada menos. Su visión fantasmal, la visión que Edward Plumaneira con toda su rareza le había dado a conocer, la había abandonado. O bien algo más poderoso estaba jugando con su mente, ocultando lo que estaba ahí, lo que ella sabía tenía que estar ahí. Pero, pese a todo, no podía verlo.

Deseaba no haber visto lo que había en la cueva. No, eso no era cierto. Tenía una responsabilidad, un deber. Pero aquello no alteraba el hecho de que ahora sentía la bilis o sangre, o lo que infiernos fuera en su estómago, agitándose una y otra vez.

Mantuvo baja la cabeza, escuchando la impresora. Alejó la mirada del corazón de la escultura, en dirección al sangriento garabato que, estando separado, no obstante completaba de alguna forma la estatua de carnicería. Había terminado lo que había venido a hacer allí. No necesitaba mirar más. El recuerdo ya era bastante horrible sin

reforzarlo. La perseguiría el resto de sus noches.

No habría reconocido a Tanner si no hubiera sido por los fantasmas. Como los otros, era parte de la estatua, pero a diferencia de ellos, la había reconocido a su vez. Ninguno de ellos, ninguno de los Gangrel, estaba completo de cuerpo. Sólo Tanner, su sire, conservaba la mente entera. Ella vio la tortura en sus cansados y desesperados ojos. Vio de nuevo sus propias garras degollándolo, dejando que la sangre se escurriera, luego hundiéndolas en él, desgarrando carne y hueso, hasta que el fantasma desapareció.

Los demás fantasmas eran menos perceptibles. Los otros Gangrel gemían y se debatían débilmente mientras Ramona se arrastraba entre las agujas, pero toda la imitación de vida que quedaba era sólo eso, una imitación, pálida y patética. Había hecho lo que podía por ellos, sin embargo, y la sangre fresca goteaba a través de los huecos de la grandiosa escultura. Ni gemidos, ni débil agitar de brazos. Silencio. Quietud. Sólo el sonido de la impresora zumbando constantemente.

En el helicóptero, los fantasmas estuvieron en silencio, tal vez incluso en paz. La misma tierra aparentaba que nada iba mal, que nunca había sucedido nada. La cicatriz estaba oculta. Árboles, ladera, el tranquilo bosque nocturno.

En ese momento Ramona quería hablar. No le gustaba estar en el helicóptero, tan por encima de la tierra, y los rotores en marcha estaban demasiado cerca. Sonaban de forma en exceso similar al estruendo de monolitos al estallar, a fuego y muerte. Los fantasmas estaban callados, pero los recuerdos no.

—Estuviste aquí antes —le dijo a Hesha, casi gritando para hacerse oír por encima del estrépito. Tenía que pensar en algo que no fuera la noche de aquella carnicería, cualquier cosa.

Hesha asintió. Le había contado un poco acerca de su viaje anterior a la cueva, acerca de poseer el Ojo, acerca de volverlo a perder. A regañadientes y de forma misteriosa, mencionó a Leopold, el demente ser que había reclamado el Ojo, que a punto había estado de destruir a Hesha, que había destruido a tantos compañeros de clan de Ramona. Tenía que haber sido Leopold igualmente, comprendió Ramona, quien creó la escultura, quien había doblegado la piedra a su voluntad y atormentado a aquellos que ya había vencido. ¿Cómo no lo había visto Hesha?

—¿No viste aquello en la cueva... antes? —preguntó Ramona. Aquello. La escultura.

Hesha negó con la cabeza. No, no lo había visto. Si es que le estaba diciendo la verdad. Mas ¿por qué habría de mentir? Ramona se dijo si podía haber una pregunta mejor, ¿por qué no habría de hacerlo? Tras pasar un tiempo con Khalil, ya no sabía si había algún Vástago que necesitase algo tan básico como una razón para mentir. Ella misma había mentido a Jen y Darrel varias veces. Liz había sido categórica en cuanto a no confiar en Hesha. Cualquier cosa que te haya dicho, es una mentira, le había

dicho.

Era difícil. En cierto modo, Ramona quería confiar en Heshá, quería creer lo que le había contado. Pero Liz era una mujer tan agradable e inteligente, y aunque Khalil la había jodido de mala manera, había parecido más alterada, más preocupada y resentida respecto a Heshá. Era un Setita; él había hecho de Liz otro Setita, un monstruo como Ramona, sólo que con un matiz diferente. Ramona había percibido que era de Heshá, más que de Khalil, de quien Liz había necesitado escapar.

Ramona echó a Heshá una larga, dura mirada. Él le había enseñado mucho en las pasadas semanas... cosas que perjudicarían a los de su clase, cosas que no. Dios sabía que había sido mucho más sincero que Tanner, y no tenía sentido siquiera empezar a compararlo con Khalil. Sin embargo, Ramona sentía en realidad que Heshá no la estaba ayudando debido a la bondad de su corazón. Tenía sus razones. Si no la engañaba, era porque quería algo, quería ganarse su confianza... pero Ramona no estaba segura de que nadie volvería a ganar su confianza.

Así que tal vez él había visto la escultura antes y había pensado en llevar su cámara esta vez, o tal vez no la había visto y sencillamente estaba preparado. No había visto la sangrante cicatriz que era el prado; después de todo, al igual que Ramona ya no podía verla. Fuera como fuese, estaban ayudándose mutuamente a encontrar el Ojo, y eso era lo más importante. Por el momento.

Jueves, 21 de octubre de 1999, 11:14 p.m.

Broadway Este

Baltimore, Maryland

La fachada hacía juego con los otros edificios del bloque: ladrillos viejos, estrechos, sin cristal expuesto, sólo contrachapado pintado de negro, un letrero de neón rojo que decía sólo «bar» a secas. A Lydia le gustaba el letrero. Nada de agudos juegos de palabras para el nombre, y el establecimiento seguía la misma línea sensata. Nada de gorilas, ni de filas de gente guapa aguardando a entrar. A veces algún ganado acertaba a entrar casualmente. No había problema. Había un mostrador surtido de licor y cerveza para la minoría de clientes que podían todavía tomar esa clase de bebida. Todos de antemano, ya fuese en el mostrador o en una de las pocas mesas, sabían comportarse de la mejor manera si algún «viviente» se hallaba en la sala. Si nadie estaba demasiado hambriento, el ganado podía incluso volver a salir tras tomar algunas copas. Si alguien se interesaba por él, no obstante, podía verse retrasado en el cuarto trasero durante unas horas y despertar a la mañana siguiente con algún litro de sangre menos y una resaca de mil demonios. Fuera como fuese, no se enteraba de nada. Hasta el momento, no había mortales aquella noche.

Lydia había oído historias sobre guaridas del Sabbat donde el ganado, todavía agonizando, era colgado (literalmente, de ganchos) y la turba de la noche se limitaba a hincar el diente siempre que quería. La idea repugnaba a Lydia. Le parecía tan horrible como una violación múltiple, o comerse una mierda delante de alguien. Alimentarse era algo privado. No iría tan lejos como para llamarlo espiritual, pero nunca había tenido un gran deseo de alimentarse, o incluso cazar, en manada. ¿Era algo, se preguntaba, en la sangre de un vampiro del Sabbat lo que le llevaba a actuar como un maldito animal? Era una pregunta difícil, porque había algunos compañeros de la Camarilla igual de perversos, o que lo serían si no fuese por los peces gordos que amenazaban con patear sus pervertidos culos. ¿Eran sólo las convenciones sociales, entonces, lo que diferenciaba a la Camarilla del Sabbat? La mayoría de los clanes de la Camarilla, a fin de cuentas, tenía miembros que se habían pasado al otro bando, antitribu, y otro tanto pasaba con el Sabbat. No podía ser la sangre, al menos no sólo. Tal vez la línea de sangre establecía un arquetipo general, y algunos individuos se desviaban de ese arquetipo.

Una pena que Christoph no estuviese cerca en vez de estar haciendo cualquier cosa que estuviese haciendo solo. Puede que tuviera un punto de vista interesante al respecto. Pero ésta era la primera vez que salían de patrulla en cuatro noches, desde que habían recogido el coche del taller de Slick, que se hallaba a sólo unos bloques de distancia. Aquellas cuatro noches tampoco habían sido monótonas para sus muchachos y ella: cinco tiroteos, dos animales cobrados del Sabbat confirmados, tres persecuciones a toda velocidad, una tras el Sabbat, otra huyendo de él, otra de la policía. Un balazo condenadamente doloroso le había atravesado la cara, haciéndole

añicos los dientes, y llevándose un trozo de su lengua. Aquello había precisado cierta cantidad de sangre para ser reparado. La mano izquierda de Frankie había sido amputada, y aún no le habían vuelto a crecer todos los dedos.

Frankie estaba en la mesa con Lydia, igual que Baldur. Así que en vez de contar con la oportunidad para una conversación seria y filosófica con Christoph, se encontraba sentada con los dos miembros de su banda que se hallaban continuamente fascinados por preguntas como «¿por qué conduces por una carretera principal y aparcas en un camino de entrada?^[2]».

—Eh, Frankie —dijo Baldur—, ¿quieres ir a un bar con piano? Podrías tocar «Palillos chinos».

A Frankie no le pareció divertido.

—Cierra la jodida boca, maldito bastardo ignorante.

—¿Me estabas haciendo un corte de mangas? ¡No me daba cuenta! —Baldur golpeó la mesa ante su propio ingenio.

—¿Por qué no cerráis ambos la maldita boca? —sugirió Lydia. Sólo quería saborear su bebida (servida en un vaso oscuro, una pequeña concesión al ocasional cliente mortal) pasando por alto a todos los demás del bar—. Ni siquiera puedo oírme pensar.

—No debes de estar pensando bastante alto —dijo Baldur, al parecer hallando algo divertido en su comentario y riéndose histéricamente.

Lydia lo miró con odio. Frankie hizo otro tanto. Y Baldur, no tan idiota como parecía, cerró la maldita boca.

¿Qué estaba pensando?, se preguntó Lydia, decidiendo que era culpa de ella. Si quería intimidad, debería haber ido a algún lugar privado. Cualquier lugar dejaba de ser privado con Frankie y Baldur. E incluso con los dos callados, había más gente en el bar para molestarla. La gente en general no solía irritar a Lydia; no era una de los grandes solitarios, como Theo. Pero de los cuatro Vástagos en la barra aparte de ella misma, Frankie y Baldur, y el barman, uno era Jasmine. Y era un auténtico coñazo.

Jasmine en sí misma era bastante inofensiva. Era una chavala vuelta a la época *hippie*: cabello largo y lacio, con raya en medio; pantalones de campana; botas camperas; camisa ceñida y tetas más frescas de lo que deberían estar. Era de lo más remilgada en lo referente a ensuciarse las manos, pero hablaba muy bien (muy bien, en voz alta, y sin parar) y eso es lo que estaba haciendo en aquel momento en la mesa de la esquina.

—Nosotros no deberíamos estar haciendo su trabajo sucio —dijo Jasmine a su pequeña congregación de admiradores. Apuntó con el dedo al aire al menos dos veces con cada frase para resaltar sus argumentos. Tal vez estaba intentando hipnotizar a su público. Parecía funcionar. Los tres Vástagos que la escuchaban eran tíos. Lydia conocía a los de su clase. Parecían imbéciles. En vida, habrían sido de los que siguen a sus pollas, y ahora que esos apéndices en particular no les guiaban con la misma urgencia, sus propietarios se hallaban bastante desorientados, impresionables ante un

discurso enérgico, y no hacía ningún daño el que estuviese ligado a una bonita cara y unos pezones erectos.

—Si esos peces gordos del Parador Lord Baltimore están tan preocupados por el Sabbat —estaba diciendo Jasmine—, deberían ser ellos los que recorrieran de arriba abajo las carreteras manteniendo guardia.

Lydia tomó otro sorbo del opaco vaso para *whisky* con soda medio lleno de sangre que sostenía en sus manos. Había escuchado las arengas de Jasmine antes, en persona y de segunda mano gracias a Baldur y Frankie, pero esta vez la molestó más. Esta vez tuvo que reprimir el impulso de sacar su 38 del bolsillo de la chaqueta y pegarle un tiro a Jasmine directo en la frente.

—Ellos no están asumiendo ningún riesgo. Ellos no ponen sus privilegiados culos en el frente.

Déjalo, se dijo Lydia. Todos saben que no son más que palabras.

—Ellos se limitan a sentarse allí, a sentarse y hablar, hablar, hablar. Nosotros somos los únicos que hacemos el trabajo sucio.

Déjalo. Nadie está escuchando. Pero sí estaban escuchando. Los tres rebeldes sin causa lo hacían. Frankie y Baldur habían escuchado, aunque no eran conscientes de lo que se estaba diciendo en aquel momento. Frankie estaba demasiado atareado pensando, y Baldur se entretenía construyendo una torre con la sal y la pimienta.

—¿Qué hora es, Frankie? —preguntó Lydia. Tal vez hubiese una película a última hora a la que podían llegar o algo así. Cualquier cosa menos quedarse y escuchar a la chica de las flores hablando más de la cuenta.

—Cerca de las 11:30.

Baldur comenzó a reírse y trató de contenerse, sin éxito.

—¿Qué? —le preguntó Lydia, en contra de lo que aconsejaba su juicio.

Baldur puso cara seria.

—Puedes preguntarle qué hora es... ¡pero no le pidas que se ate el zapato! —No pudo controlarse por más tiempo y rompió a reír. Esquivo asimismo el airado golpe que Frankie le lanzó.

La visión de Lydia se nubló de rojo.

—De acuerdo, ya está bien. —Buscó en el bolsillo de su chaqueta.

—No vale la pena para ellos —dijo Jasmine— arriesgar sus ridículos pellejos. No, es a nosotros a quienes llaman...

La pared derecha explotó despidiendo ladrillos y polvo de mortero por encima de la cabeza de Jasmine. El estallido del disparo sacudió la pequeña estancia como el súbito estampido de un trueno. Jasmine aplastó la cara y los brazos sobre la mesa. Sus admiradores estaban en el suelo. El barman no se encontraba a la vista. Frankie y Baldur se limitaron a mirar con atónita incredulidad mientras Lydia andaba pavoneándose hacia la otra mesa, con su humeante 38 mantenido de manera indiferente a su costado.

—Hablas mucho —dijo.

Jasmine, con la mejilla todavía pegada contra la mesa, echó un vistazo despacio sobre su propio antebrazo. Lydia estaba junto a la mesa con la pistola en la mano pero sin apuntar, así que Jasmine se sentó derecha con cautela en su silla.

—Hay mucho que decir —respondió, observó Lydia, sin levantar el dedo en el aire ya. Uno por uno, los miembros del público de Jasmine comenzaron a alzar la cabeza por encima de la mesa y a mirar alrededor subrepticamente.

Lydia los pasó por alto.

—Hay mucha gente rompiéndose el culo para asegurarse de que el Sabbat no se lanza sin más sobre este lugar —dijo.

—Tienes razón —asintió Jasmine, recuperando algo de su ardor—, y esos peces gordos del Parador Lord Baltimore tendrían que estar con nosotros.

—¿Qué crees que hace Theo Bell cada noche?

—Es un perro faldero del Ventrue —dijo Jasmine, apuntando con el dedo hacia Lydia.

Lydia echó atrás el percutor de su 38.

—Dilo otra vez. —Las tres cabezas que habían estado levantándose por encima de la mesa volvieron a hundirse fuera de la vista.

Jasmine abrió la boca, hizo una pausa, colocó las palmas planas contra la superficie de la mesa.

—Arriesga su trasero —reconoció a regañadientes—, pero sin embargo sólo recibe órdenes.

—No sabes de qué estás hablando.

—¿Y tú sí?

—Más que tú —Lydia liberó el percutor hasta su posición original. Como si les hubieran dado la entrada, las tres cabezas volvieron a asomarse despacio sobre la mesa—. ¿Qué quieres que hagamos? —preguntó—. ¿Entregar sin más Baltimore al Sabbat?

Jasmine negó con la cabeza, y dijo:

—Por supuesto que no. Todo lo que digo es que no hay ninguna igualdad. Pieterzoon y esa gente deciden lo que es mejor para ellos. Les importamos un huevo de pato, pero nosotros somos los únicos que resultamos hechos trizas cada noche cuando el Sabbat se arrastra por aquí.

—¿A cuántos de nosotros has visto tú hechos trizas? —preguntó Lydia. Jasmine no contestó, rehuyó su mirada—. Eso pensaba. Demasiado atareada quejándote para ensuciarte las manos.

—¿Eso no es verdad! —protestó Jasmine—. Yo salgo fuera. Patrullo. Creo que no es tan malo como dicen.

Lydia cruzó los brazos, metiendo el revólver bajo la axila.

—¿Por qué no te decides? ¿Nos están haciendo trizas, o no es tan malo como dicen? No pueden ser las dos cosas.

Alentados por la ausencia de más disparos, los admiradores de Jasmine volvieron

a acomodarse en sus asientos. El primero y más temerario de los tres, un punki con un anillo en la nariz, se sacudió la chaqueta y sonrió a Lydia.

—No he visto a tantos del Sabbat —dijo.

—Entonces has estado en el lugar equivocado —dijo Lydia, gesticulando y agitando la pistola sin darse cuenta.

El punki retrocedió.

—¿Por qué no guardas esa cosa, chica? No puedes acabar con todos nosotros con ella.

Antes de que nadie pudiera moverse, Lydia tenía el 38 pegado contra la nariz del punki.

—No, pero seguro que haría mucho daño, ¿no crees? ¿Quieres probar? ¿Quieres otro maldito anillo más grande en la nariz? —amartilló la pistola de nuevo.

Las manos del punki estaban sobre su regazo. No movió un músculo. Lydia se retiró lentamente, soltó el percutor, y entonces deslizó la pistola dentro de su bolsillo con naturalidad. Abrió la boca para llamar a Frankie y Baldur, y entonces se dio cuenta de que estaban ya detrás de ella, ambos listos para defenderla si había algún problema.

—Frankie —dijo—, enséñale a esta estúpida lagarta pacifista lo seguro que se está ahí fuera.

Sin decir palabra, Frankie levantó la mano izquierda y empezó a desenrollar el vendaje suelto que la cubría. Cuando hubo terminado, todos pudieron ver la descarnada mano todavía creciendo, los músculos y el tejido no del todo formados, los dedos de sólo un tercio de la longitud que deberían haber tenido.

—No me digas que no es tan malo lo de ahí fuera —dijo Lydia en voz baja y amenazadora—. No se lo digas a él. Simplemente te gusta oírte a ti misma y luego echar la culpa a otros de...

Un estridente sonido la interrumpió. Lydia buscó en el otro bolsillo de su chaqueta (Jasmine y sus admiradores se tensaron de forma casi imperceptible sin poder evitarlo) y sacó un teléfono móvil. Pulsó una tecla.

—Sí.

—Necesito que vengas aquí —dijo la voz de Theo, aunque débil, todavía profunda y poderosa, del otro lado de la línea. Le dio la dirección—. No traigas a tus chicos. ¿Entendido?

—Sí. No hay problema.

—Bien. —La comunicación se cortó.

Lydia estuvo a punto de quitarse el teléfono de la oreja, pero entonces se le ocurrió una idea mejor.

—Ah, sí, Theo —dijo al teléfono—, ¿tienes un segundo? Tengo a alguien aquí que tiene algo que decirte —Lydia tendió el teléfono a Jasmine—. Aquí tienes. Tu oportunidad de hablar directamente con el jefe...

Jasmine miró fríamente el teléfono, pero no hizo intento de cogerlo.

—¿No? —Lydia se encogió de hombros. Volvió a ponerse al aparato—. Creo que me he equivocado. Estaré allí enseguida.

Lydia apagó el teléfono y se lo metió de nuevo en el bolsillo.

—Tengo que irme. ¿Os importa hacer compañía a Jasmine y sus chicos, compañeros? —preguntó Lydia a Frankie y Baldur.

—Claro que no.

—No hay problema.

—Bien —dijo Lydia—. Contadle algunas historias de guerra. Tal vez mañana la llevemos de patrulla con nosotros.

Viernes, 22 de octubre de 1999, 12:20 a.m.
Front Street
Baltimore, Maryland

Theo estaba esperando en el estacionamiento de un súper cuando llegó el coche de Lydia.

—Te ha costado bastante —dijo—. ¿Te he pillado en mitad de algo?

—No —ella restó importancia a su pregunta—. Me tienes al sur de la ciudad la mayoría del tiempo. No conozco mucho el camino alrededor del centro. He llegado aquí tan rápido como he podido.

Theo asintió.

—De todas formas, tengo algo para que hagas. Va a ser la mar de aburrido, pero es algo que no pediría a cualquiera. —Lydia no protestó, y él pudo darse cuenta de que la había enganchedo. No estaba inflándola sin más de humo. Confiaba de verdad en ella (tanto como podía confiar en cualquier Vástago)—. Haré que Slick mande a tus chicos otro coche. No puedes decirles nada a ellos (ni a nadie) sobre esto. ¿De acuerdo?

Lydia asintió.

—¿Ves ese Lexus *beige* de allí? —Theo señaló hacia un estacionamiento justo bajo el bloque del otro lado de la calle. El aparcamiento estaba junto a un teatro local. No había representación esa noche, y sólo algunos coches en el mismo.

—¿El tercero empezando por el final? —preguntó Lydia.

—Sí.

—¿Estás seguro de que es *beige*? A mí me parece gris.

Theo se encogió de hombros.

—Tal vez está sucio. Pero lo ves.

—Sí, lo veo.

—Necesito que no lo pierdas de vista... toda la noche, cada noche, hasta que alguien llegue y lo coja. Tengo a alguien más vigilando durante el día. Pero si alguien llega para llevárselo, llámame y síguelo hasta que yo llegue. ¿Entendido?

—Sí. No hay problema. ¿Puede tratarse de alguien que me reconocería?

Theo pensó en aquello durante un segundo.

—Probablemente no, pero tal vez. Así que no te dejes ver demasiado.

—Vale.

Siguieron allí de pie durante un minuto, ambos mirando fijamente el coche como si pudiera moverse sin nadie que lo condujera.

—¿Qué llevas? —preguntó Theo.

Lydia dejó que su 38 Especial asomara un poco del bolsillo.

Theo frunció el ceño.

—Déjame verlo.

Lydia echó una ojeada alrededor para estar segura de que no estaban atrayendo

ninguna atención, luego pasó con sigilo la pistola a Theo. Éste la puso plana sobre su palma abierta, al parecer indiferente ante el hecho de que alguien más la viera, y la sopesó.

—Smith & Wesson. ¿De qué está hecha, de papel?

—No hables así de mi arma —se indignó Lydia.

Theo se la devolvió.

—Muy bonita. Vuelve a metértela en tu bolsillito. Toma... —Buscó bajo la parte posterior de su chaqueta, sacó un imponente revólver (tres veces más pesado y con un cañón el doble de largo) y se lo entregó a ella.

La mano de Lydia bajó varios centímetros.

—Jesús. Todo lo que tengo que hacer es golpear a alguien en la cabeza con esto.

—Desert Eagle —dijo Theo—. Magnum 44, cargador de siete balas. Menor alcance, mayor fuerza de impacto.

—Mierda. Andaré inclinada si llevo esta mierda.

—Feliz cumpleaños —dijo Theo sin sonreír—. Odio pensar que un amigo mío va por ahí con esa pequeña cerbatana —señaló hacia el bolsillo de ella—. Aquí tienes un cargador extra.

—Mierda. Gracias, hombre. Pero no me gusta pensar que estás del todo indefenso.

Una pausa.

—Me las arreglaré. —Se giró y se dispuso a marcharse, luego se detuvo—. Ah, sí. ¿Dónde están tus muchachos? Para que pueda enviar a alguien a por ellos.

—¿Conoces el nido de ratas a unas manzanas del taller de Slick?

—Sí. Lo conozco. —Se volvió y se dispuso a irse de nuevo.

—Eh, Theo.

Se detuvo, girándose hacia ella.

—Tengo que preguntarte algo —dijo Lydia, no exactamente con timidez, pero Theo pudo advertir que ella no quería hacerle perder el tiempo. Eso le gustaba.

—Dispara.

—¿Conoces a Jasmine? —preguntó Lydia.

Theo frunció el entrecejo, asintió, se cruzó de brazos.

—Sí, sí. Sé que no dice más que chorradas —continuó Lydia con rapidez—, pero estaba en el bar, y decía que no está viendo acción de verdad.

—¿Qué tiene eso que ver contigo? —preguntó Theo, con expresión pétrea.

—Bueno, yo... ya sabes... —Lydia cambió el peso de uno a otro pie incómoda—. Mierda. Me siento como una gilipollas, una jodida acusica, pero no... quiero decir, creo yo, si ella no ha visto acción, no debe de estar saliendo fuera, y alguien no está patrullando, tenemos un agujero del que preocuparnos. Quiero decir, estamos viendo problemas cada noche.

A Theo no le gustó oír aquello. Alguien que no cumpliera con su parte era un problema, aunque Jasmine no fuese más que otro cuerpo, una banda de frenado en el

camino cuando la mierda cayese, y cuerpos era lo que Theo necesitaba. Sólo servía para demostrar que unas tetas bonitas no valían de mucho.

—Lo comprobaré —se limitó a decir Theo—. Tú límitate a vigilar ese maldito coche.

Lunes, 25 de octubre de 1999, 10:53 p.m.

Interestatal 95

Cerca de Halethorpe, Maryland

La llamada de Lydia tuvo lugar la cuarta noche después de que Theo la hubiese puesto a vigilar el Lexus.

—Ha cogido el coche —la oyó por encima de las interferencias en la línea del teléfono móvil.

—¿Quién?

—Van Pel.

—¿Estás segura?

—Sí.

—¿Dónde estás ahora?

—Dejando el aparcamiento.

—Síguelo —Theo estaba varios minutos al sur de la ciudad y giró al norte de inmediato—. Manténme al corriente.

Maldito bastardo, pensó de Jan. Habían hablado justo la noche anterior, tomado la arriesgada decisión de retirar la segunda línea de defensa, salvo en la zona del mismo aeropuerto, y Jan no había dicho una sola cosa que tranquilizase a Theo. De hecho, el Ventrue únicamente había hecho aumentar sus sospechas.

—Todavía se están viendo algunas manadas adentrándose en la ciudad —había dicho Theo—. Podría ser otro escuadrón de la muerte. ¿Seguro que no quieres mayor protección?

—Estoy bien aquí —le había asegurado Jan, y había añadido—: No tengo intención de abandonar el parador hasta que todo esto se haya resuelto.

Bastardo mentiroso, había pensado Theo entonces, igual que ahora. Metió gas y fue a toda velocidad hacia el norte, acercándose a la ciudad. No iba en busca de noticias tranquilizadoras al respecto del cambio en las defensas; aquello no era, aunque peligroso, sino una parte del plan. Lo que preocupaba a Theo era la otra parte del mismo que habían establecido en agosto, y de la que no habían hablado demasiado desde entonces: el espía, el topo de alto nivel que ambos habían resuelto tenía que estar actuando. Ésa era la labor de Jan, descubrir al renegado. Dios sabía que Theo ya tenía bastante con sus propias responsabilidades. Pero hasta donde sabía el arconte Brujah, el espía seguía obrando. Y estaban aproximándose mucho al punto del plan en el que una ruptura de la confidencialidad significaría el fracaso de toda la empresa. Y ahora Jan estaba mintiendo a Theo. Tal vez no tuviera relación... pero Theo no podía evitar conectar de forma instintiva los puntos, aunque la forma de lo que sugerían era la última cosa que quería ver.

Los pensamientos de Theo se vieron interrumpidos por el sonido del teléfono en su bolsillo.

—Sí.

—Van Pel acaba de recoger a alguien en el Parador Lord Baltimore, y ha vuelto a salir, sin hacer ruido.

Maldito bastardo mentiroso.

—¿A quién?

—No sabría decirlo. Sólo uno, de todas formas.

—¿Los sigues aún?

—Sí. Se dirigen de vuelta al centro.

Theo podía ver la ciudad delante de él. Estaba ya dentro de los límites de la misma. Aceleró aún más.

—Vuelve a llamar en tres minutos.

—Entendido. —La línea dejó de oírse.

Pieterzoon, maldito bastardo mentiroso. No me hagas patear tu trasero. Para un Ventrue (diablos, para cualquier Vástago) mentir no era demasiado importante en y por sí mismo. El propio Theo había mentido al sugerir que otro escuadrón de la muerte podría penetrar en el interior de Baltimore. Nadie del Sabbat estaba acercándose al Puerto Interior. Pero Theo y Jan habían establecido una relación de trabajo bastante efectiva, y Theo estaba bastante seguro de que el Ventrue había sido franco con él desde aquella noche de agosto en la que supieron lo de Buffalo. Ahora Jan estaba mintiendo, y Theo no podía sino sospechar lo peor. ¿Estaba apostándolo todo Jan en un doble juego para lograr ascender? Después de todo, los vejestorios como Hardestadt no iban a ninguna parte, ni rápido ni despacio, y eso significaba que tampoco lo hacía nadie por debajo de ellos. Theo esperaba equivocarse, pero si no era así, la Camarilla en los Estados Unidos se iba a pique. Y ello le pondría en tela de juicio como arconte del clan Brujah presente en el lugar. Y eso lo volvía loco.

Tres minutos. El teléfono volvió a sonar.

—Se ha desviado del centro —dijo Lydia—. Se dirige al norte por Charles. Acaba de pasar... Saratoga.

Theo estaba cerca de la calle Charles, pero más al sur. Se metió el teléfono en el bolsillo y siguió hacia el norte tan deprisa como pudo sin atraer la atención de la policía. No había demasiado tráfico. El problema eran los semáforos. Pilló uno en rojo, giró rápido a la derecha, a la izquierda en los dos siguientes semáforos en verde, y luego volvió a dirigirse hacia Charles.

De nuevo el teléfono.

—Está girando a la izquierda hacia Franklin.

—Te veo —dijo Theo. Guardó el móvil, condujo como una bala hasta la intersección con la calle Franklin, y pasó un semáforo en amarillo. Pudo ver a Lydia en el Pontiac delante y se aseguró de tener a tiro al Lexus antes de despedirla haciéndole señas con la mano. Había hecho su parte. Él se encargaría de aquí en adelante. Ella estableció contacto visual, vaciló, adoptando una expresión interrogante: ¿Estás seguro? Él volvió a hacerle un gesto para que se marchara, y ella dobló por una calle lateral.

Theo volvió toda su atención sobre el Lexus. Estaba aproximadamente a una manzana y media por delante de él. Se rezagó un poco más (una motocicleta no era la forma más discreta de seguir a alguien) vigilando con mucho cuidado las señales de tráfico. No quería perder de vista el coche *beige*. Un desvío repentino dando la vuelta a la manzana para evitar un semáforo en rojo ya no era una opción a tener en cuenta.

Mientras Theo iba siguiéndolo, sintió un fuego alzarse en sus tripas, un fuego frío, uno que sabía ardería candente si no lo contenía, y daría luego paso libre al hambre, el hambre incontrolable. Sintió el fuego de manera más aguda que el ruido sordo de su moto o el viento contra su rostro. Su ira, que nunca estaba lejos, se veía alimentada por la frustración, el resentimiento. Sabía que Vástagos como Lydia estaban tratando de cumplir su parte, de hacer lo correcto, impedir que el Sabbat se hiciera con todo. Puesto que, por muy depravada y mentirosa que fuese la Camarilla, el Sabbat era diez veces, cien veces peor. Pero demasiados de los Vástagos tomaban partido sólo en beneficio de sí mismos, de sus propios asuntos. Maldita la Camarilla, y la ciudad, y el resto del mundo ya puestos.

Theo tenía su propia y larga lista negra, y se estaba haciendo más extensa cada noche: maldito todo el peso muerto que Theo se veía obligado a trasladar. Jasmine y otros como ella podrían valer para un grupo de debate o una protesta en el campus, pero en la calle, una vez empezaban a volar las balas, no valían una mierda. Maldito Pieterzoon por mentirle y por su ambición, por fuera cual fuera el juego al que estaba jugando. Maldito Hardestadt y todos los demás viejos. Si no estuviesen tan condenadamente empeñados en mantener a todos los Vástagos más jóvenes en su sitio, entonces puede que Jan y los de su clase no se vieran movidos a intrigar y aferrarse al poder, dando a los antiguos tantas razones para volverse paranoicos. Maldito todo el Clan Ventrue por ser siempre semejantes gilipollas mentirosos y dados a las intrigas, por obligar a Theo a sospechar de ellos. No había forma de que pudiese andarse sin rodeos y preguntar a Jan acerca del espía, o acerca de por qué estaba mintiendo sobre lo del coche. El Ventrue mentiría una y otra vez, y Theo nunca averiguaría la verdad. La única manera era encararse con Pieterzoon una vez no hubiese vuelta atrás.

Un mínimo de honradez era demasiado pedir; una meta en exceso elevada. El mutuo interés personal, si uno era afortunado, era lo más aproximado que iba a lograr. Así funcionaba el mundo, Vástago o ganado. Lo mejor que uno podía hacer era cercar con estacas los propios fundamentos morales, marcar la línea en la arena y luego partirla la maldita cabeza a cualquiera que la cruzase.

Ésos eran los sentimientos de Theo cuando el Lexus dejó la calle Franklin y él lo siguió. Pronto estuvieron atravesando una parte de Baltimore reservada a las familias de añeja fortuna. Las majestuosas casas en valladas fincas hablaban de riqueza y lujo... y de aislamiento del mundo real. El Lexus redujo a cincuenta kilómetros por hora, y había pocos coches en el camino por allí. Theo se rezagó un poco más. Apagó su luz delantera. Acarició la idea de abandonar su moto (podía fácilmente seguir al

Lexus a pie a esa velocidad), pero siempre existía la posibilidad de que van Pel sólo estuviese atajando por el lujoso vecindario para volver luego a la autopista, así que Theo lo vigiló desde tan lejos como las suaves curvas permitían. Todo el tiempo, el fuego en sus entrañas seguía haciéndose más intenso, ganando poder y ardor.

Era el fuego rojo, el hambre, que desde hacía un centenar de años se había apoderado de él la noche en que había librado al mundo del Amo Bell, propietario de la plantación, dueño de esclavos, violador de la familia de Theo. Era el fuego rojo, el hambre, lo que no había permitido detenerse a Theo al hacerlo. Había recobrado sus sentidos en medio de las llamas y la carnicería, la hacienda de la plantación vuelta un infierno, y en los barracones de esclavos, el suelo sembrado de cuerpos. Cuerpos que reconoció, demasiados de ellos miembros de hecho de su familia mortal. No fue la última atrocidad que Theo cometería con los años, pero como en todas las demás ocasiones, se había visto obligado a ello. Las circunstancias, la injusticia, la crueldad, y luego la ira, siempre la ira y el fuego.

Estaba conteniéndolo esta noche. En su mayor parte. Sin embargo, no estaba por completo bajo control. Esa noche no era el mismo hombre tranquilo y dueño de sí mismo que normalmente atrapaba intrusos del Sabbat y esparcía sus fluidos por toda la calzada. Era consciente de ello. También era consciente de que las operaciones de la presente noche eran un poco más delicadas que las habituales salidas de acoso y derribo. Era consciente... pero no se sentía inclinado hacia la delicadeza.

Así, cuando vio al Lexus comenzar a introducirse por una compuerta en la avenida, Theo casi se sintió como si sólo fuese un espectador. Su mente racional vigiló mientras aceleraba la máquina y su motocicleta volaba adelante, mientras volvía a encender la luz delantera e iba a gran velocidad hacia el lado del pasajero del Lexus. Acortó la distancia con el coche antes de que las grandes puertas electrónicas estuviesen a medio abrir. Cuando la motocicleta se deslizó y se detuvo chirriando justo ante el parachoques delantero del Lexus, dos guardias armados, ambos ghouls, se precipitaron hacia él. Theo tuvo su escopeta en la mano, desenganchándola del interior de la chaqueta, y amartillada antes de que los guardias pudieran pegar un tiro. No apuntó el SPAS hacia ellos, que sintieron de alguna forma su control y contuvieron su propio impulso de hacer fuego, evitando por el momento un baño de sangre seguro. Durante un largo, tenso instante, se miraron los tres el uno al otro. El Lexus aguardaba en silencioso ralentí, la moto de Theo no tan en silencio, y la puerta, con un ligero traqueteo, se abrió de pronto.

Entonces la ventana del pasajero de atrás del Lexus bajó con un quedo zumbido. El cristal tintado dejó paso a las sombras del interior, y a una delgada e inusualmente pálida faz. La palidez no era un resultado del miedo o la agitación. El rostro era bastante inexpresivo, de hecho. Una farola se reflejó en las gafas de Jan Pieterzoon. Se arregló la corbata de forma casi imperceptible.

—Todo va bien, guardias —dijo Pieterzoon—. Es de los nuestros.

Los guardias vacilaron, pero enfundaron sus armas. Theo volvió a enganchar el

SPAS en su chaqueta y echó atrás su moto un par de metros. La ventanilla tintada volvió a cerrarse con un zumbido, y el Lexus avanzó despacio por la pendiente de la avenida. Theo lo siguió.

Mientras rodaba colina arriba, Theo se alegraba al menos de que Jan le hubiese dado la cara. Tal vez las sospechas del Brujah carecían del todo de fundamento... por lo menos en lo relativo al asunto del espía. O tal vez eso era lo que Pieterzoon quería que creyera. ¿Podía Jan haberle hecho frente con tanta calma si hubiera algo en marcha allí que el Brujah no pudiese averiguar? Tal vez. Pieterzoon tenía pelotas. Theo tenía que reconocérselo. Había contemplado al Ventrue, solo, superado en potencia de fuego y gravemente herido, engañando a un escuadrón de la muerte del Sabbat. Aquello entre otras muchas cosas había convencido a Theo de que Jan era una ayuda valiosa, y les había permitido llevar a cabo un plan que podría en verdad recuperar el prestigio de la Camarilla, si no todas las ciudades que ya había perdido. No obstante, Theo sólo confiaba en un Ventrue hasta el punto donde pudiera lanzarlo. Diablos, ni siquiera a esa distancia.

—Buenas noches, Theo —dijo Jan cuando van Pel y él salieron del Lexus.

Van Pel entregó las llaves a uno de los dos ghouls a la espera que hacían las veces de aparcacoches. Theo no le ofreció las de su moto, y el segundo ghoul no las pidió. Hans van Pel, ayudante ejecutivo, o alguna tontería por el estilo, tenía un aire más duro que su jefe: más alto, más fornido, de mandíbula y mentón más cuadrados, parecía mayor también. Parecía, pensó Theo, un nazi, pero tal vez ello se debía únicamente a su propia aparición. Van Pel abrió la puerta para los dos Vástagos y consiguió mirar a la vez de forma respetuosa a Jan y con circunspecto desdén a Theo. Éste lo dejó pasar. Había descubierto con el paso de los años que podía sacar mucho partido del esnobismo de los otros clanes. Aceptó de buena gana ser subestimado. Se lo puso más fácil saber que podía, cuando quisiera, agarrar a van Pel por el maldito cuello y rompérselo, y Jan apenas pestañearía. Nadie iba a hacer peligrar su relación con un arconte por culpa de un ghoul. Al parecer van Pel no había pensado en el asunto lo suficiente para llegar a su conclusión lógica. No había forma de que supiera lo cerca que había estado de coger a Theo en la noche equivocada para esa clase de mierda.

Porque el fuego no se había apagado. La confrontación ante la puerta sólo lo había templado ligeramente. Theo volvía a estar por completo bajo control. Se alegró de que Jan le hubiera hecho frente. Si el Ventrue hubiese tratado de largarse, Theo sabía lo que podía haber sucedido. Los dos ghouls no habrían sido ningún problema... los tres ghouls, mejor dicho, porque van Pel se habría encontrado embutido a través del parabrisas y con su polla como adorno del capó. El problema habría venido después, una vez Theo hubiese partido en dos a Jan. Probablemente el Brujah no habría matado a Jan de forma permanente, porque Theo todavía tenía preguntas acerca del espía, y el plan aún no había llegado a su término. Habría recibido una regañina después por parte de Pascek, sin embargo. Pero, diablos, no

habría sido la primera vez. Y lo más probable es que tampoco la última.

Pero Jan había bajado la ventanilla en vez de tratar de evadirse, y ahora estaban comportándose como caballeros. Por el momento. Así que Theo reprimió el fuego.

Mientras se abrían camino a través de la entrada principal, Jan, sin mirar a Theo, dijo:

—Tu compañía es un inesperado placer.

Era la clase de chorrada de Ventrue sabelotodo a la que Theo no encontraba ninguna utilidad.

—Ya —dijo Theo—. Imagina mi sorpresa, al encontrarte aquí fuera cuando no ibas a abandonar el parador hasta que todo esto estuviera resuelto.

Comenzaron a subir por una larga y retorcida escalinata. La mansión, pese a ser de arquitectura diferente, le recordó a Theo la casa de la plantación de los Bell. Le recordó asimismo muchas de las salas de poder a las que había ganado acceso como representante del clan Brujah... Como arconte había logrado ese acceso, pero no había desarrollado ningún gusto por lo que las circundaba. Eran siempre tan parecidas... No importaba la ciudad o el continente; ni que la hacienda estuviese en los abiertos espacios del campo o metida entre otras de su clase en la ciudad; no importaba que fuese del siglo pasado o de éste; clásica, neoclásica, *art déco*, estilo suroeste; daba lo mismo. Los antiguos, justo igual que el Amo Bell, formaban parte de la clase privilegiada, los ricos que querían tanto alardear de su estatus como ocultarse a salvo de los pobres que constituían la mayor parte del mundo.

Y ése, el mundo cerrado de privilegios, era el mundo al que Jan Pieterzoon pertenecía, en el que se sentía cómodo. Theo lo sabía de manera instintiva, y aquella noche sólo le sirvió para confirmárselo del todo. Cualesquiera beneficios que Jan y él obtuviesen, fuera cual fuera el grado de éxito que alcanzasen contra el Sabbat, seguía siendo sólo un matrimonio de conveniencia. Theo quería detener al Sabbat porque el mundo resultaría jodido si no lo hacía. Jan quería pararlo porque su sire se lo ordenaba.

Al subir las escaleras, Theo todavía no estaba seguro de qué había estropeado. Jan no iba a decírselo. Disfrutaba demasiado de saber más que cualquier otro; le gustaba mandar a la gente como su señor, muy al estilo de los Nosferatu, salvo que ellos no eran por lo general tan arrogantes al respecto. Tal vez porque un montón de sus pretendidos secretos eran tonterías sin valor. Una pobre compensación a cambio de pasar la eternidad buscando entre la basura de la gente. Al menos, cuando el Ventrue le ocultaba a uno algo solía ser importante... lo cual no era necesariamente bueno.

Así que Theo caminó pesadamente junto a Jan y su lacayo. El holandés parecía saber a dónde se dirigía. Al menos no había ningún maldito mayordomo, aunque van Pel tenía una vara lo bastante metida en el culo para hacer las veces. Theo estaba preparado para todo...

Todo salvo lo que vio cuando van Pel abrió un juego de puertas dobles ante los Vástagos, y se adentraron en una especie de sala de estar. Había el pequeño fuego de

costumbre en la chimenea (siempre el maldito fuego, sin importar lo estúpido que resultara; era una cuestión de estatus) y el espejo gigante y el reloj de pie y la jodida tapicería de satén, pero lo que sobresaltó a Theo, lo que lo dejó pasmado, no era qué, sino quién.

Ocupando dos de las recargadas sillas de respaldo recto había otros dos Vástagos. Dos a quienes Theo reconoció. Dos que bajo ningún concepto deberían haber estado allí.

Uno de ellos era una mujer muy joven (aparentaba ser una mujer muy joven), delicada, casi frágil, pero Theo sabía muy bien que no debía confiar en dicha impresión. Sabía que un indicador mejor, más preciso de sus capacidades tenía que buscarse en los ojos de ella. Durante el breve instante en el que encontró su mirada, sus ojos brillaron con una intensidad que había soportado más siglos de los que Theo había visto. Por un momento, su intensidad lindó con la hostilidad e irritación (ella no había contado con él), pero luego fue como si una coraza descendiera sobre su rostro. La emoción y demás sentimientos humanos se desvanecieron, pero no la actividad; lo recibió y evaluó cada detalle, llegó a conclusiones en meros segundos, hizo valer su superioridad por encima de las circunstancias antes de que se dijera la primera palabra.

—Arconte Bell —dijo la Justicar Lucinde del clan Ventrue—, qué inesperado placer.

Inesperado placer. Exactamente lo que Jan había dicho. Nada, reparó Theo, era nunca una sorpresa, ni siquiera cuando lo era. Nunca ¿qué cojones estás haciendo aquí?, que era lo que Theo pensaba pero no decía. Inesperado placer. Eso debía ser lo que decía en el Manual del Ventrue en el apartado «Qué decir cuando algún gilipollas irrumpe donde no lo quieres».

El otro Vástago no habló. Su presencia era, si bien menos sorprendente (se sabía que actuaba en Baltimore, después de todo), potencialmente más problemática en cuanto a sus implicaciones. La mano derecha de Heshá Ruhadze descansaba cómodamente encima del puño de plata de ley de su bastón. Su piel, su elegantemente calva cabeza, era un poco más clara, de un marrón más vivo que la piel de Theo. Si éste último no hubiera reconocido a Heshá, el Setita no habría parecido fuera de lugar. Se hallaba del todo en su ambiente en medio de las galas de la riqueza, sentado derecho en su ceñido traje. La lumbre centelleaba al reflejarse en su bastón y en el monóculo a medio salir del interior del bolsillo del pecho de su impecable camisa.

—Jan —la voz de Lucinde era amable, pero formal y lacónica—, haz que tu hombre traiga otra silla.

Mientras van Pel se apresuraba a obedecer, una serie de pensamientos contrapuestos estaba pasando por la cabeza de Theo: Lucinde estaba en la ciudad. ¿Desde cuándo había estado aquí? ¿Por qué mantener su presencia en secreto cuando el conocimiento de la misma podía fácilmente levantar la moral de los defensores de

la Camarilla? ¿Qué demonios estaba haciendo reuniéndose con Ruhadze? Con seguridad, el Setita podría ser capaz de contribuir a la causa, pero esas componendas podían tratarse en niveles inferiores. Pieterzoon era lo bastante célebre en el clan, de forma que Heshá recibiría el debido respeto encontrándose con él en vez de con un justicar. Tenía que haber algo más cociéndose, algo mayor que la ciudad, mayor que el plan... tal como Theo lo conocía.

Jan aguardó a reclamar la tercera silla hasta que van Pel regresó con una cuarta.

—Únanse a nosotros, Arconte, señor Pieterzoon —dijo Lucinde.

Theo se sentó. Ella no iba a echarlo a patadas. En teoría podía; le superaba en rango, aun cuando su jefe en realidad era Pascek, y Theo no debía a la justicar Ventrue ningún tipo de lealtad personal. Pero iba a haber problemas si ella lo intentaba y Theo se ponía a armarla. Él era el oficial de mayor rango sobre el terreno, lo había sido desde el principio. Si Lucinde no quería irritarlo en exceso, lo cual parecía ser el caso hasta el momento, o bien simplemente era más provechoso para sus propósitos mantener a Theo a bordo, o había algún acuerdo entre ella y Pascek entre bastidores. Desde luego Pascek, el fanático bastardo paranoico, no se molestaría en contárselo a su propio arconte. Así que Theo se quedó sólo para descifrarlo.

—Arconte —dijo Lucinde, sus ojos manteniendo la rígida coraza del protocolo—, ¿me equivoco al decir que conoce al señor Ruhadze?

Theo asintió, de manera casi imperceptible.

—Nos hemos visto —dijo Heshá.

La presencia del Setita complicaba las cosas para Theo. Incluso con un justicar presente, habría tendido a la confrontación directa; ya se había decantado por ese camino, irrumpiendo sin ser invitado ni anunciado. Lucinde y Jan le habrían contado algo, y él habría empezado a confirmar o refutar su historia. Con Heshá allí, no obstante, Theo no estaba dispuesto a airear ninguna ropa sucia. La sospecha entre miembros de la Camarilla, en particular entre primeras figuras, no era algo que soltar delante de un Setita, en especial de ese Setita. Nadie negaba la falta de confianza, pero sencillamente no era inteligente ofrecer a una serpiente una hendidura a través de la cual deslizarse.

—Y Jan Pieterzoon —continuó Lucinde—, creo que conoce al señor Ruhadze.

—Sólo de oídas —dijo Jan con ambiguo comedimiento, en tono conciliador, restando importancia a la tensión entre los clanes. Heshá asintió en señal de reconocimiento.

—Creo, señor Pieterzoon —dijo Lucinde—, que deberíamos ocuparnos del asunto del arconte primero, a fin de no desperdiciar su valioso tiempo.

—Estoy de acuerdo. Arconte Bell —dijo Jan, adoptando el lenguaje formal de Lucinde—, según hemos comentado anteriormente, el señor Ruhadze tenía diversos intereses desde hace mucho tiempo en Baltimore, y naturalmente, el reciente deceso del Príncipe Garlotte le atañe en gran medida.

La mente de Theo volvió a ocuparse del conjunto de la cuestión. En realidad no

había tenido en cuenta a Heshá como una posibilidad. ¿Había puesto el Setita sus colmillos sobre Katrina de alguna forma? ¿Veía éste una grieta por la que introducirse reptando para tomar la ciudad, producida por el choque entre Camarilla y Sabbat?

—Como gesto de buena voluntad y mutua consideración —prosiguió Jan—, el señor Ruhadze nos ha aportado cierta información que podría resultar relevante.

Buena voluntad, una mierda, pensó Theo.

Jan se quitó sus gafas de montura metálica y las limpió con un pañuelo de seda mientras hablaba.

—Al parecer, la chiquilla del príncipe, Katrina, no se hundió en realidad con el barco, por así decirlo.

Theo se reclinó despacio, pegó la espalda contra el respaldo de su silla, y se cruzó de brazos.

—¿Y...?

—El hecho de que ella sobreviva es acaso menos significativo que el hecho de que haya estado ocultándose desde la explosión —Jan volvió a ponerse las gafas.

—¿Crees que ella tuvo algo que ver en ello? —preguntó Theo.

—Tal vez —dijo Jan.

Theo se rascó la áspera barba incipiente de su mentón. Clavó la mirada durante casi treinta segundos en las pequeñas llamas que bailaban por encima del radiador de gas imitando leña, como si estuviera considerando la posibilidad de que Katrina hubiese hecho volar en pedazos a su sire. Lo que el Brujah se preguntaba en realidad era por qué, si sabían que Katrina todavía estaba por ahí, y pensaban que ella lo había hecho, no la habían abatido sin más. No sería tan difícil. Puede que estuviesen pensando en hacerlo, y al aparecer él inesperadamente, ése fuera el hueso más fácil de lanzarle. Era posible, comprendió el Brujah, que ya hubiesen dado con la chica, que supiesen que él la había dejado marchar aquella noche. O, se dijo, era posible que Heshá, o todos ellos si vamos a eso, hubiesen proporcionado el impulso subyacente en la venganza de Katrina. Si querían que acabara con ella, eso sería un bonito y pulcro final al asunto.

—¿Piensas que alguien la incitó a hacerlo? —preguntó Theo. Miró uno tras otro a Jan, Lucinde y Heshá. No estaba acusándoles, no de forma explícita, pero quería ampliar el alcance del interrogatorio. No deseaba proporcionarles una salida tan fácilmente.

—Es... posible —dijo Jan.

Theo continuó sentado en silencio. No se molestó en seguir mirando a los otros tres. Eran demasiado expertos en el engaño para que pudiera enterarse de algo a partir de sus expresiones o su lenguaje corporal. Él era igual, y lo sabía. En la calle a veces era preciso mentir. Cuanto más lejos de la calle, cuanto más arriba del escalafón, más necesario era. Salvo que ellos tres lo llamaban «disimular». No podían siquiera ser honrados llamándolo por su nombre.

—Arconte —dijo Lucinde, con una confianza que desmentía su juvenil apariencia

—, ¿podría investigar este asunto? El Príncipe Goldwin todavía ha de nombrar un nuevo alguacil, y temo que haya un cierto conflicto de intereses, a pesar de todo.

Sí, él podría entrar en conflicto con tus intereses, pensó Theo, contestando después con rotundidad:

—Puedo hacerlo.

—Bien. —La sonrisa de Lucinde parecía sorprendentemente desprovista de crueldad—. Bien.

—Hans —dijo Jan, levantando una mano hacia el ghoul sin mirarle. Van Pel presentó un pequeño bloc de papel, que entregó a su maestro. Jan destapó una estilográfica e hizo una breve anotación. Arrancó la hoja y se la dio a Theo.

—Aquí está la dirección donde se encuentra ella.

Theo la leyó; conocía la zona. Se metió el papel en el bolsillo. Los otros tres Vástagos estaban observándole, esperando, pero Theo no tenía nada más que decir. No podía exponer como era debido sus auténticas preocupaciones, no con Hessa allí, pero habría tiempo después. Theo se aseguraría de ello.

Por el momento, se puso en pie torvamente y saludó con la cabeza a cada una de las personalidades:

—Lucinde, Jan, Hessa.

Y partió.

—¿Puedes concertar la reunión? —preguntó Lucinde, más o menos una hora después de que Theo se hubo ido.

—Por supuesto —dijo Jan—. No preveo ninguna dificultad.

—Aparte de las habituales inclinaciones de los Malkavian —insinuó Lucinde.

Hessa sonrió cortés, sin que le resultara de hecho divertido. Consecuentemente, no deseaba dar la impresión de que estaba aliándose con la Camarilla, con el Ventrue, así que dejaba caer ocasionales atisbos del desdén que sentía por ellos. Lucinde no se ofendió. El desprecio del Setita no era más sincero que el fino velo de urbanidad a través del cual tal sentimiento destellaba. No eran tan diferentes, se dijo Jan.

—Desde luego —dijo. También él sonrió de forma cortés al atractivo africano. La amabilidad del joven Ventrue apenas si resultaba más forzada que la de su justicar, aun siendo más deliberada. Abrigaba muchas más reservas que Lucinde con respecto al acuerdo que ésta acababa de establecer. Sin duda se debía a que ella se limitaba a firmarlo; era responsabilidad de Jan llevarlo a cabo. Mejor entonces, había decidido, no parecer demasiado deseoso de cooperar; mejor mantener a Hessa con claridad a un brazo de distancia, para asegurarse de que el Setita cumplía cada letra del acuerdo. No había razón para la camaradería con clanes que no reclamaban su legítimo puesto (ni observaban sus obligaciones) entre la Camarilla, sino que en vez de eso trataban de usar a la secta cuando convenía a sus propósitos.

¿Por qué, se preguntaba Jan, debería tratar a Ruhadze mejor de lo que ellos

trataban a alguien como Bell, que había demostrado su valía, en numerosas ocasiones, a la Camarilla? Jan pensó en la tarea, la prueba, que habían presentado a Theo. Al Ventrue le preocupaba la posibilidad de que los servicios de Theo pudieran perderse para la Camarilla. Pero, como había hecho notar Lucinde, tenían que estar seguros. Además, no había que ir demasiado lejos al discutir un asunto con un justicar, en especial en representación de otro. Añádase a eso el hecho de que Pascek al parecer estaba de acuerdo. Uno no discutía con dos justicar. Y punto.

Así que dejaron a Jan para tratar con el Setita. Y esperar que Theo superase la prueba.

Segunda parte: Carnada



Martes, 26 de octubre de 1999, 2:41 a.m.

Cherry Hill

Baltimore, Maryland

A Theo no le gustaba aquello en absoluto. Ni pizca.

Lucinde estaba en Baltimore. No sabía cuánto tiempo llevaba en la ciudad. Habría seguido sin saberlo si no se hubiese dicho que había algo sospechoso acerca del coche que Pieterzoon estaba haciendo reparar a escondidas.

Incluso sabiéndolo, Theo seguía sin estar contento. Nada de eso. Pero se sintió un poco mejor mientras se lanzaba a través de la noche sobre su motocicleta. El rugido del motor era mucho más del estilo del Brujah, bastante más que las silenciosas maquinaciones de los embusteros Ventrue. Engaña a tus enemigos... eso Theo lo comprendía. Trabaja con tus amigos. Trabaja por una meta común. Así es como debería ser.

Que los jodan, pensó Theo. Sabía que no funcionaba así. Pero debería. El problema era que no había amigos, sólo aliados. Aliados por conveniencia; aliados mientras estabas al alcance del oído, a lo sumo.

Ni siquiera se trataba de que Jan y Lucinde hubieran hecho algo realmente horrible. Diablos, Theo los conocía. Ni siquiera los contaría a los dos entre los Vástagos «decentes», lo cual no era decir mucho. Apenas si llegaban al nivel de Pascek en lo que se refería a política de intrigas, de andar jodiendo, de agáchate y pon el culo. Sin embargo, sacaban de quicio a Theo.

Lucinde, por supuesto, podía ir donde diablos quisiera ir. Theo podía haber hecho objeciones en cuanto al protocolo, al hecho de que ella no se hubiera molestado en hacerle saber que estaba por allí (¿cómo se suponía que iba a defender la maldita ciudad cuando no conocía el verdadero alcance de sus recursos?), pero estaría pisando en falso. Además... el protocolo. ¿Cuándo demonios había discutido Theo aspectos del protocolo?

No era tampoco ningún estúpido Toreador, para sentirse herido, o pensar que había sido desairado. Tales sentimientos eran sensiblerías que Theo no había sentido en vida (un esclavo no tiene sentimientos, no de esa clase; está demasiado ocupado sobreviviendo) ni había desarrollado tras su muerte. Lo cierto del caso era que, haciéndole hacer aquello, Lucinde estaba socavando la confianza que Theo tenía en Jan, confianza en que podían trabajar juntos, en que podían llevar a cabo el plan... y en que Jan podía y haría su parte del mismo. Si Jan había ocultado aquello a Theo, ¿qué otros detalles importantes seguían velados? Lucinde estaba volviendo más difícil la labor de Theo, y ello hacía menos probable que la Camarilla resistiese en la costa este, y eso, favorecer los intereses de la Camarilla, se suponía que era su ocupación número uno.

Pero tal vez la furtiva venida de ella tenía que ver más con Hessa. Theo no se tragaba ni por un segundo aquella mierda acerca de un gesto de buena voluntad. Tal

vez el Setita tuviera de verdad información sobre Katrina, pero de ninguna de las maneras era ésa la única cosa de la que había ido a hablar con Lucinde. Cuanto más pensaba Theo en ello, menos sentido tenía que Heshu hubiese instrumentado la destrucción de Garlotte. El anterior príncipe y Ruhadze habían más o menos coexistido durante muchos años... a no ser que alguna desavenencia importante de la que Theo no sabía nada se hubiera producido en el pasado reciente. Podía ser. Aparte de eso, sin embargo, no era el tiempo más propicio para apoderarse de una ciudad, con el Sabbat acercándose cada vez más... salvo que el Setita hubiese hecho un trato con el Sabbat. De nuevo, podía ser.

Mierda, pensó Theo. Demasiadas posibilidades, y ninguna de ellas tan apremiante como lo que estaba haciendo en aquel momento. A diferencia de la parte lujosa de la ciudad donde habitaba Lucinde, el barrio de Cherry Hill no estaba dormido y en silencio. Aquí, de noche, la escoria salía a la superficie. Chulos y prostitutas. Mercados de droga al aire libre. Varones jóvenes, en su mayoría negros, que tendrían suerte si vivían más allá de los veinte o veinticinco. Sobredosis. Violencia. Sida. O bien pensaban que eran indestructibles, inmortales, o bien simplemente no les preocupaba. El fatalismo llevaba a la fatalidad. Theo no parecía fuera de lugar. Nadie le molestó. Tal vez fuese el toque de muerte que iba con él. En alguna parte de sus tripas, aquella gente de la calle lo reconocía, lo conocía por lo que era, mantenía la distancia.

La dirección que Jan había dado a Theo, en la que se suponía que estaba escondiéndose Katrina, no se hallaba lejos de la casa que había sido el refugio de ésta antes de que volase a su sire en pedazos. No era muy inteligente permanecer tan cerca del hogar, y al parecer algún lacayo de Ruhadze la había localizado y seguido. No obstante, aquel chiquillo de Garlotte en particular no era lo que se dice célebre por su sutileza y capacidad de despistar. Hacer saltar con explosivos al príncipe con todo su barco en mitad de su ciudad podía recibir un montón de calificativos, pero sutil no era uno de ellos.

Aparcó bajo el bloque de edificios y se abrió camino a lo largo de la cuarteada acera. La casa era una chabola desvencijada y endeble, tal vez de hace cuarenta años, sin demasiada esperanza de llegar a ser mucho más vieja.

La puerta principal tenía incluso menos esperanza. Theo la rompió de una patada, enviando una cascada de astillas de madera, junto con el marco de la misma, al interior del cuarto de estar.

Antes de que la chica negra al lado de la cual Katrina estaba sentada pudiera abrir la boca para gritar, Katrina había abandonado el sofá alejándose a una cegadora velocidad. Theo estaba preparado para aquello. La mortal estaba abriendo la boca pero todavía no había gritado cuando Theo atajó a Katrina en la puerta de la cocina. Le dio un codazo en la mandíbula, tirándola sobre la mesa de la cocina. La única silla traqueteó a través de la habitación.

Por fin, el chillido.

Theo volvió la vista hacia la muchacha negra, puede que de dieciocho años. Señaló hacia la puerta principal... lo que había sido la puerta principal.

—Lárgate. Ahora.

El grito de la chica murió al instante, pero su boca siguió abierta. Le faltó poco para tropezarse y salir a cuatro patas por la puerta. Theo se giró hacia Katrina. Estaba a punto de ponerse de pie de un salto y huir de nuevo.

—Ni se te ocurra —dijo Theo—, o será lo último que hagas.

Katrina se quedó inmóvil. Luego, lentamente, se levantó del suelo. Se frotó la mandíbula. No parecía estar rota, aunque el golpe de Theo podría haber roto el cuello de un mortal.

—¿Tu amiga va a pedir ayuda? —preguntó Theo.

—¿De quién? ¿Quién carajo va a ayudarme?

—Lo siento de verdad por ti —dijo Theo—. Creí haberte dicho que salieras de la ciudad.

Katrina se cruzó de brazos y basculó la cadera con aire desafiante.

—¿Adónde se supone que voy a ir?

—¿Tengo pinta de agente de viajes?

Permanecieron mirándose con fijeza el uno al otro durante varios segundos.

—¿Así que estás aquí para matarme? —preguntó Katrina al fin.

—Si te quisiera muerta, ya lo estarías.

—Eso es lo que me imaginaba. ¿Qué quieres entonces, o sólo estás de visita por los barrios bajos esta noche?

—Siéntate y cierra la puta boca.

Katrina lo fulguró con la mirada, pero enderezó la silla y se sentó. Se sacudió los vaqueros y la ceñida camiseta sin mangas que llevaba.

—¿Has vuelto a pensarlo acerca de dejarme ir?

—Cada minuto que pasa más —Theo se acomodó contra la mellada y sucia encimera—. Escucha bien. Dos cosas. Primero, tengo una pregunta para ti.

—Entonces vas a acabar conmigo.

—Podría si no cierras la maldita boca. ¿Dónde conseguiste los explosivos? No me pareces de las que tienen un laboratorio químico en el sótano.

—Un tipo. Me lo ofreció. Yo acepté.

—¿Ese tipo tiene nombre?

Katrina se encogió de hombros.

—Probablemente. No lo dijo. No pregunté.

—Bien, pongamos las cosas claras. Ese tipo al que no conoces, cuyo nombre no sabes, se te acerca sin ninguna razón en absoluto y te propone venderte una caja de dinamita.

—Goma 2. Me enseñó cómo utilizarla también. Y me la dio, no me la vendió.

—¿Vástago?

—Sí, eso creo.

—¿Para quién trabajaba? —Theo levantó las manos—. No, déjame adivinar. No lo dijo. No preguntaste.

—Eres bastante listo para ser un maldito Brujah.

—Y tú vas a estar bastante aplastada para ser una maldita Ventrue, si no tienes cuidado. —La amenaza no era ninguna broma, y Katrina, todavía desafiante pero no tanto como para desencadenar la confrontación, se hundió en su silla—. ¿Cómo te encontraste con él?

—Él dio conmigo. Dijo que tenía algo que yo podría querer. Se limitó a venir por aquí.

—¿Vino aquí, a este barrio?

—Sí. No soy difícil de encontrar.

—Sí, y es mejor que eso cambie si quieres seguir despertándote —Theo pasó por alto la sonrisa de desprecio de Katrina—. ¿Te dio el material directamente, o volvió a venir?

—Me dijo que me pusiera en contacto con él si estaba interesada. Se suponía que yo tenía que ir al bar de arriba de Park Heights llamado La cantera de Dewey.

—Suen a la moda.

—Dímelo a mí. No soy exigente, pero aquello era un auténtico antro de tres al cuarto. Pero acudí, como él dijo. Pregunté al barman si Johnny estaba por allí...

—¿Ese es el tipo? —la interrumpió Theo—. ¿Johnny?

—No lo sé. Creo que era más bien una especie de contraseña, ya sabes. De todas formas, voy y pregunto si está Johnny. El barman dice que no, pero le entrego un papel con una hora escrita en él. Después me reúno con el tipo la noche siguiente a esa hora.

—¿Qué hay del barman?

—Un tío gordo con barba. No es uno de nosotros. Demasiado sudoroso. Debe de ser Dewey.

—¿Y no trataste siquiera de averiguar para quién estaba trabajando ese tal Johnny?

—¿Por qué carajo habría de importarme? —preguntó Katrina.

—Para saber quién estaba usándote para matar a Garlotte y luego dejar que cargaras con las culpas.

—Mira, amigo... —Katrina se levantó e hizo chocar la silla contra la encimera. Se puso a pasearse, agitada, pero no nerviosa, de un lado a otro del minúsculo espacio de la cocina, como una rata en una jaula—. Puede que sea distinto para ti, siendo semejante tiarrón y todo eso, pero a nada que yo hago, alguien va a tirar de mi cadena. Tengo lo que quería sacar de esto, y eso es todo lo que importaba. Garlotte es historia. Él ya no volverá a tirar de mi cadena nunca más. Si alguien más consiguió lo que quería también, estupendo. Si resultado jodida antes de que todo haya terminado, bueno, eso sólo me perjudica a mí. Puedes enviarme una tarjeta de pésame, arconte Brujah gilipollas. Pero te digo una cosa, Garlotte no volverá a decirme lo que hacer.

Ya no.

Theo se limitó a mirarla, la observó exaltándose, la vio soltando vapor, la muchachita blanca que no iba a seguir las reglas de nadie. Las de su tipo estaban a duro la docena. Tal vez más baratas. Por casualidad tenía acceso a un príncipe, a un príncipe descuidado, y había aprovechado al máximo sus posibilidades. Pero había algo más. De lo contrario, Theo la habría aplastado aquella noche sobre el muelle. Parecía más una Brujah que una Ventrue; tenía la suficiente ira. Pero pasaba otro tanto con cierto número de anarquistas o, con algún que otro Ventrue antitribu que se pasaba al Sabbat. Mientras Theo la observaba, finalmente, después de dos semanas preguntándose de cuando en cuando, comprendió qué era lo que le había movido a perdonarla: a ella no le importaba, simplemente.

No es que no le preocupara lo que estaba haciendo. De hecho, se preocupaba tanto de cualquier cosa que tuviera en mente (la venganza contra Garlotte, hacer frente a Theo) que no le importaban las consecuencias. Aquella noche en el muelle no corrió. Desde luego, después de la explosión había quedado sin sentido, pero no había escapado antes, cuando Theo no habría podido darle caza. Y esa noche no estaba atemorizada por enfrentarse a un arconte que podía, muy justificadamente, matarla. ¿Confianza? ¿Fatalismo? ¿Estupidez? ¿Pelotas? Fuera lo que fuera exactamente, podía llevarla muy lejos... o podía hacer que la asesinaran. Muy pronto.

—¿Hay algo más que puedas decirme del tipo? —preguntó Theo cuando Katrina se dio cuenta de que estaba contemplándola, estudiándola.

Le miró con ira por un largo momento, luego suspiró.

—Sí. Es feo. No como un Nosferatu, pero feo. Cuando lo vi, necesitaba un afeitado y una ducha. Tiene entradas. Y no podía tener sus malditas manos quietas.

—¿Qué?

Katrina pareció enfurecerse al recordar.

—Me tocaba... no como si me metiera mano o algo así, pero tocándome el brazo cuando me hablaba. Me daba escalofríos. Me fui a casa y me di una ducha. —Theo aguardó, pero Katrina se limitó a sonreír de forma sarcástica y se encogió de hombros—. Eso es todo, vaquero. Sabes lo mismo que yo. ¿Ahora qué? ¿Luces fuera?

Theo rió, y disfrutó al ver que ello parecía encolerizarla de nuevo.

—Tienes que ser la persona más condenadamente afortunada del mundo para que nadie te haya matado todavía.

—Todos estamos...

—Sí, sí —la interrumpió Theo—. Todos estamos muertos ya. Ahórratelo, hermana. Mira. Te dije una vez que te largaras de Baltimore, y supongo que fue bueno que no lo hicieras. Pero eres muy afortunada de que quienquiera que te utilizó para hacer esto no decidiese hacer limpieza después. Por qué, no lo sé. A no ser que se imaginase que eras lo bastante estúpida para hacerte matar sin su ayuda... lo cual no está muy lejos de la verdad.

—Bien, puedes...

Theo señaló con un corpulento dedo a Katrina, y ésta se detuvo en mitad de la protesta.

—Puedo hacer lo que me salga de los cojones, eso es lo que puedo hacer —dijo Theo—. Y esto es lo que quiero hacer. —Siguió apuntando a Katrina por unos segundos, con el dedo extendido como una daga. Un casi imperceptible atisbo de vacilación se insinuó en la cara y la postura de ella. Entonces Theo cogió un periódico viejo, con un crucigrama a medio terminar, de la encimera, y un lápiz que estaba al lado. Arrancó una pequeña tira del papel y apuntó un nombre. Tendió la tira hacia Katrina. Con mucha cautela, ella la tomó.

—Esto es lo que vas a hacer —dijo Theo—. Coges a esa chica que estaba aquí... ¿cómo se llama?

—Ángela.

—Coges a Ángela. Roba un coche si tienes que hacerlo, y conduce. Al oeste. Conduce de noche. Que conduzca ella de día. Duerme en el maldito maletero. Cambia de nombre y aléjate enseguida de aquí, de la costa este. Ve a San Francisco. Pregunta hasta que encuentres a este tipo —Theo señaló el trozo de papel que le había entregado—. Deberías ser capaz de encontrarlo por los muelles.

Katrina leyó el nombre del papel.

—¿Amigo tuyo?

—No. De hecho, no menciones mi nombre o pateará tu maldito culo y te arrojará a la Bahía. No me conoces. Déjame fuera de esto, probablemente él te ayudará a instalarte allí. ¿Entendido?

—Eh... sí.

—Y quiero decir esta noche. Quiero que te hayas ido dentro de una hora, dentro de media maldita hora. Si no me escuchas esta vez...

—Bien. De acuerdo.

Theo esperó, la miró con ira el tiempo suficiente para asegurarse de que estaba tomándole en serio, luego se volvió y dejó atrás los astillados pedazos de la puerta y el marco que sembraban el suelo del cuarto de estar.

En el exterior, los traficantes de droga se dispersaron al verlo. Fatalistas o no, podían ver a la muerte caminando, y esta vez fueron lo bastante listos para quitarse de en medio.

Jueves, 26 de octubre de 1999, 10:15 p.m.
Suite presidencial, Parador Lord Baltimore
Baltimore, Maryland

—Dile a Pieterzoon que estoy aquí.

Anton Baas, jefe del grupo de seguridad de Jan, contempló a Theo por un momento, con aquel reservado distanciamiento europeo que tanto irritaba a Theo. Luego Baas hizo una señal con la cabeza a uno de los dos hombres a su lado (los tres eran ghouls), el cual se deslizó dentro de la *suite* de puertas dobles de Jan y reapareció unos segundos después para asentir a su vez con la cabeza hacia Baas. Baas abrió la puerta del todo y se hizo a un lado para que pasara Theo.

En el interior, Pieterzoon y van Pel se hallaban sentados a una mesa que contenía un considerable montón de libros mayores de tapas de cuero. Jan se quitó las gafas, las plegó y se las metió en el bolsillo del pecho. Cerró la carpeta que tenía delante de él y la colocó en la parte superior de la pila de éstas.

—Theo, te estaba esperando —dijo Jan—. Imagino que tenemos mucho que discutir.

Al menos, pensó Theo, el Ventrue no fingía que nada había pasado la última noche.

—Eso imagino —dijo Theo.

—Eso será todo por ahora, Hans —dijo Jan. Theo y él se miraron el uno al otro atentamente, sin hablar ni moverse, mientras van Pel juntaba los libros de contabilidad y salía por la puerta.

—¿Desde cuándo está ella aquí? —preguntó Theo tan pronto como las puertas se cerraron.

—No mucho. Dos semanas.

—¿Cuándo ibas a decírmelo?

—No había necesidad.

La respuesta le pareció a Theo lo bastante sincera, y aquello en sí mismo era algo. Para Jan habría sido muy sencillo ofrecerle una mentira para apaciguarlo diciéndole que iban a revelarle el secreto a Theo dentro de una o dos noches.

—Theo, no supe más que unas noches antes que ella iba a llegar, y recibí instrucciones explícitas de no decir nada. A nadie.

Theo ocupó el asiento que van Pel había dejado libre. La explicación de Jan parecía bastante verosímil... lo que no significaba que fuera cierta. Podía muy bien ser que aquello fuera un discurso para distanciar a Jan del subterfugio, para mantener a Theo a bordo y contento.

—Dos semanas —dijo Theo—. Así que estuvo aquí justo antes de que Garlotte saltara en pedazos. ¿Idea suya? ¿Tuya?

Los ojos de Jan se entornaron, casi burlones. No era el menos ofendido por la insinuación.

—¿Porque nunca estaría de acuerdo con el plan? No. Aunque ésa fue de hecho una de las razones de que ella viniera. Yo no tenía grandes esperanzas al respecto de tu visita a Garlotte aquella noche. También pensaba, al igual que el justicar, que tal vez había recurrido al favor del príncipe más de lo que era prudente, y que hacía falta una nueva voz, de mayor rango. No, nosotros no destruimos a Garlotte. Nos vimos bastante sorprendidos por aquel giro de los acontecimientos, en realidad, y no muy complacidos. El justicar podría haberle persuadido para que aceptara el plan.

Mierda. Theo se maldijo a sí mismo por no haberlo visto. Pero era tan fácil dar por sentado los peores y más taimados móviles después de descubrir el engaño... fácil, y a menudo acertado. No esta vez. Quizá. Theo incluso había sospechado que Jan era el espía, y aunque éste no lo había refutado, el Brujah tenía que creer que Lucinde no estaría trabajando de forma tan estrecha con aquel bastardo si hubiese cualquier sospecha de que estaba pasando información al Sabbat.

—No pude contarte nada de esto la pasada noche —dijo Jan—. No con Hessa presente. No con Lucinde también presente, en realidad. Ella prefería no poner nuestras cartas boca arriba.

—¿Entonces por qué me lo cuentas? —le rebatió Theo.

—¿Por qué me apoyaste cuando habría sido más sencillo ponerte de parte de Garlotte, o de Lladislas, tu compañero de clan?

Theo no respondió en un primer momento. Se echó atrás en su asiento, cruzándose de brazos, y dijo:

—Necesitábamos a alguien de fuera, alguien con contactos más amplios, alguien menos provinciano.

—Justo lo que yo pensaba. Resumiendo, escogiste a quien creías sería más útil para nuestra causa, pese a todo lo que creyeras sobre mí. No espero que cuando dejemos esta ciudad, esta situación, intercambiamos postales. No estoy hablando contigo esta noche movido por ningún sentimiento de amistad o altruismo, y sé que nunca contarías con ello. Pero sin importar lo que nuestros respectivos justicar puedan pensar, yo creo que harás mayor servicio a la Camarilla si te pongo al corriente de todo.

El primer impulso de Theo fue de ira. ¿Quién cojones era este Ventrue para ponerle a él, un arconte, al corriente de todo? Mas, comprendió rápidamente Theo, Lucinde parecía haber otorgado su confianza a Jan, y ello podría proporcionar información de un círculo que de otra forma estaría vedado incluso a un arconte. No servía de nada enojarse y sentirse insultado.

—De acuerdo entonces —dijo Theo—. Has dicho que hablar con Garlotte era una de las razones por las que ella vino. ¿Cuáles eran las otras?

—Ésa era la principal razón por la que ella quería estar presente en persona, pero también me ha sido muy provechosa su ayuda en mis negociaciones con los Giovanni. Isabel y su gente demostraron ser resistentes ante mi stratagema en Boston. Me temo que Jacques Gauthier era muy poco adecuado como enviado. En

todo caso, con el respaldo de Lucinde, pude exigir las concesiones que precisamos de los Giovanni.

—¿Cómo? —Theo se mostró escéptico.

Jan, por otra parte, parecía disfrutar revelando los detalles de aquel plan en particular. Estaba orgulloso de sus logros... aquello, advirtió Theo, tal vez fuese algo que pudiera usar contra el Ventrue alguna noche, si fuera preciso.

—Unos cuantos financieros del mismo parecer pueden ciertamente producir milagros... siempre que sean los financieros adecuados y sean susceptibles de ser guiados —Jan se frotó las manos—. Varias liquidaciones estratégicas bastaron para desencadenar una rápida devaluación de la lira italiana y, de manera nada casual, para convencer a ciertos individuos dentro del clan Giovanni de que era lo mejor para sus intereses avenirse a algunas limitadas y razonables peticiones. Ni siquiera era un riesgo para la Mascarada, en realidad. Lo único que se desploma en Italia con mayor frecuencia que el tipo de cambio es el gobierno.

—¿Qué hay de Hesha? —le instó Theo, nada interesado en tipos de cambio—. Un Setita no ofrece una señal de buena voluntad a menos que vaya a sacar algo de ello.

—¿Lo mismo que un Ventrue? —preguntó Jan con una irónica sonrisa.

—Por el estilo.

—En realidad Hesha vino hasta nosotros. Nos aportó la información referente a la chiquilla de Garlotte, pero eso fue menos importante que lo que pudo ofrecernos acerca del Ojo de Hazimel.

—¿El Ojo de qué?

—De qué no, de quién. O quizá de qué también sirva. Hazimel. Según la leyenda, un anciano Ravnos, cantero según algunas historias, que gobernó gran parte de la India. En la prehistoria. Extendió su dominio ofreciendo su Ojo a una sucesión de gobernantes a cambio de su lealtad.

—Y el Ojo...

—Bastante poderoso —le aseguró Jan.

—Como aquel del que hablaba Xaviar.

—Muy posiblemente.

—Mierda. Así que ése era su Antediluviano... y el tal Leopold al que Victoria estaba buscando...

—Exactamente. A todas luces Hesha sabe mucho acerca de este Ojo y... Lucinde le ha brindado nuestra cooperación en este asunto.

—¿Ha hecho qué? —preguntó Theo en un tono controlado. Jan se sacó las gafas con cuidado del bolsillo y empezó a limpiarlas—. ¿En qué diablos está ella pensando, trabajando con un Setita? No me gusta.

—Tampoco a mí. —Mas la resignación en la voz de Jan era evidente.

—Ella puede brindar tu cooperación...

—No preveo que el asunto te implique a ti en absoluto.

—Bien —dijo Theo, moviendo luego la cabeza y murmurando—: Trabajar con un

Setita...

—Hay algo más sobre la pasada noche que debemos discutir —dijo Jan, volviendo a ponerse las gafas.

Theo asintió.

—Katrina. La encontré. Me dijo...

—... quién le proporcionó los explosivos —completó Jan la frase del Brujah—. Un Vástago que puede o no llamarse Johnny. Ella te dijo cómo ponerte en contacto con él, y luego la enviaste a San Francisco. Siguió tu consejo, a propósito... esta vez.

Esta vez. Eso significaba que Jan estaba enterado de la anterior ocasión, en el muelle, y de todo lo que Theo y Katrina habían dicho la noche anterior. Es una trampa, pensó Theo al instante. Chantaje, quizá. Pero entonces ¿por qué, se preguntó, se había tomado el Ventrue toda la molestia de informarle acerca de Lucinde, o por qué se había molestado Jan en preparar tan elaboradas mentiras? ¿Era posible que no buscara el chantaje? Sería arriesgado después de todo. Theo podía sencillamente abrirse camino a la fuerza, alegar su autoridad y tonterías por el estilo... pero si Lucinde, un justicar, se hallaba detrás de las acusaciones de Jan...

—¿Me siguió un Nosferatu? —preguntó Theo.

—A ti no, en realidad. A ella.

—¿A Katrina? ¿Desde cuándo?

—Desde que se reunió con un agente local del Sabbat.

—Johnny.

—Suele llamarse Jack.

Theo trató de asimilar todo aquello. El Nosferatu había estado rastreando al miembro del Sabbat que había dado a Katrina los explosivos. Eso quería decir que habían estado siguiéndola la noche en que hizo volar en pedazos a Garlotte.

—Lo sabían todo, no, esos follarratas de cloaca.

Jan asintió.

—¿Por qué diablos no dijiste nada antes? —Mas tan pronto como Theo hizo la pregunta, supo la respuesta... lo cual hizo que el fuego ardiera intenso en sus entrañas una vez más—. Creías que yo la incité a hacerlo.

—Cabía la posibilidad —dijo Jan con voz tranquila—. ¿Por qué si no la dejarías irse?

Una pregunta condenadamente buena, pensó Theo. Era una a la que apenas había empezado a enfrentarse, y no creía que tuviera mucho sentido para alguien en la posición de Jan, un hombre de la clase dirigente. Aun cuando Theo se sintiese inclinado a explicarlo, lo cual no era así.

—No es mi trabajo limpiar la ciudad.

Jan frunció el ceño.

—¿Hay algo que sólo sea «limpiar la ciudad» en medio de una guerra?

—Oye, si Garlotte no puede mantener la disciplina de sus jóvenes, que se joda. Si Goldwin no puede enderezarlo, entonces que se joda también.

El fuego seguía creciendo. Theo no lo mostraba en el exterior, pero cada vez deseaba más que aquél fuera un problema que pudiera arreglar a golpes, que pudiera arrancarle sin más a Jan la cabeza y acabar con ello. Pero no era tan sencillo. Nunca lo era. Theo había creído que Jan era el espía; Jan había creído que Theo era el espía. ¿Cómo cojones se suponía que iban a triunfar sobre el Sabbat cuando nadie de su propio bando estaba nunca más allá de la sospecha? ¿Qué había en la sangre, en la maldición de Caín, que hacía de todos ellos tan arrogantes, taimados, retorcidos y falsos bastardos? ¿O era ésa la verdadera maldición, y beber sangre sólo era un síntoma?

Jan se pasó una mano por el erizado cabello rubio. Se quitó las gafas, las metió en el bolsillo de nuevo, y se puso a masajearse el puente de la nariz.

—No dudaba de ti, Theo. Era tan improbable... y después del éxito que hemos tenido...

Theo mantuvo el fuego bajo control, lo hizo retroceder, pero no sin esfuerzo.

—Así que todo el asunto de Katrina la noche pasada —dijo Theo— era una... trampa. Una prueba.

—Una prueba —reconoció Jan—. Sí.

—Si me la cargaba, entonces me estaba encubriendo. Si te la entrego, todo va bien. Así que cuéntame —Theo se inclinó hacia delante en su silla hasta que sólo unos cincuenta centímetros separaron su rostro del de Jan—, ¿cuál es mi situación después de hacerla largarse al otro extremo del país?

—Tienes nuestra confianza —dijo Jan con voz calma. Parecía sentir que, si la última noche había sido la prueba de Theo, aquella noche era la suya propia—. ¿Por qué si no te contaría lo que te he contado?

—Si lo que me has contado es cierto —dijo Theo. Despacio, se acomodó en su silla. Tenía sentido. Habría resultado mucho más fácil para Jan no decir nada que concebir tan elaboradas mentiras. Theo cogió un cigarrillo de su bolsillo, lo encendió, tragó el humo, sin dejarlo salir.

Durante unos minutos, los dos Vástagos permanecieron sentados en silencio, Jan limpiando sus gafas y masajeando el puente de su nariz de forma alterna, Theo clavando la mirada en el suelo, pensando, echando humo. Jan no era el enemigo, no el auténtico enemigo, siguió recordándose Theo. Todo formaba parte simplemente del jodido mundo que habitaba, en el que la sangre era alimento y la luz del sol era la muerte. Él y todos los de su clase eran monstruos que vivían de la sangre humana... pero había monstruos peores, aquellos que habían olvidado, renunciado, a su distante humanidad. Los peores de ellos se contaban entre el Sabbat. Ellos eran el enemigo. Eran los que trataban a los mortales como si fuesen esclavos, como si fuesen animales. Jan no era el verdadero enemigo.

Jan pareció percibir el gradual aplacamiento de Theo y volvió a hablar.

—Tras la explosión, Colchester acudió a Lucinde y a mí. Nos habló de tu presencia allí, y de cómo dejaste que la chica se fuera. Lo encontré... extraño. Pero

no traicionero. Lucinde no estaba tan segura.

—Porque hay un espía ahí fuera —dijo Theo—. ¿Creyó ella que era yo?

—No. Ya habíamos determinado la identidad del espía.

Theo se limitó a asentir con la cabeza, más asqueado que sorprendido... otro secreto, más información oculta para él que podría haber sido útil.

—Lucinde quería asegurarse de que no estabas confabulado con el espía —explicó Jan—. Sólo por cubrir todos los ángulos, hablé con Pascek. Éste dijo que te probáramos como quisiéramos, para asegurarse de que eras del todo leal.

Pascek. Hijoputa paranoico. Theo no tensó un solo músculo; no gritó ni maldijo en voz alta. Se limitó a archivarlo todo, comprimiéndolo para que alimentase el fuego cuando volviera a necesitarlo.

—Si hubieses querido silenciar a Katrina —dijo Jan—, la habrías destruido. A eso me atuve la noche de la explosión. A eso me atengo ahora.

—Está bien —dijo Theo. Puso las palmas contra la mesa—. Así que sales en mi defensa, y Lucinde y mi jefe, como la mayoría de justicar, son bastardos paranoicos. ¿Y a mí qué? ¿Dónde nos deja eso ahora, si todos los estúpidos juegos han terminado?

Viernes, 29 de octubre de 1999, 1:23 a.m.
Hemperhill Road
Baltimore, Maryland

Theo se quedó junto a la repisa de la chimenea mirando fijamente al interior del enorme espejo enmarcado en oro que presidía el estudio. La habitación estaba amueblada con antigüedades, cada rincón. No podía reconocer el estilo de las sillas o el período exacto de los jarrones de porcelana, ni siquiera del adorno general. La decoración era vieja, más que Theo sobradamente. Vieja y cara. Pero Theo las había visto más viejas. Había pasado años viajando con Don Cerro por Europa, encontrándose con muchos de los ancianos y poderosos Vástagos para quienes esas antigüedades serían poco más que mobiliario de patio.

Esos años de estudio (estudio del exceso despreocupado, de cuán estancada se había quedado la sociedad de los Vástagos con el tiempo) habían sido buenos para él. Le habían enseñado que la injusticia y la crueldad existían en todas partes, incluso más allá de las plantaciones de esclavos del Sur, incluso para los blancos. La opresión no era la excepción, era la regla. Aquellos años le habían hecho comprender que el fuego no siempre era suficiente, ni siquiera el fuego alimentado por el hambre.

En los salones del poder existían criaturas para las que los años eran juguetes y el mundo real algo distante y peligroso. Sin embargo, el mundo real tenía una forma, de vez en cuando, de dar a conocer su presencia, de imponerse. Theo no había estado presente con ocasión de la Revuelta Anarquista o en las primeras guerras contra el Sabbat, pero la realidad había caído sobre los antiguos como una venganza. El cambio, tanto tiempo mantenido a raya, se había abalanzado sobre ellos, una avalancha barriendo todo lo anterior a ella. Tal vez otro tiempo como aquél estaba al alcance de la mano. Las Noches Finales, había dicho Xaviar. Y aun cuando el Gangrel se había equivocado en lo relativo a su supuesto Antediluviano, los hechos en las noches actuales estaban moviéndose a un ritmo acelerado alarmante. El mundo no podía ser mantenido a raya. No para siempre.

Detrás de Theo, en medio de las antigüedades, se sentaba Marcus Vitel, depuesto príncipe de Washington, D.C. Vestía un traje de corte caro, más anticuado que los que Pieterzoon tendía a llevar, con una pequeña águila dorada prendida en su solapa. Vitel tenía las suficientes vetas de gris en su cabello oscuro para hacerle parecer distinguido en medio de un grupo de mortales... si es que seguía juntándose con mortales todavía. Continuaba pareciendo fuerte de cuerpo y mente, pero la pérdida de su ciudad y tal vez de su chiquillo lo había dejado visiblemente amargado. Sus ojos azul oscuro tenían un asomo de dureza. Como había hecho durante gran parte de su estancia en Baltimore, permanecía apartado de otros Vástagos, un rey arrojado en mitad de los plebeyos. A menudo, mas no siempre, asistía a las reuniones del consejo, que de por sí se habían hecho menos frecuentes. De lo contrario, no obstante, Vitel se encerraba en sí mismo, creando un creciente círculo de ghouls para cubrir sus

necesidades y deseos.

—¿Crees que es acertado —preguntó Vitel— replegarse tan cerca de la ciudad?

Theo se rascó la incipiente barba de su mentón al responder, y siguió contemplando a Vitel en la superficie del espejo.

—Cuanto más cortas sean las líneas que hemos de vigilar, más fuertes pueden ser nuestras defensas. Si nos extendemos, ellos se deslizan a través. Si las estrechamos, nada puede pasar.

—Pero si llegan a pasar —objetó Vitel—, están en la misma ciudad. Debemos avanzar nuestras líneas, no retirarlas de forma que el enemigo pueda atacar con presteza nuestro corazón.

Theo negó con la cabeza, paciente pero firmemente.

—No podemos igualarlos en efectivos. Estamos teniendo algunas bajas cada noche. Algunos de los nuestros están desapareciendo. No muchos, pero está empezando a suceder. Han visto lo que se avecina. Tenemos que concentrar nuestras fuerzas, así como atraer a gente de Buffalo y Hartford.

—Pero sin duda hay que contar con imprevistos, el aeropuerto...

—Mantendremos protegido el aeropuerto —dijo Theo—. Cuando la ofensiva mayor se produzca, y parece más próxima cada noche, a juzgar por lo que nos están lanzando, aquellos que puedan permitírselo y tenerlo preparado con antelación, tú mismo, Pieterzoon, Gainesmil, quizá algún otro, todos vosotros os iréis volando. Todos los demás —Theo se encogió de hombros—, así ha de ser. Nunca conseguiremos tantos Vástagos juntos y más o menos organizados otra vez. Hemos dejado caer algo acerca de rutas de escape al norte (huidas por tierra a Pittsburgh y Filadelfia), pero sólo para calmar algo los nervios. Tales órdenes nunca se darán. Les haremos frente aquí. En Baltimore. Pero queríamos mantenerte informado, por si quisieras preparar un avión o algo así.

Vitel siguió sentado en silencio, los dedos entrelazados descansando sobre su regazo.

—Si Baltimore cae, hay pocas posibilidades de recuperar Washington.

Theo se volvió dejando de mirar el espejo, se apoyó contra la repisa de la chimenea, y se cruzó de brazos.

—Estoy de acuerdo —dijo—. Sería muy difícil, incluso con la capilla Tremere resistiendo en D.C. Pero creo que podemos aguantar aquí. Tenemos que hacerlo. Acortamos las líneas, nos aseguramos de que no sean rotas. Las fuentes de Pieterzoon afirman que el alto mando del Sabbat está poniéndose nervioso ahora que Monçada está fuera de escena. Creemos que el tiempo está de nuestro lado. Si aguantamos lo bastante, esos bastardos comenzarán a abrirse las gargantas unos a otros y se olvidarán de nosotros.

Vitel sopesó aquello, asintió pensativamente.

—El Sabbat no es célebre por su solidaridad —asintió.

Domingo, 31 de octubre de 1999, 1:00 a.m.
Subsótano, Centro de Congresos de Baltimore
Baltimore, Maryland

Jan no se sorprendió al ver a Hans van Pel escoltando a Hesha a lo largo del corredor de cemento armado justo a la hora. El Setita había demostrado ser puntual, respetuoso, y profesional... lo cual no quería decir que Jan confiase en él lo mínimo. Pero Lucinde había dictaminado que negociarían con Ruhadze. Jan podía ver cómo, desde la perspectiva de ella, podría parecer que mantener al Setita contento era la mejor manera de adelantarse a su interferencia en los planes que entonces estaban desarrollándose. Desde el punto de vista de Jan, sin embargo, complacer a Hesha era en el mejor de los casos una distracción de asuntos de mucho más peso; asuntos de los que, en caso de que se volvieran feos, la culpa sin duda caería de lleno sobre Jan. Por no mencionar el hecho de que dudaba de la presunción subyacente de Lucinde de que cualquier cosa que hicieran impediría que el Setita se entrometiera. ¿Podía el Ojo de verdad significar tanto para Ruhadze, para que renunciara a su natural inclinación, es decir, la traición?

El Ojo de Hazimel. Había demostrado ser en extremo potente, si había que dar crédito al informe de Xaviar sobre la masacre Gangrel. ¿Por qué entonces, se preguntaba Jan, entregar el objeto (un ojo real; qué macabro) a un Setita? Tal vez Lucinde sólo deseaba ayudar a Hesha para apresurar su viaje a su propia perdición. Bastante razonable.

Cualesquiera que fueran las razones, sin embargo, Jan tenía que hacer su parte. Había organizado el encuentro que Ruhadze había solicitado. El Ventrue se sentía mucho más cómodo en esta instalación de lo que había estado hacía tres meses en un subsótano del Edificio Wesley, donde se había encontrado con los subordinados Nosferatu de Marston Colchester, que había dispuesto el empleo de cierto Lasombra antitribu. Aquel sótano era un laberinto de charcos, tuberías al aire, y, había observado Jan, trampas mortales Nosferatu. Este nivel cerrado al público del Centro de Congresos, por otra parte, si bien austero, al menos estaba seco, limpio y bien iluminado. Colchester se hallaba allí en persona esta vez, con sus aires de apacible y bien vestido hombre de negocios afroamericano.

Ruhadze, como de costumbre, iba cara y elegantemente vestido, con cuello de cisne, pantalones de *sport* y chaqueta de piel de camello. Llevaba el monóculo, con una delgada cadena que salía del bolsillo de su chaqueta, puesto en el ojo izquierdo. El sincopado golpeteo de su bastón de puño de plata se oía justo entre los taconeos de sus zapatos, haciendo un ligero eco cada uno de los tres diferentes sonidos en el corredor de cemento desnudo. Las pisadas de van Pel, aunque más sonoras, carecían de la cualidad musical de las del Setita. Hesha llevaba un maletín de cuero en su mano izquierda.

—Buenas noches, señor Ruhadze —dijo Jan.

—Señor Pieterzoon —Hesha saludó con la cabeza a Jan y a Colchester, pero no hubo más presentaciones.

—¿Le importa si observamos desde el cuarto contiguo? —preguntó Jan.

—No faltaría más.

Van Pel abrió la puerta junto a la que estaban esperando e hizo un gesto a Hesha para que entrara.

Hesha pasó dentro de la habitación y la puerta se cerró detrás de él. Los únicos muebles, de metal, eran una gran mesa y tres sillas plegables, dos de las cuales se hallaban ocupadas. Un ancho espejo ocupaba la mayor parte de una pared. Detrás de él, en la habitación de al lado, Jan Pieterzoon, Marston Colchester, y el ghoul de Pieterzoon, van Pel, estarían observando, escuchando, apuntando.

Los dos hombres sentados a la mesa eran los únicos con quienes Hesha había pedido reunirse. Podía haber contactado con ellos directamente, por supuesto, pero las circunstancias políticas eran un tanto inestables en aquel momento, y Calebros había sugerido que Hesha pasase por lo que él llamaba «canales adecuados». El consejo había parecido bastante razonable (aparte de que Hesha quería seguir contando con el favor de sus aliados Nosferatu), así que el Setita había accedido. Bien poco había sabido que acabaría teniendo tratos con un justicar. Hesha no se sentía ni intimidado ni impresionado por el rango de Lucinde... aunque llevaba grabadas sobre él las implicaciones de la misma presencia de ella y el secreto de ésta. Algo inusual estaba sin duda alguna en marcha, y Hesha, como siempre, tendría un ojo avizor. Pues de la guerra siempre surgía la oportunidad para el que se hallaba preparado.

—Caballeros —dijo Hesha a los dos Vástagos—, les agradezco que se hayan avenido a verme esta noche.

Matón y Tembloroso lo miraron en silencio, con suspicacia, quizá debido al general recelo hacia el clan de Hesha. Éste había inspeccionado la zona con sus hermanos: los dos Malkavian no guardaban rencor ni deudas con respecto a ningún Setita de la misma. Si ése hubiera sido el caso, entonces Hesha se habría puesto en contacto con los dos directamente, pese a las recomendaciones de Calebros.

Cuando Hesha se aproximó y tomó asiento enfrente de ellos, percibió un débil pero inconfundible olor: el de un contenedor de deshechos. No era tan penetrante como el olor fecal que muchos Nosferatu, por gusto o como artificio, desarrollaban, e insinuaba una no vida pasada no en las cloacas sino en las calles. Ambos hombres iban vestidos de vagabundo. Los dos llevaban ropa raída de una talla superior, gastada y sucia. Ambos iban sin afeitarse y sin peinar. La barba de Matón era tan larga que la punta de la misma se metía bajo el cinturón. Hesha había adoptado el papel de mendigo de vez en cuando si era necesario, pero los dos Malkavian parecían haberlo adquirido limpiamente.

Hesha sacó de su maletín una carpeta y la puso ante él sobre la mesa.

—Tengo algunas fotos que me gustaría mostrarles. Estoy dispuesto a

recompensarles, además de lo que recibirán por acudir esta noche, claro está, por cualquier cosa que puedan contarme sobre ellas.

El Setita abrió la carpeta. Las fotos eran de la cueva en Nueva York que Ramona y él habían visitado en dos ocasiones. La chica seguía en Nueva York, en la ciudad. Se había mostrado poco entusiasmada ante la perspectiva de volar, y no habían existido razones de peso para que acompañara a Heshha en cualquier caso. Por supuesto, no se lo había sugerido a ella. Si le hubiese ordenado quedarse donde estaba, probablemente ella habría peleado por ir a Baltimore. La chica no era ignorante, pero sí imprudente y testaruda... incluso podría decirse terca en un grado notable; Heshha se había dicho aquello y mucho más. Ramona poseía todas las locuras de su juventud, su clan, y su temperamento. Tenía buena memoria, pero Heshha se preguntaba si sobreviviría el tiempo suficiente para aprender lo que necesitaba saber.

No había traído las fotos de la estatua que ella había estropeado. Aquella obra de perfección y talento nada tenía que ver con los Malkavian. Había locura entre la roca esculpida, los cuerpos fundidos, pero era una demencia mucho más sombría y generalizada incluso que la exhibida por los descendientes de Malkav. La escultura había surgido del Toreador loco Leopold, un modelo físico de su torturada alma de artista. El Ojo tenía algo que ver en ello, si Heshha conseguía desentrañar su implicación. No se arriesgaría a dejar ver aquellas fotografías a esos Vástagos, ni mucho menos a los que había del otro lado del espejo.

Las fotos que había traído, delante de él sobre la mesa, eran más bien el legado del Profeta de Gehena. Gran parte de la cueva había sido cubierta por la letra, los ininteligibles garabatos, escritos con la propia sangre de Anatole. Heshha había tomado una muestra de vitae y había sacado las fotos de los símbolos sangrientos, pero le era tan imposible interpretar las marcas como desentrañar los misterios de la sangre del Profeta. Lingüista de oficio (entre muchas otras habilidades), dominando o estando familiarizado con docenas de lenguajes y dialectos literalmente, Heshha no podía leer los garabatos. Podía intuir el significado, pero no penetrar en la serie en apariencia aleatoria de pictogramas, runas, signos, y (a falta de un paradigma perceptible) garabatos. Aunque no podía estar seguro, el instinto de Heshha le decía que Anatole había compuesto el sangriento panorama, había usado su propio brazo como estilo y su propia sangre como tinta. ¿Quién si no podría haber mutilado así a Anatole, de no ser él mismo? ¿Leopold, con el Ojo? Posible. Pero Heshha no podía deshacerse de la impresión de que la estatua y los escritos habían sido producidos por diferentes manos, que la estatua era el resultado de alguna colosal... malevolencia, y que Anatole la había encontrado, había impartido su propia revelación... para los que pudieran descifrarla.

Que aquellos que tengan ojos vean, decían a menudo los profetas bíblicos... palabras más a menudo pronunciadas ante las masas desgraciadas, los predestinados, los malditos, que estaban condenados a no ver.

Deslizó las fotografías a través de la mesa hasta aquellos que compartían, si no el

poder del profeta, al menos la aflicción de Anatole. El Setita pretendía observar atentamente en busca de cualquier mínima señal de reconocimiento, de la más leve indicación de que alguno de los dos Malkavian conocía lo que estaban viendo; estaba preparado para leer los más sutiles matices de sus reacciones.

No estaba preparado para el caos que de súbito lo engulló.

—Mm. Un espejo doble. Bonito —dijo Colchester, mientras Jan, van Pel y él entraban uno tras otro en el cuarto de observación—. Antes tenía uno de éstos —añadió el Nosferatu, revirtiendo su conducta, si bien no su disfraz, a su estado grotesco más habitual—. A mi segunda esposa le gustaba mirarme cuando traía otras mujeres a casa.

Jan suspiró de forma audible. Colchester le oyó y pareció darse cuenta también de que estaba frotándose las manos con un júbilo lleno de recuerdos. El Nosferatu se aclaró la garganta y volvió a adoptar sus modales serios.

—Caballeros, les agradezco que se hayan avenido a verme esta noche. —La voz de Hessa llegó hasta ellos a través de un altavoz junto al espejo. Matón y Tembloroso lo miraron con cautela.

Son más listos de lo que creía, se dijo Jan.

—Tengo algunas fotos que me gustaría mostrarles —dijo Hessa—. Estoy dispuesto a recompensarles...

—¿Has visto las fotos? —preguntó Colchester.

—No —respondió Jan. Aquello no formaba parte del acuerdo que Lucinde había dispuesto. Al parecer ella no tenía ningún interés en las fotografías, y por lo tanto había decidido que no había ninguna razón para que Jan las viera. O quizá ella se había limitado a dar por sentado que Jan instalaría una cámara oculta sobre la mesa, lo cual había hecho. No había necesidad de intentar leer por encima del hombro de Hessa. Todo sería revisado a su debido tiempo.

En aquel momento, sin embargo, todo se volvió loco.

—Dios mío, ¿qué está pasando? —aulló van Pel en respuesta al repentino volar por los aires de sillas, mesa, fotografías y cuerpos del otro lado del espejo. El ghoul hizo ademán de dirigirse de inmediato a la puerta, pero fue detenido por la mano de Jan sobre su hombro.

—Estamos aquí sólo para observar, Hans —dijo Jan con arrebatada fascinación, sin apartar un instante su mirada del cuarto más allá del espejo.

Había ciento cuarenta y siete fotografías. Tembloroso echó un vistazo a la primera durante puede que dos segundos, luego se vio apartado de la mesa con la fuerza de un huracán. Su silla cedió bajo él; sus piernas se alzaron agitándose, golpeando la parte inferior de la mesa.

Hesha saltó hacia atrás, apartándose cuando la mesa se volcó y un géiser de fotografías hizo erupción. Los giros de Tembloroso golpearon a su amigo, tirándolo al suelo mientras el propio Tembloroso caía duramente sobre la espalda y la cabeza.

Se estremeció, con violentos espasmos, y comenzó a babear espumarajos de sangre.

—¿Qué has hecho? —le gritó Matón a Hesha, poniéndose de rodillas—. ¿Qué le has hecho?

Hesha se preparó para el ataque. El barbudo Malkavian empezó a arrastrarse hacia él. Tembloroso seguía retorciéndose, haciéndose más violentas sus contorsiones. Comenzó a vomitar vitae entre arcadas. Devolvió una acuosa mezcla de sangre y bilis que lo cubrió, así como el suelo y muchas de las fotos.

Matón, arrastrándose hacia Hesha, se deslizó sobre el desorden.

—¿Qué has hecho?

El Malkavian cogió una de las fotografías manchadas de sangre, trató de romperla en dos con sus manos, pero se detuvo de repente. La sostuvo por un momento, mirándola fijamente, luego la lanzó contra el suelo. Trató de alisar los dobleces y las arrugas, de juntar los bordes rasgados; la apretó de forma compulsiva contra el suelo, como si la sangre que había en él pudiera unir el papel dañado.

Hesha estaba tratando de comprenderlo todo. Tras el primer instante cuando Matón hubo empezado a dirigirse hacia él, no parecía correr riesgo inmediato de amenaza física. Pero podía sentir una energía en el aire, casi una carga eléctrica. Por un momento, la sangre sobre el frío suelo pareció estar hirviendo. Burbujeando y saltando. Pero aquello tenía que ser solamente el gorgoteo y el toser de Tembloroso, rociando con más gotas lo que ya había. Tenía que serlo... ¿no?

Matón, observó Hesha, estaba esparciendo la sangre sobre el suelo... no, usando sus dedos para dibujar en ella... para escribir. Mientras el Malkavian ponía los ojos en blanco, sus dedos siguieron trayectorias y dejaron formas que Hesha reconoció... que Hesha reconocía pero no podía interpretar. Matón estaba reproduciendo exactamente, uno tras otro, los símbolos de las paredes de la cueva, de las fotos... ¡de las fotos que todavía no había visto!

Hesha echó un vistazo al espejo. Pieterzoon y los otros no parecían inclinados a intervenir, y con similar distanciamiento, el Setita contempló a Matón y Tembloroso. Los ojos de Tembloroso seguían en blanco, sólo las córneas de éstos inyectadas en sangre eran visibles mientras parpadeaba de forma incontrolada. Su lengua se agitaba de lado a lado como una serpiente, y sus dientes estaban apretados como tratando de capturar (o matar) a la criatura. Su propia sangre se mezclaba sobre el suelo con la de su compañero. Matón siguió escribiendo, recreando los símbolos de Anatole, deslizándose al mismo tiempo sobre lo que ya había escrito y volviéndolo irreconocible.

Mientras Matón garabateaba en la sangre, Tembloroso cesó de súbito de convulsionarse. Su cuerpo se puso rígido, arqueándose. Tosió, expulsando un coágulo

de sangre y flema de su garganta, y luego habló con voz cascada y torturada:

—La luz... el final de la luz... se apaga, apaga... en lo alto, muy muy lejos. Noche... la Noche Final. Paredes demasiado resbaladizas... no puedo trepar... rodeado de ojos saltones, rostros hinchados, en blanco... demasiado resbaladizas... no puedo trepar.

Tembloroso comenzó a retorcerse de nuevo, arañando el suelo con terror. Sus dedos se clavaron en el sangriento cemento, hundiendo las uñas en el suelo, quebrándose, astillándose.

Matón empezó entonces a recoger en sus brazos todas las fotografías que pudo alcanzar. Estaban desgarradas y manchadas de sangre, tiradas por todo el suelo. Reunió las que pudo, comenzó a romperlas, embutiendo los pedazos en su boca, tragando, ahogándose, volviendo a llenarse la boca.

—¡Los niños! —chilló Tembloroso—. Abajo en el pozo... señalan el camino... debajo de los niños... todavía no son rápidos... señalan el camino.

Hesha no trató de impedir que Matón destruyera las fotografías. El Setita tenía copias. Ni intentó desentrañar los desvaríos de Tembloroso. Más bien, contaba con la grabadora de su chaqueta, y con las grabaciones que Pieterzoon estaba haciendo.

De pronto Tembloroso dejó de agitarse; se quedó del todo inmóvil.

—Los niños temen su sombra, pero la sombra se desvanece con el final de la luz—entonó. De forma tan inesperada como había empezado, su momento de respiro terminó, y Tembloroso de nuevo arañó frenéticamente el suelo de cemento—. ¡Nos muestran el camino! —gritó enloquecido, consumiendo al parecer los últimos restos de su fuerza—. Nos muestran... luz desvaneciéndose... Noche Final... los niños.

Y entonces se quedó en silencio, quieto; lo mismo pasó con Matón. Y ante la mirada de Hesha, los dos Malkavian se desintegraron volviéndose polvo, cerniéndose sus cuerpos hasta desaparecer entre los charcos de sangre y las fotografías de la cueva.

Jan siguió completamente tranquilo, mirando fijamente el resultado. Van Pel y Colchester hicieron otro tanto. Varias gotas de sangre habían chocado contra el espejo y ahora parecían suspendidas en el tiempo entre los dos cuartos; el presente de este lado del cristal: sereno, ordenado, sucediendo de forma previsible a lo que lo había precedido; el futuro del otro lado: un caos empapado en sangre, con incomprensibles advertencias de perdición.

Los chicos abajo en el pozo.

¿Qué coño...? Jan no podía entender lo que había visto, lo que había oído. El cuarto del otro lado del cristal se desenfocó, las fotografías destrozadas, los restos de los dos Malkavian. Jan fijó la mirada en las gotitas de sangre suspendidas... la sangre que conectaría el presente y el futuro.

Al fin, fue Hesha quien se reunió con ellos. Abrió la puerta que daba al cuarto de

observación donde seguían estupefactos.

—Agradecería una copia de la cinta —dijo el Setita.

Jan volvió la cabeza despacio, pasando de contemplar la sangre del espejo a mirarlo a él. Ruhadze parecía completamente tranquilo. Jan asintió. Satisfecho, Hessa los dejó.

Domingo, 31 de octubre de 1999, 10:52 p.m.
Suite Presidencial, Parador Lord Baltimore
Baltimore, Maryland

—¿Piensas que te creyó? —preguntó Jan.

Theo se echó atrás en el lujoso sofá.

—¿Cuántas veces vas a preguntármelo? —masculló.

Jan no respondió. No lo necesitaba. Theo no había revelado nada, nada de lo que estuvieran enterados, pero tampoco lo había hecho Vitel. Todos los indicios señalaban que Vitel había creído a Theo... tenía que hacerlo. Si Vitel había descubierto el embuste de Theo, entonces estaban condenados, y la presencia de la Camarilla en la costa este era algo del pasado. Pero si Vitel estaba convencido de que Baltimore era en realidad el último bastión, entonces todavía podía haber esperanzas...

Jan encontró el casete de vídeo digital que estaba buscando, lo metió en el reproductor y encendió la televisión. La imagen que brotó en la pantalla no era de la mejor calidad, pero era claramente el balcón exterior de un hotel por la noche. La hilera de puertas, aparte de los números en serie, era idéntica. Todas las cortinas estaban echadas; algunas de las habitaciones detrás de ellas se hallaban iluminadas, otras no. La fecha en pequeños caracteres blancos de la esquina de la pantalla indicaba que aquello había sido filmado la pasada noche.

—Éste es uno de los refugios de Vitel en la ciudad —dijo Jan—. Alterna los días entre ellos. Sin un orden aparente. Colchester sacó estas tomas él mismo. Tenemos suerte de que no hubiese ninguna mujer que olvidara correr la cortina en una habitación cercana, o habría empañado el objetivo —Theo se rió por lo bajo—. Vitel tiene un bloque de ocho habitaciones reservado de forma permanente —prosiguió Jan—. Las otras son ocupadas por ghouls, pero él... —Jan hizo una pausa hasta que una sombría figura fue visible, un hombre alto de abrigo negro, y pelo igualmente negro veteado de gris—. Él reside en ésta. —La imagen se agrandó mientras Vitel entraba en la habitación 337. La puerta se cerró, y se encendió una luz detrás de la cortina.

—Ahora —dijo Jan, cogiendo el mando a distancia y haciendo avanzar rápido la cinta a través de un par de horas sin incidentes, dejando luego la cinta otra vez en velocidad normal. Mientras Theo y Jan observaban, otra figura apareció en escena, un hombre despeinado de cabello sucio y con entradas.

—¿Te resulta familiar? —preguntó Jan.

—No lo he visto antes —dijo Theo—, pero podría ser el tipo que Katrina describió.

De un estante junto a la televisión Jan tomó un expediente y lo dejó caer sobre la mesa delante de Theo.

—Es nuestro hombre —dijo el Ventrue—. Tzimisce. En activo en el Sabbat alrededor de Baltimore y Washington durante años. Dirige una manada a veces, pero de forma un tanto temeraria.

Theo hojeó el grueso legajo, miró las imágenes, examinó por encima el texto.

—Ha conseguido un buen montón de muertos.

—Y éstos son los que conocemos. Él es quien abordó a Katrina. Había estado eludiendo nuestra vigilancia hasta que uno de la gente de Colchester lo reconoció saliendo de una reunión con Vitel. Un encuentro muy... —Jan apuntó con el mando a distancia de nuevo, rebobinó un poco para mostrar a Jack subiendo furtivamente los últimos peldaños, y luego dejó que la cinta se reprodujera a velocidad normal. Jack llamó a la puerta de la habitación 337. La puerta se abrió. Jack se metió dentro, y la puerta se cerró.

Theo no resultó impresionado.

—Mierda. Ni siquiera puedes ver si era Vitel quien le dejó entrar. ¿Eso es lo mejor que ha podido hacer Colchester?

—Es él —insistió Jan—. Puedo enseñarte las imágenes posteriores de la última noche cuando Jack deja su mensaje a Sascha Vykos en Washington, y otros mensajes asimismo, de las últimas semanas.

Theo continuó hojeando el expediente y miró ceñudo la enorme pantalla de televisión. Pasaron segundos y minutos en la esquina. Jan se mantuvo en silencio y observó. Tras unos veinte minutos, la puerta de la 337 se abrió otra vez, y Jack se deslizó fuera de la habitación escaleras abajo. Llevaba un gran sobre doblado.

—¿Cómo consiguió el hombre de Colchester pillar a Jack, o Johnny, o como diablos se llame, reuniéndose con Vitel? —preguntó Theo—. No esta vez, la primera.

Jan apagó la televisión y fue con lentos pasos hasta una silla enfrente de Theo.

—Después de lo de Hartford —dijo Jan—, comenzamos una serie de observaciones.

—Comenzamos —repitió Theo—. Colchester y tú.

—Sí. Vitel era uno de los sujetos. No podíamos estar seguros de a quién vigilar, así que ampliamos el campo de acción.

—¿Hasta dónde? —quiso saber Theo—. ¿A quién más?

Jan hizo una pausa por un momento, pero el titubeo quitó toda sorpresa a lo que Theo estaba a punto de oír.

—Todos los jefes —dijo Jan—. Vitel, Garlotte, Goldwin, Gainesmil, Lladislas, Tembloroso y Matón, Malachi... tú mismo...

A Theo no le molestó enterarse de que había sido espiado de esa forma. ¿Por qué habría de hacerlo, después de saber lo de la prueba a la que había sido sometido la otra noche, después de descubrir que su propio jefe, Pascek, había instado al justicar Ventrue a probarle en lugar de salir en su defensa? Theo estuvo a la altura de las circunstancias. Todo apestaba a política de Vástagos, pero era él mismo quien se había dejado hundir tan profundo en la mierda. Una cosa era servir como arconte a su sire mientras su sire era justicar. Theo no había tenido que continuar en su puesto cuando Jaroslav sucedió a Cerro. El arconte podía haberse ido, pero no lo había hecho. Y todas las maniobras, que nunca habían sido elegantes ni agradables bajo el

mandato de Cerro, se habían vuelto más repugnantes y mezquinas con Pascek al mando.

—Vitel es el que buscamos —dijo Jan en voz baja al fin, tratando de mantener enfocado el encuentro—. Tengo grabaciones de las reuniones con Jack, fechas, horas, lugares, fotos, transcripciones de algunas. Puedes ver todo lo que quieras.

Theo arrojó a su vez el legajo de nuevo sobre la mesa.

—Quiero verlo —dijo Theo—. Todo. Cada maldita cosa que tengas.

Lunes, 1 de noviembre de 1999, 3:02 a.m.

Una gruta subterránea

Ciudad de Nueva York, Nueva York

—¿Te ha enseñado Ruhadze las fotos de la escultura? —preguntó Emmett.

—No —contestó Calebros, negando con la cabeza. Una única vela luchaba por iluminar la cámara de roca tallada—. El escrito, el legado de Anatole, es más importante, creo. Respeto a Hesha bastante...

—Mmm —resopló Emmett—. Respetar a un Setita. Augustin echaría las tripas en su tumba.

—No hables de nuestro sire en ese tono. Ni de Hesha, a todo esto. En Bombay...

—Bombay, Bombay. Déjalo ya —Emmett puso los ojos en blanco.

—¿Quieres echar un vistazo a las fotos que sí tenemos?

—¿Del escrito? ¿Las que convirtieron a los Malkavian en harina? No, gracias.

—Yo las miré —le echó en cara amablemente Calebros—. Hesha las miró. Incluso el cachorro Gangrel lo hizo.

—¿Ah, sí? Bueno... mejor para ti.

—Estupenda réplica.

—No fastidies.

Copia de archivo

1 de noviembre de 1999

re: legado de Anatole

Como de costumbre, nada claro acerca del profeta de la Gehena; tantas perspectivas como individuos implicados.

Ramona afirma ladera de la cueva marcada, destruida, parecería encajar con la historia de Xaviar. Pero ni Hesha ni Jeremiah capaces de confirmarlo. De hecho, informes contradictorios.

Dos Malkavian en Baltimore destruidos tras mirar fotos (¡apenas!), sin embargo otros de los nuestros ilesos. ¿Respuesta específica de clan?

Jeremiah aún algo preocupado después del tiempo pasado con Anatole.

¿Sturbridge podría tener clarividencia?

Lunes, 1 de noviembre de 1999, 3.47 a.m.

Cherry Hill

Baltimore, Maryland

—Eh, precioso, te doy el viaje de tu vida.

Así había empezado aquello, con el comentario de la prostituta mientras Theo estaba parado ante una señal de *stop*.

Había estado conduciendo por el barrio de Katrina... lo que había sido su barrio. No estaba seguro de por qué lo hacía exactamente. Tras dejar a Pieterzoon, Theo había inspeccionado varias patrullas, que estaban yendo tan bien como podía esperarse con el Sabbath empujando hacia el norte un poco más fuerte cada semana. Un capullo de Vástago refugiado venido de Charleston había tratado de hacerse el héroe, intentado detener un tiroteo desde un coche sin ayuda, y había acabado mitad muerto en la carretera, mitad adorno de capó. Por lo demás, las cosas estaban en relativa calma. Theo había encontrado a Lydia y le había dicho lo que necesitaba. Después había errado un poco más... y se había visto allí, en el antiguo barrio de Katrina.

La prostituta no era en realidad distinta de ninguna de las otras. Más joven que algunas, ni ojerosa ni consumida, todavía no. Más vieja que algunas de las otras, las que no parecían lo bastante mayores para estar pensando en chicos, mucho menos en bajarse las bragas para ellos. Era más robusta que muchas de ellas. Tal vez no era una drogadicta, todavía no.

—Eh, precioso...

La voz de ella se abrió camino a través del sonido del motor mientras Theo aguardaba al ralentí ante el *stop*. Sin pensarlo, éste tendió la mano, la agarró por la muñeca, y la atrajo hacia él.

—¿Quieres jugar duro, precioso? —se burló ella.

Theo comprobó su brazo. No había señales. Comprobó el otro.

—Estoy limpia como el culo de un bebé —dijo ella.

—Los bebés cagan por todas partes. Sube —gruñó Theo. No pudo resistirse a mirarla allí en la esquina. Vestía un top ceñido y escotado de fibra elástica que se bajaba cuando se movía, ofreciendo una muestra gratis de un grande y oscuro pezón. Su falda era corta y se pegaba contra su voluminoso trasero y sus muslos. Sus tacones eran lo bastante altos para empalar a un Vástago. Se detuvo para subirse las medias antes de deslizar hábilmente una pierna sobre el asiento y montarse en la moto detrás de Theo.

—Te haré feliz, precioso —le ronroneó al oído.

—Cierra la maldita boca —Theo se descubrió queriendo volverse y sacudirla, estrangularla. ¿Es esto lo mejor que puedes hacer por ti misma, hermana?, pensó. ¿Para esto arriesgó su vida y murió gente honrada? ¿Para que pudieras venderte en la esquina de la calle, en vez de que alguien te venda en la casa de subastas?

—¿Quieres saber mi nombre, precioso?

—No.

—Como quieras.

No quería saber su nombre. No quería admitir que ella existía. Por un breve instante, mientras se apartaba de la acera, quiso engañarse a sí mismo, pretender que aquella esquina seguiría libre de cualquier otra como ella durante algo más que una hora o así. Ése era el mundo real, pero era lo peor del mismo. Al menos cuando Amo Bell se llegaba con sigilo hasta los barracones de esclavos en la oscuridad de la noche, la madre y las hermanas de Theo no habían tenido elección. Sus vidas y la seguridad de su familia habían dependido de aquel hombre. Él se lo había arrebatado; ellas no se lo habían dado.

Pero entonces, al sentir Theo los brazos de la prostituta cogiéndose a su ancho pecho, volvió a ver todo lo que había alrededor. Grupos de gente sin esperanza, gente desesperada, vendiendo drogas porque no había ninguna otra cosa que hacer, ninguna oportunidad, ningún trabajo, no aquí.

Entonces largaos de aquí, pensó Theo. O coged el maldito autobús e id a buscar un trabajo. Pero sabía que no era así de simple. Algunos de ellos eran malvados sin más, depredadores. Theo había conocido la suficiente gente, Vástagos y ganado, para saberlo. Comer alimentos, beber sangre, no importaba en realidad. Algunos individuos no existían por ninguna otra razón que no fuera vivir a costa de otros. Pero había otros que sólo se encontraban perdidos, sobrecogidos por un mundo que no comprendían. En la ciudad, esa gente no podía limitarse a irse a trabajar al campo; y sin educación, lograr un trabajo en cualquier parte, hubiese o no autobús, era casi un milagro. El único milagro mayor era sobrevivir el tiempo suficiente para conseguir dicha educación, sobrevivir intelectual y moralmente en una cultura que no alentaba ni recompensaba esa clase de logro, en un mundo donde decisiones tomadas tan pronto en la vida a menudo conducían a la cárcel, el embarazo, la muerte. Mientras tanto, Pieterzoon y sus homólogos mortales se jactaban de su riqueza, sus contactos, su poder, como si fuese su derecho de nacimiento.

Theo siguió conduciendo. Saber lo que sabía no aligeraba su resentimiento hacia la mujer sentada detrás de él. Él había nacido en lo más bajo de este asqueroso mundo, pero se había sobrepuesto a él. Se había negado a aceptar el *statu quo*. Injusticia tras injusticia se había amontonado sobre él: su familia dividida cuando apenas tenía cinco años, su madre, algunos de sus hermanos y hermanas vendidos lejos de su padre y demás hermanos; la madre y hermanas de Theo violadas mientras él, perseguido desde los barracones de esclavos, temblaba en la oscuridad exterior. Theo podía recordar cada noche en que aquello había ocurrido. Cada noche. Recordaba. Recordaba haber sido azotado también. Algunas de las cicatrices seguían marcando su espalda. Podía recordar cuántos latigazos se había llevado en cada ocasión y qué capataz había administrado el castigo. Theo los había encontrado a todos, uno por uno, años más tarde, y había igualado la cuenta. Los recuerdos habían

guiado a Theo; las ofensas contra su dignidad le habían llevado a hacer valer su derecho a decidir, tanto como fuese posible, su propio destino.

Pero ése no era el caso de los arruinados individuos que veía alrededor de él en las calles de hoy noche. ¿Qué cojones fallaba en esa gente? ¿Cómo podía el mundo reconocer su humanidad si no la reconocían ellos mismos? Negros disparando a negros. Familias reducidas a la miseria, destrozadas por las drogas, viviendo en la mugre. El amor propio, había resuelto Theo hacía mucho tiempo, derivaba de la capacitación, pero dicha capacitación prosperaba sólo a partir del amor propio. Ése era el problema. Salir del círculo autodestructivo de desesperanza y represalias para entrar en el círculo autosostenido de capacitación y autosuficiencia. En su propia vida mortal, Theo había tomado la iniciativa para escapar de uno a otro círculo, y a partir de aquel primer paso todo lo demás se había sucedido. Había escapado de la esclavitud, había vuelto de cuando en cuando al sur para ayudar a otros a escapar, y cuando Don Cerro le hubo transmitido el don (lo que Theo entonces había considerado un don) de inimaginable poder, Theo había extendido sus actividades del simple rescate de aquellos necesitados a la venganza contra los responsables. Había usado el látigo con Amo Bell, y algo peor. Pero buscar venganza, se dio cuenta Theo, fue añadir combustible al fuego que siempre había ardido dentro de él, el fuego que se mezclaba con su recién descubierta hambre hasta que ambos fueron una misma cosa. El viejo Amo Bell no fue el único que pagó por sus crímenes. Muchos de sus esclavos lo hicieron asimismo. Muchos miembros de la familia de Theo.

—¿Dónde quieres ir, precioso?

Theo se sobresaltó ante el sonido de la voz tan próxima a él. Le llevó un segundo orientarse, recordar que estaba conduciendo por las calles llenas de baches de Baltimore, en vez de las ocultas callejas del Misisipí. Bajó por una oscura y desierta calle secundaria, giró entre dos edificios y detuvo la moto. La mujer se apeó, alisó sus ropas.

Theo bajo igualmente de la motocicleta.

—¿Tienes hijos?

Ella sonrió, pasó un dedo por la manga de la chaqueta de cuero de Theo.

—Tú no quieres hablar de hijos.

Había una pequeña mancha de carmín rojo brillante sobre uno de sus dientes.

Antes de que se diera cuenta de lo que estaba haciendo, Theo la asió de la mano y apretó, sin romperle los dedos, pero la mujer gritó de dolor.

—¿Tienes hijos? —le insistió.

—¡Sí... sí! —Su temor igualó a su dolor al mirarle a los ojos. Las lágrimas empezaron a correr por sus mejillas.

—¿Cuántos?

—Dos —gritó ella. Comenzó a temblarle todo el cuerpo. Sus dientes castañetearon. De alguna manera se le corrió el carmín. El aire, frío y húmedo pareció de súbito roerla hasta los huesos, extraerle la fuerza; sin embargo, estaba sudando.

Intentó zafarse pero no pudo.

El fuego se alzó dentro de Theo. Odiaba a la mujer que era a la vez síntoma y causa del mal. Todavía sujetándola, le volvió la cara violentamente con la otra mano, y luego desgarró la tirante carne de la base de su cuello. La sangre le llenó la boca, su sangre, su elemental humanidad, igual a la de cualquier otro. Su frenético alarido se desvaneció dejando paso a un patético gañido, pero su corazón siguió bombeando chorro a chorro sangre fresca dentro de Theo. Obtuvo fuerza de quien carecía de ella. Bebió con avidez para sofocar el fuego, para extinguir el odio y la piedad que sentía hacia ella.

Al final, aunque estaba lleno, se sintió del todo agotado. Lamió la herida cerrada y se apartó de ella. La chica se tambaleó unos pasos antes de que sus rodillas cedieran y cayó con fuerza sobre el suelo. Se sentó, aturdida, las mejillas mojadas de lágrimas.

Theo siguió observándola. Todavía la odiaba por lo que era, por su debilidad. Se odiaba a sí mismo por la compasión que no podía hallar en su corazón. Ésta era su gente, pero él era uno de los depredadores. Sabía que iba a necesitar la sangre en las noches venideras, mas no le gustaba alimentarse así. Pero ella le había hablado. Ella le había pedido que la convirtiera en una víctima. Él no podía cambiarla. No podía salvarla de sí misma. Volvería a la calle, mañana por la noche o la noche siguiente. Si lo dejaba de algún modo, habría otras.

Theo buscó en su bolsillo, sacó un fajo de billetes de veinte dólares. Separó cinco, seis, se los arrojó. Aterrizaron sobre su rodilla. Su media estaba rasgada. Furioso pero cansado, Theo volvió a subirse a su moto y la dejó allí.

Lunes, 1 de noviembre de 1999, 11:44 p.m.
Cantera de Dewey, Park Heights
Baltimore, Maryland

Lydia entró en el tugurio por segunda vez en dos noches. El aire estaba cargado de olor a cigarrillos, y el tocadiscos reproducía a todo volumen una canción de ZZ Top. El barman, bastante atareado con la media docena o así de tipos en la barra, no pareció reparar en ella. Era gordo y grasiento. No hacía calor en el cuarto, pero su chaqueta estaba manchada de sudor en el pecho, espalda y axilas. Dos de los clientes de la barra eran conocidos de Lydia: Frankie y Baldur. Los dos estaban cuidando una cerveza, tomando un sorbo de vez en cuando y en términos generales manteniéndose ocupados para no fijarse en Lydia, aunque estaban sentados junto a la puerta principal.

Un par de tipos de aspecto miserable se hallaban sentados solos en dos mesas, pero las demás estaban vacías. Lydia escogió una y se sentó con la espalda hacia la pared. Casi antes de que hubiera puesto el culo en el asiento, uno de los tipos de la barra se deslizó hasta su mesa. Era de esos que parecen más atrevidos que exitosos con las mujeres. Vestía una raída chaqueta militar y estaba perdiendo su cabello pelirrojo.

—¿Te pago una bebida, hermosa? —Le dedicó un guiño que seguro pensaba era fino.

Lydia suspiró.

—¿Qué parezco, presidenta del Club Capilar para Gilipollas? —Él rió. Lydia no.

—Muy bueno. Muy bueno. Vamos, ricura, déjame pagarte una bebida. Sólo trato de ser amistoso. —Sacó la silla enfrente de Lydia y se acomodó.

—No necesito más amigos —dijo Lydia. Echó una ojeada a sus dos compañeros bebiendo en la barra, que estaban haciendo un penoso trabajo pretendiendo no estar mirando—. Además —añadió Lydia—, no voy buscando tíos. —Trató de no reírse cuando la sonrisa de él se desvaneció. La táctica de la lesbiana siempre resultaba muy útil, y su afirmación, hasta cierto punto, era bastante cierta esas noches. El sexo simplemente no era lo que solía ser.

Su acompañante, tras su sorpresa inicial, consiguió esbozar una sonrisa forzada.

—¿No vas buscando tíos? Simplemente no has encontrado al adecuado. —Guiñó el ojo de nuevo.

Lydia alzó la mirada. Le costó un segundo examinar a los clientes de toda la estancia. Aparte de Frankie y Baldur, todos parecían ser mortales: el color de su cara era verdadero, estaban bebiendo demasiado para fingirlo. Se volvió hacia su visitante.

—¿Y tú serías el adecuado?

—Apuéstate tus braguitas de encaje.

Lydia volvió a suspirar. Miró su reloj y se dijo que no tenía tiempo para aquello.

—De acuerdo, macho. Que lo decida un pulso.

Él se quedó desconcertado por la sugerencia.

—¿Eh?

—Un pulso. Ya sabes... —Ella apoyó el brazo derecho sobre la mesa—. Si ganas, tú y tus amigos podéis tenderme sobre la barra y hacer turnos para que os la chupe. Si yo gano, te largas.

Él se rió, pero su expresión era ahora más suspicaz que confiada. Vaciló, echó un dura mirada a la pequeña y pálida mujer enfrente de él, luego volvió a reírse.

—De acuerdo, nena. Prepárate a pasar el mejor momento de tu vida.

—Sí, lo que tú digas.

Él puso el codo sobre la mesa y se puso a acariciar los dedos de ella cuando tomó su mano.

—Cuando estés listo —dijo Lydia—, simplemente dilo.

Él inspiró profundamente y comenzó a empujar justo antes de decir «ya».

Lydia le dejó ganar unos cuantos centímetros, sólo para aumentar sus esperanzas, luego golpeó con los nudillos de él la mesa.

—¡Ay! ¡Mierda!

—¿Estabas listo? —preguntó Lydia, llena de preocupación—. No te he sentido empujar.

—¿Cómo demonios has...?

—¿Sabes qué te digo, macho? Sólo para ser justa, ¿por qué no lo hacemos con la mano izquierda, a doble o nada? Si ganas, tú y tus chicos podéis joderme, luego darme la vuelta y follarme por el culo. ¿Te parece bien?

Él la miró furioso desde el otro lado de la mesa, y dijo de forma amenazadora con un sordo gruñido:

—Vas a lamentar esto, maldita zorra.

Lydia se encogió de hombros.

—Puede. ¿Por qué no predicas con el ejemplo? —Apoyó su brazo izquierdo sobre la mesa.

Él tardó más esta vez. Sus amigos en la barra ya no fingían estar desinteresados. Alguna especie de truco, tenía que estar pensando. Ella le había engañado de alguna manera. Pero no dos veces. Se alzó la manga, puso su brazo izquierdo sobre la mesa, agarró la mano de ella con fuerza, sin preliminares sugerentes.

—Cuando estés listo, macho.

Él no dijo «ya» esta vez, simplemente se puso a empujar con toda su fuerza. Lydia lo contuvo justo en la vertical durante cinco segundos... diez... quince. Una vena estaba hinchándosele en la sien. Jadeó y cogió aire. Lydia hizo una mueca, luego toda la tensión abandonó su rostro.

—Psss, psss, psss. Tal vez deberías probar con dos manos —dijo ella.

Sorprendido y cariacontecido, sólo dispuso de otro segundo antes de que ella hiciera chocar sus nudillos contra la mesa. Estaba haciendo tanta fuerza que una articulación, ligamento o algo parecido soltó un sonoro chasquido. Él bramó de dolor

y frustración y se cogió el codo.

—Eso no ha sonado bien, macho.

Miró de forma amenazadora a Lydia y comenzó a levantarse.

—Piénsalo dos veces, macho —dijo ella muy tranquilamente, y él se detuvo a medio alzarse—. Eso ha sido sólo tu codo. Tócame otra vez, y te arranco la polla y te la meto entera en tu maldito culo.

Él siguió parado durante unos segundos, suspendido entre sentarse y levantarse, sujetándose el codo.

—Eso está mejor —dijo Lydia—. Ahora, ¿por qué no te vas a casa con tu esposa o tu novia o tu vecina de trece años, quienquiera que sea a la que estés jodiendo, y le das de bofetadas? Te sentirás como un gran hombre de nuevo. Todo irá bien.

Sin mirar a sus amigos, se levantó con cuidado de la silla y se apresuró a salir torpemente del bar. Sus compañeros de juerga, con las cejas enarcadas, volvieron a sus bebidas. Frankie y Baldur, menos sorprendidos, hicieron otro tanto también.

Lydia volvió a echar una ojeada a su reloj. 11.56. Había llegado allí la pasada noche, después de haber hablado con Theo, para preguntar al rechoncho barman si estaba Johnny. Al no estar, le había entregado a aquél una nota que decía simplemente «11.45 p.m.». ¿Así que dónde cojones está? se preguntó. Frankie y Baldur habían estado allí temprano para coger un buen sitio. Se lo habrían hecho saber si ya hubiera aparecido y marchado, o si algo extraño hubiese sucedido. Pero allí estaban, bebiendo a sorbos de sus cervezas, discutiendo razonadamente en voz muy baja acerca de si Cher podía o no patear el trasero de Madonna.

Lydia no tuvo que esperar mucho más. Cuando la puerta se abrió unos minutos después, él entró en el bar... el tipo cuya foto le había enseñado Theo. Iba sucio y sin afeitarse, y tenía prominentes entradas. Más que andar se arrastraba, un tanto encorvado, no como un monstruo Nosferatu, sólo un cabrón miserable normal. Miró a su alrededor y pareció desconcertado, luego anduvo despacio hasta la barra, donde cruzó unas palabras con el barman. Éste señaló hacia Lydia, y «Johnny» miró en dirección a ella. Lydia sostuvo su mirada sin alterarse, no sonrió, no le lanzó un beso, ni le hizo señas con el dedo.

Él se arrastró hasta la mesa con una sonrisa de desprecio, muy parecida a la del anterior pretendiente de Lydia. Se detuvo junto a ella y la observó, alzó las palmas a los costados, y dijo:

—Aquí está Johnny.

Lydia volvió la cabeza y escupió en el suelo.

—He oído decir que tus amigos te llaman Jack.

—Si los tuviera —dijo sin perder un segundo—, y si fuera así, tú no serías uno de ellos, seas quien cojones seas.

—Oh, me partes el corazón. —Ella se cruzó de brazos y se reclinó en su silla.

Él se giró para hacer algún comentario gracioso al barman, y en aquel instante de distracción, Lydia se movió. Más rápido de lo que su blanco podía reaccionar, tendió

la mano en busca de la Desert Eagle que tenía metida bajo el cinturón en el hueco de la espalda. Justo cuando Jack volvió a mirarla con ojos muy abiertos, hizo fuego. Tres disparos. Golpearon contra su pecho, haciéndolo volar hacia atrás por el bar.

Los clientes de la barra buscaron cobijo a toda prisa, todos salvo Frankie y Baldur, quienes se levantaron, la 9 mm en mano, y bloquearon la puerta. Frankie pegó un tiro al barman mientras se disponía a coger una pistola. El hombre gordo chocó contra el mostrador detrás de la barra, mandando una cascada de botellas de alcohol al suelo. Una bala lo atravesó y quebró el espejo de detrás del mostrador.

Lydia miró la Desert Eagle en su mano. Sopló el extremo del cañón.

—Diablos. Theo tenía razón sobre esta cosa.

Fue entonces cuando Jack la golpeó. Pese a los tres enormes agujeros en su pecho, sus brazos se habían transformado en largos y musculosos tentáculos. Uno azotó la cara de Lydia, haciéndola caer de su asiento hacia atrás contra la pared. Se puso de pie en escasos segundos, pero Frankie y Baldur habían caído bajo los golpes del segundo tentáculo, y Jack estaba tratando de escapar por la puerta de atrás. Lydia estaba desequilibrada y la cabeza todavía le resonaba, pero consiguió apretar rápidamente dos veces el gatillo. Sus disparos hicieron pedazos el marco de la puerta sobre la cabeza de Jack. Los brazos de éste se encogieron hasta su longitud normal mientras corría. Parecían ristras de salchichas siendo tragadas por un triturador de basuras. Se lanzó de bruces al exterior por la puerta trasera... justo en mitad del arco descrito por el hacha de incendios.

Theo cortó la cabeza del Tzimisce de un golpe limpio... si a una decapitación soltando sangre y negro icor podía llamársela limpia. El cuerpo de Jack siguió corriendo unos pasos más antes de caer al suelo. Era sólo la inercia, pero pareció como si le costase unos segundos entender que su cabeza se había largado.

Antes de que Lydia, Baldur y Frankie llegasen a la puerta de atrás, la sangre de Jack se había secado y cristalizado. Lentamente, ante los ojos de ellos, su cuerpo también empezó a endurecerse, agostarse, y desmoronarse.

—Eso es lo que tenemos que esperar —dijo Frankie solemne—. Una noche.

Theo limpió el mango del hacha y la tiró a un lado del callejón. Los cuatro Brujah pasaron por alto a los pocos parroquianos aterrorizados que salieron corriendo desesperados por la puerta principal ahora que el camino estaba despejado.

Theo se volvió hacia Lydia.

—No des por ganada una pelea hasta que haya terminado —dijo. Ella asintió algo avergonzada—. Salgamos de aquí —añadió él, y se dispuso a hacerlo, pero entonces se detuvo volviendo a girarse hacia Lydia—. ¿Un pulso? —Ella sonrió tímidamente—. Lucirte hará que te maten, chica.

Nadie objetó nada, y todos se fueron.

Martes, 2 de noviembre de 1999, 1.59 a.m.
Hemperhill Road
Baltimore, Maryland

El Lexus se detuvo con un chirrido ante el bordillo. Casi antes de que el coche hubiera dejado de moverse, Theo había dejado el asiento de pasajero de delante y avanzaba enérgico hacia la mansión. Subió dos de los ocho peldaños y aporreó inusualmente fuerte la puerta principal. Esperando sólo unos segundos, volvió a golpearla.

Cuando un sobresaltado ghoul la abrió, Theo se limitó a decir:

—Ve por Vitel ahora. Date prisa. —A continuación entró.

El ghoul se apresuró a obedecer; aquello era lo más cercano a un estado de agitación que había visto nunca en el arconte Brujah. Mientras Theo esperaba, descolgó su SPAS 12 del interior de su chaqueta y comprobó la munición, luego la abrió y aseguró la culata. Al cabo de unos momentos tras la presurosa salida del ghoul, Vitel aparecía bajando las escaleras. El Ventrue se detuvo al ver la escopeta en las manos de Theo, entornándose sus ojos con suspicacia.

—Tenemos que irnos —dijo Theo de inmediato—. Se han abierto paso.

—¿El Sabbat?

—Nos golpearon con fuerza desde el oeste, la I-70 y National Pike. Los estamos conteniendo alrededor de Leakin Park, pero no sé por cuánto tiempo. —Vitel vaciló, así que Theo insistió, hablando con rapidez—. Nos atacarán desde el sur también. O si pasan más allá del Leakin y bajan por Mulberry, nos cortarán el paso desde el aeropuerto. Pieterzoon tiene un avión esperando, o si has preparado uno puedo llevarte allí, pero tenemos que irnos ahora.

Vitel dudó un instante más, luego se giró hacia su ghoul, que volvía a toda prisa escaleras abajo.

—Frederick, coge el maletín de la caja fuerte. Ahora. —Vitel se volvió hacia Theo—. ¿Tienes un coche esperando?

—Sí. Lo cambiaremos de camino, sólo en caso de que una manada haya entrado sin ser vista en la ciudad y el que llevamos esté marcado.

—Muy bien.

Vitel siguió a Theo al exterior, y escaleras abajo hasta el Lexus. Theo, por costumbre, se metió la mayor parte de su escopeta bajo la chaqueta. Abrió la puerta de atrás para Vitel, luego se metió por la delantera. Se volvió hacia Lydia, sentada al volante.

—Uno más de camino —Theo escudriñó de arriba abajo la calle—. ¿Todo despejado aquí fuera?

—Sí —contestó Lydia. La Desert Eagle estaba posada en su regazo. Sus manos estaban sobre el volante.

Lo que pareció una eternidad pasó antes de que Frederick apareciese con el

maletín de cuero. Se detuvo sólo lo suficiente para cerrar la puerta, luego corrió rodeando el coche y se sentó detrás de Lydia. Entregó la cartera a Vitel. Lydia se alejó de la acera de un tirón.

Al cabo de unos minutos, tres coches de policía distintos los habían dejado atrás dirigiéndose hacia el oeste, con las luces destellando, las sirenas atronando. Asimismo en dirección oeste, Theo pudo ver una densa humareda levantándose en el horizonte. El negro humo era fácilmente visible recortándose contra el rosado cielo nocturno de la ciudad.

—¿Tienes un avión preparado? —preguntó Theo a Vitel, quien, advirtió el Brujah, también estaba contemplando el distante humo con cierta consternación.

—No —respondió Vitel—. La amabilidad del señor Pieterzoon es bien apreciada. No esperaba algo como esto. No tan pronto.

—Tampoco yo —dijo Theo—. Ocultaron sus movimientos condenadamente bien. Todo vino de repente, todo el jodido convoy. Si entran, nunca los arrancaremos de aquí.

—Sí, el Sabbat es así —asintió Vitel.

—¿Quieres que llame y consiga uno o dos coches más que pasen a recoger a tus otros ghouls? —preguntó Theo.

—No hay necesidad.

De pronto, todos los pasajeros dieron un bandazo a la derecha cuando Lydia viró a la izquierda con bastante brusquedad para hacer chirriar los neumáticos y dejar marcas atravesando el cruce.

—¡Maldita sea, chica! —Theo se sujetó contra la puerta—. Todos los policías se dirigen en dirección contraria. ¿Estás tratando de convencerlos para que vuelvan tras nosotros?

—Lo siento.

Lydia siguió acelerando calle abajo. Su siguiente giro, no mucho más suave que el anterior, fue a través de la puerta abierta de un viejo almacén de ladrillos. La ancha puerta de metal bajó con rapidez detrás del coche, eliminando la luz del exterior, y mientras Lydia se detenía con un chirrido, el grande y vacío espacio con suelo de cemento del almacén se sumió en las tinieblas.

—¿Dónde está el otro coche? —preguntó Vitel.

Apenas pronunciadas aquellas palabras, Theo se volvió y disparó una ráfaga con su escopeta de lleno en el rostro de Vitel, balas dragonbreath. Éstas, con un blanco estallido, atravesaron la cabeza y el torso del antiguo príncipe de Washington, quemando el asiento y el parabrisas trasero.

En el mismo instante en que Theo disparaba, Lydia se giró rápidamente cogiendo la Desert Eagle y descerrajó una bala del calibre 44 entre los ojos de Frederick. La mitad superior de su cabeza explotó. Saltó desde el asiento trasero y cayó pesadamente hacia delante contra el reposacabezas de Lydia.

Theo dio un brinco, saliendo del coche lleno de humo, justo cuando las luces del

almacén se encendían. Abrió de golpe la puerta de Vitel y apuntó con el SPAS al cuerpo del Ventrue. Lo que quedaba de la cabeza cayó hacia atrás, con la mandíbula abierta, contra el asiento en llamas. Grandes pedazos del traje a medida de Vitel, por no mencionar su carne y el derretido glóbulo de oro que había sido un broche con forma de águila imperial, humeaban y crepitaban.

Frankie y Baldur se lanzaron hacia delante desde sus posiciones preestablecidas junto a la caja de interruptores y la puerta. Christoph se aproximó con más cautela.

—¡La hostia! —se maravilló Frankie—. ¡Le has arrancado la cabeza limpiamente!

—No, sigue pegada, sólo está hecha polvo —señaló Baldur.

Lydia también había salido del coche para entonces. Se limpió las salpicaduras de sangre de la cara y se lamió las manos. Los cuatro Brujah se volvieron como uno solo al oír el sonido metálico de la puerta al subir. Dentro entraron Jan Pieterzoon con Anton Baas y otra docena de ghouls fuertemente armados.

—¡Cerrad la maldita puerta! —les gritó Theo. Varios ghouls se apresuraron a obedecer.

—¿Eh... Theo...?

Theo se volvió hacia Lydia, que tenía una expresión de lo más perpleja. Siguió su mirada, más allá del cadáver empapado en sangre de Frederick... hasta el vacío asiento en llamas donde, hacía un instante, había estado el cuerpo de Vitel.

—Mierda —Theo dio un paso atrás alejándose del coche—. Se ha ido. Atentos, todos.

Fue entonces cuando Frankie cayó. Un instante antes estaba de pie al lado de ellos, y al siguiente soltó un espantado alarido al verse arrastrado debajo del Lexus.

—¡Mierda! ¡Debajo del coche!

—¡Frankie!

Todo el mundo se puso a gritar de repente. Theo buscó más balas dragonbreath en su bolsillo y las embutió en la recámara. Se dispuso a soltar una ráfaga debajo del coche, pero se detuvo. Frankie estaba ahí abajo.

—¡Mierda! —volvió a decir Theo. Debería haberlo sabido. Un Ventrue puede recibir un buen disparo y sobrevivir para curarse si consigue bastante sangre. Pero Vitel tenía que ser más que jodidamente viejo para aguantar de una pieza después de lo que Theo le había propinado. ¿Y cómo diablos había conseguido pasar delante de ellos y salir del coche? Frankie iba a tener que correr el riesgo, decidió Theo. No podían permitir que Vitel lo secara.

—¡Cuidado! —Theo se acuclilló y disparó una ráfaga bajo el coche.

Se oyeron alaridos por todas partes, y luego Vitel salió disparado de debajo del Lexus. Como un torbellino, apartó de un golpe a Lydia y Baldur. Después el príncipe volvió a desaparecer. El almacén se quedó de pronto en silencio, excepto por el arrastrarse de Baldur para sacar a Frankie de debajo del coche y sus juramentos al quemarse con el humeante fósforo.

—Baas, pon a tus hombres en esa puerta y en aquélla —gritó Theo—. Que nadie salga. Lydia, Jan, los demás, junto a la puerta grande. ¡Mantenedla cerrada!

—Le ha roto el cuello —estaba diciendo Baldur sin poder creerlo—. Le ha roto el cuello a Frankie como a un... como a un...

Theo hizo caso omiso de los sonidos de Vástagos y ghouls apresurándose a obedecer sus órdenes. Escudriñó el interior del almacén. Vitel estaba ahí en alguna parte, y estaba resultando ser tan astuto como cualquier Nosferatu... Ahí. Un movimiento casi imperceptible, lejos de los ghouls y los demás Vástagos. No puedo darle tiempo para que se cure, pensó Theo. Disparó otra ráfaga, vaciando la recámara hacia donde había visto moverse. Pudo ver a Vitel, le oyó pegar un grito con el estallido, pero después todo se volvió negro.

¿Qué co...?

Oscuridad. Sombra viviente. Una nube envolvió a Theo, le impidió ver, amortiguó el sonido. Oyó disparos, pero sonaban muy lejanos. La negrura cubrió por completo a Theo como una segunda piel. Escalofríos recorrieron su cuerpo, sus músculos empezaron a temblar. La sensación era repulsiva, antinatural, maligna. Theo había visto aquello antes, había luchado por liberarse antes... pero ¿qué diablos hacía un príncipe Ventrue lanzando esa clase de mierda?

Theo estaba desorientado por la sombra, pero se arrojó con fuerza a un lado... esperando alejarse del coche. Sintió la oposición de las tinieblas pegándose a él como un insaciable amante, pero el ímpetu de su arremetida lo liberó. Aterrizó sobre el cemento, rodó y se puso de pie de un salto. Los disparos estaban mucho más cerca ahora. Los ghouls de Pieterzoon habían abierto fuego sobre Vitel con sus ametralladoras. La nube de oscuridad que había atacado a Theo se estaba disipando rápidamente a medida que Vitel encajaba más y más impactos de los ghouls.

Vitel estaba hecho jirones. Gran parte de su rostro se había quemado, y su pecho y ropas estaban hechos trizas. Pero la sangre maldita que lo animaba era lo bastante potente para mantenerlo entero, para tirar de él alejándolo del borde del abismo. Y estaba demostrando hallarse muy lejos de estar desvalido, incluso después de gastar la mucha sangre que debía de haber consumido.

Cuando la cabeza de Theo se aclaró, Vitel, con un simple gesto, envió raudos zarcillos de oscuridad hacia los insolentes ghouls que estaban acosándolo. Los ghouls, para defenderse, cambiaron su blanco. Las balas hicieron pedazos uno de los serpenteantes tentáculos negros, pero varios otros encontraron su objetivo, apartando a los ghouls a golpes, aplastando a algunos contra las sólidas paredes de ladrillo.

Demasiado para un tiro fácil, pensó Theo. El almacén estaba lleno de humo y disparos, culebreantes tentáculos exprimiendo la vida de los ghouls, y si alguno de los proyectiles estallase demasiado cerca del depósito de combustible del Lexus, el coche volaría convertido en una bola de fuego en cualquier instante. Y Theo seguía sin poder creer que una cara llena de dragonbreath no hubiese tostado a Vitel. Debería haber sido así con la mayoría de Vástagos. El Brujah nunca antes había luchado con

una criatura así de vieja. Y tampoco es ningún Ventrue. No arrojando por todas partes una sombra mágica como ésa.

En el breve espacio de tiempo que le llevó a uno de los tentáculos convertir a un ghoul en pulpa, Theo recargó la escopeta y disparó otra ráfaga. Vitel se tambaleó hacia atrás, y un par de los sombríos tentáculos resultaron destrozados y se desvanecieron. Puede que los proyectiles no estuvieran acabando con él, pero estaban teniendo su efecto.

Theo cargó hacia delante siguiendo a la ráfaga. Disparó de nuevo, pero Vitel se apartó de un salto. No... no saltando, cerniéndose. Vitel estaba flotando sin más en el aire, colgando allí como si estuviese suspendido de un cable. Pero justo cuando Theo se dio cuenta de ello, Vitel ya estaba bajando, sacando las garras, directo hacia él. Aquel inesperado picado fue suficiente para pillar a contrapié a Theo. Éste trató de esquivarle, pero las zarpas de Vitel rasgaron su cara y su pecho. Vitel cargó de nuevo. Theo trató de golpearle sin éxito con la escopeta descargada, pero fue una espada cortando el aire, justo sobre la cabeza de Theo, lo que hizo retroceder a Vitel. Concedido un segundo de respiro, el Brujah echó un vistazo hacia atrás para ver a Christoph, sable en mano, tomando parte en la refriega.

Pero entonces Christoph vaciló, y Theo vio por qué.

Las manos de Vitel ya no eran garras. Lo que hacía frente a los dos Brujah era peor. En equilibrio sobre la palma derecha de Vitel había una bola de llamas, fuego conjurado a partir de la nada... o acaso del mismo infierno. Theo y Christoph se hicieron a un lado cuando Vitel arrojó el fuego. Éste pasó justo sobre ellos, cruzó como un rayo el almacén, y cayó en medio del segundo grupo de ghouls. La bola de fuego estalló desencadenando un auténtico infierno. Theo rodó hasta ponerse en pie ante los alaridos de los ghouls ardiendo. El humo dentro del almacén estaba haciéndose más espeso a cada segundo, amenazando con ahogar la débil iluminación del techo.

Mientras Theo revolvía en sus bolsillos en busca de más cartuchos dragonbreath, otros continuaban el ataque. Lydia y Baldur estaban acercándose a Vitel, con Pieterzoon y Baas flanqueándoles, sus cuatro pistolas llameando. Las balas chocaban contra Vitel, haciéndolo retroceder medio paso cada pocos segundos, pero los agujeros de entrada se cerraban tan pronto como aparecían... y Vitel simplemente sonreía.

Theo deslizó su último cargador de balas dragonbreath dentro del SPAS y alzó la mirada para ver otra bola de llamas en la mano de Vitel. El arconte estuvo listo al instante para apartarse de un salto, pero Vitel lanzó la ardiente esfera en otra dirección. Lydia se arrojó a un lado, pero Baldur no fue tan rápido. La llama lo golpeó y estalló. Se azotó por todas partes locamente, pero el fuego creció, quemando ropas, cabello, carne no muerta.

Lydia se lanzó de nuevo, esta vez sobre su amigo, tirándolo al suelo. Pero el fuego era más de lo que ella podía aguantar. En cuanto aterrizó, se alejó de un salto

de Baldur como si ella misma estuviese ardiendo. Chilló, un grito despavorido, lleno de terror, como si hubiese sido él quien se hubiera arrojado sobre ella en vez de al contrario. Se palmoteó las piernas, el pecho, el rostro, tratando de apagar llamas inexistentes.

Eso fue todo lo que Theo vio de ella. Estaba cargando contra Vitel en busca de un mejor blanco. Pero Jan y Baas también estaban avanzando, sin dejar de disparar con sus MP5, y Christoph estaba acercándose con su espada. Theo no tenía un blanco claro y contuvo su fuego mientras avanzaba.

Vitel, prácticamente pasando por alto la lluvia de fuego de ametralladora de los dos holandeses, contempló a los Vástagos y ghouls aproximándose. El antiguo príncipe había permanecido increíblemente tranquilo durante toda la pelea, pese a la gran desventaja en la que al parecer se hallaba. Ahora que la mayor parte de los ghouls y varios Vástagos estaban muertos, adoptó un aspecto de júbilo casi demoníaco. Sus ojos brillaron deleitándose en la destrucción, en los cuerpos rotos y en llamas. Lejos de pensar en escapar, Vitel se disponía a rematar la faena. Estaba disfrutando con la carnicería.

Y cuando Theo y los otros se acercaron más, Vitel cambió. No sólo su postura, o su porte. Su misma forma cambió, se hizo mayor, más oscura... como si el humo y las sombras que para entonces llenaban el almacén fuesen arrastrados hacia él, dentro de él. El lugar estaba sumiéndose aún más en las sombras, pero, comprendió Theo, la oscuridad surgía de Vitel, no al revés. Estaba generando sombríos charcos de tinieblas que rezumaban de sus muchas heridas, como si su cuerpo ya no pudiera contener su negra alma. Algunas de las balas estaban pasando a través de él; otras parecían desaparecer dentro de la negrura sin causar efecto. En algún momento, sus brazos dejaron de serlo, convirtiéndose en negros tentáculos girando en espiral, cuatro en lugar de dos, cobras de obsidiana listas para atacar. Todo ello cambiaba en medio del humo y las crecientes sombras. Nada permaneció visible con claridad salvo sus ojos, ardiendo con roja furia.

De repente, como uno solo, los tentáculos se abalanzaron, las cobras atacaron. Un látigo de sólida oscuridad golpeó a Theo cruzándole el rostro, abriéndole aún más la fea herida de zarpa. Baas cayó, con la rodilla destrozada. Un tentáculo se enroscó alrededor del brazo con que Christoph blandía la espada y lo alzó en vilo de un tirón, sacudiéndolo como a una muñeca de trapo hasta que sus alaridos y el sonido de huesos quebrándose llenaron el aire. Su sable resonó con estrépito contra el cemento de abajo. Pieterzoon fue cogido por una negra y gigante constrictor, con los brazos pegados a los costados. Su MP5 disparó sin causar daños hacia el suelo hasta que la munición se terminó y el arma cayó muda al suelo.

Theo se puso de pie, escurriéndole la sangre del desgarrón de su cara, del corte de su pecho. Al contemplar a la bestia de sombra ante él, la estudiada calma en la batalla desapareció de súbito. Vio ante él, apaleando a sus compañeros, no a Marcus Vitel, pretendido Ventrue a todas luces de sangre Lasombra, sino a una criatura surgida de

la misma Bestia. Los ojos rojos y ardientes, la oscuridad absoluta desbordándose a través de un portal salido del infierno con forma humana. Ésta era el Sabbat. Era un demonio que los subyugaría a todos ellos.

Y la Bestia del interior de Theo respondió. El fuego que era odio e ira, violencia y hambre, creció dentro de él, tomó el control de sus miembros y les confirió fuerza. Theo combatió a la Bestia ante él con la Bestia del interior de su propio pecho, el demonio que una noche consumiría a todos y cada uno de ellos.

Sus aliados caídos o inmovilizados, Theo cargó. La primera ráfaga de su escopeta hizo pedazos el apéndice que le había golpeado. La segunda, la último especial que le quedaba, cayó de pleno en el corazón de la criatura en que Vitel se había convertido. El demonio de sombras se tambaleó. Theo se abalanzó sobre él. Blandió su arma como una maza. Vitel retrocedió dando aún más traspies. Estaban ante la pared de ladrillo entonces, la parte de atrás del almacén que se había transformado en uno de los nueve niveles cubiertos de fuego y humo del infierno.

En ese momento los tentáculos restantes se dirigieron hacia Theo. Se lanzaron detrás de él sirviéndose de su largo alcance para atacarlo, asestándole golpes desde atrás en la cabeza, espalda, piernas. Sus rodillas cedieron, pero no cayó. Un negro cable le azotó la cara de parte a parte. Otro tentáculo lo fustigó... Theo lo cogió, deteniéndolo en el aire. Lo sujetó con ambas manos y, espoleado por su sangre y el fuego de sus entrañas, lo hizo pedazos. El demonio de sombras que era Vitel rugió de dolor. El tentáculo que Theo había partido con sus manos desnudas se disolvió en la nada.

Antes de que las abiertas fauces de Vitel hubieran dejado de gritar, Theo se hizo con el sable de Christoph en el suelo. El arconte blandió la espada, buscando sangre pero contentándose con la viscosa sombra. Cercenó otro tentáculo, y luego el último. Vitel, los ojos fulgurando con odio, profirió maldiciones de dolor y furia. La oscuridad abandonó su cuerpo y batió sobre Theo en una gigantesca ola de olvido, pero el Brujah no iba a quedarse ahí. Blandió el sable de nuevo. La hoja hendió la sombra, atravesando el torso de la bestia Vitel, rascando con la punta la pared de ladrillo de detrás y derramando una lluvia de chispas en las tinieblas. Si el terrible sonido se debió al choque del acero contra el ladrillo y el cemento o al bramido de Vitel, Theo no podía decirlo. Mas cuando levantó la hoja para golpear otra vez, la sombra empezó a deshacerse. La oscuridad se encogió, pareció marchitarse y cuartearse, y un momento más tarde, donde había estado el demonio Vitel, un fino polvo negro flotaba hasta el suelo, grasientas cenizas sobre el cemento.

—El Ventrue más aborrecible que me he encontrado nunca —dijo Theo de forma lacónica.

Jan intentó sonreír, pero el dolorido resultado no fue particularmente efectivo.

—Sí... así es.

El humo todavía colgaba espeso en el almacén. Abrir las puertas sólo habría llamado la atención hacia el edificio (algo que no querían) y no había nadie dentro en peligro de sucumbir por inhalación de humo. Los pocos ghouls de Jan que quedaban estaban manteniendo guardia en el exterior. Las paredes del almacén eran sólidas, pero había habido un montón de disparos, y nadie quería que los polis acertaran a entrar.

—¿No tenéis vosotros un apretón de manos secreto o algo así? —preguntó Theo—. Nosotros no tenemos que preocuparnos de esa clase de cosas. Nadie pretende nunca ser un Brujah, en especial un príncipe. Diablos, puede que haya diez o veinte príncipes Brujah pretendiendo ser otra cosa.

Jan se agitaba un poco inquieto y trataba de concentrarse en el cierre del maletín de Vitel. Había pasado mucho tiempo, se dijo Theo, desde que hubo disfrutado tanto de la incomodidad de alguien, y no venía mal que el regodeo fuese a expensas de un Ventrue.

—¿Qué hay de Lucinde? —preguntó Theo, pegándose mucho a él de forma que nadie más pudiera oírle—. ¿Sabe ella de esto? ¿De él? —Sabía las respuestas, pero no podía resistirse a preguntar. Dios, me encantaría estar allí cuando Jan se lo cuente, pensó Theo. Aguardó a recibir una respuesta, pero Jan no le estaba prestando atención deliberadamente. Estaba probando combinaciones con el cierre del maletín y tratando de oír cualquier indicio de progreso.

—El señuelo de los polis funcionó bien —dijo Theo—. Los coches de la bofia, el fuego en la parte oeste.

—¿Mmm? —Jan alzó la mirada por un momento—. Ah, bien —Volvió su atención al cierre.

—¿Crees que tiene alguna trampa? —preguntó Theo, tamborileando sobre la cartera.

—Lo dudo.

—Bien —Theo le quitó el maletín a Jan, lo apoyó contra su propio pecho, y ejerció presión con sus dedos en la ranura junto al asa. Se hundieron a través del cuero en el metal de debajo. Theo siguió presionando, introduciendo sus dedos en el hueco cada vez mayor, y el maletín se abrió con un chasquido.

—Ahí tienes.

Se lo volvió a entregar a Jan y dejó que el Ventrue revisara el contenido.

No muy lejos, Lydia y Christoph se sentaban abatidos junto a Frankie. El ángulo de su cuello parecía sumamente incómodo.

—Creo que me ha jodido bien —dijo Frankie, mirando a Theo.

—Creo que sí —dijo Theo.

—Pero los hemos jodido también, ¿no? Me pondré bien. Sólo dame un poco de tiempo, un poco de sangre.

—Sí. Seguro —le tranquilizó Theo. Pero no estaba convencido. Ciertamente, la sangre podía curar los huesos rotos, pero no siempre curaban derechos, y las lesiones

vertebrales eran una auténtica hostia. Era difícil imaginar qué podría suceder con un cuello roto. Así que se volvió hacia Lydia y Christoph, que eran considerablemente menos optimistas que Frankie. No obstante, Christoph nunca lo era. ¿Qué era lo que había dicho Lydia de él en una ocasión? Melancólico como una maldita chica. Christoph estaba afilando su espada.

—Espero no haberla mellado —dijo Theo—. No contaba precisamente con cortar una pared de ladrillo.

—Es una hoja fuerte —contestó Christoph—. Me alegro de que terminara el trabajo, aunque no la haya esgrimido yo.

Theo asintió. Christoph decía cosas por el estilo a veces, cuando realmente se decidía a hablar, pero era bastante bueno en el combate.

—Jefe, lo siento —dijo Lydia desde donde estaba sentada al lado de Christoph.

—No tienes por qué —le dijo Theo. Se dispuso a alejarse (no se sentía en plan confesor justo en aquel momento; la cara y el pecho le dolían), pero Lydia no había acabado todavía.

—Es culpa mía —dijo ella. Hizo un gesto hacia el montón de ceniza que había sido Baldur, sin mirarlo—. Debería haberlo ayudado. Y a Frankie también.

—No había nada que pudieras hacer —le aseguró Frankie.

—Nadie te ha preguntado nada —le soltó ella—. Estaba en llamas. Pude apagarlas, pude... —Su voz desfalleció mientras recordaba el incontrolable terror que la había superado. Sus ojos manaron sangre al revivir aquellos momentos.

—Eh —dijo Theo—, uno de los tuyos cayó para siempre. Ocurre. Volverá a ocurrir. —Ella le lanzó una desafiante y furiosa mirada inyectada en sangre—. Vete acostumbrando de una maldita vez.

Seguidamente se alejó.

Tercera parte: La cortina de humo



Mi queridísimo Lucius:

Cuán ansiosamente aguardo cada una de tus misivas, tú cuyo nombre tanto tiempo ha que ha sido grabado en mi corazón; tú cuyos pensamientos conozco mejor que el reflejo de mi propia faz en el espejo. Mi mayor temor (el cual, a juzgar por tus airadas palabras y actos recientes, parece justificado) es que pudieras malinterpretar mis intenciones. Has de saber, aunque parece no ser así, que aprecio tus mensajes como instrumentos de verosimilitud, que a través de tus palabras podría creerme a mí misma más próxima a tus ideas y, por extensión, a tu carne. Has de saber, aunque me dirijas tus acusaciones, que son los lobos los que llaman a la puerta, no yo, aullando en busca de algo más. Ellos, incluso entre tu propio y estimado linaje, son los ingratos, los irreflexivos portadores de negligencia. Has de saber que yo, por encima de todos los demás, deseo que no sufras perjuicio alguno a manos de otros.

Ten la seguridad de que no te guardo ningún rencor pese a las injurias infligidas sobre mí y los míos. Sin duda surgieron del malentendido, pues ¿acaso no florecen los celos cuando corazones afines se separan? Sabe que perdono cada una de tus transgresiones, que todavía te tengo en tan alta estima como a cualquier querido amigo o amada mascota.

Encuentro a tu ciudad en buenas condiciones y te alabo por haberla dejado así. No hay paso que dé, ni vista que contemple, que no te lleve a mi mente. No temas dejar de ser recompensado por tu estancia en medio de infieles. Ninguna buena acción queda impune, o eso dicen los hombres de ingenio. Por ahora, empero, languidezco en tu ausencia, deseando sólo poder poner mis manos sobre ti.

Tu humilde y amable sierva,

Vykos

Viernes, 5 de noviembre de 1999, 11:24 p.m.
Suite Presidencial, Parador Lord Baltimore
Baltimore, Maryland

—Mmm —Theo le devolvió la carta a Jan. Era una de las varias del maletín de Vitel que parecían confirmar que el depuesto príncipe de Washington no era lo que había aparentado ser... como si Theo tuviera alguna duda después de la lucha al comienzo de la semana en el almacén, y de la gran cantidad de pruebas que Colchester y Jan habían reunido antes de eso.

—No parece que Vykos y él se lleven muy bien... se llevaran muy bien —dijo Theo. Todas las cartas tenían el mismo tono burlón remedando una carta de amor. Sólo un imbécil las tomaría por una muestra de verdadero afecto, por algo que no fuese puro desprecio.

—No es sorprendente —dijo Jan—. Por lo que sé de Vykos, no inspira precisamente familiaridad.

—Tampoco lo hacía Vitel.

—Cierto. Al parecer con buenas razones —Aquello era lo más próximo que había estado Jan de reconocer verbalmente que él y todo su clan habían sido engañados, que un impostor había gobernado la capital de Norteamérica durante treinta años en nombre del clan Ventrue. Por supuesto, ninguno de los poderes fácticos de la Camarilla se había oído la verdad... de hecho, había sido un auténtico cotillón de arcontes y un justicar quienes habían otorgado poder a Vitel a finales de los 60. La naturaleza de los príncipes y la «organización» de la Camarilla eran de miras tan estrechas que en una ciudad que la secta «controlaba» nadie había considerado a Vitel sospechoso de traición más allá de lo normal.

—¿Cómo se lo tomó Lucinde? —preguntó Theo, incapaz de resistirse a una pulla más.

—¿Cómo están las defensas? —Jan cambió de tema rápidamente.

Theo se rió entre dientes, pero dejó de atormentar al Ventrue. Luego el arconte se puso serio una vez más.

—Las líneas están retirándose tan apretadas como podemos formarlas. Creo que estamos listos... todo lo que podemos estarlo. El Sabbat está pisándonos los talones. Están desplazándose al oeste y al norte. Parece que el ataque, cuando se produzca (yo diría que en las próximas noches) vendrá del oeste, tal como le conté a Vitel que estaba ocurriendo. Salvo que esta vez será de veras.

Jan estaba examinando algunas de las notas de Theo, una lista de patrullas. Varios de los nombres habían sido tachados hacía muy poco.

—¿Qué les ha pasado a estos tres? —preguntó Jan.

—Capturados durante el día. Ghouls.

—Oh.

Jan se puso a estudiar la lista con más detalle, a todas luces contando los

numerosos nombres tachados, así como los escasos defensores que restaban. Muchos de los señalados, sabía Theo, se habían puesto ya del lado del Sabbat. Lo más probable era que algunos hubieran visto en ello una oportunidad para salvar sus propios pellejos y se hubieran escabullido en la noche. Un Vástago que no regresaba de la patrulla, ¿había salido pitando de la zona de guerra, o estaba controlado por el Sabbat? Era imposible saberlo con seguridad. Póngase a Clyde y Maurice, por ejemplo. Vistos por última vez cerca de Green Haven. No parecían de la clase de los desertores. Pero quién sabía si, al cabo de unos años, Theo no podía tropezárselos yendo por la calle en alguna parte. Por el bien de ellos, Theo esperaba que el Sabbat los hubiese cogido.

—Va a ser reñido, no —dijo Jan, sin dejar de mirar la lista.

—Sí, bueno, sabíamos desde el comienzo que lo sería —Theo tendió la mano para coger un cigarrillo—. No hay mucho margen para el error.

—Habías estado pensando hacer que Vitel estuviese disponible para ayudar, ¿no? —preguntó Jan.

Theo encendió el cigarrillo sin filtro, aspiró profundamente, luego se encogió de hombros.

—Los planes cambian —dijo—. Ni Vitel, ni Garlotte, ni Victoria... —Victoria. No habían oído una palabra de o sobre ella aproximadamente desde que partiera hacia Atlanta, y habían transcurrido meses desde aquello. Había habido vagos rumores acerca de algo desafortunado que le había sucedido a un tal Obispo Sebastian del Sabbat por allí, pero incluso si fuesen ciertos, puede que los informes no tuvieran nada que ver con Victoria.

—Haremos lo que podamos —dijo Theo—. Eso es todo sobre la puesta a punto. ¿Cómo están las cosas por tu parte?

Jan asintió.

—Todo está dispuesto.

Theo asintió solemnemente.

—Bien.

Porque si las cosas no estaban listas... bien, no servía de nada pensar en eso.

Miércoles, 10 de noviembre de 1999, 2:56 a.m.

Oeste de Baltimore, Maryland

Jasmine pegó la espalda contra el lateral del coche. Sus piernas se estaban agarrotando de estar agachada, pero no iba a levantarse. No mientras pudiera permanecer fuera de la vista (y puede que relativamente a salvo) entre la chatarra de aquel solar de coches usados.

¿Había llegado Borris tan lejos? No estaba segura. Sobre los otros sí lo estaba. Los había visto caer, siendo hechos jirones por... No. No iba a pensar en eso. No podía en aquel instante, no si esperaba de alguna forma escaparse.

¿Qué era aquello?

Estuvo a punto de ponerse de pie de un salto y huir. Quería hacerlo, aunque no sería lo más inteligente. Pero ahora que se había detenido, no sabía si podía conseguir que sus piernas hicieran lo que ella quería otra vez. Simplemente no estaba segura. No estaba ya segura de nada. ¿Había oído algo, algo cerca? Nada sonaba normal. No había mucho ruido, se dio cuenta. No había bastante. Todos los sonidos habituales estaban ahí fuera: un coche yendo a gran velocidad por la carretera principal, el zumbido de las farolas baratas que en realidad no iluminaban bien el solar de coches. Lo que faltaba eran los sonidos que ella debería haber emitido, los que habría hecho si todavía fuese un ser humano normal: no estaba jadeando después de haber corrido todo aquel trecho; su corazón no martilleaba de agotamiento y temor. No es que no estuviese asustada... lo estaba. Aterrorizada. Pero ninguna de las respuestas normales de su cuerpo confirmaba que algo inusual le estuviera pasando.

Se sentía muerta. Y si el Sabbat tenía algo que ver en ello... No. Hizo irse a ese pensamiento por donde había venido, cerrándole su mente.

Una patrulla normal. Eso es lo que Theo había dicho. ¡Chorradas! Jasmine se mordió el labio inferior para evitar maldecir en voz alta al arrogante y todopoderoso arconte. Estaba convencida de que lo había hecho todo a propósito, poniéndola en mitad del peligro de forma intencionada. Una patrulla normal. Eso había dicho de aquella manera grave e inexpresiva con la que decía todo, pero ella lo sabía... podía sentir las vibraciones de su desprecio; sabía que se reía de ella cuando ella no miraba. Había averiguado que ella no había estado saliendo cada noche; ella no se había rendido a la opresión del sistema... como había hecho él. Y él le guardaba rencor. La odiaba por ello. Ella tenía el coraje del cual él carecía, y no podía soportarlo.

No había sido una patrulla normal. Ella y sus tres compañeros habían topado al menos con otras cinco patrullas... un número bastante mayor del que sería usual en un área. Eso significaba como mínimo quince o veinte Vástagos en el lado oeste de la ciudad, y había visto lo que les había sucedido a muchos de ellos cuando el Sabbat atacaba...

Jasmine bajó la mirada a la pistola que aferraba en su mano como si fuese su salvación. Se la habían lanzado sin más al comienzo de la noche. Una no sé cuántos

centímetros o milímetros, o algo así. No había disparado un tiro. Todavía no. Al mirar abajo, se dio cuenta por primera vez de que sus pantalones de campana estaban rasgados. Su boca se secó cuando vio la sangre a lo largo del desgarrón... su sangre. Fue consciente del pulsante dolor, del corte que recorría su pantorrilla izquierda. Un débil y lastimero gemido escapó de sus labios.

—¿Jasmine?

Dio un respingo, se golpeó con estrépito la cabeza contra la puerta del coche, se maldijo a sí misma en silencio por el ruido.

—¿Jasmine?

¿Era ésa la voz de Borris? ¿Podía serlo? Jasmine luchó contra la idea de volver a correr. No estaba segura de lo grave que era su herida, de cuánto tiempo la sostendría su pierna. No estaba segura de qué era lo que estaba ahí fuera exactamente...

Eso no era cierto. No del todo. Había visto bastante para hacer conjeturas. El Sabbat había entrado en enjambre en la ciudad. Habían llegado a toda velocidad en lo que parecían ser docenas de coches, saliendo de un salto cuando veían a alguien, Vástago o ganado, haciendo cosas horribles... Las patrullas que no habían sido eliminadas por la primera oleada habían respondido, y entonces había aparecido la policía. De ahí en adelante, había habido un centenar de pequeños combates en retirada... para Jasmine más retirada que combate. No estaba del todo segura de dónde estaba en aquel momento... sólo se ocultaba entre los coches.

—¿Jasmine? —Más cerca ahora. Sonaba desesperado, puede que herido.

—Borris, ¿eres tú? —susurró.

Oyó moverse, muy cerca ya, justo del otro lado del coche, en la parte de atrás. Y entonces echó una furtiva mirada alrededor y por encima del maletero. Jasmine pudo reconocer a partir de la expresión de dolor del rostro de él y la desmañada forma en que se sostenía que Borris debía estar herido.

—Borris —dijo en voz baja, apenas un poco aliviada por primera vez en aquella larga, larga noche. Su alivio fue efímero.

Al rodear el coche, Borris no estaba solo. No se sostenía de manera desmañada, estaba siendo sostenido. Y la visión de la criatura que lo sostenía heló la sangre de Jasmine.

Una huesuda cresta (¿antaño una nariz?) bajaba por el centro de su rostro desde la frente hasta el labio superior. A ambos lados, cejas y mejillas descendían en un liso ángulo agudo. La mandíbula estaba hundida, no pareciendo encajar con el resto de la lustrosa faz, y en vez de cabello había folículos de piel de un blanco enfermizo trenzados sobre las espaldas de la criatura.

Tzimisce. Demonio. El nombre era más que apropiado.

—Jasmine... —dijo Borris, los ojos casi en blanco de dolor. Bordeando el coche, el demonio y él se volvieron justo lo suficiente para que Jasmine pudiera ver que el Tzimisce, en realidad, no estaba sosteniendo a Borris por el cuello como ella había creído. La mano y el antebrazo de la cosa se habían hundido a través de la piel de

Borris, dentro de su espalda. Parecía como si sus dedos estuviesen aferrando su misma espina dorsal, manejándolo como si fuese una demoníaca marioneta.

Jasmine no pudo soportar ver aquello. Por un momento, su miedo la abandonó. Con un grito desafiante, se puso en pie, apuntó con su pistola al demonio, apretó el gatillo... y no sucedió nada. Jasmine no sabía lo que era un seguro. Nadie había pensado en decírselo. Y así su momento de arrojo pasó inútilmente. Borris y el demonio no estaban solos. Las otras criaturas del Sabbat se apiñaron sobre ella, la tiraron de un golpe al suelo, le arrebataron la pistola...

Miércoles, 10 de noviembre, 1999, 4:07 a.m.

Parque de la Amistad

Condado de Anne Arundel, Maryland

Al diablo con esto, decidió Lydia. Salió de detrás del cubo de basura poniéndose de pie, escudriñó la oscuridad en busca de movimiento, lo vio, y disparó sus dos últimas balas.

—Hijoputas.

Volvió a arrodillarse, sacó el cargador vacío de su Desert Eagle, y empezó a rellenarlo junto con los dos de repuesto, con cartuchos sueltos del bolsillo de su chaqueta. El cubo de basura en su contenedor de madera proporcionaba una cobertura bastante buena. Era muy probable que los hijoputas no la hubieran encontrado durante varios minutos más si no hubiese delatado su posición al disparar, pero entonces se dirigieron de cabeza hacia los fogonazos de la pistola. Estaba bien. Lydia estaba cansada de jugar al escondite.

Echó un vistazo hacia donde había visto a Frankie y Christoph, pero no estaban a la vista en aquel instante. Frankie y ella estaban en el mismo barco, salvo que él no era tan rápido como ella. Pese a todas las tonterías que le había soltado a Christoph sobre su descomunal navaja automática, parecía ser él quien estaba teniendo mayor suerte. Era difícil discutir con un buen desmembramiento al antiguo estilo.

Al Parque de la Amistad le sobraba la mitad del nombre.

El parque parecía la última oportunidad para mantener la línea. La batalla a la carrera en el coche se había ido de las manos realmente deprisa. Había demasiados del Sabbath pululando por todo el maldito lugar. Esto no era ninguna incursión. Se había armado la gorda, y Lydia y sus muchachos estaban justo en el medio.

Las cosas podrían calentarse un poco, había dicho Theo.

Calentarse un poco.

—Bésame el culo, bastardo negro —murmuró Lydia. Calentarse un poco... sí, y el sol podría incomodarme un poco también.

Introdujo un cargador vuelto a llenar en la pistola y se esforzó por oír las pisadas que sabía oiría. Puede que los hijoputas fueran grandes y poco menos que invulnerables, pero sigilosos no eran. Ahí. Oyó los pesados pasos. Tal vez fueran rápidos para ser así de grandes, pero no iban a alcanzarla. Estimó la distancia de las pisadas, luego se puso en pie de un salto.

La criatura se hallaba quizá a veinte metros de distancia, arrastrándose hacia ella. Un ghoul de guerra Tzimisce. Grande, feo, espinoso, cubierto en parte por una armadura córnea de hueso. Lydia había oído montones de historias, pero nunca había hecho frente a una de esas cosas antes de esa noche.

Descargó la pistola sobre él. Siete balas magnum 44 de pleno en su pecho a menos de quince metros. Nada. Tal vez había agrietado la armadura un poco. Tal vez. Sacó el cargador vacío, metió de golpe uno lleno. No estaba segura de si el ghoul de

guerra podía sonreír en realidad (el rostro parecía ser también una inmutable armadura), pero así le pareció a Lydia cuando aquello se acercó.

—¿Ah, sí? Bien, jódete, amigo.

Abrió fuego sobre él de nuevo. Siete disparos de lleno en la cara. Esta vez se tambaleó, trastabilló un paso, vaciló, pero siguió avanzando. Lydia pudo ver grietas en su duro rostro, partes donde la armadura se había desmoronado, aunque la cosa no tuviese sino un dolor de cabeza. Lo que más molestaba a Lydia era que todavía parecía como si estuviese sonriendo.

—¿Te gusta eso, hijoputa? ¿Quieres más?

Ella se mantuvo firme, expulsó el cargador y volvió a introducir con fuerza el último. Siete impactos más en la cara desde menos de diez metros. La cabeza explotó. Hueso y jirones de carne rociaron el aire cayendo por todas partes como grotesca lluvia siguiendo al trueno de la Desert Eagle. El ghoul de guerra siguió avanzando penosamente otros tres pasos, se detuvo como si estuviera reflexionando sobre lo sucedido, y se vino abajo como un árbol caído.

Lydia saboreó su triunfo durante tres segundos justos antes de ver formas gigantescas similares surgiendo de la oscuridad, del mismo lugar del que el sonriente ghoul de guerra descabezado acababa de salir.

—Hijoputas.

—Vigila tu lengua, chica.

Lydia se giró rápidamente, apuntando su pistola... hacia Theo. No sonreía (casi nunca lo hacía), pero al igual que el ghoul de guerra había algo en él, en sus maneras, que sugería una sonrisa.

Theo dio golpecitos a la Desert Eagle, todavía dirigida hacia él.

—Yo no me molestaría en apuntar, dado que acabas de disparar todas tus balas. —Señaló con la cabeza hacia el cuerpo hecho añicos del ghoul de guerra, añadiendo luego—. Si estás tratando de atraerlos a todos hacia ti, lo estás haciendo muy bien.

Lydia no le contestó nada; no sabía qué decir. No porque él le impusiera respeto, lo cual hacía hasta cierto punto, sino porque se encontraba furiosa. Furiosa por lo brusco que había sido con ocasión de la muerte de Baldur. Theo le había ordenado que se sobrepusiera a aquello, y luego no había vuelto a mencionar nada más al respecto, continuando sin más como si nada hubiese sucedido, como si Baldur no hubiese estado haciendo su trabajo y defendiéndolos a todos. Bien, entonces que se joda Theo, había decidido ella.

Y allí estaba entonces de nuevo, con su chaqueta de cuero negro y su gorra de los Yankees, haciendo como si no pasase gran cosa. Eso sacaba completamente de quicio a Lydia de nuevo, como si volvieran a estar todos en el almacén y lo que solía ser Baldur estuviese yaciendo justo allí. Pero aquel no era el lugar para sacarlo a relucir. No había tiempo, con los otros ghouls de guerra acercándose, así que Lydia dijo lo primero que le vino a la mente:

—Los Yankees son una mierda, tío.

Theo levantó la cabeza.

—¿Has perdido dinero apostando por los Braves o algo así?

—Oye —dijo Frankie, acercándose al trote con Christoph justo entonces—, ¿es verdad que Greg Maddux es uno de nosotros?

—¿Cómo diablos lanzaría en los partidos de día, imbécil? —le soltó Lydia.

—¿Filtro solar?

—Esto... —Christoph estaba perplejo a causa de su conversación—. ¿Alguien más ve lo que yo veo viniendo hacia aquí?

Lydia miró atrás por encima de su hombro. Los ghouls de guerra que se aproximaban estaban ciertamente mucho más cerca en aquel momento, sus masivas siluetas claramente visibles pese a la oscuridad. Comenzó a llenar sus cargadores de nuevo; sólo tenía suficientes cartuchos para llenar uno y medio.

—Están por todas partes —dijo Frankie—, como la peste en...

—Sí, captamos la idea —dijo Theo—. Mira. Tus chicos son la última patrulla fuera. He venido para recogerte en persona. No tenemos mucho tiempo.

—¿Última patrulla? —Lydia creyó haberlo oído mal—. ¿De qué cojones estás hablando?

Él le lanzó una mirada furiosa... tal vez con algo de impaciencia en ella, algo de apremio, aunque era difícil de decir.

—Digo que elimines a esos tres, y luego salgamos de aquí. Vosotros muchachos acabad con el de la derecha. ¿Entendido?

Lydia y Christoph asintieron. Frankie ya no podía asentir exactamente, igual que no podía permanecer de pie lo bastante derecho. Tenía que ver con la forma en que su cuello se había curado, pero Lydia supuso que tener una tortícolis permanente en el cuello era mejor que estar permanentemente muerto.

—¿Su derecha o la nuestra? —preguntó Frankie.

—La nuestra.

—¿Qué hay de los otros dos? —quiso saber Frankie, pero Theo ya se había ido, girando bruscamente a la izquierda. Su izquierda.

—Vamos —Lydia salió al paso del ghoul de guerra que estaba separado de los otros dos. Christoph se puso a su altura, Frankie se rezagó. Cuando estuvieron a unos metros, Lydia se hizo a un lado mientras Christoph continuaba acercándose. La criatura no tenía cuello. Su mandíbula estaba incrustada en el torso varios centímetros por debajo de la parte superior de sus enormes hombros. Sus brazos no eran alargados como los de muchos de los ghouls de guerra, pero tenía seis, lo cual compensaba en cierta forma su menor alcance. Estaban bien acorazados asimismo. El ghoul paró diestramente las cuchilladas de Christoph, una tras otra, y parecía a punto de aferrar el brazo con el que el Brujah empuñaba la espada tras cada estocada, pero Christoph consiguió golpear y luego evitar la presa de sus manos.

Lydia ocupó un ángulo al costado, sin que Christoph le estorbara, y disparó a corta distancia a la cabeza del ghoul. Fue prudente al disparar, no queriendo alcanzar

a Christoph o agotar toda su munición. Frankie llegó junto a ella y se unió a las prácticas de tiro con su H&K de 9 mm.

Sus disparos no causaron mucho daño al ghoul de guerra, pero sí lo irritaron. Comenzó a emplear cada vez más una de sus manos para intentar proteger su rostro de las balas, y aquello estorbó su ataque contra Christoph. Éste asestó golpes más contundentes, desconchando la armadura, e incluso haciendo brotar sangre una o dos veces.

Por fin la bestia se hartó del hostigamiento desde lejos... no tan lejos en realidad. Se separó de Christoph y cargó contra Lydia y Frankie. No esperaban el movimiento, pero no importó. Christoph, viendo lo que ocurría, se abalanzó por detrás sobre el ghoul de guerra y lanzó un tajo a la blanda carne de la parte posterior de ambas rodillas. El ghoul, desjarretado, profirió un gemido sorprendentemente agudo y cayó de rodillas. Giró el tronco, intentando rechazar tanto a Christoph como las balas.

Christoph tenía ahora una concluyente ventaja. Actuó rápida e implacablemente, aprovechando cada abertura. Su hoja encontró resquicios en la armadura, desgarró placas enteras de hueso de la carne de la criatura. Empezó a recortar el número de miembros contra los que tenía que contender: un brazo colgó inútil al costado del ghoul; dos manos fueron cercenadas por completo o casi, y luego una tercera.

Finalmente, Lydia y Frankie se acercaron. Christoph retrocedió un paso mientras éstos descargaban tanta potencia de fuego concentrada contra el rostro de la bestia que su exocráneo se quebró aplastándose como un huevo. Los tres Brujah se quedaron en silencioso triunfo rodeando el monstruoso cadáver.

—Bien —dijo Theo, situado muy cerca detrás de ellos—. Si tus muchachos han terminado, salgamos pitando de aquí.

Los otros tres Brujah lo miraron. Ahí estaba otra vez, de pie como si nada hubiera pasado, como si el parque, la ciudad, no estuviese hasta arriba de ghouls de guerra del Sabbat. Lydia lo pensó por un momento. No podía recordar haberle oído disparar la escopeta, pero había estado absorta en su propia lucha... Luego miró con más atención y vio la sangre en sus manos. No era sangre goteando. Su propia sangre, alrededor de sus nudillos, y blancos pedazos de sus propios huesos transparentándose. En la oscuridad detrás de él, apenas pudo distinguir los dos montículos que, unos minutos antes, debían haber sido ghouls de guerra.

Miércoles, 10 de noviembre de 1999, 4:32 a.m.
Parada del Metro de Lexington Street
Baltimore, Maryland

El Cardenal Francisco Domingo de Polonia se encontraba debajo de la ciudad que constituía la más reciente ampliación de su diócesis. Los trenes del Metro todavía estaban desocupados por la noche. Así seguirían por el día y probablemente después. Una devastadora banda de vándalos había destruido varias partes de la vía, daño que llevaría a los responsables del Metro algún tiempo en reparar.

Rodeando a Polonia estaba un pequeño grupo de su personal seleccionado cuidadosamente, todos por completo leales... cada uno a sus propios asuntos personales crueles y ambiciosos. Seguían a Polonia porque era fuerte. Sin duda Dios había visto con buenos ojos al recién ungido cardenal, a diferencia de muchos de los otros notables del Sabbat: Monçada, tratando de extender su radio de acción a través del ancho Atlántico, había sido destruido; Borges, habiendo prevalecido en Miami después de años de lucha, había sido asesinado; su protegido Sebastian había caído en un extraño combate. La conquista de la costa este de los Estados Unidos en verdad se había convertido en el glorioso logro de Polonia. Invertiría sus propios obispos y arzobispos, eliminando a los candidatos de compromiso en los que Borges o Vykos habían insistido anteriormente. Vykos era otra cuyo meteórico ascenso había sido frenado; la estrella de la Tzimisce estaba sin duda cayendo, aunque la monstruosa arzobispo apenas parecía darse cuenta. En un principio legado de Monçada en lo referente a este asunto, Vykos se había dedicado más a hacerse con el poder que a ejercerlo. Ahora, sin el respaldo de Monçada, la criatura se había vuelto distante y reservada, desatendiendo burdamente las necesidades administrativas y políticas inherentes al gobierno de una ciudad de la magnitud de Washington, D.C. Por razones inexplicadas, Vykos no había consolidado su centro de poder, dirigido el asedio de la capilla Tremere con energía, ni nombrado obispos para que vigilaran los asuntos de la ciudad en los que la arzobispo parecía tan desinteresada. La mente de la Tzimisce era un misterio para Polonia. Si bien no podía desentrañar las motivaciones de Vykos, al menos sí podía (y lo haría) ocuparse rápidamente de sus deslices para deshacerse de ella. Una vez Baltimore se hallase por completo en su poder, y los defensores de la Camarilla hubieran sido acorralados y empalados aguardando al sol, ya no habría necesidad del espía de Vykos... el único factor que había evitado hasta entonces que la mano de Polonia se moviera contra la Tzimisce.

Y la ciudad sería suya muy pronto, ya lo era prácticamente, si los informes que le llegaban eran precisos... un supuesto no siempre seguro. Pero aunque sólo la mitad de las últimas noticias acerca de un punto estratégico tras otro siendo tomados fuesen ciertas, el Sabbat había obtenido una victoria más arrolladora y total que el mismo saqueo de Atlanta al comienzo de la campaña. Había habido una resistencia ínfima en el borde occidental de la ciudad, y combates más serios al sur, al sur del Aeropuerto

Internacional Baltimore-Washington. Pero la columna del Sabbat (en el sentido menos estricto del término) que había entrado barriendo desde el oeste había aislado con rapidez el aeropuerto de la ciudad misma. ¿Qué diferencia había si los pocos de la Camarilla alrededor del aeropuerto resistían, si los demás Vástagos de la ciudad no podían correr hasta allí para escapar? Según el espía de Vykos, parte de la escoria de la Camarilla podría tratar de huir al norte por tierra, y a tal efecto una importante fuerza había dado la vuelta al norte para impedir cualquier escape en masa en esa dirección. No se trataba simplemente de la toma de una ciudad; tenía que ser la purga final de la costa este, la total aniquilación de la resistencia de la Camarilla, y la instauración del indiscutido dominio de Polonia.

Aguardando más noticias, el cardenal contempló a los miembros del equipo que lo rodeaba: Costello, lugarteniente desde hacía mucho tiempo, que había seguido la estela de Polonia hasta la cúspide del poder; Hardin, jefe guerrero nómada que se había puesto firmemente del lado de Polonia una vez estuvo claro hacia dónde fluía el poder en el alto mando del Sabbat; Bolon, comandante Tzimisce de ghouls de guerra, tan resuelto como enorme, el más impresionante en términos físicos del grupo, pero el menos peligroso para Polonia. También eran significativos los que estaban ausentes. Vykos no había participado de forma directa en el ataque pero aparecería por allí en breve, Polonia estaba seguro, para solazarse con el brillo de la victoria. Vallejo, asimismo, no estaba presente. El legionario había regresado a Madrid tras la noticia del fallecimiento de Monçada, y en lo que a Polonia se refería, podía irse con viento fresco. Si Vykos era impredecible, Vallejo era demasiado disciplinado, demasiado firme en su lealtad a Monçada. Era una cualidad con la cual Polonia se sentía incómodo, incluso en sus propios seguidores. Armando Mendes, el lugarteniente más capaz de Polonia, se había quedado en Nueva York, donde, era bien consciente, había estado maniobrando para usurpar la autoridad de aquella hermosa ciudad. Eso había sido antes de que Polonia hubiese sido ascendido al puesto de cardenal. Planeaba recompensar a Armando dándole la ciudad... y haciéndole atenerse después a unos niveles de pacificación imposiblemente elevados, encadenando a la vez al nuevo arzobispo con sangrantes exigencias de diezmos relativos tanto de mano de obra como de recursos financieros.

Sí, los subordinados de Polonia hacían que siguiese bien alerta, como un hombre caminando sobre una línea de cuchillas. Eran sus lugartenientes, sin embargo, si le contrariaban, quienes encontrarían el filo en su propia garganta.

—Comandante Bolon —dijo Polonia—. Tus últimos informes.

—Sí, Su Eminencia. —El Tzimisce se arrodilló, pero incluso sobre una rodilla era casi tan alto como Polonia. Largas puntas de hueso sobresalían de gran parte del comandante: sus hombros, codos, nudillos, rodillas, y a lo largo de la cresta del casco de hueso que, a todas luces, era en realidad parte de su cabeza—. El aeropuerto está asegurado. Hemos desactivado el radar, así que aunque los de la Camarilla entrasen, no iban a ir a ninguna parte. Las pérdidas que sufrimos antes...

—¿Han sido serias? —preguntó Polonia.

—Significativas, pero no más allá de un número aceptable.

A Polonia le satisfizo oír aquello. Las bajas al sur de la ciudad eran los únicos daños relativamente serios que sus fuerzas habían sufrido en toda la noche.

—Bien. Continúa.

—Esas bajas —manifestó Bolon— se han debido en su mayor parte a Theo Bell.

Bell. Detestables arcontes Brujah. Primero Julius en Atlanta avanzando a golpes de guadaña a través del batallón de ghouls de guerra, ahora Theo abriéndose furioso un camino de destrucción cerca de Baltimore. ¿No deberían estar en el norte de África tratando de desenterrar Cartago o algo así?, se preguntó Polonia. Mas no importaba. El área ya estaba controlada.

—¿Y la destrucción de Bell ha sido confirmada?

Bolon hizo una pausa.

—No, Su Eminencia. No dispongo de tal informe.

A Polonia no le sorprendió; ni le agradó. Se volvió hacia Hardin, el compañero Lasombra que había dirigido la columna desde el oeste. El cardenal había acompañado a la columna de Hardin en el asalto de aquella noche, a fin de alcanzar el centro de la ciudad más rápido y establecer una fuerte presencia y un centro de mando allí. Polonia se había obligado a observar meramente en un principio. ¿Cómo si no calibrar el temple de Hardin? Y Hardin había hecho bien su papel, aunque la resistencia fue escasa. Las fuerzas del Sabbat habían envuelto hábilmente y destruido a los defensores en el borde occidental de la ciudad, y luego habían asestado el golpe decisivo en el corazón de Baltimore... donde no había resistencia alguna de la que hablar. Polonia, volviéndose menos paciente con el decepcionante recuento de muertos, ordenó al ejército de Hardin que se dispersara, para registrar la ciudad en busca de focos de resistencia. Había habido temor en aquellas primeras horas a una evasión, pero luego una noticia alentadora se había filtrado procedente de otros cuadrantes: el aeropuerto estaba aislado de la ciudad; la expedición de Gregorio, que procedía del flanco, estaba en su puesto al norte, y se abría camino hacia el sur. No habría ninguna evasión. Ahora, todo lo que tenía que hacer Polonia era recibir informes a medida que el enemigo era localizado y destruido. Si era afortunado, tal vez una o más de las personalidades de la Camarilla cayeran en sus manos: Bell, Pieterzoon, Vitel. En el peor de los casos, no obstante, la ciudad sería de Polonia.

—¿Y tus últimos informes? —preguntó el cardenal a Hardin.

—La parte sur de la ciudad está en buen estado, poca o ninguna resistencia. El Puerto Interior está tranquilo, salvo por el Parador Lord Baltimore, que está ardiendo desde los cimientos en este mismo momento. Mi gente está extendiéndose al norte. La mayor parte de la Camarilla debe haber escapado en esa dirección. Deberían toparse de bruces con Gregorio.

—¡No es así! —dijo una voz nueva, otro jefe guerrero nómada oportunista que se había alzado pasando de ser líder de manada a eminencia durante el curso de la

guerra. Gregorio, recién llegado, vestía un guardapolvo blanco que parecía fundirse a la perfección con la piel de alabastro del albino. Su brillante calva era tan lisa y pálida como una muñeca de porcelana—. Mis hombres se han abierto paso al sur hasta los límites de la ciudad y no han visto a un solo defensor en retirada. No están huyendo en esa dirección.

—Imposible —dijo Polonia.

Gregorio parecía sinceramente afligido. Arrugas de desilusión surcaban la frente del Tzimisce.

—Sí, temía que Hardin llenase el puerto de cabezas antes de que yo hubiera visto un sólo pelo de la Camarilla... pero todo parece en calma aquí también.

Aquel hecho estaba lejos de pasar inadvertido por el Cardenal Polonia. Ninguna resistencia significativa dentro de la ciudad. Perímetros de seguridad establecidos. El aeropuerto cerrado. Ninguna armada de barcos escapando del puerto.

Acción decidida, eso era lo que estos hombres, estos traicioneros lugartenientes cerniéndose como buitres respetaban, y eso era lo que Polonia les daría. Eso era lo que más odiaba del alto mando, la niebla de guerra. Estaba obligado a confiar en información proporcionada por sus subordinados. Eran sus ojos y oídos, y él su mente. Prefería con mucho estar encabezando la carga, observando todo de primera mano, como había hecho durante la mayor parte de su existencia; pero el liderazgo conllevaba un precio así como una recompensa. Sus comandantes en todos los frentes necesitaban ser capaces de encontrarlo; él tenía que enterarse de lo que sabían, interpretar la situación a partir de los detalles que le suministraban, aun cuando ellos mismos no comprendieran del todo las implicaciones de lo que decían.

—Se han ido bajo tierra —dijo Polonia—. Están ocultándose, esperando a que nos confiemos demasiado, después contraatacarán. —Aquella tenía que ser la explicación. Tenía que serlo—. Ocupaos de que vuestros hombres encuentren refugio —ordenó al conjunto de sus comandantes—. Es tarde. Lo primero por hacer esta noche es sacarlos de su cubil. Daremos con ellos aunque tengamos que quemar toda la ciudad.

Y Polonia estaba dispuesto a hacer exactamente eso.

Miércoles, 10 de noviembre de 1999, 4:45 a.m.
Bodega de carga de un *jet* Eurofreight
Aeropuerto Internacional Baltimore-Washington

Theo se encontraba, en términos relativos, de buen humor, quizá incluso aproximándose a lo que, para él, pasaba por ser el cenit de su espectro de humor: cautamente optimista. Estaba pasando por alto, por el momento, el hecho de que su jefe hubiese confiado en un Ventrue antes que en él. No le importaba en realidad que Lydia estuviese enfadada con él. Ni siquiera le molestaba demasiado que el Sabbat estuviese marchando prácticamente sin oposición sobre Baltimore. Eso, al menos, formaba parte del plan. Jan y él habían tentado al Sabbat durante semanas, atrayéndolo cada vez más cerca de Baltimore, suministrándole información secreta a través de Vitel acerca de un inexistente último bastión, y luego habían hecho salir a toda prisa a la mayoría de los defensores de la ciudad. Los líderes del Sabbat habían pensado en aislar el aeropuerto del resto de la ciudad, impidiendo aquella vía de escape. En realidad, dos de cada tres Vástagos de la ciudad se habían reunido allí y muchos ya estaban en el aire antes de que el ataque cayera.

El sentimiento de satisfacción de Theo se veía atemperado por la realidad de las serias (léase: totales) pérdidas entre las patrullas del borde oeste de la ciudad. El hecho de que las bajas hubiesen sido previstas, como en Buffalo, como en Hartford, de poco servía para aliviar la mente del arconte. Tampoco lo hacía el saber que había elegido específicamente a los Vástagos para la misión suicida. No había querido poner en peligro la confidencialidad pidiendo voluntarios, permitiendo que otros Vástagos decidieran sus propios destinos. En vez de eso, había aventado la paja, asignando aquella parte de la ciudad a la mayoría de aquellos que no habían estado cumpliendo con su trabajo, aquellos en los que no habría podido confiar en las noches venideras... porque incluso la ambiciosa maniobra de sacar integrantes de la Camarilla de Baltimore era simplemente parte del plan. Quedaban cosas por hacer, y no iba a ser más fácil.

Así que el circunspecto optimismo de Theo tenía más de circunspecto que de optimismo, pero el único obstáculo al que se enfrentaba era asegurarse de que el avión de carga se pusiera en vuelo. Había reunido ya a los últimos defensores al sur de la ciudad, Lydia, Christoph, y Frankie, llevándolos lejos de su cada vez más desesperado puesto en el Parque de la Amistad hasta este último avión de Pieterzoon que estaba esperando en la pista de despegue. Subieron a bordo y se instalaron cómodamente (una vez más, en términos relativos) en la bodega de carga. Los motores ronroneaban con calma. Tras meses de constante trabajo y esfuerzo, Theo estaba casi dispuesto a relajarse, aunque sólo fuera por unas horas.

Fue entonces cuando la voz del piloto resonó en la bodega. «El radar está desactivado en el control», fueron las palabras llenas de estática a través del interfono. «Nos han denegado la autorización desde la torre. No podemos despegar».

El fugaz optimismo de Theo volvió con rapidez a su regla general número uno: todo lo que pueda joderse, y la mayor parte de las cosas que «no pueden», se joderá. Hundió el botón del interfono.

—Despega. Ahora.

—¿Señor?

—Despega... ahora.

—No tenemos autorización.

—Te he oído. Eso significa que nadie más aterrizará, ¿correcto?

—Señor, hay otros aviones a la espera... describiendo círculos, aguardando a aterrizar.

—Si no despegas ahora, habrá gente aquí, probablemente en menos de dos minutos, que volará todo el avión, y a ti y a mí con él, al Reino de los Cielos. —Hubo una pausa—. No me hagas subir ahí —añadió Theo.

Pero para mayor colmo de males, el piloto no estaba escuchándolo. El Brujah en la bodega oyó al distraído piloto por el interfono, sin embargo.

—¿Qué demonios? ¿Quién es esa gente en el...? ¡Eh!

Theo escuchó los disparos en estéreo... a través del intercomunicador y desde el exterior del avión. Lo mismo hicieron los otros.

—¿Qué diablos? —gritó Lydia, agachándose por instinto.

—¡Mueve este avión! —Theo tuvo que refrenarse para no darle un puñetazo al botón del interfono y romperlo. No había ventanas. No podía ver lo que estaba sucediendo ahí fuera.

—¡Santa María, madre de Dios! —estaba chillando el piloto.

—¡Vamos! ¡Vamos! —gritó Theo. Si el Sabbat bloqueaba la pista de despegue, él y los demás estaban atrapados—. ¡Vamos!

El avión dio un bandazo hacia delante de pronto. Theo se tambaleó, golpeó la pared en busca de apoyo. Las balas perforaron el fuselaje justo a escasos metros de distancia. ¿Iba el Sabbat en coches? ¿Estaban bloqueando la pista? No podía oír debido a los motores del avión. No podía ver nada.

El piloto estaba jadeando y sollozando por el interfono.

—¡Jesús Jesús Jesús...!

—¡Hostia santa!

Lydia, Frankie y Christoph buscaron cobijo a toda prisa.

—¡Súbenos! —rugió Theo al intercomunicador mientras recuperaba el equilibrio—. ¡Vamos!

Durante unos horribles segundos, los disparos parecieron sonar con más fuerza. Theo siguió esperando que el avión se detuviera con un chirrido, o a oír cómo le volaban la cabeza al piloto. Eso los dejaría en tierra igualmente a todos los efectos. Theo rezó para que el avión no explotara. Casi agradecía la idea de ser abordados. ¡Al menos entonces podría hacer algo! No dependería por completo del piloto para hacerlos descender, ni de que resistiera el avión. Estaba temblando como loco a causa

de la forzada inactividad.

Pero al fin el tiroteo comenzó a escucharse más lejano, y poco después el ruido de los motores lo ahogó del todo. La velocidad del avión tiró a Theo hacia atrás. Sintió el instante en el que las ruedas perdieron contacto con el asfaltado.

Estaban en el aire.

—Aseguren compartimento de carga para el despegue —dijo el piloto tarde, con voz trémula por el interfono. Estaba obviamente conmocionado, lloriqueando en silencio, buscando alivio en las listas de chequeo, el protocolo, la rutina.

El avión de carga no colisionó con ninguno de los otros a la espera. El piloto se mantuvo a una altitud baja, probablemente infringiendo varios cientos de reglas de la FAA, hasta que estuvieron más allá de la periferia del aeropuerto. Theo tragó saliva. Sus oídos seguían taponados. Los otros y él se acomodaron lo mejor que pudieron.

Christoph, una vez la excitación hubo pasado, estaba tratando de no hacer ver que estar en un avión le acojonaba. Tan pronto como el tiroteo había cesado, se había asegurado con correas, y cada pocos minutos añadía otro nudo sin llamar la atención a las bandas de nailon que lo sujetaban. Estaban lo bastante sueltas para hacer dos o tres nudos más. Theo se preguntó qué haría Christoph después. El arconte había visto algo así antes; no era tan extraño en Vástagos que databan de antes del viaje aéreo. Christoph, uno de los que preferían una espada a las modernas armas de fuego, parecía ser un ejemplo de primera.

Frankie lo estaba llevando bastante bien... teniendo en cuenta que casi le habían arrancado la cabeza hacía una semana y media. Se había recuperado físicamente, más o menos, pero algún nervio o estructura o algo así había sufrido daños. No era demasiado sorprendente, puesto que Theo y todos los demás, a todos los efectos, no deberían estar paseándose en ningún caso. La fisiología de los no muertos no siempre resultaba predecible. En el caso de Frankie, sin embargo, el trauma físico de sufrir la rotura del cuello, o tal vez el impacto emocional de perder a su amigo Baldur, le había dejado marcado. En el pasado, siempre había sido de temperamento bastante apacible para un Brujah. Había sido previsible y digno de confianza, si bien no el más letal. En aquel momento, en cambio, en el compartimento de carga, se había apretujado entre dos pilas de cajones de embalaje, quedándose en estado casi catatónico. No estaba enroscado en posición fetal ni nada parecido, pero estaba lejos de ser consciente de cualquier cosa que estuviese pasando a su alrededor. Theo supuso que podía disparar a Frankie en el pie y puede que éste no lo notase durante horas. Su distanciamiento de la realidad iba y venía. En ocasiones, volvía a ser el viejo Frankie, pero en otras...

Otro cuerpo, pensó Theo. Eso era todo lo que podía confiar en Frankie. Otro de los muertos ambulantes. Pero, sin embargo, eso es lo que eran todos. Tal vez Frankie se había deslizado sin más un paso más cerca de lo que les aguardaba a todos ellos con el tiempo. Menos una persona, más el muerto que camina.

Y si eso no fuese suficiente para alegrar al grupo, ahí estaba Lydia. Cuando el

avión avanzó a tumbos a través de una ligera turbulencia, le lanzó dagas con los ojos a Theo. Ya no estaba desconcertada por el tiroteo, ahora que estaban en el aire. Sólo molesta. No importaba demasiado. Que le clavara la mirada cuanto quisiera. A él no le incomodaba. O lo superaba, en cuyo caso todo iría bien para ella, o no. De no ser así, si se dejaba distraer por cosas que ella no podía controlar, por cosas que sucedían demasiado a menudo en el transcurso de uno o dos siglos, entonces lo más probable es que consiguiera que le volaran la cabeza tarde o temprano. Theo sólo tendría que asegurarse de que ella no hiciera algo que provocase que le volasen la cabeza a él. Pero tenía mucha experiencia en esa clase de asuntos. Dejando aparte el despegue, no solía ponerse con frecuencia en una situación en la que su culo estuviera en el punto de mira si otro la jodía.

Tal vez fuera eso lo que le había molestado de todo el asunto con Jan (no saber del espía, no saber si el otro cabo del plan estaba asegurado o si todo el trabajo del propio Theo iba a ser en vano. En cierto sentido, no era tan diferente de lo que afrontaba Lydia), que era un tema en el que Theo sólo podía influir hasta cierto punto, así que había continuado con su propio trabajo, lo había hecho bien, y las cosas habían funcionado en su mayor parte. Hasta el momento.

Echó un vistazo a su reloj. Unas horas. Deberían llegar justo antes del alba. Pieterzoon cuidaría de ellos; ésa era la clase de cuestión para la cual Theo más o menos confiaba en Jan, para la que el Ventrue estaba bien preparado: logística, recoger cuatro cajones de embalaje más o menos del tamaño de un hombre, y llevarlos a un refugio seguro. Y a continuación empezaría la auténtica diversión.

Cerró los ojos, complaciéndose ante la perspectiva de una o dos horas de relajación (sin tener que pensar en nada) antes de que hubiera de trepar al cajón.

Lydia siguió rumiando todo el tiempo, sin que el ensordecedor zumbido de los motores la apaciguara. Si acaso, la constante vibración sólo servía para agitarla más. Y ahí estaba Theo, sentado frente a ella al otro lado de la bodega, pasándola por alto. Incluso tenía los ojos cerrados y la cabeza echada atrás... como si estuviera dormido, como si hubiera vuelto a dormir alguna vez... ¡de noche!

Casi antes de darse cuenta de lo que hacía, Lydia estaba de pie, abriéndose camino a través del compartimento. Llegó hasta Theo y se quedó observándolo. Esa vez, esa única vez, ella bajaba los ojos para mirarlo. Él sabía que estaba allí. Ella podía sentir que lo sabía. Pero no abrió los ojos, no hizo nada, no dijo nada.

Lydia siguió ahí, mirándolo con desprecio, sintiendo los motores a través de los pies y las piernas. Hacía unas semanas, Theo le había impuesto un absoluto respeto... diablos, seguía imponiéndoselo. Incluso esa misma noche, en el parque, había visto lo que él podía hacer, de lo que era capaz. Pero algo había cambiado. Durante esas semanas de patrulla, de dar con vampiros del Sabbat y volarles los malditos sesos, algo había cambiado. No parecía ser Theo; seguía siendo tan resuelto e imperturbable como siempre. Nunca tenía que alzar siquiera la voz. No tenía que pegarle un tiro a Jasmine en un antro de bar. No tenía que aguantar majaderías de nadie. Tal vez, se

dijo Lydia, era ella la que había cambiado.

Dio una patada al pie de Theo. Fuerte.

Muy despacio, él abrió los ojos. La miró con ese semblante frío, no molesto pero tampoco contento, su aspecto normal, como si la hubiera encontrado sin más en la calle, como si nadie hubiese estado disparándoles, como si ella no acabase de patearlo. Así que lo pateó de nuevo.

—¿Qué? —fue todo lo que él dijo. Su voz era profunda, apenas audible por encima del ruido del motor, pero esa única palabra transmitía un mensaje obvio: Hazlo otra vez y desearás no haberlo hecho.

Así que ella volvió a hacerlo. Le dio una patada... trató de dársela, al menos. Theo le cogió el pie. O bien Lydia, levantándose después de chocar contra la pared más alejada, se imaginó que debía haberlo cogido. Volvió a estar de pie en un segundo (el zumbido de sus oídos se confundió con el estrépito del motor enseguida), dispuesta a todo. Theo seguía sentado en el mismo lugar. No se había molestado en levantarse.

—¡No hagas eso! —le chilló ella—. ¡No finjas que no estoy aquí, maldito hijo de puta! ¡No te atrevas a cerrar los ojos otra vez!

Cerca de ellos, Frankie no despertó de lo que fuese que estaba experimentando en su pequeño mundo interior. Christoph, como un perplejo Houdini, se quedó mirando sin moverse. Theo, asimismo, la miró a ella. No estaba irritado, ni complacido. Era simplemente... Theo. Torvo, furioso justo bajo la superficie. Estaba tranquilo, y aquello enfureció a Lydia más que cualquier otra cosa.

—¡Jódete! —le espetó, y se puso a andar (comprendió vagamente que lo estaba haciendo) adelante y atrás, como un animal enjaulado. Sus manos temblaban.

Theo la contempló desde su asiento.

—¿Qué es lo que te preocupa? —preguntó, su voz tranquila mas no tranquilizadora, paciente sólo por cuanto no se había levantado para darle una paliza.

¿Qué es lo que te preocupa? Como si no lo supiese de sobra. Era una pregunta bastante simple... parecía una pregunta bastante simple, pero Lydia no podía encontrar las palabras para contestarla. Sus pensamientos no se estaban quietos. No podía agarrarlos; se arremolinaban, violentos, como las ráfagas de aire que zarandeaban el avión.

—Ya lo sabes —respondió por fin—. ¡Has estado comportándote como si no hubiese pasado, pero pasó!

Baldur. Había encontrado su Muerte Definitiva, convirtiéndose en polvo mientras Lydia lo contemplaba, y durante más de una semana, Theo no había dicho nada al respecto, había hecho como si nada hubiese sucedido, igual que hacía un minuto había hecho como si Lydia no estuviera allí. Había una razón, Lydia lo sabía. Él se la había dicho, a todos ellos, pero ella no se la tragaba.

Esto nunca ocurrió, había dicho Theo antes de que abandonaran el almacén aquella noche. Vitel desapareció, se desvaneció. Todo lo que sabemos es que

probablemente se escabulló de la ciudad. No quería más que salvar su propio trasero. Nada de esto, había dicho en medio del almacén lleno de humo y cadáveres, ha ocurrido.

Y eso significaba que Baldur había desaparecido sin más. Desvanecido. Sin dejar rastro. Y eso no encajaba con Lydia.

—Cuéntamelo —dijo Theo, con el ronroneo de los motores casi ahogando el sonido de su voz—. Esta vez... —dijo, haciendo una pausa, omitiendo el final de la frase, y luego nunca más—. Cuéntame.

Lydia dejó de pasearse. La había cogido desprevenida. No estaba preparada para aquello. No estaba segura de para qué estaba preparada, pero no para eso. Sus pensamientos seguían agitándose, todavía furiosos, cada uno de sus músculos, su sangre, listos para la lucha. Cerró los dedos en forma de puños para detener el temblor.

—Sé que no podemos hablar de Vitel —empezó a decir débilmente. Las palabras eran imprecisas. No eran lo que ella hubiera querido. Lo que hubiera querido (y lo supo de repente, lo entendió, ahora que el impulso llegaba a su punto más alto y volvía a caer) era sangre. Sentía como si sus rodillas fuesen a ceder. Estaba pálida, helada, más consciente de ello que nunca con anterioridad. Se sentía más muerta que nunca, como si su cuerpo admitiera por fin lo que en su día había aceptado su mente.

—Jesús. —Se agachó hasta el suelo, sentándose con las piernas temblorosas estiradas, los vaqueros negros ocultando carne fría y muerta.

»Baldur siempre estuvo ahí para nosotros —continuó—. Y ahora se ha ido sin más, y simplemente le dejamos irse, como si nunca hubiera estado aquí. No me gusta.

Theo cruzó los brazos.

—¿Qué diablos quieres que haga? ¿Poner una esquela en el periódico?

La ira de Lydia empezó a crecer otra vez, trató de alzarse, pero estaba demasiado cansada. Su cuerpo no parecía pertenecerle; la bodega de carga parecía muy grande y Theo muy lejano. Sus pensamientos, tan violentos y revueltos hacía unos momentos, se estaban disipando, disolviéndose como una niebla matinal consumida por el sol. Tal vez el sol estaba saliendo del otro lado de las paredes del avión.

—Mira —dijo Theo—. No soy tu mamá, ni tu psiquiatra. No estoy aquí para tomarte de la mano. Si no te sobrepones a esas estupideces, no tardarás mucho en dejar de serme útil a mí o a cualquier otro.

Lydia estaba apagándose. De lo contrario, le habría dicho que se fuera a la mierda. Pero Theo estaba muy lejos. Tal vez fuese el sol, pero lo sentía de alguna forma diferente, como si fuera su sangre la que la tumbaba por alguna otra razón. Se sentía como si hubiese estado trepando, trepando hasta el borde de... de algo. Casi lo había franqueado, pero seguidamente estaba volviendo a caer montaña abajo.

—Baldur se ha ido —oyó decir a Theo—. Era su hora. Una noche será la tuya, y otra la mía. Y tal vez alguien llore, o quizá no, pero en realidad me importa un rábano. Tengo cosas que hacer mientras esté aquí.

Puede que hubiera dicho algo más. Lydia no estaba segura. Probablemente no, se dijo. Theo no era de los que sueltan discursos. En cualquier caso, Lydia estaba arrastrándose al interior de uno de los grandes cajones, obligando a su cuerpo a ir donde ella quería ir, retirando la tapa y volviendo a cerrarla, sin sentir en realidad las astillas que se clavaban en sus dedos. Escuchó el grave zumbido de los motores, sintió las vibraciones de sus huesos contra la madera, escuchó el zumbido...

—Él tiene razón —dijo la voz—. Tiene razón. —Un ligero acento francés. Christoph. Lydia no abrió los ojos. Quería hacerlo, pero no lo bastante para obligarse a ello—. Todos tenemos cosas que hacer mientras estamos aquí, o si no, no seguiríamos en este mundo mucho tiempo. Luchar por luchar no basta.

Lydia no pudo concentrarse en lo que la voz estaba diciendo, en lo que Christoph decía. Éste había abierto el cajón de ella. Podía sentir el helado aire. ¿O era sólo su piel?

—Tienes que encontrar una razón, Lydia.

¿De qué diablos estaba hablando? No quería escucharlo, no quería pensar.

—Encuentra una razón.

Sí, lo que tú digas. Lárgate.

—Cierra los seguros de la tapa —dijo la voz. La tapa volvía a estar en su sitio, y la voz se hizo más débil—. ¡Ciérralos! —Un violento martilleo sobre el cajón negó el descanso a Lydia. Hizo lo que decía la voz, palpó los cierres, los enganchó uno a uno. El martilleo cesó, así como la voz. Todo lo que quedó fueron, una vez más, los motores del avión haciendo vibrar suavemente su cráneo.

Jueves, 11 de noviembre de 1999, 3:18 a.m.
Casa de Alfred Thayer
Baltimore, Maryland

Cerrado temporalmente por reformas, decía el letrero sobre la puerta principal de la vivienda restaurada del siglo diecinueve, antigua morada de alguna personalidad local. No había luces encendidas dentro del edificio. En el espacioso salón, Parménides estaba sentado en la oscuridad. Sentado y aguardando. El qué, no estaba del todo seguro.

—¿Estás listo, philosophe mío? —canturreó Vykos desde no muy lejos. Su voz, aunque seguía siendo aguda como la de una mujer, era más nasal, casi mecánica, como si la laringe hubiera sido remodelada, sólo ligeramente, pero de alguna extraña manera. No quedaba rastro de feminidad en sus palabras—. Ya estamos cerca.

Parménides aguardó en silencio. Había renunciado a tratar de predecir las acciones o interpretar los murmullos de aquella criatura. Ella estaba sentada envuelta en las tinieblas, sus negras ropas indistinguibles de las sombras. Todo lo que era visible era su rostro, de un blanco óseo, un infame faro en la noche, y una tersa mano, casi esquelética en su garganta, como si pudiese en cualquier momento ahogarse a sí misma.

—¿Estás listo, philosophe mío? —le provocó.

—Estoy listo. —Cualquiera que fuese la tarea, el Assamita estaba preparado. Aquel demonio, al cual sus amos le habían entregado, le había exigido durante los pasados meses un gran número de actos, que iban de lo peligroso a lo ordinario, de lo perverso a lo servil. Él era Ravenna, dispuesta a servir el capricho de aquella abominación que ocupaba su corazón y su mente; era Parménides, preparado asimismo para ejecutar el terrible propósito de sus amos.

—Excelente —dijo Vykos. Sus ojos no eran visibles; estaban ocultos en las profundidades de hundidas cuencas, bajo cejas lampiñas y aguzadas—. Entonces, cuando mis rivales me ataquen, debes matarme.

Las palabras se cernieron en la oscuridad entre ellos, entre el Cainita y el hijo de Haqim. Parménides dudó de sí mismo, creyó no haber oído correctamente... el demonio secundando el terrible propósito de sus amos, instándole a su propia destrucción.

—Guardas silencio —dijo Vykos—. ¿Acaso no he estimulado tu mente así como tu cuerpo?

—Un pensamiento inexpresado no es menos pensamiento —contestó Parménides.

—Ah, éste es mi philosophe —dijo Vykos, mas sus palabras eran frías, una parodia sin emoción de su comportamiento juguetón con él durante muchas semanas, en sí mismo una parodia del auténtico afecto. Parodia de parodia. Tal como aquel demonio era una parodia de todos los Cainitas, a su vez parodias de endeble humanidad—. Bien. No te he perdido. Cuando mis rivales me ataquen, debes

matarme —volvió a decir.

—Yo... —Parménides no sabía cómo responder, no podía desenmarañar con la suficiente rapidez sus confusos impulsos.

—Eso es lo que tu gente hace, ¿no? —Ahora las palabras de Vykos no eran burlescas, sino medidas, completamente razonables en su irracionalidad—. Descubriremos cuánto queda del philosophe, ¿no es así, Ravenna?

Parménides se distrajo con el sonido de varios automóviles en el exterior, que en vez de seguir calle adelante, se detuvieron junto a la entrada principal.

—Pronto —dijo Vykos—. Muy pronto.

Pasaron algunos segundos. Parménides pudo oír el ruido de puertas de coches cerrándose, la puerta de entrada abriéndose de repente, pisadas subiendo las escaleras hasta el porche. La puerta principal se abrió de golpe, y entró a grandes pasos el Cardenal Polonia. Estaba flanqueado, como empezaba a ser costumbre, por Costello a un lado y Hardin al otro. Parménides oyó a otros, pero se quedaron fuera; estaban desplegándose, rodeando la casa.

Cuando mis rivales me ataquen...

—Nos has traicionado —la acerada voz de Polonia se deslizó a través de la oscuridad de forma tan enérgica como cualquiera de sus acólitos.

Apenas sí llegaba luz abriéndose camino desde la abierta puerta principal hasta la sala. Los Cainitas reunidos permanecieron en la oscuridad, como sin duda había dispuesto Polonia. Parménides, sin embargo, se veía asaltado por luces. Para él, centelleaban relámpagos, terroríficos estallidos que le hacían apoyarse en su bastón para no derrumbarse sobre el suelo. Imágenes contrapuestas lo asaltaban: ahí estaba Polonia enfrentándose a Vykos, el aquí y ahora. Pero estaba también la imagen de sí mismo de pies y manos, vomitando más tarde un líquido negro que había mamado del inmundo pecho de Vykos.

Debes matarme.

¿Cuál es tu pasión?, le había preguntado Vykos. Muerte. Había sido criado y entrenado para ello. Destrucción. ¿A quién destruirías? Él le había dicho que a Monçada, la había engañado, le había ocultado su terrible propósito. Pero había capa tras capa de recuerdos, nubes sobre nubes, relámpagos cruzándose sobre relámpagos. Precediendo a la mentira (la mentira que era en beneficio suyo, no de ella), se lo había revelado todo: su encuentro clandestino con Fátima, la información que él estaba buscando, su labor una vez el conocimiento hubiese sido transmitido.

¿A quién destruirías?

Te destruiría a ti.

Ah, pero la noche estaba condenada a llegar. No puede ser distinto con los de tu clase. Cuando mis rivales me ataquen, debes matarme. No puedes traicionar tu naturaleza.

—¿Traicionarte, mi Cardenal? —dijo Vykos—. Pero si la ciudad es tuya... Si esto es traición, entonces larga vida a la traición del Sabbat.

—Nosotros no tomamos la ciudad —le espetó Polonia—. Nos fue dada, entregada a nosotros... y tú lo sabías. Tu espía lo sabía. La resistencia de la última noche era sólo para aparentar, una defensa simbólica. Rodeamos la ciudad, aislamos el aeropuerto. No hubo ningún éxodo en masa al norte ni en ninguna otra dirección, ni por tierra ni por mar; sin embargo, no están aquí. No están escondiéndose esperándonos. ¡No están aquí!

—Entonces la ciudad es tuya —dijo Vykos de nuevo, como si hablase con un niño torpe—. La última ciudad de la Camarilla en la costa este tomada en un golpe sin sangre dispuesto por ti. ¿Qué más puedes querer?

—Quiero aplastarlos —dijo Polonia rechinando los dientes.

Parménides, todavía tambaleándose debido al relámpago de su propio descubrimiento, pudo sentir la tensión en los músculos del cardenal, pudo ver la silueta de la espada en su cinto, incluso en la oscuridad.

—Nos has traicionado —repitió Polonia—. Ahora vendrás conmigo, y yo determinaré qué más has tenido oculto.

—Ah —suspiró Vykos—. Esto tenía que ocurrir sin Monçada vivo para vigilarte, ¿eh? Cuéntame, ¿aguardaste a moverte contra mí por miedo a él, o simplemente a fin de que pudiera ayudarte primero a ganar tu guerra?

—Di lo que gustes. Estamos unidos contra ti, Arzobispo.

Vykos rió: el sonido de hueso rozando contra hueso.

—Quédate con tus ciudades, Cardenal. No me importan. En cuanto a uniros contra mí, no me queda duda. Has hablado con Bolon entonces, quien no puede formar a sus propios ghouls de guerra para mandarlos. ¿Y el buen Gregorio, mi compañero de clan?

—Gregorio es leal, tanto como cualquier demonio puede serlo —dijo Polonia—. Nos hemos ocupado de él. —El cardenal hizo una ligera y burlona reverencia—. Ahora... vendrás conmigo. —La mano de Polonia se movió hasta la empuñadura de su espada, pero se detuvo.

Se oyeron más pisadas en aquel instante, un solo par subiendo los escalones de la entrada, entrando en la casa. Un joven edecán de Polonia, un subalterno Lasombra al que Parménides había visto antes, entró en la sala. El edecán vaciló, sintiendo la tensión entre los líderes, pero se vio llevado por la tarea que se le había encomendado.

—Su Eminencia —dijo al cardenal—, noticias del Obispo Mendes. Hay problemas en Nueva York.

Polonia, sin olvidarse de Vykos, miró al mensajero de forma escéptica.

—Problemas... ¿qué clase de problemas? ¿Qué ha dicho Armando?

—La noticia no viene del obispo directamente —aclaró el Lasombra más joven con cierta timidez—. Al parecer ha sido... ocupada.

—¿Ocupada? ¿Qué?

—Al parecer Nueva York está... bueno... siendo atacada.

Parménides supuso que a Polonia no le importaba parecer sorprendido delante de sus subordinados, porque su obvia conmoción se transformó casi al instante en furia. Sus ojos, abriéndose y llameando por un momento, se entornaron. Su moreno y atractivo rostro español se retorció violentamente. Dicho sea en favor del cardenal, no balbució ni fanfarroneó acerca de la imposibilidad de un ataque, como podría haber hecho Borges en similares circunstancias, pero Polonia tampoco pareció poder aceptar que la equivocación, la culpa, pudiera ser suya. En vez de eso, se volvió de nuevo hacia Vykos.

—¡Tú y tu detestable espía lo arreglasteis! —gritó Polonia, y a continuación desenvainó su espada y la blandió. El golpe cayó con cegadora velocidad hacia la cabeza de Vykos... pero fue desviado en el último instante. El bastón debería haberse hecho pedazos debido a la fuerza del acero toledano de ley, se habría quebrado si la parada de Parménides no hubiese sido sincronizada y ejecutada justo en el ángulo preciso.

Con el mismo movimiento que había bloqueado la espada de Vykos con el bastón en punta, Parménides arremetió con otra hoja. Dos raudos tajos a los ojos de Costello. El Lasombra retrocedió a ciegas chillando, las manos sobre la cara, la sangre corriendo entre sus dedos.

Polonia se recuperó deprisa y atacó de nuevo... donde Vykos había estado apenas un instante antes. La espada del cardenal sólo encontró aire. Vykos se había hecho hábilmente a un lado para interponer a su ghoul asesino directamente entre ella misma y sus atacantes.

Cuando mis rivales me ataquen, debes matarme.

Parménides se situó entre arzobispo y cardenal, las palabras de Vykos relampagueando, centelleando a través de su mente. Éste era indudablemente el momento... el momento de actuar de acuerdo a la orden de su ama, el momento de ejecutar el terrible propósito asignado por sus amos de Alamut. Éste era el momento de volverse y matar al demonio Tzimisce que le había violado en cuerpo y alma.

Pero el asesino no pudo golpear, no podía alzar hoja ni mano contra su torturador... su amor, la que le había convertido en lo que era. Descubriremos cuánto queda del philosophe, ¿no es así, Ravenna? Y en aquel instante de impotencia, la pregunta fue respondida. No lo bastante del philosophe, ni lo bastante del asesino, el Assamita. Él era Ravenna. Creado para servir a su ama. ¡Pasó una prueba sólo para fallar otra, su propósito en la vida suplantado por este demonio! Todo ello, en el espacio de un latido humano.

La espada de Polonia, alzada otra vez, cayó. Ravenna la paró no con el bastón, sino con su propio brazo. El acero golpeó la carne, se clavó profundamente, cortando hueso... pero no salió de él. Un dolor como el fuego subió por el brazo de Ravenna, y éste sonrió. Sonrió porque, al mismo tiempo, con un agitar de negras ropas y una última sonrisa burlona de alabastro, Vykos se había ido. Ravenna sabía que ella seguiría libre, que él había cumplido su propósito... el propósito de ella para él.

Al clavarse la espada en el brazo del ghoul, Polonia se desequilibró por un momento, y en ese momento Ravenna atravesó con la aguzada contera del bastón la mano derecha del cardenal, astillando hueso, cercenando tendones y nervios. Polonia retiró la mano con una sacudida. Logró, a duras penas, seguir sujetando la espada al liberarla del brazo de Ravenna.

Hardin arremetió con su cimitarra mientras el cardenal retrocedía. El mensajero Lasombra, asimismo, había sacado un arma, una pistola que estaba disparando inútilmente sobre sus cabezas. Ravenna, con su estilete en la mano buena, detuvo la carga de Hardin. El transformado asesino pasó la hoja por su brazo inútil, bañándola con la toxina de la sangre Assamita. Rechazó la torpe acometida de Hardin y enterró el estilete hasta el fondo en las tripas de su agresor. Hardin se envaró casi de inmediato, al surtir efecto el veneno. Su cimitarra resonó contra el suelo. Se hurgó de manera frenética la ardiente herida de su abdomen, pero el veneno se extendió, el fuego atravesándole el cuerpo.

Antes de que Hardin chocase contra el suelo, Ravenna había lanzado su hoja al mensajero. Le traspasó el esófago, yendo a alojarse en su espina dorsal. Todavía había algún veneno en la hoja... suficiente, supuso Ravenna.

Los guardias del exterior pronto entrarían a toda prisa, lo sabía. Pero aún quedaba tiempo. Mientras buscaba otra hoja oculta, sin embargo, las sombras se cerraron sobre él, ralentizando sus movimientos. Trató de eludirlas tirándose a un lado, pero la oscuridad era casi sólida; lo sujetó en su sitio... un blanco demasiado fácil para que Polonia fallara, incluso esgrimiendo la espada con su mano mala.

El acero mordió atravesando el hombro de Ravenna. Si el golpe hubiese sido unos centímetros más lejos del cuello, habría cortado el brazo derecho. La siguiente estocada destruyó la rodilla derecha, y Ravenna se desplomó lentamente, la oscuridad amortiguando su caída.

El enfurecido Polonia se cernió sobre él, y, mientras caía golpe tras golpe, cortando a Ravenna en pedazos, el ghoul de Vykos sonreía.

Jueves, 11 de noviembre de 1999, 3:51 a.m.
East Street 129, Harlem
Ciudad de Nueva York, Nueva York

La pared de panel salpicada de sangre crepitaba. Otro tanto hacía la ropa y la carne que ribeteaban el masivo y carbonizado agujero en el pecho del hombre del suelo. El chisporroteo de algunas llamas prestaba una fantasmal forma a las volutas de humo que se alzaban desde la herida. El pasillo estaba vacío por lo demás. Sin electricidad. La casa estaba abandonada salvo por algunos ocupas: sin techo, caídos en desgracia, drogadictos, inmigrantes ilegales, enfermos mentales, lo que fuese. No eran más que carne para los depredadores en su seno.

Theo deslizó otro cartucho dragonbreath en el cargador de la escopeta. Lleno. Tenía que estarlo... había tenido que estarlo toda la noche. Había usado más munición durante la misma que en la lucha con Vitel. Y la noche no había acabado aún. No del todo.

Pasó por encima del cuerpo. La detonación del fósforo a corta distancia probablemente habría bastado para acabar con este don nadie del Sabbat, pero de propina el cadáver tenía el cráneo aplastado, con una profunda muesca reproduciendo de forma visible la culata de metal de la Franchi SPAS de Theo. Eran como cucarachas, estos lacayos del Sabbat. Individualmente no constituían demasiada amenaza, al menos no para Theo, pero portaban enfermedades. Las epidemias se extendían doquiera que lograban establecerse. La comunidad se desmoronaba. Pobres y débiles eran los que más sufrían; los marginados se devoraban unos a otros. Sucedió en otros lugares también, pero cuando los parásitos del Sabbat infestaban un sector, una ciudad, era mucho peor. El ganado les importaba un rábano. Tampoco a la mayoría de los miembros de la Camarilla, Theo lo sabía, pero el orden proporcionado por la Mascarada al menos ofrecía a los mortales una pequeña oportunidad para elevarse sobre sí mismos, para combatir los prejuicios de su propia sociedad en lugar de ser consumidos por el hambre de los depredadores de las sombras. Puede que el arconte no aprobase todo lo que había pasado aquella noche, pero el progreso era el progreso.

Theo se detuvo, volvió a mirar el cadáver, escupió sobre él. Luego abrió la puerta que daba al sótano y comenzó a descender hacia la oscuridad.

Casi veinticuatro horas antes, el *jet* de transporte Eurofreight había tocado tierra en el Aeropuerto Internacional JFK. Theo ya se había encerrado dentro de uno de los cajones a bordo, sumiéndose en el olvido del día, pero volvió a emerger lo suficiente para saber que estaba siendo descargado. No estaba despierto hasta el punto de poder preocuparse... lo cual habría hecho si hubiese sido capaz.

Pieterzoon se había encargado de esa parte del viaje. Ello resultaba tolerable,

dentro de ciertos límites. Pero Jan se había visto obligado a tratar con representantes del clan Giovanni. El paso de contrabando de un miembro de la Camarilla dentro de Nueva York, en especial a través del JFK, no era nada irregular. Sucedió con bastante frecuencia para haber puesto sobre aviso a la jefatura del Sabbat, muy en particular a Francisco de Polonia (quién, decían los informes, había asumido el manto de cardenal de los Estados Unidos del Este), haciéndole enviar manadas a deambular por el aeropuerto de forma periódica. Pero la burocracia del aeropuerto estaba plagada de agentes de la Camarilla y simpatizantes de una u otra clase, y el contrabando continuaba.

En las últimas cuarenta y ocho horas, sin embargo, prácticamente cada miembro de la Camarilla que había escapado de Baltimore, incluyendo a la mayoría de los refugiados venidos del resto de la costa este, había sido transportado a través de los aeropuertos JFK y LaGuardia. Media docena de oscuras compañías de flete por avión habían dirigido vuelos a Nueva York, muchos desviados a través de varias ciudades o con itinerarios y manifiestos de vuelo falsos, pero todos pasando por Baltimore. Todas las compañías eran propiedad o estaban controladas por uno de tres diferentes *holdings*, que a su vez eran subsidiarios de firmas que, si alguien quería emplear tiempo y recursos, llevaban hasta Jan Pieterzoon. No hasta el mismo Pieterzoon, por supuesto, sino hasta un consejo de administración fantasma, con el cual no mantenía ninguna conexión ostensible. Si alguien fuese a escarbar tanto, sin embargo, sin duda llamaría la atención del señor Pieterzoon, y la investigación llegaría a su fin, de una forma u otra.

Para una empresa de tamaño escala sin precedentes, había otra facción que, a través de varias mafias con disfraz financiero, metía los dedos en casi tantos pedazos del pastel sindical y burocrático como los Ventrue, y no podía ser pasada por alto: el clan Giovanni. Pieterzoon no necesitaba la ayuda de los nigromantes *per se*, tanto como su consentimiento... y su silencio. Tras las infructuosas negociaciones iniciales, un poco de juego sucio al estilo Ventrue, en forma de crisis de la divisa italiana, había convencido al Giovanni apropiado de que mirar hacia otro lado en ese caso podría no ser tan malo. De tal manera el puente aéreo había proseguido, y de ese modo Theo se encontró pasando el día en un cajón de embalaje en el hangar de almacenamiento del aeropuerto JFK.

El hecho de que el arconte Brujah tuviese que preocuparse también de estar bajo el influjo del sol no lo hacía más vulnerable. Había sabido que ése sería el caso, y de tal manera había hecho sus meditaciones de antemano. Encontrarse entre los últimos de todos en dejar Baltimore mientras el Sabbat se acercaba, si bien era peligroso, no le había preocupado. Aquello formaba parte del plan... su parte del plan. Esto, había tenido que admitir de mala gana, también había sido parte del plan, pero una en la que tenía que depender de otros, un Ventrue y (que Dios le ayudase) un Giovanni anónimo que probablemente no era leal a nadie que no fuese su primo, si acaso. ¿Qué le importaba a un grasiento topo de aduanas en los EE.UU. si la economía de Italia

iba dentro del depósito? Y no había nada innatamente italiano que engendrara lealtad: el Eje, los Aliados, el Sabbat, la Camarilla, lo que fuera.

En las semanas que condujeron a la retirada de Baltimore, Theo había puesto su atención en otras partes del plan, partes que habían sido apropiadas en el acto. Siempre había existido la posibilidad de que ni siquiera llegaran tan lejos. Pero lo habían hecho, y ahí estaba él, y cuanto Theo salió del cajón aquella noche, alguien estaba allí esperándole.

—Por aquí, señor —dijo Hans van Pel. Theo miró al ghoul de Pieterzoon y luego a los demás cajones, los que contenían a Lydia, Frankie, y Christoph. Van Pel siguió su mirada—. Serán llevados por separado.

Theo y van Pel entraron en la parte trasera de una de las dos furgonetas de reparto camufladas. Al cabo de treinta minutos, la furgoneta iba deprisa por los terrenos del Hipódromo del Acueducto. El olor de los caballos en el aire era inconfundible: sudor, pienso, estiércol. A Theo le hizo recordar... volver a aquello que no le apetecía recordar, sus años mortales en el Misisipí, los años en la plantación, los años en los que se criaba y vendía a humanos como caballos o ganado. Theo era un producto de aquel mundo, pero se había rebelado contra él, había arriesgado su vida para derrocarlo, y a la postre le había sobrevivido. Ahora, mirando por encima del hombro del conductor de la furgoneta, el Brujah observaba pasar de largo las instalaciones del hipódromo, desiertas salvo por algunos miembros del personal de limpieza. El lugar estaba extrañamente tranquilo de noche, vacío de nada que no fuera los familiares olores de los caballos, y otros que percibía en aquel momento: cigarrillos viejos y cerveza, sudor humano también. Los aromas se mezclaban y formaban algo en lo que a Theo sólo se le ocurría pensar como el olor de la desesperación.

Aquellos olores plebeyos y groseros se retiraron cuando van Pel condujo a Theo al interior de las oficinas del hipódromo, hasta una serie de habitaciones que al parecer hacían las veces de oficina auxiliar para la Asociación de Carreras de Nueva York. Éste era el terreno de los jugadores de apuestas desorbitadas, tratando en carne de caballo.

—Ah, aquí está ya el Arconte Bell —dijo Jan Pieterzoon calurosamente. Se levantó de su asiento ante una abarrotada mesa de conferencias.

Van Pel ocupó su lugar detrás de Jan, pero Theo se detuvo en el umbral. Jan y él habían llegado hasta allí con su argucia, pero al mirar al Vástago al otro lado de la mesa, Theo se preguntó si toda su planificación había sido realizada para nada. Lucinde estaba allí; eso no era ninguna sorpresa... no esta vez. La justicar Ventrue había venido desde Baltimore con Jan. Le había ayudado a convencer a los Giovanni para que cooperaran; había hecho alguna clase de trato con Heshia; había consultado con Jan al respecto del espía. Ahora ella estaba presente, en traje y guantes de negocios, con una apariencia engañosamente joven.

Tampoco resultó una sorpresa ver a Michaela, príncipe de Nueva York. Jan había estado en contacto con ella durante algún tiempo. Era su ciudad, al fin y al cabo (al

menos oficialmente), por la que estaban apostando todo. Michaela estaba muy orgullosa de haber conservado la ciudad para la Camarilla. Había alardeado mucho tiempo de mantener al Sabbat fuera de Manhattan... en su mayoría. Para Theo, eso quería decir que había conservado el distrito financiero de sangre azul (como si el Sabbat no fuera a tratar de infiltrarse tan fresco en las salas de juntas de todos modos) y había dejado que todo lo demás, la mayor parte de la ciudad, todas las verdaderas partes de la ciudad, se fuesen al infierno. Además de su limitado éxito (en opinión de él), había conseguido irritar gravemente a unos cuantos superiores de la Camarilla al abrazar a un considerable número de estirados... ocho o nueve según la mayoría de los recuentos. Incluso Lucinde había criticado a su compañera de clan. ¿Qué pasaría, había preguntado la justicar, si Michaela encontraba un desafortunado final y dejaba tantos chiquillos igualmente poderosos detrás, todos los cuales sin duda querrían su parte de la herencia? Una guerra de aniquilación mutua, eso es lo que pasaría. Una guerra civil dentro de la ciudad que se cobraría mucha sangre, o, igual de malo, daría lugar a una balcanización. En cualquier caso, la «fortaleza» que había sido Manhattan se vería comprometida, y el Sabbat estaría mucho más cerca para arrastrarse dentro y tomar el poder de veras.

En los últimos años, sin embargo, el problema había empezado a mitigarse por sí mismo un tanto. Varios miembros de la prole de Michaela habían encontrado por sí solos un desgraciado final, algunos emboscados en la ciudad por manadas del Sabbat que parecían saber dónde encontrarlos, otros simplemente desaparecidos. Había en la Camarilla quienes sostenían que el Sabbat estaba haciendo un decidido esfuerzo para socavar el centro de operaciones de Michaela en preparación del asalto a Manhattan. Theo sospechaba algo distinto. No era de los que calumniaban o proferían acusaciones infundadas, pero sin duda en su propia secta había quienes estarían más que complacidos de ver a Michaela apartada. Esa clase de sentimientos, si era compartida por un número de Vástagos bastante grande, y a un nivel lo bastante alto, tendía a producir resultados.

Sólo quedaban tres de la prole de Michaela, y estaban todos sentados a la mesa. Del tipo que va con traje y corbata de negocios. Estaban siendo tratados, en opinión de Theo, por encima de su rango. Desde luego éste era su territorio, pero ¿para qué cojones necesitaban estar ahí todos? A fin de cuentas, Lladislas no estaba presente, ni tampoco Goldwin, y había sido príncipe, de título al menos, antes de que hubiesen abandonado Baltimore. Gainesmil no estaba allí. Diablos, no había ningún Toreador en la sala. Ésta era la clase de maniobra arriesgada (dejar con un palmo de narices a los otros clanes) que ponía a Michaela en dificultades.

Había dos Vástagos más en la atestada mesa. Uno era severamente atractivo y vestía ropas que Theo consideraba elegantes, pero que los tipos de la alta sociedad llamarían informales. Dicho Vástago parecía la portada de un catálogo que hubiese cobrado vida... muy bien podía serlo. Theo se había encontrado con Federico di Padua antes y sabía que la mandíbula cuadrada y el marcado ceño ocultaban esa

fealdad ósea que sólo podía pertenecer a un Nosferatu. Federico era uno de los presentables, al menos en lo que a los Vástagos se refería.

El otro hombre de la mesa llevaba traje, pero no era uno de los estirados de Michaela. Una orquídea blanca adornaba su solapa.

—Arconte Bell —dijo Jaroslav Pascek con energía—, hemos estado esperando.

Apesta, pensó Theo, pero contuvo su lengua. Insultar a un justicar no era por lo general una brillante idea. Además, algo grande estaba en marcha allí, algo lo bastante grande para atraer a dos justicar, le gustase a Theo o no. Echó una ojeada a Jan, pero el Ventrue rehuyó su mirada. A pesar de ello, algo en la conducta de Jan (la perfecta, entrenada normalidad de su conducta) hizo pensar a Theo que algo de eso al menos era nuevo para él también. Mierda, pensó Theo, reprimiendo su irritación ante la reserva y la política de jódete de los altos cargos de la Camarilla. Podría ser peor, se recordó.

Pascek contempló a Theo con impaciencia. Las vetas verdes en los ojos pardos del justicar parecían arder con un fuego interior.

—El señor Pieterzoon y tú habéis ideado un plan pasable —le dijo a Theo—. Hemos hecho algunos cambios.

Fue entonces cuando Theo supo que era peor. Y sintió en sus tripas que siempre lo sería.

En el sótano de la vivienda de Harlem estaban esperando a Theo. Disparar su escopeta escaleras arriba hacía unos minutos no le había dejado lo que se dice mucho espacio para moverse sin ser visto, así que él también los estaba esperando. En ocasiones como ésta, Theo se ufanaba del hecho de que siempre parecía más capaz de predecir lo que harían sus enemigos que lo que harían sus aliados. Mientras descendía las escaleras, cerrándose la oscuridad a cada paso, sintió el zarcillo de sombra serpenteando en torno a sus pies antes de que fuese capaz de hacerle caer. Lo esquivó sin golpear el techo, salvándolo de un salto junto con los últimos peldaños.

Tan pronto como sus pies tocaron el suelo, se giró con rapidez y disparó dentro del cuarto. El fogonazo de la boca del arma y la explosión del cartucho de fósforo iluminaron la habitación como un rayo a medianoche. Durante esa fracción de segundo, Theo pudo distinguirlos con claridad. Dos estaban a poco más de un metro de él, uno con un bate de béisbol, el otro apuntándole con un revólver. Un tercero no se hallaba lejos. El Lasombra tal vez. Un cuarto (una monstruosidad deforme de ojos saltones; un Nosferatu que había perdido su concentración, no una creación Tzimisce) estaba en el rincón.

Tras los destellos, la habitación se sumió en la oscuridad total. Theo avanzó hacia el miembro del Sabbat que llevaba el bate, hacia el balanceo que tenía que estar llegando. El atacante creyó que estaba aporreando algo medio metro más lejos. El puño del bate y la mano del que lo blandía golpearon el hombro de Theo.

Al mismo tiempo, el revólver hizo fuego. Theo se había movido lo bastante para que la bala chocara contra él de refilón, sin traspasar su chaqueta reforzada. Theo volvió a disparar su escopeta... al rincón. El Nosferatu era quien con mayor probabilidad escaparía. Theo no tenía planeado que nadie escapara. La deforme criatura fue iluminada por la explosión de fósforo y lanzada de espaldas contra la pared en medio de chillidos.

Otra detonación del revólver... esta vez de lleno en la espalda. El del Sabbat volvía a tener una idea más clara sobre dónde estaba Theo tras la verdadera llamarada de la escopeta. La chaqueta le ayudó, pero la bala penetró, y escocía como un demonio.

Sirviéndose del tacto, Theo cambió la SPAS de un solo tiro a automático, y disparó. El Lasombra prácticamente se desintegró con una ardiente ráfaga. Ésta bañó una pared entera de luz química. El ángulo, quiso la suerte, fue el apropiado para hacer caer chillando también al integrante del Sabbat que llevaba el revólver.

El crepitar del fósforo y los llameantes jirones de ropa arrojaron un desigual pálido de lado a lado del cuarto, que estaba llenándose con rapidez de humo y del acre olor de la carne ardiendo.

El del bate, un matón casi tan grande como Theo, era más temerario (o loco) que inteligente. Cargó, oscilando el bate. Theo lo detuvo con el antebrazo. La madera se astilló, el cuerpo del bate voló sobre el hombro de Theo. Éste estrelló la culata del SPAS contra el rostro del atacante. El hueso de la nariz y la mejilla izquierda cedió. El brutal bateador, cubierto de sangre, se derrumbó sobre el suelo. Vuelta a un solo tiro. Una candente detonación más y todo acabó.

Sólo faltaba hacer limpieza. El del Sabbat que había disparado a Theo todavía se movía. Theo reemplazó el par de cartuchos dragonbreath que le quedaban en el cargador por cartuchos convencionales y le voló la cabeza.

Luego Theo se acercó al Nosferatu (el Nosferatu antitribu) que había subido arrastrándose hasta el quinto peldaño.

—Estaba espiándolos —suplicó a través de dientes amarillentos crispados de dolor.

No lo creo, pensó Theo. El Nosferatu leal sabía lo que estaba pasando. Las pocas palabras de Federico en el hipódromo habían dejado aquello bastante claro. Si aquél fuese un Nosfi de la Camarilla, no habría estado allí. No esa noche. Theo despreciaba a los antitribu. Los Lasombra y los Tzimisce ya eran bastante malos, pero si no fuese por los desertores de la Camarilla, el Sabbat no contaría con los suficientes miembros para proliferar. Probablemente uno de los otros hijoputas del suelo era (había sido) antitribu. Era un reclamo seductor para cualquiera que estuviese harto de recibir órdenes, harto de que le dijeren lo que tenía que hacer y lo mangonearan. Pero no era más que cambiar de amos.

Theo a veces se preguntaba qué le habría sucedido si Don Cerro no lo hubiera encontrado, si no hubiese sido Abrazado. Había obtenido su libertad como mortal. Es

probable que hubiese recibido un tiro a la larga, mientras ayudaba a otros esclavos a escapar. O habría sido capturado y colgado. Pero habría muerto siendo un hombre libre. En vez de eso, había acordado un pacto con el diablo. Había recibido el poder para vengarse a sí mismo, para vengar a su pueblo, y si bien no era lo que se dice un esclavo para sus amos de la Camarilla, sin la menor duda no era libre. ¿Podría haber quedado ese punto más descarnadamente claro que aquella noche?

—Por favor... —imploró el Nosferatu.

Theo amartilló su escopeta. Lo remató. Luego subió el resto de los escalones para encontrar a los otros.

Anteriormente, en torno a la mesa de conferencias del Hipódromo del Acueducto, nadie había tenido pelos en la lengua. Theo ni siquiera se había sentado. El Ventrue presente no dijo mucho. Puede que fuera eso lo que hizo que el informe pareciera inusual, surrealista. Jan, incluso Lucinde, escucharon con atención. Pascek fue el que más habló, y a medida que el justicar Brujah largaba, Theo se fue convenciendo aún más de que mucho de lo que estaba sucediendo también le había sido comunicado a Jan de improviso en el último momento.

—El señor Pieterzoon y tú habéis ideado un plan pasable. Hemos hecho algunos cambios —empezó a decir Jaroslav—. Ha habido ciertos preparativos que nos permiten una postura más agresiva, y los equipos de asalto que has coordinado han sido alterados un tanto. El Arconte di Padua liderará uno, al igual que la Príncipe Michaela, y que yo mismo, además de ti y aquellos otros que elegiste, tales como Lladislas, etcétera, etcétera. —Aunque hablaba con acento eslavo, las palabras de Pascek eran resueltas, concisas. Estaba dando instrucciones, no pidiendo consejo—. Las actividades de hoy han resultado singularmente exitosas —dijo—, y confío en que esta noche no sea diferente.

—Las actividades de hoy... —repitió Theo.

—Sí. Nuestros ghouls han sido bastante efectivos —dijo Pascek rápidamente—. Las fuerzas de la ley y los servicios de la ciudad nos han sido útiles: conocidos ghouls del Sabbat han sido arrestados o ejecutados; se ha llevado a cabo una destrucción generalizada de las guaridas del Sabbat. Nuestros contactos entre los medios de comunicación locales están centrando la atención bastante bien en el heroísmo de los trabajadores de urgencias. Nadie tendrá la oportunidad de investigar la posible relación entre fuegos, accidentes industriales, explosiones de tuberías de gas, demoliciones, etcétera, durante varios días, en el mejor de los casos. Esa mentalidad de «ayude a nuestros muchachos en el frente»... Muy amable de vuestra parte, norteamericanos.

No hubo ninguna risa, en caso de que el último comentario de Pascek hubiese sido un intento de humor retorcido. El justicar no era famoso por su jovialidad. A continuación pasó a recitar como una ametralladora los equipos de asalto:

—Príncipe Michaela, tú y los tuyos dirigiréis cuatro equipos y cubriréis el Bronx. Aquí tienes una lista de direcciones; de las tachadas nos hemos ocupado hoy. Arconte Bell, estás familiarizado con Harlem. Tres equipos. Tu lista...

A Theo no le sorprendió ver a los reunidos acatar la opinión de Pascek, incluso a Lucinde y Michaela... aunque Michaela parecía particularmente hosca, lo que hacía sospechar a Theo que había estado tan fuera del círculo cerrado del plan en su totalidad como Jan y él. Pascek impartió órdenes decisivas: ése era su elemento, busca y destrucción, desarraigar el mal, en este caso el Sabbat. Decir que sus medidas eran «más agresivas» era un fenomenal eufemismo. Disponía más o menos del mismo número de Vástagos que tenían Theo y Jan para actuar (aprovechando el éxodo en masa de Baltimore), pero era asombroso la diferencia que podían suponer unos pocos antiguos probados en batalla.

Y un arconte extra, y dos justicar, por el amor de Cristo, pensó Theo. Aquello todavía dolía. De hecho, se resentía cada vez más a medida que Jaroslav hablaba. Los habían dejado a Jan y a él juntos para repartir las bofetadas que pudieran, para apañárselas por sí solos, cuando esos otros recursos habían estado disponibles... no sólo disponibles, sino empeñados en un plan paralelo al que ellos habían propuesto. Ellos dos habían tomado las decisiones difíciles: sacrificar Buffalo y Hartford con el doble propósito de concentrar fuerzas y hacer salir de su escondite al espía. Entonces, por medio de retirar poco a poco a los defensores de Baltimore, habían embaucado al Sabbat para que emplease todo lo que pudiera reunir para un coup de grâce, haciéndole atacar justo cuando la Camarilla estaba asestando su golpe en otra parte, el lugar de donde habían salido precisamente muchos de los invasores de Baltimore: Nueva York. El plan de Theo y Jan había sido necesariamente más modesto: reforzar Manhattan, ejercer presión dentro del Bronx, establecer una cabeza de puente en Brooklyn. Lo habían negociado y elaborado con Michaela, que había aceptado complacida la afluencia de recursos humanos, pero no estaba entusiasmada acerca de posibles rivales a su autoridad. Lo habían puesto todo en marcha: habían mantenido a raya y engañado al Sabbat, se habían ocupado del espía, abandonado Baltimore, llegado a Nueva York para encontrar...

Que otros habían asumido el mando, y que sus propios esfuerzos habían sido una pantalla, una distracción, para lo que había estado ocurriendo entre bastidores todo el tiempo. Porque por lo que estaba diciendo Pascek, era obvio que los preparativos habían estado en marcha durante meses, tal vez años. Los ataques de ghouls, como vio Theo al repasar algunas de las listas, habían sido demasiado quirúrgicos, la información recogida demasiado completa para que aquello hubiera sido dispuesto de forma apresurada. Por lo que podía ver, ya les habían dado por el culo a nada menos que entre un cuarto y un tercio de los efectivos del Sabbat en la ciudad, en su mayor parte ghouls y otras castas de grado inferior (Theo no reconocía muchos de los nombres o fotos). Esa noche probablemente subiría esa cifra por encima de la mitad. Mientras tanto, el Sabbat estaba de fiesta en Baltimore, y tal vez comenzando a

comprender lo que había sucedido.

Todo el asunto olía a Lucinde. Había sido tan invisible hasta el último segundo. A Theo no le habría sorprendido si Michaela hubiese estado implicada, si hubiese engatusado a Jan y a él, sabiendo lo que iba a pasar, utilizándolos. Pero no, ella era de los que se regodean. Estaba demasiado enojada en aquel preciso instante. Estaba fuera del círculo, y un príncipe guardándosela a un justicar no auguraba nada bueno.

A dos justicar, maldición, pensó Theo.

—Señor Pieterzoon —estaba diciendo Pascek—, coordinará las actividades de la fuerza de asalto con ayuda de los Tremere. La Regente Sturbridge llegará en breve.

Jan asintió. No parecía tampoco demasiado contento, advirtió Theo. Pero como el arconte Brujah, Pieterzoon era mejor ocultando su resentimiento que Michaela.

Con tal que jodamos al Sabbat, siguió diciéndose Theo a sí mismo. Eso haría que todo valiera la pena. Puede que Pascek (justicar, fanático, gilipollas) le hubiera hecho perder el tiempo, pero si funcionaba, eso era lo que importaba. Como tantas veces hacía Theo como arconte, el fin justificaba los medios. Tenía que hacerlo.

Jueves, 11 de noviembre de 1999, 4:10 a.m.
Eldridge Street, Lower East Side
Ciudad de Nueva York, Nueva York

—La cosa más aborrecible que he visto nunca —dijo Reggie.

Eustace asintió y ajustó su paso al de su amigo.

—Creo que la chica blanca y la chica negra... —buscó la palabra apropiada—, ya sabes... follaban. —Entonces empezó a agitar la cabeza—. Así es cómo crías los mestizos.

—¿Con dos mujeres?

Eustace comprendió el argumento de su compañero.

—Bueno, ya sabes lo que quiero decir.

Anduvieron en silencio luego... o sin hablar, al menos. No había un verdadero silencio. Incluso a esa hora de la mañana, un buen número de gente estaba fuera por ahí, haciendo esos hasta casa con retraso, o de camino a trabajar temprano.

—La ciudad que nunca duerme —dijo Reggie para sí.

—¿Eh?

—La ciudad que nunca duerme... así es como la llaman. La ciudad de Nueva York.

—Ah. Deberían llamarla la ciudad donde nadie habla inglés. Te lo juro, menos nosotros. Creo que no he oído diez palabras en inglés en toda la noche. ¿Estamos todavía en Norteamérica, correcto?

—Ajá.

—Los tres tíos del Sabbath que hemos cogido estaban farfullándonos algo. ¿Has entendido algo de eso?

—No.

—De todas maneras, supongo que no nos mandaron a ir a tomar el té con ellos.

—No.

Tres trabajos llevados a cabo con éxito, ahora sólo tenían que encontrar el piso franco y esconderse hasta la noche siguiente.

—¿Aún no estamos en el bloque correcto? —preguntó Reggie.

Eustace sacó un pedazo de papel de su bolsillo mientras caminaban. Consultó la dirección, leyó la placa de la calle.

—Todavía no.

Cada bloque se parecía mucho al siguiente: hilera tras hilera de viviendas de ladrillo, tiendas y cafés en la planta baja, zigzagueantes escaleras de incendios. Sólo los acentos cambiaban.

—¿Se supone que tenemos que quedarnos con un tipo judío? —preguntó Eustace—. No sé judío. Espero que hable inglés.

—Yiddish.

—¿Eh?

—Hablan yiddish.

—No me digas.

—Ajá.

—Bueno, sigo esperando que...

Reggie y Eustace repararon en el extraño más o menos a la vez. Les costó su tiempo diferenciarlo de la clase de gentes que habían estado viendo toda la noche, pero aquél no era un vagabundo ordinario. Vestía de forma tan desarrapada como muchos de ellos, pero lo que le distinguía era la espesa y amarillenta secreción que le corría por el pecho desde la cara, desde el ojo.

Eustace se detuvo, agarró el brazo de Reggie, señaló.

—Je-sús. Mira todo ese pus. Supongo que eso lo convierte en un... co-ño^[3] — Eustace soltó una risita.

Reggie no estaba tan seguro de que fuera algo para tomárselo a risa. Cuanto más atentamente miraba, más convencido estaba de que había algo terriblemente equivocado en el ojo del vagabundo, su ojo izquierdo.

—No pega.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Eustace.

—¿Buscando, eh? —preguntó el vagabundo. Parecía estar hablándoles—. ¿Buscando qué...? —empezó a aproximarse.

Eustace olfateó el aire.

—Jesús, ¿hueles eso? Debemos haber salido de la Pequeña Italia metiéndonos derechos en la Pequeña Colonia de Leprosos.

—¿Buscando qué...? No lo encontraréis... —El vagabundo seguía yendo hacia ellos.

Reggie retrocedió un paso. Tenía un mal presentimiento, algo que no había sentido siquiera con relación a las inhumanas criaturas del Sabbat con las que había tropezado durante los últimos meses.

—Mira, amigo, manténte alejado, o alguien va a resultar herido.

El vagabundo se detuvo, sonrió, asintió con énfasis. Y entonces la acera se abrió bajo Reggie y Eustace. Dejó de estar ahí sin más, y éstos cayeron. Aterrizaron con dureza en el fondo de un abrupto foso, pero no tuvieron tiempo de preocuparse al respecto. Las paredes del pozo estaban fundiéndose, y la roca derretida bajó corriendo sobre ellos para llenar el agujero.

Durante agónicos segundos, Reggie sólo pudo ver al ojo contemplándolos, resplandeciendo...

Jueves, 11 de noviembre de 1999, 4:17 a.m.
Eldridge Street, Lower East Side
Ciudad de Nueva York, Nueva York

Ella estaba esforzándose por soltarse de él con toda su fuerza, pero de alguna forma Hesha consiguió mantener su presa en el brazo, impidiéndole liberarse, impidiéndole precipitarse hacia su perdición. Ramona le lanzó una mirada de pura furia animal. Él temía que la Bestia pudiera tomar el control sobre ella por completo... estaba tan próxima a la superficie, incluso en el mejor de los momentos. Ella le mostró los colmillos y gruñó, un salvaje y gutural rugido desde el fondo de su garganta.

—¡Ramona! —siseó, lo bastante enérgicamente para llamar su atención, pero no lo bastante alto para que Leopold los descubriera. La lengua de Hesha chasqueó entrando y saliendo de su boca. Pese a los años y años de entrenada calma, el cuasifrenesí de la chica era poco menos que contagioso.

Ésta alzó una mano para golpearlo con garras que centellearon a la luz de la luna. Hesha no pestañeó ni se apartó. Encontró la fiera mirada de ella, la sostuvo, sin dejarla desviar los ojos.

—¡Ramona! —susurró ásperamente—. Si no te detienes, fallarás a tus antiguos. Su sangre permanecerá en tus manos.

Ella se encogió al oír aquello. Retiró la mano sin golpear. Hesha todavía sostenía su mirada; quería hacerla volver a la cordura. Y poco a poco, vio cómo la roja furia desaparecía de sus ojos. Ella desvió la mirada de él entonces, desconcertada, llevándola hacia su propia mano levantada, a las garras que ya no estaban extendidas. Ramona bajó el brazo.

Hesha le soltó el otro.

—Fue él —dijo.

—Joder, sí, fue él —gruñó Ramona. Sus palabras goteaban amargura. Habían visto a Leopold, le habían observado matando, de nuevo, y no habían hecho nada.

—Has de ser paciente —dijo Hesha—. O acabarás como...

—Lo sé, lo sé. —Ella se alisó el pelo echandoselo hacia atrás, estiró los dedos contra las piernas como un gato estira sus zarpas—. Pero lo dejamos ir sin más...

—Podemos volver a dar con él. Sea lo que sea lo que lo estaba protegiendo contra mí, ya no está. La gema que te enseñé... puedo rastrearlo.

Ramona soltó una risa sarcástica.

—Sí, bueno, no funcionó nada bien antes de esta noche. ¿Y si continúa sin pitar?

Ella tenía razón. Era una costumbre suya que le sacaba de quicio.

—Lo encontraré —le aseguró Hesha. Que discuta. Por irritante que ella pudiera ser, la necesitaba lúcida; necesitaba saber lo que ella podía ver—. ¿Era lo mismo que antes? —preguntó.

—El Ojo —asintió ella—, sí. Lo sostenía en su mano... y el nervio, ensangrentado, colgando de él, penetrando en el suelo.

Hesha la observó con atención. Eso no era lo que él había visto. En absoluto. Pero tenía un motivo para creerla. De hecho, Ramona y lo que afirmaba ver eran su razón para tener esperanza.

—Vamos —le instó Hesha, cogiéndola por el brazo y conduciéndola fuera, amablemente esta vez—. Lo volveremos a encontrar. Tendrás tu oportunidad.

Ramona no se resistió, pero tampoco estaba reconfortada. Su sangre estaba hirviendo. Y la sangre llama a la sangre.

Jueves, 11 de noviembre de 1999, 4.49 a.m.
West Street 132, Harlem
Ciudad de Nueva York, Nueva York

Christoph había terminado de limpiar la sangre de su espada; volvía a estar sujeta a su espalda, oculta bajo su guerrera. Frankie aguardaba... ¿con paciencia? El tic del hombro que había desarrollado hacía poco no parecía ser un signo de lo contrario. Simplemente estaba ahí a veces, y aquella era una de esas veces. Lydia tenía una mancha de sangre en la mejilla. Theo se lamió el pulgar y le restregó la cara.

—¿Qué cojones? —Lydia se apartó.

—Desde luego no eres la dama de Avon —dijo Theo—. Vamos —prosiguió. Tenían tiempo para volver a seguir el rastro, pero no mucho.

—¿No deberíamos volver a inspeccionar algunos de los lugares en los que atacamos? —preguntó Lydia—. ¿Asegurarnos de que nadie sale arrastrándose ahora que nos hemos ido?

—No —dijo Theo. Podían hacer lo que ella sugería. No era una mala idea. Podían encontrar un sitio para pasar el día en esa parte de la ciudad sin demasiado problema, pero ya habían tenido toda una noche, y Theo guardaba asuntos personales de los que quería ocuparse. No tenía cuestiones privadas muy a menudo. Por lo general era su deber, y eso era todo. Theo no se lo tomaba de manera demasiado personal. Pero cuando lo hacía, como esa noche, no iba a abstenerse de ello sólo porque Lydia le hubiera tomado gusto al asesinato.

Ella se lo quedó mirando pero no dijo nada, no le propinó otra sarta de estupideces como la que había empezado a proferir en el avión. Puede que sencillamente estuviera cansada. Una larga noche averiguando el paradero de los compinches del Sabbat y arrancándoles las malditas cabezas podía hacerle eso a una persona. Dios sabía que Lydia había más que cumplido con su parte de patrullas y luchas en Baltimore, pero esa noche había sido una larga ristra de bastardos suprimidos y hechos trizas. No obstante, tal vez no estuviese cansada. Tal vez sencillamente era capaz de controlar el fuego de sus entrañas... a diferencia de lo que había hecho en el avión. Theo la contempló con dureza, sostuvo su mirada hasta que ella apartó la suya. Deseó estar en lo cierto. Era una buena chica, por lo general. Mejor que muchos otros. Había llegado a depender de ella en el transcurso de las pasadas semanas. Sería mala cosa si se rendía al fuego, si la Bestia se abría paso a zarpazos al exterior.

Pero Theo había perdido a otras personas en las que había confiado. Confiar en alguien era un lujo, no una necesidad. Perder gente era una realidad. Lo había superado antes; si volvía a pasar, podría superarlo de nuevo.

Jueves, 11 de noviembre de 1999, 6:03 a.m.
Hipódromo del Acueducto, Queens
Ciudad de Nueva York, Nueva York

Theo recorrió a pie el desnudo pasillo que nunca había visto sino luz fluorescente. Se había puesto las botas de patear mierda con puntera de acero. Cualquiera que mirase con atención vería sangre seca (seca hacía muy poco) en las punteras y los talones. Había sido una larga noche, más larga que la mayoría, y era tarde. No seguiría levantado mucho más tiempo... no sería capaz de seguir en pie mucho más. Lydia y los demás ya se habían acostado. La mayor parte de los equipos de asalto no se alojaban allí, en las instalaciones del hipódromo. Estaban diseminados entre varios emplazamientos sin riesgo en partes seguras de la ciudad. Pero al parecer Pascek quería a Theo cerca. Por el momento, ello le venía a este último de maravilla.

Llegó hasta una puerta de metal especialmente sólida, se detuvo, llamó.

Theo abrió la puerta y entró. Pese a su aversión hacia su jefe, le impresionó que Pascek no hubiese utilizado su posición para procurarse un alojamiento de lujo. Nada de prebendas... diablos, comodidades de lo más básico, a todo esto. La habitación era pequeña, paredes de hormigón gris pintadas de un blanco sucio, suelo de cemento al descubierto. Había una cama plegable de metal que había sido hecha con esmero, sábana, manta y almohada sin arrugas. Un maletín cerrado descansaba, justo en el centro, al pie de la cama. Aparte de eso los únicos muebles eran una silla metálica, en la que estaba sentado Pascek, un armario independiente de metal, con las puertas cerradas, y una mesa de metal contra una de las paredes. Sobre la mesa había una maza. No un aprendiz de maza. Una maza rompecráneos cien por cien. La nudosa cabeza de acero estaba limpia, casi pulida, pero Theo sabía que aquella noche, al igual que sus propias botas y su escopeta, había sido usada. El mismo Pascek, en la silla, vestía un hábito suelto, atado a la cintura. Llevaba el pecho desnudo y no parecía disgustado al ver a Theo. No había otra silla. Theo no se sentó en la cama carente por completo de arrugas. El cuarto era ciertamente demasiado pequeño para que él quisiera pasar más allá de la entrada. Se alzó imponente sobre el sentado justicar, pero aunque Jaroslav se hubiera levantado, Theo habría seguido elevándose sobre él casi lo mismo. El arconte se cruzó de brazos.

—Theo —dijo Pascek de forma lacónica—, ¿una noche exitosa?

Theo asintió.

—Bien. Mañana los Tremere nos ayudarán a rastrear a los supervivientes, pero no contaremos con el factor sorpresa como hoy y esta noche. Era indispensable que esta noche fuese bien. Ya tenemos en el punto de mira a Armando Mendes, por cierto. El segundo en el mando de Polonia —Pascek contempló a Theo por un momento. La expresión del justicar adoptó un aire ligeramente curioso. Había dicho lo que tenía que decir, y no recordaba haberle pedido nada a su arconte—. ¿Qué quieres?

Ésa es toda una pregunta con segundas, reflexionó Theo, pensando asimismo en

algunas de las muchas cosas que podía decir pero que no diría. No era una buena idea presionar a un justicar, en especial a Pascek, demasiado lejos. No era una buena idea presionarle en absoluto. Era mala desde el principio y sólo podía empeorar. Theo sabía que era una mala idea que él estuviera allí, para empezar. Pero podía sentir el fuego. Fuego y hambre, sus maldiciones gemelas. Todos los Vástagos sentían el hambre, pero sólo los Brujah conocían en realidad el fuego, la inexorable ira. El hambre había sido saciada por la sangre esa noche, y el fuego había sido apaciguado durante la mayor parte de la misma por la sangría, pero tan pronto como Theo había comenzado a pensar en Pascek, el fuego había retornado. Estaba de vuelta, creciendo.

—Quiero saber por qué no supe lo que estaba sucediendo —dijo Theo.

La faz de Pascek no se alteró en absoluto, pero al instante su mirada ardió con fuerza, como si creyese poder, desde donde estaba sentado, derrumbar las paredes de hormigón, hundir el enorme pecho de Theo.

—No hay término medio —dijo Pascek con calma—. ¿Estás desafiándome al respecto?

No hay término medio. Con nosotros o contra nosotros. La Camarilla, ámala o déjala. Theo había oído todo esto antes.

—Hice mi trabajo, ¿no? —dijo. Pero sabía que el justicar, incluso sin provocación, a menudo veía traición donde otros no. Y Theo estaba provocando a Pascek, confiando en sus actos para que respondieran por él. Pero siempre podía sospecharse un motivo.

Pascek miró a Theo por un instante más, luego sonrió. No era una sonrisa cálida. Era la sonrisa de alguien que te hace arder y luego, con mucha calma, te pide que te arrepientas. El justicar cambió bruscamente de tema.

—Ese Príncipe Goldwin de Baltimore, ¿qué puedes decirme de él?

Theo se encogió de hombros.

—No vale una mierda.

Pascek rió de veras al oír aquello.

—Entiendo. Y Gainesmil. ¿Podría gobernar una ciudad?

—Probablemente.

—¿Y Lladislav?

—Lo ha hecho. He oído que está dispuesto.

Pascek reflexionó al respecto, luego suspiró.

—Ah, pero nunca podríamos reemplazar a un Ventrue por uno de los nuestros —dijo.

A Theo no le impresionó lo que Pascek estaba insinuando, en términos tan generales. ¿Era ésta la forma que tenía el justicar de intentar convencer a Theo de que el arconte contaba con su confianza, sugiriendo que la posición de Michaela podría ser usurpada, como si Theo no pudiera haberlo imaginado por sí mismo? ¿O acaso estaba Pascek haciendo más énfasis en recordar a su subordinado la influencia, el poder, que le era confiado a un justicar? Aquello no era nada nuevo para Theo, pero

tampoco hacía nada para aplacar su fuego.

—No has respondido a mi pregunta —dijo Theo.

Entonces la expresión de Pascek sí que se endureció. Se levantó despacio de su asiento. Los arquetipos físicos normales, sabía Theo, no se aplicaban necesariamente a los Vástagos, como sucedía con la aparente juventud de Lucinde. Pascek medía poco más de metro cincuenta, pero su semblante era el de un dios vengador. Theo se preguntó por un instante si había ido demasiado lejos. Sería un combate muy reñido si el justicar y él llegaban a las manos.

—Este asalto —dijo Pascek fríamente— ha estado en estudio durante bastante tiempo. Yo mismo, Lucinde, Dama Anne, el Prelado Ulfila... estábamos aguardando una oportunidad...

—Y el Sabbat os dio una oportunidad —dijo Theo. ¿Una oportunidad para tomar la ciudad o para joder a Michaela? Sospechó que capturar la ciudad era simplemente un agradable extra.

—Precisamente —dijo Pascek, sin dar más explicaciones acerca de la naturaleza específica de la oportunidad.

—Al igual que tuviste una oportunidad para probarme —gruñó Theo.

Pascek volvió a suspirar. Echó un vistazo a su reloj.

—Una prueba de la que saliste airoso, como sabía que harías. Tanto mejor para que Lucinde vea de primera mano cuán dignos de confianza son mis arcontes.

Tonterías, pensó Theo. Eres un maldito hijo de puta paranoico, y te habría encantado pillarme haciendo algo.

Pascek podía ver que Theo no estaba convencido, pero la paciencia del justicar había llegado a su límite.

—Si tienes miedo a una prueba de tu lealtad, debe de haber una razón.

—No «temo» una mierda.

—Muy elocuente, Arconte. En cuanto a que no supieras todo lo que te gustaría haber sabido —Pascek hizo un gesto con la mano, dando por concluida la queja—, hay numerosas explicaciones: estabas en la línea de fuego. ¿Cuántos soldados en primera línea saben lo que está planeando su general? Más importante aún — prosiguió acercándose un paso más; el justicar llegaba al pecho de Theo, pero entornó los ojos y lo miró de forma amenazadora aun así—, así es como yo lo quería.

Los dos Brujah se encararon el uno con el otro desde menos de un metro de distancia, Theo no yendo lo bastante lejos para ser desleal, Pascek no yendo lo bastante lejos para despedir a su arconte.

Supongo que conseguiste lo que querías, entonces, pensó Theo. El fuego todavía ardía en su vientre, pero ardía bajo, como anaranjadas ascuas. Era una fragua que rivalizaría con un horno, pero no ardía fuera de control. Podía haberlo dejado descontrolarse... fácilmente. Pero al estar ahí enfrente de Pascek, Theo recordó a Lydia en el avión, lo desagradable que había estado, fuera de control. Sólo que esta vez él era Lydia, quejándose de lo que su jefe había decidido que era lo mejor. Tal vez

ella tuvo razón entonces, tal vez él la tenía ahora. O tal vez él había tenido razón entonces, y Pascek la tenía ahora.

O tal vez no tenga más que patear el maldito trasero de todo el mundo, pensó Theo.

Jaroslav Pascek no supo muy bien qué pensar de la media sonrisa que cruzó el rostro de Theo justo antes de que el arconte se volviera y se fuese. Volvió a caminar pesadamente pasillo abajo con sus botas de patear mierda. No valía la pena limpiarlas esa noche. Era demasiado tarde. Además, iban a ensuciarse de nuevo la noche siguiente.

Jueves, 11 de noviembre de 1999, 8:37 p.m.

Subsuelo de Brooklyn

Ciudad de Nueva York, Nueva York

Los demás lo siguieron a distancia, hundidos hasta los tobillos en el líquido putrefacto y la materia fecal. No hablaban a su líder. Su silencio era contagioso, opresivo. No se atrevían siquiera a hablar unos con otros. Las mismas cloacas parecían enmudecer ante el líder. El inevitable gotear de agua no se oía. Las chillonas ratas callaron y observaron la procesión de deformes cadáveres como una especie de macabro desfile.

Sobre la superficie (en el mundo, como el líder lo llamaba las raras veces en que hablaba) la guerra estaba empezando de nuevo. Que guerrearan. Había bastante que hacer ayudándolos. Los antitribu eran una presa legítima, así como una apropiada excusa. Sin embargo, lo oculto, como él llamaba a estos túneles y cavernas y grietas que eran su terreno, el terreno de todos ellos, escondía presas mayores.

Se detuvo, guardó silencio, agitó un pie despacio a fin de que las ondas enturbiasen el reflejo de su semblante. Te encontraremos, pensó. Sí, te encontraremos.

Sobre la superficie, en el mundo, a cientos de metros por encima y a unos kilómetros de distancia, Theo Bell volvía a rastrear al Sabbat a través de Harlem. El arconte Brujah no podía saber de ellos, del tercer justicar en la ciudad, y del odio que ardía en su corazón.

Notas

[1] Juego de palabras intraducible entre I.V. bag (bolsa intravenosa) y douche-bag (jeringa para enemas). (N. del T.). <<

[2] Juego de palabras intraducible entre drive on a parkway y park on a driveway. (N. del T.). <<

[3] Juego de palabras intraducible entre pus, de igual significado que en español, y pussy, equivalente en inglés a «coño». (N. del T.) <<